



TODA PESADILLA
EMPIEZA SOÑANDO

JAULA DE SUEÑOS

REBECCA SCHAEFFER



*Para todos los que le dieron una oportunidad
a «Ciudad sin sueños».*

UNO

Antes, mi mayor miedo era quedarme dormida y despertarme convertida en Pesadilla, con el cuerpo y la mente transformados en un monstruo retorcido e irreconocible que asesinaría a todos mis seres queridos.

Ahora hay veces que sueño con ser un monstruo; así, al menos, dejaría de asustarme por todo.

Me agazapo tras la barra del bar clandestino en el que llevo trabajando un mes, mientras una tormenta de disparos resuena a mi alrededor. Ha estallado una reyerta entre bandas porque alguien ha mirado de mala manera a otra persona, o porque alguien ha hecho un comentario sobre las inminentes elecciones a la alcaldía, u otra tontería por el estilo. Los clientes del bar se pasan la vida enzarzándose en peleas, y siempre acaban liados a tiros.

La barra está fabricada con materiales a prueba de balas, por supuesto; por eso me he escondido detrás de ella, como una buena cobarde. Aquí solo me acompañan las botellas de alcohol variado, que también se guardan dentro de la barra blindada. Si un disparo alcanza a un camarero, se puede contratar a otro nuevo, pero la bebida es lo que genera dinero. Y Dios no quiera que le pase algo al bebercio.

El chaleco almidonado del uniforme se me clava en el costado cuando me hago un ovillo. Soy terriblemente consciente de que mi cuerpo es muy frágil, de que una bala podría atravesarme con facilidad y hacerme papilla los órganos.

Pero no pasa nada. Detrás de la barra estoy a salvo.

Normalmente me traigo una novela barata al trabajo por si suceden cosas así, porque estos tiroteos pueden durar un buen rato. Por desgracia, ya me terminé el último libro y todavía no he comprado otro.

Por lo tanto, mis pensamientos son mi única distracción.

Y no se me ocurre un acompañante peor.

Los Amigos del Alma Sosegada siempre me explicaban que la paz estaba en mi interior, y que las respiraciones y la meditación reposada podían tranquilizarme incluso en las situaciones más estresantes.

Sin embargo, dicha organización resultó ser una secta que captaba a las personas con promesas de ayuda y luego las secuestraba. Así que últimamente no me tomo sus enseñanzas muy en serio.

A veces trato de analizar todo el asunto de los Amigos con un enfoque más positivo. Vale, a

mí también pretendían secuestrarme, pero escapé antes de que lo consiguieran. Y encima, les gorroneé comida y alojamiento gratis durante años. A la hora de la verdad, ¿quién timó a quién?

Ellos a mí. No hay duda: la víctima soy yo.

Nunca lo admitiría delante de nadie, pero hay una pequeña y desesperada parte de mí que anhela volver con los Amigos. Una parte de mí que sueña con mi habitacioncita y sus ásperas paredes de ladrillo. Una parte de mí que añora la paz y la seguridad que sentía cuando me acostaba en mi cama y cerraba los ojos, con la certeza de que el mundo exterior no podía hacerme daño, de que estando allí encerrada me encontraba a salvo.

Sé que todo era mentira, que en realidad nunca estuve protegida. No era más que una ilusión. Soy consciente de ello, de verdad que sí.

Pero en ocasiones como esta, en las que los tiros retumban a mi alrededor y me veo obligada a tirarme al pegajoso suelo de un bar clandestino, con un sueldo de mierda, un horario terrible y el riesgo constante de perder la vida o una extremidad... Qué queréis que os diga, la ilusión vuelve a parecerme atractiva.

El estrépito de los disparos cambia de tono cuando las pistolas se giran hacia un nuevo objetivo. La gente empieza a gritar, y oigo cómo alguien golpea a los miembros de las bandas con un objeto pesado. A continuación, los cuerpos de los liantes se estrellan contra el suelo uno tras otro, como un ritmo macabro hecho de balazos.

Un momento después, los disparos y los golpes cesan, y el silencio cae sobre el lugar.

No soy tan tonta como para sacar la cabeza y mirar al otro lado de la barra. Ya vendrá alguien a buscarme cuando pase el peligro. No pienso jugarme el pellejo solo por satisfacer mi curiosidad. Es más, no tengo ningún inconveniente en pasarme la noche entera escondida. Incluso podría quedarme a vivir aquí, acurrucada tras este mostrador a prueba de balas que me protege de las amenazas del mundo. La idea no suena nada mal.

Una cabeza se asoma por encima de la barra y me mira.

—¡Hola, Ness!

Pestañeo y observo a mi amiga Priya, que esboza una sonrisa tan resplandeciente como su cabello degradado en negro y turquesa neón. Tiene cuerpo de atleta, con una altura imponente y piernas largas, y siempre va vestida como si estuviera preparada para luchar. O para irse de fiesta. O para las dos cosas a la vez, a ser posible. Hoy, eso significa que lleva una panoplia de armas muy ilegales colgadas de su cinturón de lentejuelas, unos pantalones de cuero, unas botas militares, un ajustado jersey rojo de cuello alto y un chaleco negro.

—No me habías contado lo emocionante que es tu trabajo —añade con alegría mientras se sienta en el mostrador, dejando caer las piernas por el borde—. ¿Esto pasa todas las noches?

—Casi todas —confieso sin salir de mi escondrijo.

—Parece divertido —comenta mi amiga con cordialidad, y yo pongo cara de exasperación.

Priya y yo opinamos cosas muy distintas sobre qué es la diversión. Yo tengo miedo de casi todo, y ella de casi nada.

—¿Ha pasado el peligro ya? —pregunto.

—Ah, sí —responde ella, haciendo un gesto distraído con la mano—. He acabado con los pistoleros. No me ha costado demasiado.

Claro que no. Priya se desvive por el subidón de adrenalina que le produce dar caza y matar a Pesadillas descontroladas, desde lagartos de diez pisos de altura que destruyen edificios de oficinas a serpientes marinas que devoran barcos. Supongo que, para ella, enfrentarse a un puñado de pandilleros es pan comido.

Me encantaría ser como mi amiga... Ella sabe pasar a la acción, pelear contra las criaturas que acechan entre las sombras y hacerlo con una sonrisa en la cara.

Yo, por mi parte, me escondo y fantaseo con regresar a una secta corrupta.

¿Cómo puede ser tan valiente Priya en un mundo tan desquiciado? ¿Y por qué no puedo ser yo así también?

Me levanto y me sacudo el polvo de la ropa. Como me arrastré por el suelo para meterme detrás de la barra, mi camisa blanca se ha vuelto tan gris como mi chaleco.

Priya se sienta en un taburete de un salto, ignorando el montón de mafiosos inconscientes que yace a su espalda. Bueno, espero que solo se hayan quedado inconscientes, aunque me daría igual que estuvieran muertos.

—Ponme un twist newhamita, por favor. Con hielo —me pide.

Empiezo a preparar el cóctel mientras los otros empleados sacan a rastras los cuerpos. Algunos dejan una estela de sangre en el suelo, y uno de mis compañeros se encarga de limpiarlas con la fregona. Los tiroteos entre bandas siempre lo dejan todo perdido. Esta vez, por lo menos, hay una cliente en la barra, así que tengo una excusa para librarme de limpiar los restos de cerebro de la pared.

El único inconveniente de no llevar los cuerpos al callejón del bar es que no podré registrarles los bolsillos. A la persona encargada de sacarlos se le permite robarles todo lo que llevan. De hecho, por lo menos la mitad de nuestro salario procede de esa triquiñuela.

Inclino la coctelera sobre la copa con cuidado y vierto la bebida. Esta meticulosidad me ayuda a camuflar el leve temblor de mis manos, que es el único vestigio de lo sucedido hace cinco minutos, cuando la muerte ha recorrido el edificio.

Le paso el cóctel a Priya, que se lo bebe de un trago y deja la copa en la barra de golpe.

—Ponme otro.

—Sabes que esto lleva bastante alcohol, ¿no? —le recuerdo con una ceja enarcada.

—Esa es la gracia.

Me encojo de hombros y le preparo el cóctel.

Se lo vuelve a beber de un trago.

—¿Estás bien? —inquiero con los ojos entornados.

—¿Qué pasa? ¿Te piensas que no sé beber? —me pregunta, como si esa posibilidad la ofendiera.

—No —respondo despacio, tratando de encontrar las palabras adecuadas para expresar mi preocupación—. Pero es que no sueles hacerlo tan deprisa. ¿Te ha sucedido algo hoy?

Priya se deja caer en el asiento.

—La verdad es que no —admite—. Todos los días han sido iguales desde que empecé a trabajar para Defensa contra Pesadillas. Por la mañana entrenamos, y luego nos sentamos a esperar que nos avisen de algún ataque. Pero nunca recibimos ninguna llamada. Por la tarde entrenamos otra vez, y después nos vamos a casa. Y vuelta a empezar. —Agita la copa vacía—. Es solo que... Esto no es como me lo imaginaba. Me enrolé para luchar contra Pesadillas peligrosas, para hacer estallar a dinosaurios asesinos y decapitar zombis voladores —concluye con cara de amargura.

—A ver —comento con cautela—, quizá se deba a que eres nueva. Seguro que los miembros más experimentados se estarán haciendo cargo de todas las misiones.

Mi amiga sacude la cabeza antes de hablar:

—Mataste a todos los miembros experimentados, ¿o es que ya no te acuerdas?

—No fui yo quien los mató —replico con una mueca.

—Perdona, se me había olvidado: buscaste a alguien que los matara por ti. Qué tonta soy. ¿Cómo he podido pasar por alto ese matiz? —contesta ella, irritada.

Hace un mes, Defensa contra Pesadillas —la única organización de Newham que nunca me había parecido maligna— nos secuestró a mi amigo Cy y a mí. Sobrevivimos por accidente al atentado masivo que habían organizado, y encima los provocamos al informar a los medios del asunto. Y, dado que no me apetecía especialmente morir, liberé al monstruo que vivía en los sueños de la gente y convertía a las personas en Pesadillas. Haciendo uso de un solo dedo, transformó a todos y cada uno de los miembros de Defensa contra Pesadillas en cucarachas y mariposas, y luego los aplastó con sus brillantes zapatos negros.

No me arrepiento de haber liberado al Espectro. Sí, saqué a un monstruo del mundo de los sueños y él liquidó a la mitad de las fuerzas defensivas de la ciudad. Pero sigo viva, y Cy también. Eso es todo lo que importa.

Llevo demasiado tiempo en Newham para sentir arrepentimiento por haber sobrevivido, fuera cual fuera el precio.

—Lo siento, eso ha estado fuera de lugar —se disculpa Priya masajeándose las sienes—. Es que... Los miembros que se unieron a Defensa contra Pesadillas una semana antes que yo pudieron colarse por el ojo de un dragón para echarle ácido en el cerebro. Uf, suena alucinante, ¿no crees?

La palabra «alucinante» no significa lo mismo para ella que para mí.

—Vaya. Qué bien. —Me acerco a ella—. Pero tú también has hecho cosas alucinantes. ¿No te acuerdas del mazacote carnívoro que derretiste hace unos días? Y la semana anterior te liaste a palos con aquel cocodrilo de cuatro metros.

—En realidad, no era una Pesadilla —señala Priya—. Era la mascota de alguien. El dueño lo tiró al váter y el animal siguió creciendo en las cloacas.

—Bueno, pero parecía sacado de una pesadilla —insisto con una sonrisa alentadora—. Eso también cuenta, ¿no te parece?

—Fue un rival digno, supongo —admite mi amiga a regañadientes, y luego suspira—. Desde que liberaste al Espectro, el número de Pesadillas ha caído en picado.

—Eso es bueno, ¿no? —le digo.

—Sí, por supuesto —contesta ella apartando la mirada.

Parece que no se cree sus propias palabras.

Todos los años hay miles de personas que se olvidan de tomar las pastillas para prevenir los sueños, o que se saltan la ley seca y beben alcohol (como Priya, ahora mismo). Eso neutraliza los efectos de la Helomina que hay en el agua de grifo para impedir que la gente sueñe. Porque, si no sueñas, no puedes tener una pesadilla ni despertarte transformado en ella.

Sin embargo, el monstruo que convertía a la gente en Pesadillas ya no está en el mundo de los sueños.

Porque yo lo traje a nuestra realidad.

—¿Qué crees que estará haciendo el Espectro? —pregunta Priya, pensando lo mismo que yo—. Me imaginaba que se pondría a... Yo qué sé, a transformar a la gente en Pesadillas en plena calle y sembrar el caos por todas partes.

—Yo igual —confieso—. Me resulta inquietante que no haya hecho acto de presencia.

—Es como la calma que precede a la tormenta —coincide mi amiga, golpeteando la reluciente barra al son de un ritmo nervioso.

Cuando liberé al Espectro, pensé que desataría el caos en nuestro mundo. Pero, de hecho, todo está más tranquilo que antes. Este silencio suyo me perturba. No paro de preguntarme si estará planeando algo mucho peor.

Los empleados han terminado de fregar la sangre, así que el grupo musical vuelve al escenario y comienza a tocar una alegre melodía de jazz.

Ahora que el tiroteo ha terminado, la música capta la atención de clientes nuevos, que van entrando poco a poco. Hay una pareja cogida del brazo que no para de reír. La chica lleva un vestido de charleston con cuentas deslumbrantes.

Y también es una loba de tres cabezas con pezuñas de cabra.

Cuando pasa junto a nosotras, nos saluda sonriendo con sus tres bocas llenas de dientes serrados. Me obligo a soltar la coctelera, me seco los dedos sudados y temblorosos en los pantalones y le devuelvo una sonrisa educada.

Aunque he mejorado —hace más de un mes que no prendo fuego a nada en un intento de huir de una criatura terrorífica—, todavía tengo problemas para tratar con las personas de aspecto claramente pesadillesco. La lógica me dice que ellas no tienen la culpa de haberse transformado en su mayor miedo mientras dormían, y que sigue habiendo seres humanos dentro de esos cuerpos monstruosos.

Pero la lógica nunca ha tenido nada que ver con mis temores.

Priya contempla a la chica con expresión esperanzada, como si deseara que se pusiera en plan asesino en algún momento. Pero la loba no la complace: se ríe y se pega más a su pareja —un elegante hombre negro con un sombrero de copa— para animarle a bailar.

Mi amiga se traga otro cóctel y deja la copa en la barra.

—Ponme uno más —me pide.

—Creo que ya has bebido suficiente —digo mirándola.

—¿Me vas a cerrar el grifo? —pregunta, visiblemente ofendida—. Aunque a ti se te suba el alcohol muy rápido, a mí no me pasa.

—Huy, no tengo dudas de que puedes beber un montón. Pero la normativa del bar establece un límite de copas, y tú ya has llegado al tope. No puedo ponerte otra hasta dentro de una hora —le explico.

Es una trola de cuidado: el bar no tiene ninguna normativa semejante. En todo caso, su política sería: «Sacadles tanto dinero como podáis a los clientes y, en cuanto el alcohol los deje inconscientes, robadles todo lo que lleven encima».

No me haría mucha gracia ver a Priya desmayada y convertida en víctima de un atraco.

Mi amiga dice algo entre dientes y se lanza a la pista de baile, donde agarra a la primera persona que pilla para empezar a bailar una polca.

Suelto un suspiro. Priya me tiene preocupada. Se ha pasado la vida soñando con unirse a Defensa contra Pesadillas y, ahora que lo ha conseguido, el trabajo no se parece en nada a lo que ella imaginaba. Cada vez que la veo parece más desdichada.

Ojalá supiera como ayudarla...

De repente, se oye un estallido. Me agacho de inmediato tras la barra blindada y me pego al suelo.

¿Han regresado las bandas? ¿Vamos a sufrir el segundo tiroteo de la noche?

Priya estaba en la pista de baile. ¿Le habrán disparado?

Y, ahora que lo pienso, ¿me habrá alcanzado alguna bala a mí?

Me palpo el cuerpo en busca de heridas, por si la adrenalina y el miedo estuvieran impidiendo que perciba el dolor, pero no encuentro nada. He salido ilesa. Estoy bien. Sí, estoy bien, no hay ningún problema.

—¿Ness?

Levanto la cabeza y me topo con Estelle, que se ha asomado por encima del mostrador para mirarme. Es una chica blanca y pecosa, con una brillante aureola de rizos pelirrojos. Fue ella quien me consiguió este empleo hace un mes, aunque creo que lo hizo porque le di pena, más que nada.

—Ness, ¿se puede saber qué haces? —me pregunta.

—Eso debería decírtelo yo a ti. ¿Es que no has oído el disparo? —replico sin apartar los ojos de ella.

—No ha habido ningún disparo. Una jarra de cerveza se ha caído y se ha roto en pedazos —contesta ella con un suspiro de exasperación.

Ah.

Vaya, ahora me siento estúpida. Me pongo de pie lentamente y me sacudo la ropa, como si no hubiera pasado nada.

—¿Estás bien? —me pregunta ella con cara de preocupación.

—Sí, estoy bien, genial. Mejor que nunca —insisto con voz aguda y alegre.

A ver: teniendo en cuenta que vivo en Newham, las cosas me van todo lo bien que se puede esperar. Estoy viva y no he perdido ninguna extremidad. Y, por ahora, nadie ha

intentado devorarme hoy. Solo por eso, ya ha sido un día mejor de lo habitual.

Estelle me observa con atención antes de hablar:

—¿Y cómo estás llevando el tema de vivir con Cy? No te habrá...

Me sonrojo y aparto la mirada.

—Ya te lo he dicho: solo somos amigos. Me deja quedarme en su casa mientras ahorro el dinero suficiente para alquilar un piso. No le ofrezco servicios sanguíneos.

Estelle frunce los labios como si no me creyera del todo. Ha estado preocupada por mí desde que nos conocimos, y entiendo sus razones. Al fin y al cabo, los vampiros pueden ser increíblemente peligrosos, y es muy fácil morir desangrada. De todas maneras, no estoy alimentando a Cy.

Bueno, lo hice una vez. Pero fue una ocasión excepcional.

Aun así, Estelle debería saber que no le estoy dando mi sangre a Cy. A fin de cuentas, ya lo hace ella.

—De verdad, Estelle, estoy bien —repito. En ese momento, me doy cuenta de que tiene el rostro cansado y ojeroso—. La pregunta es: ¿lo estás tú?

—Sí, sí —responde ella, quitándole importancia a mi comentario con un gesto—. Pero pareces un poco nerviosa. Si quieres, nos intercambiamos las tareas; solo tendrías que tirar el resto de la basura y fregar la cocina.

Relajo un poco los hombros. No pienso admitirlo, pero agradezco su oferta. Limpiar la cocina es uno de los pocos trabajos seguros en este bar clandestino.

—De acuerdo, suena bien —acepto con una sonrisa.

Me apresuro a coger la bolsa de basura y me dirijo al callejón de atrás. Si tengo suerte, quizá se hayan olvidado de registrar los bolsillos de los mafiosos que sacaron a rastras antes.

En la calle sopla una brisa fría; es un recordatorio de que ya nos vamos adentrando en el otoño. La gente sin hogar, que habita en los callejones y los rincones ocultos de la ciudad, ya ha empezado a prepararse. Pero no para protegerse de las heladas que cada año matan a unas cuantas personas: lo que necesitan es defenderse de las estafas que surgen con la llegada del invierno. Refugios que, en realidad, sirven de tapadera para los experimentos de algún científico chiflado, que usa como conejillos de Indias a personas que nadie echará de menos; monstruos que buscan carne humana para comérsela, hacer ropa o venderla, y que seducen a los indigentes prometiéndoles comida caliente y cobijo...

Un escalofrío me recorre el cuerpo, y no tiene nada que ver con la temperatura. Yo también podría haber acabado en la calle. Y, si no ando con cuidado, todavía podría terminar así.

Respiro hondo. No. Ahora tengo un trabajo y estoy ahorrando. Pronto podré permitirme alquilar un apartamento, un cuchitril seguro para mí sola. Seré independiente y me valdré por mí misma; no necesitaré la ayuda de nadie.

Y tampoco acabaré viviendo en la calle. De eso estoy segura.

Aprieto con fuerza las asas de la bolsa, porque me gustaría ser capaz de creerme mis propias palabras.

Lanzo la basura al callejón y me paro a mirar la montañita de cuerpos, preguntándome si merece la pena rebuscarles en la ropa; alguien podría haber pasado por alto algún objeto de valor. Al dinero que nos ganamos así lo llamamos «propinas», porque los clientes nunca nos dan ni una mísera moneda mientras están con vida.

Doy un paso adelante, pero me detengo al ver a la chica.

Le han arrancado el chaleco del uniforme, lo que resalta el agujero sangriento en su camisa blanca. El resplandor de las farolas rebota en su rostro pálido y su cabello oscuro. Por suerte, tiene los ojos cerrados.

No recuerdo cómo se llamaba. ¿Lesley? ¿Lisa? ¿Linda? Era una empleada nueva, que había empezado a trabajar esta misma semana. Se suponía que hoy le tocaba vigilar la puerta para dejar entrar a los clientes en el bar clandestino. Por eso, cuando el tiroteo empezó, debió de sorprenderla en la línea de fuego.

No participó en la disputa. Era una chica normal y corriente, como yo.

Ahora está muerta.

Y encima, la han dejado tirada en el callejón, junto al resto de la basura.

Me quedo mirándola, incapaz de apartar los ojos. El problema no es que me importe su muerte; al fin y al cabo, fallece gente a todas horas. Y tampoco es que me cayera bien y me sienta apenada, porque ni siquiera la conocía lo suficiente para acordarme de su nombre.

La causa de mi inquietud es que esa de ahí podría ser yo.

A mí también me ha tocado vigilar la puerta, y se han desatado peleas mientras yo trabajaba. La casualidad es lo único que me ha salvado de las balas perdidas.

¿Cuánto faltará para que se me acabe la buena suerte?

Las manos empiezan a temblarme de nuevo, pero esta vez el estremecimiento se extiende al resto del cuerpo. Siento la necesidad de acucillarme, hacerme un ovillo y abrazarme a mí misma, para que los huesos no se me salgan por culpa de los escalofríos.

En el suelo hay un periódico roto con una enorme foto en primera plana. El director de los Amigos del Alma Sosegada me sonríe desde el papel, con su familiar y acogedora cara de lagarto. Casi puedo oír cómo su relajante voz me invita a volver a casa, a mi maravillosa habitacioncita, a ese refugio que me está esperando.

Pero no es cierto.

Me quitaron la habitación. Y, aunque pudiera recuperarla, la ilusión ha quedado destrozada. Ahora sé que no es un lugar seguro.

Aun así, querría regresar. Añoro esa sensación, esa certeza de que estoy a salvo. Me gustaría volver a la vida que llevaba allí, aunque no encajara con los demás. Tuve que fingir que tenía fe y que me interesaban los asuntos de la organización, pero lo que recibía a cambio de ese pequeño precio era comida y alojamiento gratis. Y las tareas que me encargaban eran mucho más seguras que un puesto en un bar clandestino: entregaba el correo o repartía folletos.

Vale, sí: la última vez que dejé folletos en una casa, una mujer se transformó en Pesadilla e intentó asesinarme. Y la última vez que me pusieron a cargo del correo, acabé a bordo de un barco que saltó por los aires.

Soy consciente de todas estas cosas. En realidad, no era un sitio seguro, incluso si nos olvidamos del tema de los secuestros. Pero eso no impide que desee recuperar esa vida, la abrumadora sensación de seguridad y estabilidad que me proporcionaba el hecho de estar allí.

El deseo de regresar es tan intenso que duele. Si creyera que el director pudiera acceder a mi petición, le rogaría que me dejara volver. Costase lo que costase.

Pero no puedo.

Porque ese lugar ya no existe. Esa sensación de seguridad era un engaño, y todavía no sé cómo ni dónde encontrar la versión auténtica. Lo único que quiero es estar a salvo, dejar de tener miedo.

¿Y cómo voy a estar a salvo en un lugar donde los tiroteos descontrolados forman parte habitual de la velada?

Es imposible.

Esa es la pura verdad: ni este trabajo ni esta ciudad son seguros. Y solo es cuestión de tiempo que se me acabe la suerte y termine muerta en algún callejón.

DOS

Cuando digo que vivo en un armario empotrado, la gente piensa que exagero o que bromeo sobre la dificultad para encontrar un piso de alquiler en Newham. Se equivocan.

Nadie se imagina que yo misma tomé la decisión de vivir ahí.

Mi armario es pequeño y angosto, pero también está aislado del mundo. Me gustan los lugares así. Lo elegí porque me recordaba a la habitacioncita perfecta que tenía en los Amigos, aunque en realidad no le llega a la suela del zapato. Las puertas son de lamas, por lo que la luz y el ruido de la estancia principal se cuelan con facilidad y perturban la paz del interior. Eso me recuerda constantemente que solo es una imitación de una ilusión destrozada.

Aun así, no tengo intención de marcharme de mi armario. Para empezar, si lo hiciera tendría que dormir en el sofá del salón, un sitio demasiado expuesto para mi gusto. Y ya me siento culpable por quedarme en el apartamento de Cy sin pagar alquiler, mientras pongo mi vida en orden. No quiero ocupar más espacio del necesario.

Mientras vuelvo a casa, trato de centrarme en lo relajada que me sentiré en mi armarito para olvidar el cadáver de mi compañera de trabajo, que acabó tirado en el suelo como un pedazo de basura cualquiera.

No lo consigo.

El bloque de pisos de Cy se encuentra en la zona rica de la ciudad, que está llena de edificios blanquísimos y parques verdes y cuidados. El vestíbulo tiene un brillante suelo de mármol falso y varias lámparas de araña. Antes de conocer a Cy, solo había visto este estilo de decoración en las películas. El guardia de seguridad, un corpulento hombre pelirrojo que mide más de dos metros y tiene unos brazos como troncos, aparta la mirada de un libro cuando entro.

—Buenas noches, Ness —me saluda.

Siempre habla con lentitud y pesadez, probablemente por culpa de los cambios que sufrió su cuerpo al convertirse en una Pesadilla.

—Buenas noches, Ronald —contesto.

Nunca le he preguntado qué tipo de sueño pudo darle ese tamaño monstruoso, esos rasgos exagerados y esos movimientos pausados, pero supongo que estaría relacionada con una persona. Cuando los niños sienten miedo de alguien —como un abusón, un padre o un profesor—, suelen tener pesadillas que acentúan los rasgos más temibles de ese individuo.

Y después se despiertan convertidos en esa caricatura.

La primera vez que vi a Ronald sentí miedo, igual que me pasaba con todas las Pesadillas. Ahora, le sonrío mientras me acerco a los ascensores.

Normalmente, me lo tomaría como una señal de progreso. Mi fobia a las Pesadillas, que antes me dejaba paralizada e incluso me provocaba ataques de pánico descontrolados, ya no me resulta tan aplastante. No ha desaparecido del todo, porque una década de terror no puede esfumarse en un instante, pero se ha vuelto más manejable. Cada día mejoro un poquito más.

Por desgracia, los sucesos de hoy me han recordado que el resto de mis miedos no han seguido el mismo camino.

Debería sentirme alentada al ver mi evolución en cuanto al tema de las Pesadillas. Es una demostración de que puedo cambiar, de que puedo controlar mi mente y dominar mis miedos. Y casi siempre soy capaz de crearme estos pensamientos.

Pero el día de hoy me ha dejado abrumada. Cuando tenía una única fobia arrolladora, ese temor eclipsaba a todos los demás. Ahora, los otros miedos compiten en igualdad de condiciones y me atormentan de una manera completamente diferente. En este mundo hay muchísimas cosas que me aterrorizan, muchas formas de morir que debo esquivar a diario.

¿Cómo voy a hacer para dominar tantísimos miedos?

La cruda realidad es que nunca lo conseguiré. No me queda otra que aprender a convivir con ellos.

Ojalá pudiera encontrar alguna manera de arreglar mis problemas...

Salgo del ascensor y cruzo el rellano en dirección al apartamento de Cy.

Teniendo en cuenta que estamos en Newham, el piso es enorme. La puerta de entrada da a un espacioso salón con un sillón lujoso, una mesita de madera y un ventanal que ofrece unas vistas espectaculares del paisaje nocturno de la ciudad. Otra puerta lleva al dormitorio de Cy, que es tan grande como el salón y tiene unos muebles aún más caros, y a un cuarto de baño con una ducha de alta tecnología y una amplia bañera con patas.

Recojo los periódicos del rellano antes de entrar y ojeo las noticias.

«MUERE ASESINADA LA CANDIDATA A ALCALDESA ANDREA GROVIN», dice el primer titular que leo. El texto va acompañado de un cartel promocional en el que aparece una mujer con una lustrosa melena negra y la cabeza inclinada, mirando a un lado de forma majestuosa. Detrás de ella se ve la imponente catedral de Newham.

No me molestó en leer el artículo para descubrir quién la ha matado; lo más probable es que se trate de otro candidato. En todo caso, nadie la echará de menos. Todos sabíamos que secuestraba niños para darse baños con su sangre, porque así su piel se mantenía tersa y suave.

Paso las hojas del periódico y leo otros titulares.

«DESAPARECE LA HEREDERA DE LOS KOVAL. SU MADRASTRA, MARISSA KOVAL, ANUNCIA QUE “SERÁ UN PLACER GESTIONAR SU HERENCIA MULTIMILLONARIA” HASTA EL REGRESO DE LA JOVEN».

Sí, bueno. Dudo mucho que la heredera aparezca, a no ser que alguien encuentre su esqueleto en el fondo del río.

«EL JUEZ QUE MANDÓ A LA ALCALDESA A PRISIÓN DA MARCHA ATRÁS

DESPUÉS DE LA TRÁGICA MUERTE DE SU HIJO».

Vaya, menuda sorpresa. Seguro que ningún habitante de Newham se esperaba este giro.

—Hoy has llegado temprano.

Me giro sobresaltada. No me había dado cuenta de que Cy estaba en casa.

La madre de mi amigo era una estrella de cine, así que no es sorprendente que él tenga una piel perfecta y unos deslumbrantes ojos verdes (que se suele maquillar con lápiz negro para que destaquen aún más). Aunque normalmente se peina el cabello negro con gomina, esta noche no lo ha hecho. Lleva un chaleco y unos pantalones negros, además de una camisa verde oscuro que resalta el color de sus iris.

Es tan atractivo que me resulta intimidante, y reprimo el impulso de apartar la mirada.

—Ya, es que he tenido una noche un poco loca —le explico.

—A mí me lo vas a decir —murmura él mientras se deja caer en el sofá.

Clava los ojos en el techo, con la cabeza sobre el reposabrazos como una típica damisela de película de vampiros a la espera de que el monstruo la muerda.

Lo más gracioso de todo es que, si estuviéramos en una película, él sería el monstruo.

—Mi noche ha sido horrenda —anuncia con el brazo encima de la frente (un gesto que me recuerda todavía más a una damisela a punto de desvanecerse).

—¿Sí? ¿Peor que la noche en la que Defensa contra Pesadillas nos secuestró y nos encerró en jaulas? —pregunto.

—Tan mala no ha sido —admite, y gira la cara para mirarme con una sonrisa.

Se la devuelvo, sintiendo que una parte de la tensión de esta noche abandona mis hombros.

Me siento más relajada con él que con cualquier otra persona, aparte de Priya. Y, sin embargo, por mucho que ahora me cueste creerlo, cuando lo conocí estaba convencida de que iba a beberse toda mi sangre y dejarme tirada en una cuneta.

Sobra decir que eso no ocurrió.

No hay nada mejor para descubrir el verdadero carácter de alguien que sobrevivir a un atentado en un barco, nadar juntos hasta la orilla y caminar durante varios días para regresar al mundo civilizado. En algún momento situado entre esos sucesos y el secuestro con intenciones homicidas por parte de Defensa contra Pesadillas, me di cuenta de que Cy me caía muy bien.

Y, lo que es más importante, estando con él me siento a salvo.

—Dime, ¿qué te ha pasado? —inquiero—. ¿Por qué has tenido una noche horrenda que no llega a ser la peor de la historia?

—Por mi padre.

Envidio a Cy por muchas razones. Dispone de una cantidad inmensa de dinero, por lo que siempre podrá sentirse relativamente seguro. Nunca tendrá que preocuparse de poder pagar el alquiler o comprar comida. Nunca se verá obligado a salir con zapatos raídos, o a no gastar nada de nada porque necesita un frigorífico nuevo. Además, como es un vampiro, goza de unas habilidades regenerativas increíbles. Cualquier herida se le cura sin dejar cicatriz, desde un balazo a un corte que le llegue hasta el hueso.

Lo único que no me da envidia es su padre.

—¿Tu padre? —repito con nerviosismo—. ¿Es que ha descubierto dónde vives?

¿*Va a venir a matarnos?*, añado para mis adentros.

—Todavía no —responde él, y yo suelto un suspiro de alivio.

—Entonces, ¿qué ha sucedido? —pregunto mientras me siento en la cómoda silla que hay junto a Cy.

—Va a sacar una película nueva, y el estreno mundial se celebrará la semana que viene en el Teatro Real —explica con una mueca.

—¿Aquí? ¿En Newham?

—Sí.

Un escalofrío me recorre el cuerpo. El padre de Cy es un magnate del mundo del espectáculo y produce películas. Hace años, contrató a una Pesadilla para que lo convirtiera en vampiro, porque quería vivir para siempre y mantenerse joven, guapo y rico mientras su imperio se expandía. Al contrario que Cy, este hombre no paga a la gente por su sangre, sino que seduce a chicas jóvenes y las desangra. Después, se defiende diciendo que ha sido «un accidente», que «no ha podido controlarse». Droga a las mujeres antes de morderlas, pero, según él, lo hace por compasión, para que no recuerden la agresión cuando despiertan.

Y utiliza sus películas para convencer a la gente de que sus espantosos crímenes son románticos, de que es un personaje trágico y torturado, de que deberían idealizarlo en vez de repudiarlo.

—No entiendo por qué me afecta tanto esto —confiesa Cy—. Bueno, en realidad sí. No es la primera vez que estrena una película terrible llena de estereotipos dañinos, pero no había sacado ninguna desde que hui de él. Y tengo la sensación de que debería hacer... algo.

—¿Como qué?

—No sé, prenderle fuego al cine.

Lo contemplo con una ceja enarcada.

—Vale, nunca haría eso. No quiero que nadie sufra por mi culpa —reconoce con un resoplido, y luego deja caer los hombros—. Tampoco serviría de nada, de todas formas. Imagino que los rollos de la película ya habrán llegado a un montón de cines del país.

—Es probable —coincido.

—Me siento muy inútil —dice mirándose las manos.

—Pues no lo eres —replico. Le toco el hombro y me inclino hacia él para estrecharlo en un abrazo.

El padre de Cy es un hombre rico y poderoso. ¿Cómo podrían enfrentarse dos personas como nosotros al dueño de un imperio cinematográfico?

No hay manera.

Y tampoco hay manera de luchar contra los Amigos del Alma Sosegada, que llevan décadas capturando a gente y que también pretendían secuestrarme a mí por alguna razón que desconozco. Da igual cuántos crímenes cometa la gente como ellos, porque vivimos en Newham. Aquí, las leyes no afectan a los ricos. Ni a las bandas. Ni a la alcaldesa. Ni a la

policía.

Ni a la mayoría de la gente, en realidad.

Me parece muy injusto que el padre de Cy pueda dedicarse a cometer asesinatos y hacer películas para idealizarlos, y que los Amigos del Alma Sosegada no tengan problemas para sacar adelante su red de trata de personas. Pero, por desgracia, así funciona el mundo, y no se me ocurre ninguna idea para cambiar las cosas.

Cy se suelta de mi abrazo y se arregla el peinado sin mirarme a la cara. A continuación, respira hondo y me pregunta:

—¿Y a ti qué te ha pasado?

—Ah, lo de siempre —respondo con un encogimiento de hombros.

—Ajá... —Me observa con los ojos entornados—. Venga, Ness.

—¿Qué quieres?

—Empieza a cantar.

Suelto un quejido.

—Es evidente que los engranajes de tu cabeza están girando a toda velocidad. Y has vuelto a casa temprano —insiste con expresión amable—. ¿Te han despedido?

—¡No!

Por ahora, en todo caso.

Él sigue contemplándome, expectante.

Agacho la cabeza y me miro las manos, que por fin han parado de temblar. Tiene sentido: estoy en casa, con Cy, a salvo. Ojalá pudiera sentirme así en todo momento.

Pero eso implicaría no salir nunca del apartamento. Y, si hiciera eso, el único sitio que me hace feliz acabaría por transformarse en una jaula. Me cargaría la poca paz que hay en mi vida.

—Estoy pensando en buscarme un trabajo diferente —confieso al final.

—¿Un trabajo diferente?

—Uno menos peligroso. Y con mejor sueldo, a poder ser —añado.

—¿Y has tomado esta decisión a mitad de tu turno?

—Sí —confirmo con un carraspeo.

—¿Es que ha ocurrido algo? —me pregunta con cara de compasión.

—Más o menos —respondo—. Bueno, no ha sido nada fuera de lo normal: estalló una pelea y la gente empezó a pegar tiros. La cosa es que las balas alcanzaron a una camarera, y...

—Empezaste a preguntarte si tú serías la siguiente, ¿no? —concluye él por mí.

Asiento sin decir nada más y nos quedamos en silencio un buen rato.

—Bueno, en ese caso, supongo que deberíamos echarles un vistazo a las ofertas de trabajo del periódico, ¿no? —sugiere Cy de repente.

—¿No estás enfadado? —inquiero con una sonrisilla.

—¿Por qué iba a estarlo? —contesta él, frunciendo el ceño.

—Porque estoy viviendo en tu apartamento sin pagar alquiler. Y, si dejo mi trabajo, es posible que tarde aún más en marcharme —le recuerdo.

—No te preocupes por eso, de verdad —responde.

Me cuesta mucho hacer lo que me pide. Yo me preocupo absolutamente por todo: ese es mi rasgo más característico.

El sonido del teléfono nos interrumpe. Cy se incorpora y levanta el auricular. Aunque el resto del apartamento está repleto de cosas nuevas, el teléfono es un modelo antiguo de madera con auricular de latón. Tiene un aspecto muy elegante, pero abulta un montón.

—¿Diga? —Se queda quieto, con la oreja pegada al artilugio de metal—. Ah, sí, Estelle. Hola.

Me reclino en el asiento en un intento de parecer más pequeña, como si quisiera esconderme de Estelle pese a que no se encuentra aquí.

—Sí, ha llegado ya. —Cy me mira de reojo durante un segundo y luego pregunta—: ¿La herida?

Se gira hacia mí, con una ceja enarcada.

—Invéntate algo —susurro, y me señalo el brazo.

—Sí, se la estaba curando justo ahora —improvisa él, siguiéndome el juego sin problema—. Es una herida muy fea. Se ve que la adrenalina del tiroteo mitigó el dolor.

Cy está mintiendo por mí. No sé si sentirme halagada o avergonzada.

—Sí, claro, se lo diré. —Se pone en tensión por algo que ha comentado Estelle, pero se relaja al momento—. Ah, no te preocupes, es lógico. Me parece bien.

Cuelga el teléfono y me encara.

—Sabes que hay formas más fáciles de conseguir un permiso para buscar trabajo, ¿no? —me pregunta con sequedad.

—Ya, pero... Esta es la que menos probabilidades tiene de acabar en despido.

No quiero perder este empleo antes de encontrar uno nuevo. La búsqueda de trabajo es una tarea que requerirá todo mi tiempo, y tengo los nervios demasiado alterados para volver mañana al bar clandestino. Por eso me inventé una... mentirijilla, para conseguir un poco de tiempo libre y organizarme.

Es más: si la comparo con la lista de todas las mentiras que he contado, esta es una de las más inofensivas. No veo por qué debería sentirme culpable.

—Gracias por encubrirme, aunque no estés de acuerdo con mis métodos —le digo.

—No pasa nada.

Me paso la mano por la cabeza, y me vuelve a sorprender lo poco que me ha crecido el cabello en un mes. Al menos ahora parece un corte de pelo, en vez del resultado de hacer un pacto en plan Fausto con un monstruo onírico.

—Parece que quería algo más, ¿no? —inquiero.

—Ah, sí —contesta él encogiéndose de hombros—. Dice que le ha surgido algo urgente, así que no podrá alimentarme esta noche.

Me pongo rígida.

Cy le compra sangre a Estelle. No me molesta, porque se trata de una relación comercial con beneficios para los dos: él tiene que comer y ella necesita dinero. Hay un respeto mutuo entre ambos y, para qué engañarnos, no se me ocurre un método más inocuo o práctico para que un vampiro consiga sangre. En Newham, lo normal es que la gente tome todo cuanto

quiere, sin importar el sufrimiento ajeno que eso pueda causar.

Y, bueno..., Cy necesita alimentarse.

—Vaya —digo, dándome la vuelta para ocultar mi nerviosismo.

A pesar de que tengo el cuerpo petrificado, no estoy asustada. Esto no es miedo; sé que Cy nunca me haría daño. No se va a poner en plan «ahora tú eres mi cena», ni nada por el estilo.

El problema es que ya le di mi sangre una vez, solo una. Me ofrecí voluntariamente y todo fue bien. No me pasó nada. Sin embargo, una parte de mí teme que Cy lo pueda interpretar como una invitación para pedírmelo de nuevo.

En realidad, si mi situación fuera más normal, creo que no me sentiría molesta si lo hiciera. Puede que lo rechazara o puede que no. No lo sé. No fue una mala experiencia.

Pero todo cambió cuando me quedé sin hogar y me vine a vivir aquí. Ahora tengo miedo de que me lo pida, porque no sabría cómo responder. Si tenemos en cuenta que estoy viviendo aquí gratis, ¿sería aceptable que me negara? ¿O debería decir que sí para pagarle en sangre, aunque no quiera?

Y si aceptara, ¿lo haría porque quiero de verdad, o porque mi subconsciente quiere apaciguar a la persona que podría dejarme en la calle?

—Hemos quedado mañana a primera hora de la noche —comenta Cy, interrumpiendo mis pensamientos.

Mis músculos se relajan. No me ha pedido nada. No tendré que hacerle frente a una decisión incómoda.

Al menos, esta vez.

—¿Podrás aguantar hasta entonces? —le pregunto para asegurarme.

—Por supuesto.

—Vale, vale —repito—. Bueno, me voy a la cama, que estoy agotada. He tenido un día muy largo. Por aquello de que he estado al borde de la muerte un montón de veces, y demás.

Me dirijo al armario empotrado con rapidez, tratando de camuflar los extraños sentimientos que han surgido en mi interior. Cy me observa con una expresión un tanto triste, y sé que mis esfuerzos no han tenido éxito.

—Aquí estás a salvo, Ness. Lo sabes, ¿no? —me dice.

—Claro —respondo con delicadeza.

Y es cierto: Cy nunca me haría daño.

El problema es que podría, si quisiera. Ahora mismo, mi vida está en sus manos. Si algo se tuerce, sea lo que sea, estoy jodida. Si discutiéramos, me quedaría en la calle. Y si intentara atacarme, no podría defenderme de ninguna manera.

Mi único deseo es que los dos estemos en igualdad de condiciones, porque así dejaría de pensar en estas cosas. Si los dos nos halláramos en el mismo punto de la escala, podría confiar más en mis sentimientos, y quizá no tendría tantos problemas para hacer lo que me dice.

Mientras me meto en mi cama del armario, me pregunto cómo sería el mundo si tuviera tanto dinero como los Amigos, si me curara tan rápido como Cy, si fuera tan valiente como Priya.

Si pudiera vivir en esta ciudad llena de monstruos sin ser como soy: pequeña, débil e indefensa.

TRES

Me paso la siguiente semana presentándome a entrevistas de trabajo, y casi todas salen tan mal como cabía esperar.

Cuando llego a la primera, me encuentro con un desastre en pleno desarrollo: un dragón se ha quedado atrapado en un sótano y está abrasando a todo el que se acerca. De hecho, la mayor parte del edificio ha sucumbido ante la furia de las llamas. Los agentes de Defensa contra Pesadillas tratan de dispararle desde arriba, pero el rugiente remolino de fuego les impide acercarse.

Tras revisar la dirección en mis notas, me abro paso entre los escombros del edificio contiguo, que parece haber sufrido un coletazo del dragón. Como los números de la calle siguen pintados en la acera, puedo comprobar si estoy en el sitio indicado. Exacto: la entrevista era aquí.

Tacho la oferta de la lista.

Mientras paso junto a una furgoneta de la policía que está aparcada en la esquina, un hombre calvo de mediana edad, con un esmoquin achicharrado, asoma la cabeza por los barrotes de la parte trasera.

—Solo quería traerle comida a mi abuela —balbucea—. Además, ¡Newham está superpoblada! Nadie le hace caso.

Sospecho que él era el entrevistador.

Investigué bien antes de venir, como se debe hacer con cualquier oferta de trabajo en Newham. Me aseguré de que la empresa existiera: hay un número de teléfono que te confirma estas cosas, aunque los operadores también pueden caer en la tentación de aceptar sobornos. Además, repasé la lista semanal de estafas que ofrecen los vendedores de periódicos, pero hay demasiadas y es imposible que las incluyan todas.

La siguiente entrevista es en una carnicería. Cuando abro la puerta, un pulpo monstruoso con ocho bocas y cara de bebé me da la bienvenida mientras agita un enorme cuchillo sangriento.

Me doy la vuelta y salgo pitando, sin parar de gritar.

Huelga decir que no me dan el trabajo.

La entrevista que sigue se desarrolla de manera mucho más prometedora: es en una cafetería pequeñita del distrito financiero, y creo que el encargado está a punto de contratarme. De repente, alguien le pega un tiro.

Justo delante de mi cara.

Cuando miro a la calle, veo a la alcaldesa a lomos de su pterodáctilo, sobrevolando la calzada a varios pisos de altura. Las luces de neón de los edificios circundantes se reflejan en las escamas iridiscentes del dinosaurio, que abre su larga boca y suelta un chillido amenazante. La alcaldesa, con una metralleta en cada mano, esboza una sonrisa salvaje. El viento le sacude la larga melena negra, que va atada con un lazo.

La gente grita y se lanza a los lados conforme la alcaldesa recorre la calle, disparando las metralletas con estruendo mientras persigue a un hombre que huye en moto. El individuo tiene varios tatuajes faciales muy distintivos y bigote; me suena haber visto su cara por toda la ciudad, en los carteles promocionales de las elecciones municipales.

—¡Corre, corre! —canturrea la alcaldesa, riéndose como una desquiciada mientras acribilla la motocicleta.

El pterodáctilo profiere un alarido de rabia cuando la mujer tira de la cadena que le rodea el cuello, obligándolo a girar para perseguir al fugitivo a lo largo de la calle. Al final, doblan la esquina y desaparecen de mi vista.

La alcaldesa y sus disparos descontrolados han dejado tras de sí una estela de destrucción y gente herida. Cuando el cuerpo sin vida de mi entrevistador se desploma en el suelo, también mueren mis posibilidades de conseguir un puesto en esta cafetería.

Salgo del local cubierta de sangre, una sangre que podría haber sido mía si la bala se hubiera desviado unos pocos centímetros a la izquierda.

Quizá debería esperar a que pasen las elecciones a la alcaldía, pienso mientras camino, aturdida.

Estas elecciones solo se convocan cada cinco años. Las anteriores fueron las primeras que se organizaron tras mi llegada a Newham, y yo no estaba preparada para el nivel de violencia que iba a anegar las calles. En aquella época todavía vivía con mi tía, quien insistió en que me quedara en casa hasta el final de la campaña electoral.

Por desgracia, ella no siguió sus propios consejos: siguió yendo a trabajar todos los días, y acabó atrapada en su fábrica cuando el edificio se derrumbó. La causa fue un ataque estratégico para golpear económicamente a uno de los candidatos y forzarlo a retirarse. Mi tía sobrevivió a la catástrofe inicial, pero inhaló un montón de mierda tóxica mientras estaba enterrada entre los escombros y contrajo un caso crónico de tos aullante, que acabó por matarla un año después.

Debería seguir el consejo que me dio en aquel entonces y esconderme hasta que todo esto acabe.

Pero es que... Bueno, cuando terminan las elecciones, las bandas suelen enzarzarse en una gran batalla, porque muere mucha gente durante los comicios y dejan vacíos de poder que deben llenarse. Ese proceso podría durar unas cuantas semanas.

Para cuando se solucione ese tema, puede que ya estemos en Año Nuevo. En esas fechas se llevan a cabo los análisis de desempeño comercial, por lo que, cómo no, los gerentes de las empresas se dedican a aniquilar a sus rivales para quedar bien ante sus accionistas.

Suelto un suspiro. No puedo esperar a que llegue una época más segura para buscar trabajo,

porque en Newham no existe nada por el estilo.

He seguido caminando sin prestar mucha atención a mis alrededores, y me llevo una sorpresa cuando levanto la cabeza. Estoy frente al edificio de los Amigos del Alma Sosegada.

No había vuelto a verlo desde mi huida, y su fachada de ladrillo liso con arcos de estilo clásico me inspira una mezcla de nostalgia, dolor y paz. Pasé gran parte de mi vida aquí. Fue el lugar donde más feliz me sentí.

Aunque estuviera lleno de maldad.

Recuerdo la primera vez que vine como si hubiera ocurrido ayer. Tenía once años, y mi tía me trajo hasta aquí sin soltarme la mano ni un segundo. Llevaba menos de dos meses viviendo con ella: solo éramos dos desconocidas que se habían visto obligadas a juntarse por culpa de la muerte de mi padre a manos de mi hermana. Bueno, puede que «patas» o «colmillos» sean palabras más adecuadas que «manos». No sé cuál es la terminología correcta cuando se habla de arañas gigantes.

Mis miedos se habían vuelto incontrolables: las Pesadillas me aterrorizaban tanto que el temor me dejaba incapacitada, y las arañas me daban un pánico aún mayor. No dormía casi nada, porque tenía miedo de convertirme en un monstruo como Ruby y matar a mi tía. Las pocas horas de sueño que conseguía rascar eran irregulares y agitadas, y siempre me despertaba entre espasmos y sollozos. No podía soñar, porque los medicamentos se encargaban de impedírmelo, pero ni siquiera así lograba descansar.

Además, mi tía no vivía precisamente en la mejor zona de Newham. Aunque limpiaba el apartamento tanto como podía, las arañas siempre conseguían colarse. En cuanto me encontraba algún bichito, huía del piso entre gritos, y mi mente recordaba de golpe los crujidos de los huesos de mi padre y la imagen de una gigantesca pata peluda en el pasillo.

En esos casos, mi sentido común salía volando por la ventana..., igual que yo. Lo digo literalmente: salté por la ventana muchas veces. Por suerte, había una escalera de incendios al otro lado, así que no caía al vacío.

En resumen, estaba hecha un desastre, y mi tía no estaba preparada para lidiar con una niña tan traumatizada. Así que me llevó a la sede de los Amigos. Sus programas gratuitos de terapia eran nuestro último recurso.

—No te preocupes, que yo estaré todo el rato contigo —me dijo antes de entrar, agarrándome la mano con fuerza—. Ya verás como todo sale bien.

Yo asentí, desconcertada, sin entender del todo lo que estaba pasando. En retrospectiva, es evidente que mi tía tenía dudas sobre los Amigos y sus motivaciones, pero la pobre estaba desesperada. No podía permitirse un psicólogo de verdad, y había que darle alguna solución a mi problema.

Subimos juntas los escalones de la entrada, y recuerdo que me pareció el edificio más bonito del mundo.

La fachada clásica de ladrillo y el suelo de piedra le daban un aspecto antiguo, un aire de historia y sabiduría. Era el lugar más lujoso que había visto en mi vida, y me dejó asombrada. Se oía una musiquilla suave y tranquila, y una mujer muy agradable nos dio la bienvenida al

entrar. Después de sonreírle a mi tía y darme un caramelo, pronunció las palabras mágicas:

—Estás a salvo. No te preocupes: mientras estés aquí, no puede pasarte nada malo —susurró con expresión dulce.

Yo la creí, tanto a ella como al resto de la gente que había allí. Confiaba tanto en la seguridad que me brindaba ese lugar que, tras la muerte de mi tía, no se me ocurrió otra cosa que irme a vivir con ellos y convertirme en una discípula más. No creía en sus santos ni en su doctrina, pero era el único sitio donde me había sentido a salvo después de perder a mi familia.

Y, al final, resultó que todo era una puñetera mentira.

Aun así, a pesar de que ahora he descubierto todos sus engaños, sus planes para secuestrar a la gente y sus intenciones de hacerme vaya usted a saber qué, cuando miro el edificio no puedo evitar pensar en los momentos buenos: las risas que compartía con Priya, las veces que me acurruqué en mi habitación, la sensación de que todo iba a salir bien...

Mi vida diaria tenía una estructura y una organización claras. Alguien se encargaba de decirme qué tareas debía hacer cada día, y yo las llevaba a cabo. Me daban de comer y nunca tuve preocupaciones como, por ejemplo, tener que buscar trabajo, ahorrar o abusar de la generosidad de un amigo.

Vivir allí era fácil. Simple. Cómodo.

Añoro tanto esa época que la sensación me duele. Quiero recuperar esa existencia rutinaria y fiable, esa certeza de saber cómo será cada día, la seguridad de que no tendré que preocuparme por el futuro. Detesto el caos de hacerme cargo de mí misma, la incertidumbre de mi trabajo, la naturaleza insignificante de mi existencia, el hecho de que una bala aleatoria pueda irrumpir en mi vida y arruinarlo todo.

Daría cualquier cosa por regresar al orden y la estabilidad de los Amigos. Cualquier cosa. Aun sabiendo que todo era mentira.

A veces me surge una duda: si no hubieran tratado de secuestrarme, si solo hubieran capturado a otra gente, ¿me habría quedado? Si hubiera descubierto sus crímenes y no me hubiera visto envuelta en ellos, ¿habría tomado la decisión de ignorar la verdad, con tal de conservar mi estilo de vida?

Puede que sí.

No me gusta pensar mucho en ello, pero la verdad permanece ahí, acurrucada en mi pecho: no soy buena persona. Pocas cosas me importan más que mi propio bienestar. Si hubiera tenido la certeza de que estaría a salvo en los Amigos, aunque otras personas acabaran mal por su culpa... No hace falta decir más. La pregunta clave es: ¿qué tipo de crímenes habría estado dispuesta a cometer con tal de quedarme allí?

Prefiero no darle más vueltas a ese tema.

En ocasiones, acudían a los Amigos personas que habían escapado de sus maltratadores. Nos contaban los horrores que habían sufrido, las razones que les habían dado el valor suficiente para huir de una vez.

Y luego volvían con sus torturadores.

Nunca lo entendí. ¿Cómo podía alguien regresar voluntariamente a una situación así, sabiendo lo horrible que era?

Pero ahora lo comprendo.

Siempre se dice eso de que «la ausencia aviva el amor». Se supone que es una expresión romántica, pero, si lo piensas bien, no es cierto. La ausencia es una ola que alisa y pule los recuerdos, como si fueran una piedra de la playa. Hace que las cosas malas no parezcan tan horribles. Y la inestabilidad del presente, su imprevisibilidad..., no son nada agradables. El presente es áspero, desgarrador y muy difícil de sobrellevar.

Y así, empiezas a pensar con cariño en la vida que llevabas antes. No echas de menos a la persona en sí, sino la familiaridad, el orden, la rutina. La estabilidad.

No pienso caer en esa trampa.

No puedo permitírmelo.

Le doy la espalda al edificio con los puños apretados, sintiendo un dolor que emana de las profundidades de mi pecho.

Ya ni siquiera sé lo que quiero. Me gustaría que las cosas fueran como antes, pero al mismo tiempo lo rechazo. Me gustaría que los Amigos no fueran malvados, pero eso no puedo cambiarlo. Me gustaría que los castigaran por el sufrimiento que me han causado a mí y a otras personas, pero no hay nadie que pueda encargarse de ello. Tendría que hacerlo yo misma, y no soy ninguna justiciera. Esas estupideces suicidas se las dejo a gente como la Liga del Caos, el infame grupo de vengadores.

Entonces, ¿qué es lo que quiero de verdad?

Lo mismo de siempre: sentirme a salvo. Quiero conseguir lo que me ofrecían los Amigos: esa sensación de seguridad, orden y protección.

Solo tengo que encontrarla de otro modo.

Me apoyo en la pared de un edificio de ladrillo y contemplo una valla publicitaria que anuncia la película que mencionó Cy anoche. En la imagen aparece Dracuvlad, un vampiro pálido y vestido con ropa elegante. El actor que lo interpreta tendrá por lo menos cuarenta años, y está a punto de morder a una chica extasiada que no aparenta más de dieciséis.

Un estremecimiento de asco me recorre. Odio este tipo de películas, sobre todo ahora que conozco la verdad: que el padre de Cy las creó con el objetivo específico de justificar e idealizar sus crímenes contra las mujeres.

El padre de mi amigo no se transformó en vampiro por culpa de un sueño o un ataque. No, fue decisión suya: pagó a alguien para que lo convirtiera en un monstruo. ¿Y por qué no? El vampirismo lo protege de la violencia, las enfermedades y los efectos del envejecimiento. Y, encima, son sus víctimas las que pagan el precio.

No obstante, Cy también es un vampiro. Es tan invulnerable como su padre, pero él no hace daño a los demás.

Yo necesito encontrar una forma de sentirme a salvo sin ayuda de nadie. Por eso no podría volver con los Amigos, ni siquiera si dejaran de ser malvados: al fin y al cabo, seguiría dependiendo de ellos. ¿Pero qué pasaría si, en lugar de refugiarme en un sitio seguro, me

transformara en una criatura inmortal?

Puede que no haya enfocado el tema de la seguridad desde el punto de vista adecuado. Me he pasado muchísimo tiempo temiendo convertirme en una Pesadilla, en un monstruo que destruiría todo lo que amo. Pero la posibilidad de transformarme ya no me aterra tanto como antes.

Mi hermana se convirtió en Pesadilla porque era débil y necesitaba ganar fuerza. Soñó con ser un monstruo para protegerme, para vengarse de aquellos que la habían traicionado, para compensar el escaso poder que el universo le había otorgado.

¿Por qué no puedo hacer yo lo mismo?

¿No me sentiría mucho más segura si fuera menos frágil? ¿No disfrutaría más de la vida si no necesitara esconderme?

La idea me cosquillea en el cerebro, tentándome de una manera sorprendente. Durante todos estos años, lo que le ocurrió a Ruby me ha hecho tener miedo de las Pesadillas, de la pérdida de identidad que acompaña al cambio.

Pero ahora sé la verdad: fue ella misma quien decidió convertirse en un monstruo. Y la certeza de que yo podría transformarme en un ser fuerte, aterrador y difícil de matar me resulta extrañamente seductora.

Aunque no me hace mucha ilusión la perspectiva de ser una araña asesina gigante, la verdad.

Levanto la mirada hacia la bruma de contaminación que emborrona el sol, ese sol que Cy no puede ver. ¿Lo echará de menos? Creo que yo no lo añoraría. Al fin y al cabo, ¿qué beneficio saco yo de su luz?

Quizá debería pedirle a Cy que me convierta en vampira. Si fuera una vampira, podría curarme de cualquier cosa. Sería fuerte, resiliente y veloz. Nunca tendría que volver a preocuparme de los balazos ni del descontrol de Newham. Por fin podría moverme por el mundo sin sentir miedo.

Solo tardo un momento en darme cuenta de lo poco práctico que sería. Por mucho que desee tener la fuerza y las habilidades curativas de Cy, no me gustan nada los problemas subyacentes al vampirismo.

Como el tema de la alimentación, por ejemplo.

A diferencia de Cy, yo no soy rica y no podría comprar sangre. Por lo tanto, me tocaría actuar como un monstruo y atacar a la gente en la calle. Además de que no me apetece nada hacer eso, también llamaría la atención de los agentes de Defensa contra Pesadillas, los cazadores de vampiros profesionales y los ciudadanos enfurecidos. Todos y cada uno de ellos intentarían matarme, y eso suena aún más peligroso.

Por lo tanto, está claro que el vampirismo no es la solución.

Pero alguna otra clase de Pesadilla sí podría serlo. Solo tengo que encontrar la más adecuada.

CUATRO

Al final, consigo un empleo nuevo.

A decir verdad, pensé que la entrevista había sido un desastre (aunque no tanto como la anterior: en esa le rompí una silla en la cabeza al ayudante del jefe, que se acercó a mí por la espalda). En cualquier caso, este puesto era para un restaurante elegante, y ni siquiera me dio tiempo a limpiarme la sangre de la otra entrevista antes de acudir. Por lo tanto, no me presenté en el local con el aspecto más profesional de la historia, precisamente.

Aun así, me llamaron para comunicarme que empezaba a trabajar esta misma tarde. Es cierto que este puesto no pinta demasiado mal, pero soy una chica de Newham de los pies a la cabeza: para mí, cualquier golpe de suerte va acompañado de una enorme dosis de escepticismo y un cubo de cautela.

Por eso mismo, decido ir al bar clandestino unas horas antes de que abra. Quiero hablar con Estelle sobre un posible plan B.

—Claro que puedes volver, si no te gusta el otro empleo —me asegura ella cuando le confieso mis preocupaciones, comprensiva. Tiene una fregona en las manos; no sé lo que está limpiando, pero el agua del cubo se ha teñido de rosa—. Siempre necesitamos más camareras.

—¿Porque las matan a tiros? —pregunto con una ceja enarcada.

—O porque dimiten. —Estelle hace una pausa y acaricia el pañuelo que ha usado para recoger sus rizos pelirrojos. Al final, me da la razón—: Pero sí, la mayoría mueren a balazos.

Suelto un resoplido.

—No sé para qué quieres trabajar —se ríe ella, dándome un codazo con una sonrisilla cómplice—. Ya te has buscado un rica... O sea, Cy está cuidando de ti.

Aprieto los dientes y me aparto de ella.

—Ibas a decir que me he buscado un ricachón, ¿no?

Estelle resopla.

—Mira, no pasa nada por tener una relación así. Los dos lados obtienen un beneficio: uno consigue dinero, y el otro...

—¿Sexo? ¿Sangre? —le espeto—. No le estoy ofreciendo nada de eso a Cy.

—Pero lo has hecho alguna vez. Te vi la marca del mordisco —me recuerda.

—Una vez. Solo dejé que me mordiera en una ocasión. Yo no me dedico a eso —replico, ruborizada.

—¿Acaso te parece mal que la gente venda su sangre? —pregunta ella con las manos en las

caderas, levantando la barbilla para mostrar los mordiscos cicatrizados que le decoran el cuello.

—Yo... ¡No! —me retracto—. Es solo que... Cy es mi amigo. No quiero que nuestra relación cambie —explico tras respirar hondo.

Y es evidente que eso cambiaría las cosas, aunque los dos tuviéramos las mejores intenciones del mundo. Cuando mezclas el dinero con una relación, sea del tipo que sea, nada vuelve a ser igual. Alimentar una vez a un amigo no es lo mismo que cambiar sangre por alojamiento. Ninguna de las dos opciones está mal, pero es innegable que son muy diferentes, y nuestra amistad se transformaría por completo.

—Te entiendo. Perdona por suponer que... Bueno, vamos a dejarlo —se disculpa con expresión más amable. Luego se coloca un rizo suelto detrás de la oreja y añade—: Admiro que te empeñes en ser independiente, en vez de tirar por el camino más fácil.

—¿De verdad es más fácil? —pregunto en voz baja—. Depender de la generosidad de una sola persona, quedarte a su merced... —Niego con la cabeza—. Cuanto más dependa de él, más jodida estaré si las cosas salen mal. Y vivimos en Newham: siempre hay algo que sale mal.

Y ese algo no tiene por qué estar relacionado con la sangre. Creo que Cy nunca me obligaría a alimentarlo, al menos no de forma intencionada, porque es buena persona. Aun así, podría llegar un momento en que empezara a sugerirme que me busque mi propio piso, o que me haga cargo de algunos gastos. También podría sucederle cualquier cosa a él: su padre podría localizarlo y arrebatarle todas sus pertenencias, ya que técnicamente las pagó con dinero robado.

Tengo la sensación de que no controlo casi ninguna parte de mi vida. Cuando mi relación con los Amigos se hizo pedazos, me quedé en la calle, desamparada, porque había confiado en ellos por completo. Ahora no quiero volver a cometer ese error.

Lo que necesito es algún tipo de garantía, un paraguas con el que protegerme si el mundo se me viene encima otra vez. Por desgracia, creo que los conceptos «seguro» y «Newham» nunca podrán ir de la mano. A menos que seas rico o indestructible. O las dos cosas, preferiblemente.

—No te sabría decir si es más fácil —admite Estelle al rato—. Ni siquiera estoy segura de que exista un camino fácil. Tengo tres empleos y, aun así, me cuesta llegar a fin de mes. Al menos no estoy en deuda con nadie... Supongo que todo depende de lo que quieras hacer con tu vida —concluye con un suspiro.

Mi único deseo es sentirme segura. Ojalá no fuera tan difícil de cumplir.

Estelle me desea buena suerte con el trabajo nuevo, y les ruego a todos los dioses y demonios que no me permitan cagarla. A partir de ahora, trabajaré en el restaurante de un hotel pijo llamado Château Newham.

Ni el hotel ni su restaurante tienen nada de francés, pero todo suena más elegante cuando le metes alguna palabra extranjera al nombre. Me pagan más o menos lo mismo que en el bar clandestino —es decir, poco—, pero el local está en medio de la zona más rica de la ciudad. Por lo tanto, puede que dejen propinas decentes. O puede que no. Supongo que ya lo descubriré.

Lo más importante es que nadie se atrevería a sacar una pistola en un restaurante como ese.

Los clientes de ese negocio son el tipo de gente que podría aniquilar a toda tu familia con una simple llamada telefónica. No habrá peleas, riñas entre bandas ni tiroteos.

Aquí estaré mucho más segura que en el dichoso bar clandestino, ¿no?

Mi nuevo jefe, Nigel, es un hombre negro entrado en años, alto y delgado, con un refinado peinado canoso, unos anteojos con montura de oro y una vestimenta tan distinguida como la de los comensales.

—Tu turno empieza a mediodía y acaba a las ocho de la tarde —dice mientras me conduce al restaurante.

La sala es alta y bien ventilada, con enormes ventanales decorados con vidrieras. Me recuerda a las iglesias que había antes de la aparición de las Pesadillas. Quién sabe, puede que lo fuera y que la hayan convertido en restaurante.

Las mesas están separadas para dar privacidad a los clientes. De hecho, hay varios reservados con cortinas de terciopelo parecidas a las de los teatros, que envuelven en un halo de misterio a los comensales. Los enormes platos con porciones diminutas de comida carísima se colocan en las mesas con reverencia casi religiosa. Jamás se me ocurriría pagar tanto por tan poco, pero imagino que los ricos pueden hacer lo que quieran.

Me pregunto a qué sabrá la comida. ¿Merecerá la pena gastarse tanto dinero en ella?

Da igual, porque no creo que llegue a probarla nunca.

—Aquí está la barra —prosigue Nigel, señalando un mueble de madera tallado de forma tan exquisita que es prácticamente una obra de arte.

Trago saliva con disimulo. Me da la sensación de que me despedirían solo por hacerle un araño a esta pieza tan bonita.

Nigel me explica por encima cómo funcionan las cosas aquí. Me han contratado para trabajar de barman, pero es obvio que no pueden decirlo así por todo el tema de la ley seca. Por lo tanto, ahora soy una «mixóloga». Aunque esa palabra da a entender que me he sacado un grado en química, lo cierto es que ni siquiera terminé el instituto. No tengo dudas de que la policía nos calaría de inmediato; a fin de cuentas, estamos hablando de un restaurante con una barra llena de bebidas alcohólicas. No obstante, nadie está preocupado por las posibles denuncias: el local paga unos buenos sobornos para asegurarse de que no surja ningún problema.

En la barra hay tantos tipos de alcohol como uno pueda imaginar, y unos cuantos más inconcebibles: la etiqueta de una de las botellas, de hecho, asegura que contiene lágrimas de dragón fermentadas (algo que a mí me suena de lo más antihigiénico). Otra botella contiene un feto de serpiente marina, y otra se anuncia como leche de estegosaurio. Prefiero no pensar mucho en esa última.

Cuando Nigel termina con su perorata, me pregunta si tengo alguna duda.

—Solo una —contesto—. ¿Debo llevar cuidado con algo en especial?

—Jovencita, vas a trabajar en el restaurante más lujoso de Newham. Debes llevar cuidado con todas y cada una de las personas que entren por esa puerta —responde con amabilidad.

Estupendo.

Al menos, este hombre es sincero.

Todavía falta un buen rato para el comienzo de mi turno y el follón del almuerzo, por lo que tengo tiempo suficiente para hacerme una idea de cómo se trabaja aquí. El bar clandestino se organizaba de otra manera: todos los pedidos se hacían en la barra, por lo que me tocaba interactuar con mucha gente. En este restaurante, unos camareros de uniforme impecable se acercan y me piden un ron con licor de melocotón para la mesa nueve, o un splash newhamita para la veintiuno. En cuanto preparo los cócteles, regresan y se llevan las bebidas.

La verdad es que me gusta este método. Así no tengo que fingir interés por los problemas de la gente.

Me voy relajando conforme avanza la jornada. Los cócteles son los mismos que hacía en el bar, aunque aquí usan ingredientes de más calidad. En el restaurante hay un ambiente tranquilo, y suena una suave música clásica que me ayuda a calmarme.

Nadie se enzarza en discusiones por estupideces que acaban transformadas en tiroteos. Nadie le rompe una jarra de cerveza en la cabeza a otro cliente para empezar una pelea. Todo el mundo se mueve con lentitud y organización, con una profesionalidad extrema.

Yo también puedo hacerlo.

Lo único que necesitaba era un trabajo distinto, uno más apacible y discreto. Uno menos peligroso. Por fin tengo la sensación de que conseguiré recuperar el control de mi vida. Puede que nunca logre recrear la seguridad absoluta que sentía en los Amigos, pero al menos podré llevar una vida menos caótica. Una vida tranquila, para los estándares de Newham. Siento que las capas de preocupación que me envolvían empiezan a desprenderse. Todo va a salir bien.

—¡Quiero hablar con el chef ahora mismo!

Dejo de secar un vaso de chupito y alzo la cabeza. Cuando veo a la persona que ha gritado, me quedo estupefacta.

Marissa Koval, la directora general de Industrias Koval, la empresa más importante de Newham, se ha levantado de su mesa con actitud imperiosa. Es igualita a las fotos de los periódicos: una mujer alta y delgada de unos veintitantos o treinta y pocos años, con un tono de piel moreno que podría deberse (o no) a un espray bronceador y una melena larga y sedosa de color castaño oscuro. Las joyas que decoran su muñeca son carísimas, tan valiosas que apuesto a que podría comprar todo este edificio con ellas.

La camarera, una chica baja de piel oscura con unas alitas blancas que asoman por la espalda de su uniforme, la observa con unos enormes ojos aterrados.

—De acuerdo, señora. Lo traeré enseguida —le dice a Marissa antes de marcharse corriendo.

El chef sale de la cocina un instante después. Es un hombre blanco y cuarentón con poco pelo, y la frente le brilla a causa del sudor. Avanza con calma hasta la millonaria y la contempla con expresión cortés.

—¿Cuál es el problema, señora?

—¿El problema? —gruñe Marissa, y después señala su plato con un dedo acusador—. Hay un pelo en el plato.

El chef se inclina para mirar bien.

—Señora, me temo que ninguno de mis cocineros tiene el cabello largo y castaño oscuro — anuncia el hombre.

Uf, tendría que haberse callado. Sí, es probable que el pelo sea de Marissa, pero esas cosas no se dicen en voz alta. Hasta yo sé que eso es mala idea.

Marissa levanta una ceja perfecta y abre su bolsito de diseño.

A continuación, saca una pistola y le dispara al chef en la cabeza.

En cuanto oigo el disparo, me tiro tras la barra por puro instinto, con el corazón a cien. Así es como empiezan los tiroteos, con una discusión por alguna tontería, y luego el conflicto va a más.

Pero no suenan nuevos balazos.

Tras un momento, asomo la cabeza y veo que un grupo de gente se está llevando a rastras el cadáver del cocinero. Varios empleados se han puesto ya a limpiar la mancha de sangre, vigilados con atención por mi nuevo jefe.

A Marissa le han regalado un postre gratis para pedirle disculpas por la molestia.

Los otros camareros han vuelto al trabajo, y en menos de un minuto ya no hay ni rastro del hombre que ha muerto hace unos instantes. Han fregado los rastros de su asesinato a conciencia, por lo que ahora solo se ve el suelo de mármol pulido. Se ve que tienen práctica con este tipo de estropicios.

Eso significa que están acostumbrados a hacerlo.

Por lo tanto, estas situaciones son habituales aquí.

La decepción me arrolla como un tren y me vacía de aire los pulmones. Esperaba que este lugar fuera menos peligroso que mi anterior trabajo, pero tendría que haberlo visto venir: en Newham no hay ningún sitio seguro. Esta ciudad vive del caos y la violencia.

—Perdona —digo para llamar a la camarera más cercana, la chica con alitas de ángel que soportó los gritos de Marissa.

—¿Qué pasa? —pregunta ella tras acercarse.

—Tengo derecho a un descanso para el almuerzo, ¿no? ¿Hay alguien que pueda sustituirme? —inquiero con voz ronca, apretando los puños para ocultar mis escalofríos.

—Sí, puedo hacerlo yo misma —contesta con un asentimiento.

—Gracias.

Salgo de la barra, entro en la cocina y paso junto a varios empleados de aspecto sombrío, que trocean comida y vigilan los fogones sin mirarse a los ojos en ningún momento. Aun así, ninguno de ellos parece sorprendido o conmovido. ¿Y por qué iban a asustarse? Estas cosas pasan. Pronto contratarán a otro chef, una cara nueva que reemplazará a la anterior, otra persona que los ayudará a fingir que el hombre asesinado nunca existió.

Los esquivo con rapidez, odiando cada segundo que paso en esa lúgubre cocina, y llego al vestíbulo del hotel. A mi izquierda hay una puerta que da a un balcón, al aire fresco, a una hermosa vista de la ciudad. Es lo que me hace falta para salir del ambiente opresivo de este lugar.

Le doy la espalda, abro la puerta del guardarropa y me cuelo en el espacio estrecho y oscuro,

donde permito que el aire cargado y las prendas de abrigo me envuelvan como un capullo.

Aquí, lejos de la vigilancia de los clientes y de mi nuevo jefe, me encojo por fin y me rodeo las rodillas con los brazos. Presiono la cara contra las piernas y respiro hondo entre temblores, con la sensación de que la realidad está pisoteando mis esperanzas como si fueran una cucaracha.

Da igual qué empleo elija: nunca estaré a salvo.

Da igual a qué lugar de la ciudad vaya: nunca estaré a salvo.

Da igual lo que haga, porque, mientras siga siendo como soy —pequeña, frágil, endeble—, nunca estaré a salvo.

Nunca.

La puerta se abre con un crujido y yo levanto la cabeza, con los ojos desorbitados por el terror.

Ahí, bajo las luces del pasillo, está la última persona que esperaba ver.

—Ness, me alegro de volver a verte —me saluda el Espectro Pesadilla, esbozando una sonrisa que revela poco a poco sus dientes puntiagudos.

CINCO

No había visto al Espectro desde que lo liberé de su prisión onírica.

Está igual que en aquel momento. El color blanco de su piel es antinatural, con mejillas lívidas y labios pálidos; solo muestra un tono grisáceo en las zonas que sobresalen, donde hay menos espacio entre la carne y el hueso. Su cabello blanco, fino y sedoso se derrama sobre sus hombros como si estuviera compuesto de telarañas delicadas, casi etéreas.

Sin embargo, sus ojos me perturban más que cualquier otro rasgo. Son oscuros por completo y no tienen iris ni pupila, como dos cúmulos de tinieblas decorados con pestañas plateadas. Me recuerdan a un agujero negro, a un abismo infinito. Es como si algo hubiera desaparecido del universo, dejando en su lugar esta ausencia de vida.

La última vez que lo vi, estaba transformando a casi todos los miembros de Defensa contra Pesadillas en horrores sacados de sus mayores miedos. Mientras lo hacía no paraba de reírse a carcajadas, con una alegría desbocada.

A decir verdad, fui yo quien le pedí que lo hiciera. Al fin y al cabo, Defensa contra Pesadillas pretendía matarme.

Aun así, no me gusta mucho pensar en ello.

Llevaba tiempo preguntándome qué estaría haciendo el Espectro, pero pensaba que no volvería a saber nada de él. A fin de cuentas, ya consiguió todo lo que necesitaba de mí: su libertad. Como no tengo nada más que ofrecerle, di por sentado que nuestros caminos no volverían a cruzarse.

No debería haberme hecho ilusiones.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto con voz ronca.

—Este sitio me pillaba de paso —responde él.

Se me escapa un resoplido.

—Seguro que sí. ¿Sueles venir mucho por el guardarropa?

—Todo el mundo tiene que colgar su abrigo en algún lado —contesta con los brazos extendidos, en una postura tan enérgica como su sonrisa.

—Pero si no llevas abrigo —replico con una mirada inexpresiva.

—Puede que venga a recogerlo.

Me recuesto en los abrigos que me rodean; la mayoría son de marca, prendas a medida hechas de terciopelo y lana. El hecho de que el mismísimo Espectro Pesadilla me haya

encontrado escondida en un armario es tremendamente ridículo.

—Entonces, ¿cuál es tu abrigo? —inquiero.

—Vale, tú ganas —cede con una sonrisa aún más grande. La luz hace que sus dientes resplandezcan.

—¿Cuál es el premio?

—La verdad: he venido a hablar contigo.

—¿Y no se te ha ocurrido otra cosa que esperar a que me encerrara en un armario?

—Te equivocas. Estaba esperando a que te quedaras sola.

—Vaya, eso no suena nada siniestro —comento con sarcasmo.

—Huy, he hablado como un asesino en serie, ¿no? —se ríe él, contemplándome con alegría.

—Exacto —confirmo.

El Espectro se apoya en el marco de la puerta y acaricia con sus largos dedos la tela de sus pantalones negros. Lleva una camisa y un chaleco a juego, un conjunto oscuro pensado para camuflarse entre las sombras. Sobre él, su rostro y sus manos parecen brillar, casi como si fueran incorpóreos.

Tras acariciar el pantalón, se frota las manos sin dejar de sonreír.

—¿Se puede saber qué haces? —le pregunto.

—¿Sabías que en los sueños no hay texturas? —dice, sin apartar la vista de las yemas de sus dedos.

—Nunca había pensado en ello, la verdad —contesto parpadeando.

—Como la mayoría de la gente. —Levanta la mano y roza la tela de un abrigo—. Después de pasarme un siglo atrapado en las pesadillas de otras personas, me he dado cuenta de que me gusta descubrir texturas diferentes.

Me vienen a la cabeza todas las sensaciones que percibo ahora mismo: puedo saborear el aire cuando respiro, sintiendo cómo fluye conforme entra y sale por la nariz y la boca; cuando aprieto las manos, noto el sudor de las palmas y la calidez de mi propia piel; el cuello almidonado de la camisa se me clava en la nuca y me da ganas de rascarme.

Si no tuviera ninguna de estas sensaciones..., ¿me sentiría viva?

—Un siglo —repito, asimilando el tiempo englobado en esa palabra.

—Sí. —La sonrisa del Espectro no ha desaparecido, pero parece un tanto desquiciada, demasiado amplia y cruel—. Cien años sin descansar. Sin poder dormir, a pesar de que todos los demás estaban soñando.

Un escalofrío me recorre.

El Espectro arranca un botón de un abrigo y le da vueltas; parece que le gusta el tacto del objeto.

—Tampoco había nada permanente. Era un mundo construido a partir de los delirios subconscientes de la gente, así que las cosas solo existían hasta el final de la pesadilla —prosigue y, sin más, aplasta el botón.

Un montoncito de polvo cae de sus dedos; eso es todo lo que queda del objeto. El Espectro ladea la cabeza, igual de sonriente que antes, y observa cómo el polvo se mezcla con el aire

hasta desaparecer.

Se me pone la piel de gallina. ¿Cómo me sentiría si acabara encerrada en un bucle interminable de pesadillas ajenas, sin posibilidad de salir? Sin comida, sin texturas, sin objetos físicos y reales... Un mundo en estado de cambio permanente.

¿Quién podría conservar la cordura tras pasar por algo así, tras quedarse atrapado y perdido en los sueños de la gente durante cien años?

Yo no, desde luego.

—O sea, que transformabas a las personas en Pesadillas para castigarlas por tu encierro —le digo.

—No: lo hacía porque me aburría —replica—. Y porque me gustaba pensar en el caos que sembrarían en el mundo real.

Cómo no... ¿En qué momento se me ha ocurrido sentir lástima por este monstruo?

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Porque me lo has pedido —responde con una risita.

Bueno, tiene su parte de razón.

—Pero no me has explicado para qué has venido a verme —le recuerdo, optando por empezar a esclarecer las cuestiones más importantes.

Ahora, los dedos del Espectro juegan de manera distraída con una pluma que ha desprendido del cuello de un abrigo.

—He venido para ver si estarías interesada en... —dice lentamente, con un tono tan dulce como la miel—. En hacerme un pequeño favor.

—¿Un favor? —repito, confusa.

—Sí.

—¿Para qué diantres podría necesitar mi ayuda alguien como tú? —inquiero, atónita.

Al oír eso, él estalla en carcajadas.

—Ness, creo que te subestimas.

—Pues a mí me parece que no.

—Bueno, entonces me subestimas a mí. —Sus dedos destrozan la pluma poco a poco, arrancándole hebras—. Invertí veinte minutos de mi tiempo en conseguirte este trabajo.

—¿A qué te refieres? —pregunto, desprevenida.

—Te vi entrar a la entrevista cuando estaba... investigando el hotel —contesta, sonriendo sin abrir la boca como si quisiera ocultar la magnitud de su júbilo—, y me percaté de que me vendría bien tener a alguien conocido aquí. Alguien que no tuviera problema en hacerme un favor —añade con los brazos abiertos—. Lo único que hice fue quitar de en medio a los otros candidatos.

—¿Los quitaste de en medio? —repito con cautela—. ¿Eso significa que los has matado?

—El asesinato es una solución demasiado drástica —replica él. Ha dejado la pluma sin pelusa, y ahora solo queda el eje central—. Digamos que les di a elegir entre rechazar el puesto o unirse a la maravillosa variedad de insectos de Newham. Al fin y al cabo, también son importantes para el funcionamiento de la ciudad.

—O sea, que los transformaste en cucarachas —espeto con los brazos cruzados.

—Solo a algunos —se ríe, como si eso le restara gravedad al asunto.

Si fuera mejor persona, quizá me sentiría culpable de las acciones del Espectro. A fin de cuentas, fui yo quien lo sacó de su jaula y le permitió hacer este tipo de cosas. Sin embargo, no soy tan tonta como para creer que el comportamiento de otra persona es responsabilidad mía.

Además, no me arrepiento de haberlo liberado. Me ayudó a sobrevivir, ¿no? Para mí, seguir con vida es más importante que casi cualquier otra cosa.

—En primer lugar —continúa—, quiero dejar claro que no me enfadaré si rechazas mi petición.

Resoplo para expresar mi incredulidad, y él esboza una sonrisilla al oírme.

—Después de que me ayudaras a escapar tan amablemente —prosigue—, sería de mal gusto que te forzara a hacer algo. Tengo un poco de educación, aunque no lo creas.

Si consideramos que «tener educación» es no convertirme en cucaracha, supongo que debo darle la razón. Pero estoy poniendo el listón muy bajo.

—Bueno, ¿en qué consiste el favor? —le pregunto con rotundidad.

—Ah, es una cosa muy sencilla. No te costará nada —responde, sin apartar de mí esos ojos espeluznantes.

—¿Y por qué no lo haces tú mismo, entonces?

El Espectro convierte los restos de la pluma en polvo y después me dice:

—Por desgracia, si lo hiciera yo, dejaría de ser tan fácil.

Vaya, sus palabras no suenan nada preocupantes. No me hacen pensar que me veré envuelta en algún peligro extremo y horrible.

Lo miro fijamente. Esta criatura se ha pasado un siglo convirtiendo a la gente en sus mayores miedos. Y lo hizo porque estaba aburrido, porque le parecía divertido. Es la personificación de la monstruosidad.

Y ha venido a pedirme «un favor».

Una persona más egocéntrica que yo pensaría que tiene algún vínculo especial con él, o que le cae bien. Pero yo no soy la protagonista de una novela romántica de quiosco. No: soy una chica curtida de Newham, y sé que debo analizar bien cualquier tipo de atención que me dediquen. Especialmente, si proviene de alguien como el Espectro.

Lo más probable es que la verdad sea muy simple: este ser me conoce bien. Sabe cuáles son mis miedos, mis debilidades y todo lo demás, porque ha vivido en mis sueños. Por eso me habrá elegido: porque esa información le servirá para manipularme con más facilidad.

Y ser manipulable nunca es bueno.

Me planteo rechazarlo de inmediato, pero la idea me parece demasiado arriesgada; al fin y al cabo, me tiene acorralada en un guardarropa. Y me da la sensación de que no podré irme sin escuchar y aceptar su propuesta.

Sí, ha dicho que no me obligaría a hacer nada. No obstante, creo que será más fácil hacerle creer que participaré en su plan y huir en cuanto esté fuera de su alcance. Puede que el

Espectro acepte un «no» con elegancia; pero, si ocurriera lo contrario, no podría defenderme de ninguna manera.

Por lo tanto, todo apunta a que mi única opción es seguirle el rollo. Al menos, por ahora.

—¿Qué consigo yo si te ayudo? —le pregunto con una mirada escéptica.

—¿Qué quieres? —responde él, abriendo mucho los brazos mientras una sonrisa magnánima se dibuja en su rostro.

¿Qué quiero?

Quiero dejar de estar aterrada. Pasear por la calle sin temer que alguien me pegue un tiro. Vivir sin preocuparme por conseguir dinero o buscar una manera de salir adelante. Ser la única dueña de un sitio al que pueda llamar «hogar», un refugio en el que no dependa de nadie más. Dejar de tener miedo de todo y de todos, dejar de ser el objetivo de todas las sectas y las criaturas monstruosas con las que me cruzo.

Quiero sentirme a salvo.

Contemplo al Espectro un buen rato y, a continuación, antes de que mi cerebro advierta lo que va a decir mi boca, afirmo:

—Quiero que me transformes en una Pesadilla.

SEIS

El Espectro y yo nos miramos fijamente, como si ninguno de los dos comprendiéramos las palabras que acabo de pronunciar.

No me creo que le haya pedido eso.

He dicho que quiero ser una Pesadilla. Y encima lo he hecho delante de él, la única persona que podría cumplir esa petición de la peor manera imaginable.

—¿No tenías miedo de las Pesadillas? —me pregunta con una ceja enarcada, como si pensara que me ha oído mal.

—Así es. Todavía me aterran, de hecho —confieso.

Lo que ocurrió con mi hermana me dejó traumatizada. Siempre recordaré con horror los dientes afilados y los ojos famélicos de ese monstruo. Mi duelo por la muerte de Ruby nunca dejará de estar enredado con mis temores.

Pero mi hermana tomó la decisión de transformarse en Pesadilla. Fue ella misma quien eligió convertirse en una criatura poderosa, en algo que pudiera hacer frente a los verdaderos monstruos de su vida.

¿Por qué no puedo hacer yo lo mismo?

Echo el freno de golpe. ¿En qué diablos estoy pensando? No tengo intención de llegar a un acuerdo con el Espectro. Solo estoy tratando de ganar tiempo, fingiendo interés en su oferta para que no me transforme en cucaracha. No me estoy planteando en serio la posibilidad de hacer un pacto con un impredecible demonio onírico.

Bueno, al menos de momento.

Claro que no. Solo siento... curiosidad por lo que podría ofrecerme.

Me aclaro la garganta antes de seguir:

—A ver, no quiero ser una Pesadilla cualquiera, sino una específica.

—¿Qué tienes pensado? —inquieta él con la cabeza ladeada.

—Me gustaría sentirme a salvo —susurro—. Dejar de tener miedo.

Él niega con la cabeza, y la diversión de su rostro se convierte en irritación.

—Ya te expliqué que no puedo manipular la mente de la gente.

—No me refiero a eso. —Vacilo por un momento—. No quiero que alteres mi mente. Solo me gustaría... poder curarme tan rápido como un vampiro.

—¿Ves? Eso sí podría hacerlo —confirma, empezando a esbozar una sonrisilla.

Huy, no me gusta nada esa cara.

—Sin los efectos secundarios —añado tras carraspear.

El Espectro chasquea la lengua.

—Qué sosa eres —replica.

—Entonces, ¿no podrías hacerlo?

—Claro que sí —responde, desestimando mis preocupaciones con un gesto—. Puedo seleccionar los miedos que uso según me convenga. No estoy obligado a incluir la sed de sangre ni nada por el estilo.

—¿Y podrías darme otras habilidades? —pregunto—. Superfuerza o resistencia a las balas, por ejemplo.

—Por supuesto. Si una cosa te da miedo, es probable que pueda transformarte en ella —contesta él.

Mira, eso me viene de perlas, porque me da miedo todo. Va a tener muchas opciones entre las que elegir.

¿Qué más podría pedirle? ¿La capacidad de volar? ¿El poder de generar campos de fuerza defensivos? O... Bueno, seguro que hay muchas posibilidades, pero no tengo la suficiente imaginación para concebirlas.

En realidad, nada de eso importa, porque lo único que necesito es volverme invulnerable. Todo lo demás sería un plus.

Aun así, estoy dando por sentado que puedo confiar en él, cuando lo más probable es que todas sus palabras sean mentira. Al final acabará convirtiéndome en una cucaracha, sin duda. Las cosas que suenan demasiado bien para ser ciertas suelen terminar mal.

—Me dijiste que en los sueños te costaba controlar las transformaciones de la gente —le recuerdo—. ¿En el mundo real no ocurre lo mismo?

—Aquí lo controlo todo a la perfección. Las transformaciones salen justo como yo quiero —explica con expresión divertida—. En los sueños no es tan sencillo... El subconsciente de las personas lo retuerce todo. Cuando estás despierto, es poco probable que tengas miedo de un mono zombi caníbal con la cara de tu jefe. Sin embargo, cuando sueñas, la cosa más aterradora del mundo es ese monstruo que tu mente se ha inventado sobre la marcha.

Eso explicaría por qué algunas personas se convierten en Pesadillas tan extrañas.

—Entonces, ¿aquí puedes hacer cualquier cosa? —insisto.

—Tampoco te pases. No soy un dios —responde él con una carcajada.

—Bueno, ¿y cuáles son las cosas que no puedes hacer?

—Me costaría bastante mezclar varios elementos que no peguen entre sí —confiesa—. Si quiero juntar la capacidad de regeneración y la fuerza sobrehumana, los miedos de la mayoría de la gente me ofrecen esa opción. Una cosa va de la mano de la otra, ¿entiendes? Casi todas las criaturas que aterran a las personas son fuertes y difíciles de matar, así que puedo combinar esos miedos con facilidad. Pero si lo que quieres, por ejemplo, es transformar cualquier objeto en oro solo con pensarlo, eso me resultaría muchísimo más complicado. —Se encoge de hombros—. En general, la gente no tiene miedo de transformar las cosas en oro; de hecho, es

algo que les gustaría poder hacer. La única excepción sería que se tratara de una habilidad involuntaria, como el toque de Midas, por decirlo de alguna manera. Así que, a no ser que te asuste convertir a tus amigos en estatuas carísimas, me costaría mucho aplicarte esa transformación, especialmente si quieres añadir a la mezcla fuerza, curación y demás. —Tras pensarlo bien, añade—: Bueno, podría intentarlo. Creo que me divertiría bastante, y seguro que el resultado sería... revelador.

—Gracias, pero prefiero abstenerme —replico con sarcasmo. No quiero saber nada de cualquier cosa con la que él pueda «divertirse».

—Pero, claro, solo tendrías una oportunidad —advierte el Espectro—. Y no podrías cambiar de opinión después. No puedo transformar a la gente más de una vez y, cuando el proceso se completa, tampoco puedo deshacer las modificaciones.

Vaya, eso no me agobia. Para nada.

—No habré gastado ya mi oportunidad, ¿verdad? —inquiero con el ceño fruncido—. Porque, cuando te liberé, se me cayó el pelo y luego apareciste tú...

—No —contesta con cara de guasa—. Aquello fue la consecuencia de un trato que hice con otra persona. Técnicamente, fue ella quien te transformó.

Lo miro anonadada. ¿Cuánta gente va por ahí haciendo pactos con el Espectro?

Me miro las manos: son pequeñas, frágiles y débiles. Siempre he estado indefensa, y por eso soy el ultimísimo eslabón de la cadena alimenticia de Newham. Nunca he podido vivir sin tomar precauciones, y he perdido la cuenta de las veces que he escapado por los pelos de una muerte segura. Mi bienestar ha dependido una y otra vez de otras personas.

Hasta ahora he conseguido sobrevivir, pero llegará un momento en el que esté sola y nadie pueda salvarme.

Me pregunto qué se sentirá al no tener miedo, al no preocuparse por las heridas de bala. Cómo será no tener que refugiarse detrás de una barra cuando estalla una pelea entre bandas, caminar por la calle sin esconder el dinero ni llevar a la vista una cartera falsa, no agarrar con fuerza las llaves para poder usarlas como arma improvisada mientras vuelvo a casa por la noche.

¿Qué sensación producirá la certeza de que estás a salvo? Me paso la lengua por los labios, como si la posibilidad de sentirme segura tuviera sabor y yo no quisiera dejar de degustarlo.

Ni siquiera debería tomarme en serio toda esta conversación. Se suponía que iba a hacer un trato con el Espectro y que luego huiría. No se puede confiar en este ser.

Aunque...

Ya hicimos un pacto en su momento. Y él cumplió su palabra.

Lo liberé del mundo de los sueños y, a cambio, él me sacó de una jaula, aniquiló a Defensa contra Pesadillas y permitió que Cy y yo escapáramos. Vale, es cierto que él también estaba encerrado en la jaula, así que no le quedó otra que romperla para salir. Y, dado que los agentes de Defensa contra Pesadillas intentaron matarlo, él se los cargó en defensa propia.

Aun así, no me hizo ningún daño, y a Cy tampoco. Sé que nuestro trato era tan beneficioso para él como para mí, pero lo importante es que cumplió sus promesas.

¿Volvería a hacerlo?

No lo sé.

Esa es la pura verdad: no sé si puedo confiar en él. Sería arriesgado.

Pero la vida también lo es, sobre todo cuando vives en Newham. Vivir aquí es como participar en una versión horrible de la ruleta rusa.

Sobreviví a la explosión de un barco. Escapé de asesinos a sueldo. Hui de una secta que pretendía secuestrarme. Sigo con vida después de pasar por muchísimas situaciones que han matado a una cantidad innumerable de personas.

¿Me salvaré también la próxima vez? ¿Y la siguiente?

Esta ciudad está repleta de chiflados con sed de poder, Pesadillas descontroladas, bandas despiadadas y empresas corruptas. Aquí hay monstruos por todas partes, y yo soy una humana del montón.

No obstante, nada me obliga a seguir siéndolo.

La vida es arriesgada. Algunas personas nacen con toda la suerte y el poder que necesitan, y otras no. Sin embargo, a veces te llega una oportunidad de jugártelo todo y cambiar las cosas. Sí, puede que al final salgas perdiendo.

Pero también puede que consigas cumplir tus sueños.

En mi opinión, es cuestión de tiempo que se me termine la suerte. Apenas tengo dinero, y me estoy aprovechando de la solidaridad de un amigo que, potencialmente, podría devorarme. Además, escapé por los pelos de una secta malvada que, con toda probabilidad, me guarda rencor. Por no hablar de las situaciones casi mortales con las que me topo a diario.

Todas estas cosas acabarán por pasarme factura tarde o temprano. ¿Qué pierdo por arriesgarme a aprovechar esta oportunidad?

—Venga, vale —acepto—. Haré lo que me pidas, y después me transformarás en la Pesadilla que yo elija.

Una sonrisa se dibuja con lentitud en el rostro del Espectro.

—Con una condición —responde un instante después. Habla en voz baja y seria, nada parecida al tono desenfadado que suele usar.

—¿Cuál?

Sus ojos de abismo se encuentran con los míos y me absorben como un agujero negro.

—No te otorgaré ningún poder que pueda hacerme daño a mí —contesta, con una intensidad que supera a la de su mirada.

Lo observo perpleja. Esa posibilidad no se me había pasado por la cabeza. De hecho, ni siquiera sé si existirá algo que pueda herirlo. Es indestructible: he visto con mis propios ojos cómo las balas rebotaban al golpear su cuerpo.

A no ser que...

Alguien lo encerró en el mundo de los sueños. ¿Quién dice que no podría suceder otra vez? Es posible que haya más maneras de capturarlo.

Si te quedas atrapado en una jaula irrompible, no te sirve de nada ser invulnerable.

Contemplo al Espectro con atención, como si pudiera deducir qué está pensando solo con

mirarlo. Es obvio que no puedo leerle la mente, pero recuerdo la manera cautelosa en que dirigió nuestra conversación en el sueño, sus esfuerzos para que yo descubriera cómo liberarlo. También me viene a la cabeza la forma en que ha acariciado los abrigos del guardarropa, saboreando cada textura mientras me explicaba lo insoportable que fue pasar un siglo entero en el mundo onírico.

En ese momento me doy cuenta de algo: quizá yo no sea la única que valora la seguridad por encima de cualquier otra cosa.

—De acuerdo —accedo al final—. Siempre y cuando me prometas que no usarás esa condición como excusa para no transformarme. No dejaré que me robes mi invulnerabilidad.

—Es toda tuya —replica con un resoplido—. No me preocupa que seas indestructible.

—Perfecto. Entonces, ¿trato hecho?

El Espectro me observa. Tiene una expresión pensativa, como si estuviera calculando una jugada que yo jamás podría comprender.

Después, la sonrisa vuelve a extenderse por su rostro dejando sus puntiagudos dientes al aire.

—Trato hecho —dice.

SIETE

El resto de la jornada se me pasa volando, porque no paro de pensar en el peculiar pacto que he hecho con el Espectro.

Y en el favor que me ha pedido, más peculiar aún.

Cuando termino de trabajar, bajo al vestíbulo, una sala amplia y lujosa con arañas de cristal y alfombras de terciopelo rojo. Los pasamanos de la escalera están recubiertos de oro –aunque no tanto como los huéspedes, que parecen disponer de unas cantidades inconcebibles de dinero–. Todos los empleados llevamos el mismo uniforme almidonado: unos pantalones negros y un chaleco rojo con el logo del hotel bordado. Y, cómo no, tenemos que pagar por él: nos lo descuentan del primer sueldo.

–¡Ness!

Cy se me acerca con una sonrisa. Tardo un momento en reconocerlo, porque no esperaba verlo aquí. Encaja a la perfección con el lujo que nos rodea: lleva su mejor chaleco, un peinado engominado con la raya bien definida y los ojos pintados con un trazo perfecto.

–¿Cómo ha ido el primer día? –me pregunta.

–Eh... Bien –respondo, desprevenida–. ¿Qué haces tú aquí?

–Quería saber qué te ha parecido tu nuevo empleo. Y he pensado que podríamos volver a casa juntos, o ver la sesión nocturna de esa obra que te llamaba la atención. Yo invito.

Nada de esto me sorprende. Cy es el tipo de persona que hace cosas así por sus amigos.

Y yo soy el tipo de persona que conspira contra desconocidos para ayudar a un enemigo.

Suavizo mi expresión y relajo los hombros, librándome de una pequeña parte de la tensión que me ha generado la tarde de hoy. La presencia de Cy siempre me tranquiliza.

–Me parece una idea maravillosa –contesto con total sinceridad.

Su rostro se ilumina, y su sonrisa se hace tan intensa que casi me veo obligada a apartar la mirada. Debería ser ilegal que haya gente tan guapa como él.

–¡Perfecto! –celebra, y luego me ofrece el brazo como si fuéramos a un baile formal.

Vale, ahora sí que empiezo a sospechar. Está demasiado animado, demasiado feliz, demasiado sonriente. Cy es agradable por naturaleza, pero esta alegría es muy exagerada.

Aquí hay gato encerrado.

–¿Te ha pasado algo hoy? –pregunto.

–¿Por qué lo dices? –responde él sin mirarme.

Huy, ya no me queda duda: ha sucedido algo.

—Estás preocupado, lo noto. Si quieres, puedo seguirte el rollo para que te distraigas y ya está, pero quizá te sientas mejor si hablas de ello —sugiero.

Cy permanece callado mientras salimos a la calle, pero su silencio no me molesta. Si tiene algún problema, sé que acabará por contármelo. No se le da bien reprimir sus emociones.

Un rato después, suelta un suspiro y empieza a hablar:

—He leído la crítica de la nueva película de Dracuvlad.

Tendría que haberlo supuesto. Nada lo pone de peor humor que su padre.

—¿Tan horrible es?

—Uf, ni te lo imaginas —contesta mordiéndose el labio.

—Tu padre ha hecho muchas películas —añado con cautela.

—Sí.

—Y odias la mayoría de ellas.

—También —admite.

—Entonces, ¿por qué te pones así con esta? —repongo sin dejar de observarlo.

Aparta la vista de mí, y un mechón se escapa de su peinado y le cae sobre la frente.

—Ya sabes que mi padre usa sus películas para blanquear sus crímenes. Los vampiros de sus historias muerden a las víctimas sin pedirles permiso y luego les borran la memoria. Y encima dicen que lo hacen por piedad, que no es una violación. Y cuando se cargan a alguien, las escenas solo se centran en el atractivo del asesino, como si la persona muerta no tuviera ninguna importancia.

Hago un gesto de asentimiento y me estremezco un poco. Esas son precisamente las razones por las que siempre he detestado las películas del padre de Cy.

—Pues... —prosigue, levantando la mirada hacia mí—. El argumento de la nueva es que Dracuvlad asesina a su esposa. Es un «accidente», pero el suceso llama la atención de un cazador de vampiros, que trata de acabar con él. Aunque Dracuvlad escapa, pierde su castillo y su fortuna, por lo que acaba en la calle y sin blanca. Después, se pasa el resto de la película buscando una manera de recuperar «lo que le pertenece».

—No veo en qué se diferencia de cualquier otra película sobre Dracuvlad. O sobre superhéroes —comento.

—En nada —susurra—, excepto en que esta sucedió de verdad.

—¿A qué te refieres? —le pregunto con el ceño fruncido.

—Es... —traga saliva con amargura—. Es autobiográfica, prácticamente. Y la actriz que han elegido para interpretar a la esposa de Dracuvlad es clavadita a mi madre —añade, revolviéndose el pelo con una mano.

Ay, no. Esto pinta mal.

—Además, las dos mueren de la misma manera: mi padre tenía «demasiada hambre» y «no pudo controlarse» —continúa Cy con un resoplido—. ¿Sabes qué? Esas excusas siempre me han parecido una gilipollez, pero, ahora que me he convertido en vampiro, puedo confirmar que lo son. Ha habido momentos en los que estaba famélico y, aun así, no atacé ni asesiné a nadie.

Cy y yo hemos pasado por situaciones extremas, en las que no teníamos nada de comer y estábamos a kilómetros de cualquier lugar civilizado. En esas circunstancias, no sería ninguna locura que alguien cometiera un asesinato con la excusa de sobrevivir. Sin embargo, Cy nunca me pidió que le diera sangre, ni una sola vez.

Su padre, sin embargo, va por ahí tratando a las mujeres como comida, y justifica sus crímenes diciendo que «no puede contenerse». Y, por si fuera poco, luego hace películas para convencer a la gente de que la verdadera víctima es él.

Menudo cabronazo.

—En resumen, esta película trata sobre un vampiro que mata a su esposa, una mujer muy parecida a mi madre. Y la historia presenta como un monstruo a la persona que trata de hacer justicia —concluye con voz rota. Baja las manos y aprieta los puños—. Y yo... Ahora mismo, siento tantas emociones que ni siquiera sé cómo describirlas.

No logro imaginar el sufrimiento que me provocaría descubrir que alguien ha rodado un taquillazo sobre la muerte de mi madre, solo para justificar su asesinato y desacreditar a las personas que pretendieron detener al culpable.

Hay que tener muy poca vergüenza para hacer algo así. No es de extrañar que Cy esté tan cabreado.

—Cuando mi madre falleció, la policía llevó a cabo una investigación y dictaminó que había sido un accidente, pero solo porque los agentes recibieron sobornos —añade con una mueca asqueada—. En cuanto a la prensa, solo reprodujeron las excusas de mi padre. Se las tragaron sin más... Ni siquiera se molestaron en entrevistarle. Para ellos, lo sucedido no fue más que una tragedia, como ocurre en las películas de Dracuvlad. Nadie desveló lo que era en realidad: un asesinato. —Suelta una carcajada amarga—. Muchos periódicos incluso mostraron empatía por él: lo presentaban como un viudo desconsolado. Era como si mi madre hubiera muerto en un accidente de coche, en vez de a manos de mi padre.

Me quedo en silencio un buen rato. Ni siquiera sé cómo reaccionar a esta información; es demasiado horrenda.

—En fin —prosigue Cy, con ese tono de voz ahogado que suele preceder a las lágrimas—. No es la primera vez que veo una de estas horribles películas de Dracuvlad. Y mi padre también ha producido otras historias estúpidas sobre superhéroes, en las que un billonario se comporta como un cabrón y termina por salirse con la suya. Pero esta... —Sacude la cabeza—. Esta parece un ataque personal contra mí.

—Puede que lo sea —murmuro.

—¿Qué quieres decir? —pregunta con el ceño fruncido.

—Escapaste de él. Le robaste y huiste, y él no ha sido capaz de encontrarte. Quizá esta película sea su forma de castigarte —explico.

Cy se detiene a analizar esta posibilidad, pero al final niega con la cabeza.

—No; se tarda mucho en escribir, rodar y producir una película. Lo más probable es que esta empezara a grabarse hace un año.

—Entiendo. ¿Tiene alguna otra producción con tintes autobiográficos? Me viene a la cabeza

aquella en la que un billonario heroico llevaba un negocio familiar a la ruina, y el villano era el dueño de la tienda, que denunciaba al protagonista.

—No, esa no es autobiográfica —niega él—. Es solo una de las típicas historias manipulativas que tanto le gustan. El objetivo de sus películas es normalizar la violencia: el protagonista billonario está ahí para reafirmar la idea de que los ricos se merecen gozar de dinero y poder, y el villano es cualquiera que intente arrebatarle esas cosas o hacerle pagar por abusar de su influencia. —La expresión de Cy se hace agria—. Por eso ha empezado a rodar más producciones sobre superhéroes. Antes, ese género solía contar historias sobre gente normal que salvaba al mundo con sus poderes. Pero ahora, mi padre ha llenado los cines de héroes que son billonarios, reyes o dioses. Quiere que la gente asocie la riqueza con el heroísmo.

Esa es una de las muchas razones por las que no me gusta el concepto de los superhéroes. Muchas de estas películas se ambientan en Newham y muestran a héroes enmascarados que salvan la ciudad. Sin embargo, los únicos enmascarados que yo he visto aquí son ladrones.

Es cierto que nuestra ciudad tiene su propio grupo de justicieros, la Liga del Caos, que supuestamente quiere sembrar el caos entre los villanos. Pero, a la hora de la verdad, lo único que consiguen es machacar aún más a los ciudadanos de a pie.

Comprendo a los espectadores que quieren ver películas sobre héroes: sería maravilloso que alguien viniera a Newham para solucionar todos nuestros problemas. A todos nos gustaría contar una persona incorruptible que solo quisiera lo mejor para la gente normal y corriente.

Es una fantasía bonita, pero irrealizable: los problemas de Newham son sistémicos y están muy arraigados. Sería imposible que los resolviera una persona por sí sola. Sobre todo, si dicha persona es una versión ficticia del padre homicida de Cy.

—Ojalá se me ocurriera una idea para pararle los pies a mi padre... Nada me gustaría más que forzarlo a pagar por el asesinato de mi madre y de todas las otras mujeres a las que ha atacado —susurra Cy, con la piel iluminada por las luces de neón. Se mira las manos y añade—: Mi padre me aterrorizó durante muchos años. Siempre tuve claro que, si cometía algún error, él se encargaría de que yo sufriera un accidente horrible, como mi madre. —Respira hondo—. Pero ya no soy humano. Tengo fuerza, me curo rápido y soy poderoso. Ya no podrá deshacerse de mí con tanta facilidad.

Se muerde el labio y me contempla.

—Y, aun así —murmura—, no he hecho nada por detenerlo. Nada de nada. Solo me he dedicado a esconderme y huir. Es como si las cosas no hubieran cambiado en absoluto. ¿Por qué no soy capaz de reaccionar? —pregunta con expresión torturada.

Cy no sabe cuál es la respuesta, pero yo sí. Para mí es evidente: todavía tiene miedo. A pesar de que ha cambiado en muchos aspectos, de que ahora es poderoso y más difícil de matar, sus temores han permanecido intactos.

No puedo evitar preguntarme si a mí me pasará lo mismo. No paro de insistir en que ahora soy más valiente, ¿pero es eso cierto? Vale, ya no me refugio en una secta, y soy capaz de hablar con Pesadillas desconocidas sin perder la compostura. (Bueno, a veces). Pero también he hecho un trato con un monstruo onírico porque la vida me da tanto miedo que necesito

pactar con el diablo para sentirme a salvo.

Ya no tengo tan claro que importe lo que yo haga o en qué me convierta: si el miedo se ha apoderado de mi mente, si ha echado raíces en mi alma, ¿realmente podré escapar de sus garras algún día?

¿Estoy destinada a sentirme aterrada para siempre?

No. Me niego a creer eso.

—Cy, ¿cuánto hace que te transformaste en vampiro? ¿Tres meses? —inquiero.

—Sí, más o menos.

—¿Y durante cuánto tiempo fuiste humano? ¿Dieciocho años? —prosigo.

—Diecinueve —confirma.

—De modo que viviste con tu padre, un homicida múltiple, durante diecinueve años, y solo hace tres meses que huiste de allí y te convertiste en vampiro —resumo mientras sacudo la cabeza—. Si desarrollaste esos comportamientos a lo largo de tanto tiempo, ¿por qué esperas que cambien en un santiamén?

Él abre la boca y vuelve a cerrarla sin decir nada.

Me acerco un poco más a él.

—Mira —le digo—: no estoy diciendo que te quedes quieto. Deberías pararle los pies a tu padre; es lo que se merece. —Le pongo una mano en el hombro—. Pero no pasa nada si te tomas un tiempo para pensar cuál es la mejor manera de conseguirlo. Sobre todo, teniendo en cuenta lo peligroso que es.

Cy me contempla con sus apenados ojos verdes, y yo no aparto la vista de él.

—Deja de culparte por no encontrar una forma de parar a tu padre, que es un monstruo con una riqueza, un poder y una influencia increíbles —insisto—. Deja de castigarte por no haber sabido qué hacer desde el primer momento.

Nuestra mirada se prolonga, y solo entonces me doy cuenta de lo cerca que están nuestros rostros. Me pongo colorada y me alejo de él.

—Gracias, Ness —susurra Cy, sin percatarse de mi repentina incomodidad, o quizá ignorándola a propósito—. Necesitaba oír eso.

—Para eso están los amigos —comento con despreocupación fingida.

En el fondo, no sé si he dicho todo eso para convencerlo a él o a mí misma.

No he parado de huir desde que tenía once años. Hui del recuerdo de lo que mi hermana hizo con mi padre. Hui del miedo a la muerte que se había adueñado de mí, y me refugié en los brazos de una secta.

Cuando descubrí que esa organización se dedicaba a secuestrar gente, hui de nuevo. Me marché tan lejos y rápido como pude, y no he movido ni un dedo para tratar de detenerlos. Al fin y al cabo, ¿qué podría hacer yo contra una institución tan importante? Eso es lo que he pensado hasta ahora.

Pero no es más que una excusa; la realidad es que me aterra involucrarme en esa situación. Es lo mismo que me pasó con la verdad sobre la transformación de Ruby: no me enfrenté a ella hasta que no me quedó otra alternativa. Creía que, después de conseguirlo, me volvería

más valiente.

Sin embargo, a la hora de la verdad, sigo huyendo como de costumbre.

Cy y yo estamos atrapados en los confines de la persona que siempre hemos sido: la cobarde que se esconde de los conflictos y el chico que huye de los monstruos. A pesar de que deberíamos cambiar, de que tenemos los recursos necesarios para evolucionar, somos incapaces de dejar atrás el pasado.

Si el Espectro me transforma en un ser indestructible, inmortal e invulnerable, ¿de verdad me sentiré a salvo?

Puedo modificar mi cuerpo, sí. ¿Pero cómo cambio mi mente?

OCHO

Cuando llegamos al teatro para ver la obra a la que quería traerme Cy, descubrimos que el edificio está ardiendo. La Liga del Caos ha tenido una refriega con una banda y, por raro que suene, el teatro y los tres edificios colindantes han acabado en llamas después de que un cocodrilo mafioso se tragara un lanzacohetes y empezara a disparar misiles por la boca.

Por eso odio a los justicieros. Y a las bandas. Y el funcionamiento absurdo de las Pesadillas.

Como nos hemos quedado sin teatro, decidimos volvernos a casa.

Pese a que ya es muy tarde, las calles siguen tan abarrotadas como siempre, porque esta ciudad tiene demasiados habitantes para lo pequeña que es. Ha crecido hacia arriba en vez de a lo ancho, y los imponentes rascacielos son tan altos que la oscuridad de la noche se traga las azoteas. Es como si fueran infinitos, como si llegaran hasta el paraíso.

Aunque yo no creo en ningún paraíso.

De hecho, ya ni siquiera sé si tengo algún tipo de creencia. Todas las cosas en las que he creído han acabado por manipularme.

—Bueno, cuéntame cómo te ha ido el trabajo. ¿Es mejor que el del bar clandestino? —me pregunta Cy mientras caminamos.

—Ha sido interesante —admito.

Le explico entre susurros todo lo que ha sucedido hoy, desde el asesinato que presencié al principio de mi turno hasta la aparición inesperada del Espectro y nuestro pacto.

Cuando termino, él me mira fijamente y sacude la cabeza despacio.

—Menuda locura —dice al rato.

—Y tanto.

—Solo a ti... —comenta con un profundo suspiro.

—¿Cómo que solo a mí?

—Estas cosas no le pasan a la gente normal y corriente —se explica.

—¿Seguro? —remacho—. Por si no lo sabes, un zombi le propuso matrimonio a una trabajadora del bar. Después de rechazarlo, la chica tuvo que contratar a un grupo de asesinos a sueldo para matarlo, porque a él se le metió en la cabeza que estarían juntos para siempre si la devoraba.

Cy parpadea con perplejidad, pero yo me encojo de hombros.

—Estas cosas son habituales en Newham. ¿Nunca te he hablado de la secta de zanahorias vivientes que...?

—No hace falta que me lo cuentes —me interrumpe él.

—No soy la única que pasa por cosas así.

—Sí, ya me voy dando cuenta. —La expresión se hace seria—. Ness, ¿de verdad crees que es buena idea?

—¿El qué? —pregunto.

—Tu pacto con el Espectro —responde él mientras juega con los gemelos de su camisa—. Entiendo el atractivo de convertirte en lo que quieras. Si el Espectro se ofreciera a transformarme en humano de nuevo, me sentiría muy tentado. ¿Pero merece la pena meterte en algo tan arriesgado? Si colaboras con él, correrás aún más peligro.

Es cierto, y no paro de dar vueltas a esa misma preocupación. Cuando hablé con el Espectro, el trato me pareció una idea fantástica. Sin embargo, ahora que me he alejado de él, ha vuelto con todas sus fuerzas la tentación de huir y no regresar nunca, de eludir todos los riesgos.

Pero si no me enfrento a los peligros, perderé la posible recompensa.

—Yo siempre corro peligro, Cy —le digo tras un rato de silencio.

—Aun así...

—No —le interrumpo—. Tú no lo entiendes porque eres rico, fuerte y casi invulnerable. Yo no: mi vida está llena de peligros. Ni siquiera puedo andar por la calle sin miedo.

Señalo la calle de enfrente, donde un ladrón está atracando a un viandante. Nadie trata de ayudar a la víctima ni de parar al atacante.

—En esta ciudad, los actos de violencia aleatorios son la norma —afirmo—. Es lo que hay. Y lo aceptamos porque no podemos hacer nada más. La gente como yo no puede cambiar las cosas. ¿Sabes cuál es la principal causa de muerte en Newham?

Cy niega con la cabeza.

—Los asesinatos accidentales —respondo por él—. Es más habitual morir en un tiroteo entre bandas o por el pisotón de una Pesadilla a lo Godzilla que por una enfermedad natural —explico sin despegar los ojos de su cara—. Solo esta semana he estado a punto de recibir un balazo en tres ocasiones, y casi me devoran en otras dos.

—Me niego a creer que vivir aquí sea tan horrible —replica él con cara de consternación.

—Pues lo es.

Cy y yo habitamos mundos distintos. Él ni siquiera se inmuta al oír disparos, porque las balas no pueden hacerle daño. No le preocupa que le caiga un cascote de algún edificio ruinoso, porque la herida se le curaría sola. Tampoco tiene que pasar por los horrores de trabajar de cara al público en un mundo en el que la gente muere a balazos a diario. De hecho, nunca se ha visto obligado a trabajar. Y si eso cambiara, no se buscaría un empleo de mala muerte, como los míos.

Él no ha visto el mismo mundo que yo. Sé que me cree cuando le cuento estas cosas, pero no llega a comprender de verdad lo que es vivir así.

Newham es una ciudad muy diferente para los dos. Y prefiero vivir en la versión de él que vivir en la mía.

—Bueno, ¿y en qué consiste el favor que te ha pedido el Espectro? —me pregunta.

—Mañana por la noche voy a trabajar en un evento muy exclusivo. Quiere que... —me aclaro la garganta—. Que le dé una servilleta a una persona.

Cy me contempla como si estuviera chiflada.

—¿Solo quiere que le entregues una servilleta a alguien?

Me saco la servilleta en cuestión del bolsillo: es negra y está tejida con seda de alta calidad. Ahora mismo se encuentra en una bolsa de plástico con un cierre muy resistente.

—Pues... sí que es una servilleta —comenta Cy sin dejar de mirarla.

—Ya te lo he dicho. —Me la vuelvo a guardar—. Pero, al parecer, le pasarán cosas malas a cualquiera que la toque con la piel desnuda. Por eso va en una bolsa.

—O sea, que es una servilleta asesina —afirma con estupefacción.

—A ver, no sabemos si es asesina —señalo, y Cy me observa como si yo fuera la más ingenua de los dos—. Venga ya —digo con exasperación—. Estamos hablando del Espectro Pesadilla; que nosotros sepamos, podría servir para convertir en servilleta a quien la toque. Eso no es un asesinato, es... una servilletación no consentida.

—Me odio a mí mismo por entender esa frase —dice Cy sacudiendo la cabeza.

—Me lo imagino.

—¿Y quién va a ser la víctima de esta servilleta con posibles intenciones homicidas?

Aquí viene la parte que menos me gusta de todo este plan. Respiro hondo antes de contestar:

—La alcaldesa.

—¿Vas a atentarte contra la alcaldesa? —repite con cara de espanto.

—Eso parece.

—¿La que vuela a lomos de un dinosaurio gigante mientras dispara a la gente con metralletas? ¿La que permite que su pterodáctilo se coma a los periodistas? ¿Esa alcaldesa? —prosigue Cy, subiendo más la voz con cada pregunta.

—Exacto.

—Ness. —Me agarra los hombros y me mira fijamente a los ojos—. Eso es una locura, una misión suicida.

—Solo tengo que tocarla con la servilleta. La fiesta estará abarrotada, no creo que me cueste mucho conseguirlo.

Mis palabras no parecen convencerlo.

A decir verdad, con la suerte que tengo, lo más probable es que no sea tan fácil como lo estoy pintando.

Pero toda mi vida es peligrosa. Esta situación no es peor que pasarme las noches trabajando en el bar clandestino, y la recompensa que podría conseguir es muchísimo mayor.

Al final, Cy baja las manos, suspira y sacude la cabeza. Ha comprendido que no logrará disuadirme.

—¿Se puede saber por qué diablos quiere atacar a la alcaldesa?

—No tengo ni idea —respondo, y luego señalo uno de los muchos carteles electorales que decoran la ciudad—. Igual pretende presentarse como candidato.

—Solo de pensarlo, se me pone la piel de gallina —comenta Cy con un estremecimiento.

Mientras caminamos, pasamos por delante de un abanico de negocios monísimos, desde librerías hasta una lavandería que solo debe de lavar dinero negro, a juzgar por su aspecto. Cuando llegamos a una tienda de fotografía, nos vemos obligados a cruzar de acera: tanto el local como el aire a su alrededor apestan a nitrato de plata, una sustancia química necesaria para revelar fotos. Por desgracia, también es tóxica para Cy, porque la plata es uno de los puntos débiles de su tipo de vampirismo.

Después nos encontramos con una tienda de ropa, y yo me paro a contemplar el escaparate con admiración. Desde el punto de vista estético, las prendas no son nada del otro mundo: chalecos sobrios y pantalones en tonos grises y marrones.

No obstante, tienen algo especial: están hechas a prueba de balas.

La moda antibalas goza de gran popularidad en Newham desde hace tiempo, sobre todo entre los jefes mafiosos. Al fin y al cabo, todo el mundo quiere estar guapo y protegido de los disparos enemigos al mismo tiempo. Con el paso de los años, los trajes a prueba de balas se han vuelto más finos y dinámicos, dejando atrás los burdos diseños que se lanzaron al principio. Siguen pesando más que la ropa normal, sin duda, pero ahora te resguardan sin reducir tu movilidad.

Siempre he querido comprarme un traje antibalas, pero son absurdamente caros.

Cy me observa con amabilidad mientras estudio la ropa.

—¿Te gustan?

—Claro que sí —contesto—. ¿A quién no le gusta la ropa que protege?

—Ahí llevas razón —me dice entre risas.

De pronto, vuelve la cabeza y frunce el ceño. Sigo la dirección de su mirada y descubro a dos hombres apoyados en el lateral de un edificio. Hablan gesticulando mucho.

—¿Ese no es uno de los candidatos a la alcaldía? —pregunta Cy.

Sí que lo es, y está conversando con el infame mafioso Giovanni Montessauri, cuyo traje rojo sangre le otorga un aspecto calculadamente homicida. De hecho, tiene una mancha de sangre real en la mejilla. Bueno, puede que sea zumo de frambuesa, pero yo apostaría por la sangre.

—Eso parece —confirmo.

—Y... ¿No es malo que se lleven bien? —añade él.

—Cy, las bandas financian las campañas de los candidatos —afirmo con un resoplido.

—¡¿Cómo?! —grita, anonadado.

—Todos los candidatos tienen patrocinadores —le explico—. Suelen ser bandas o empresas. En una ciudad como esta, se necesita mucho dinero e influencia para llegar a la alcaldía. A veces se presentan candidatos independientes, como en estas elecciones, si no me equivoco, pero normalmente son los primeros en morir asesinados. Si tienes un patrocinador poderoso, él se encargará de protegerte. —Hago una pausa—. Y, cómo no, si los mafiosos o los empresarios consiguen que venza su candidato, el nuevo alcalde se lo agradece eliminando todas las leyes que le pidan. O impulsando las que les interesen, claro.

—Vaya —contesta Cy, que se ha quedado estupefacto.

—No sé por qué te sorprende tanto.

—Lo de esta ciudad es de locos...

—Ya te acostumbrarás.

—Me entra miedo solo de pensarlo.

Yo me encojo de hombros. Newham es lo que es; hay que saber aceptarlo. No puedo imaginarme otra versión de esta ciudad, y no creo que exista nadie capaz de cambiarla.

Seguimos andando hacia el edificio de apartamentos donde vive Cy. El parque de enfrente está muy animado, a pesar de la hora. Veo un montón de familias que disfrutan de sus pícnicos en paz, sonriendo con alegría mientras contemplan la actuación de una especie de compañía teatral. El escenario está rodeado de coloridas luces de neón, y al menos tres puestos de comida ofrecen propuestas distintas para la cena. El quiosco de vino especiado tiene una cola larguísima, y un grupo de gente de mi edad sorbe de sus vasos humeantes sin parar de reír, sujetándose los unos a los otros para no caerse.

Se me hace raro ver una escena tan tranquila en Newham. Supongo que la existencia de esta felicidad pacífica me resulta ajena porque, hasta ahora, no he vivido en los lugares adecuados.

Al ver las sonrisas de todas estas personas, siento una punzada en el corazón, un dolor agudo y envidioso. Quiero tener lo mismo que ellas. O, mejor dicho, quiero la ilusión que se han montado aquí. Porque una ilusión es la única forma de explicar esto; es imposible que alguien lleve de verdad una vida feliz y segura en Newham.

¿O no?

Por un lado, puede que me equivoque. Quizá esto sea un ejemplo más de lo diferentes que son el mundo de Cy y el mío. Él vive en un sitio donde la alegría no es una mentira. De hecho, aquí tienen vigilantes cuya función es asegurarse de ello. Por ejemplo, les pegan palizas a los indigentes que intentan dormir en el parque.

Por otro, puede que sí se trate de una ilusión, de un rato único de felicidad que precede al regreso del caos. Hasta yo he vivido momentos parecidos.

—Ness —dice Cy, rompiendo mi hilo de pensamiento.

Uf, el tono que ha usado para pronunciar mi nombre me da mala espina.

—¿Qué pasa?

—Mañana... —Respira hondo—. Me gustaría acompañarte.

—¿Cómo? —pregunto perpleja.

—No estoy insinuando que no seas capaz de llevar a cabo la misión, o que no puedas encargarte de ello tú sola —añade a toda prisa para no cabrearme—. Se te da casi igual de bien librarte de los marrones que meterte en ellos.

No sé si tomármelo como un cumplido o como un insulto. Voy a fingir que es lo primero.

—Deja que vaya allí para ayudarte —insiste—. Y si no quieres que vaya yo, al menos llama a Priya.

—Vale, me parece bien que vengas —respondo.

—¿De verdad? —se asombra.

—Claro —confirmo con tono alegre—. Si alguien empieza a pegar tiros, me esconderé detrás de ti. Serás mi escudo humano.

—Eh...

Por la cara que pone, me queda claro que él tenía en mente algo distinto. Probablemente se imaginaba a sí mismo haciendo una aparición heroica para rescatarme. En mi opinión, una cosa no quita la otra: puede hacerse el héroe recibiendo los balazos que me tengan a mí como objetivo.

—Bueno, supongo que puedo aceptar eso. —Se aclara la garganta—. Entonces, ¿estás de acuerdo en que te acompañe?

—Por supuesto —contesto con exasperación—. ¿Quién sería tan idiota como para rechazar una oferta de ayuda? ¿Es que no me conoces? Cuanta más gente haya entre el peligro y yo, mejor.

—Cierto. ¿Cómo me he podido olvidar de eso?

—Es evidente que llevamos demasiado tiempo sin pasar por una situación mortal juntos —comento con un guiño, y Cy se echa a reír.

—De todas maneras, no sé si tendrás la oportunidad de entrar a ayudarme. Esas fiestas suelen ser bastante exclusivas —digo mientras me doy golpecitos en la barbilla con un dedo.

—Sobornaré a alguien para que me añada a la lista de invitados —propone con las cejas enarcadas—. ¿No es eso lo que haría un buen newhamita?

—Pues sí, pero creo que ni siquiera tú podrías colarte en esta —remacho.

—Eso ya lo veremos.

Le sonrío y él se da la vuelta para entrar en el portal de su casa.

Lanzo una última mirada a las personas del parque, que ríen y se divierten con aspecto relajado. Siempre me fijo tanto en los peligros de Newham que no me paro a pensar en las cosas buenas de la ciudad. Si el plan sale bien, puede que por fin me toque a mí disfrutar de un pícnic como este.

No me imagino cómo es vivir sin estar aterrada, pero sé que ese es mi sueño.

Y estoy dispuesta a hacer casi cualquier cosa para conseguirlo.

NUEVE

El sol se está poniendo y los últimos rayos de luz rojiza decoran el cielo de Newham, como riachuelos sangrientos que descienden de las estrellas y embadurnan las oscuras siluetas de los rascacielos.

Cy y yo vamos de camino a una situación que, o cumplirá todas mis pesadillas, o hará que la alcaldesa de Newham –una asesina empedernida– se cabree mucho conmigo.

Viéndolo así, puedo entender que mi amigo esté tan preocupado.

Traté de llamar a Priya esta mañana, porque siempre se lo cuento todo. Además, la conozco bien, y sé que le gustaría participar en todo esto. Últimamente ha estado muy desanimada con el trabajo, y pensé que un plan como este la animaría.

Por desgracia, fue su hermana Adhya quien respondió al teléfono. Me explicó que Priya iba a pasar todo el día en una jornada de entrenamiento, y que no había ninguna manera de contactar con ella.

He admitir que me sentí decepcionada. Aun así, me consolé recordándome que, si todo va bien, la próxima vez que vea a Priya seré indestructible e invencible. Y a lo mejor también podré escupir fuego. Seguro que eso le molaría.

Intento imaginarnos a las dos luchando contra una Pesadilla. Ella se subiría al lomo de un dragón, con un lanzacohetes al hombro y la cabeza bien erguida, sin parar de sonreír, y yo...

Yo...

Por mucho que quiera fantasear con una versión poderosa e intocable de mí, la ilusión no me viene a la cabeza con claridad. La imagen que aparece en mi mente es irregular y deforme, como si se reflejara en uno de esos espejos curvos que hay en las ferias. No me veo a mí montada sobre el dragón, sino a dos Priyas, aunque una es más bajita, como yo. Al final, la criatura desaparece y acabo pensando en Priya y yo dentro de una cafetería.

Suelto un bufido y me revuelvo el pelo con las manos. Ni siquiera soy capaz de imaginar una versión valiente de mí. ¿Cómo puedo ser tan patética?

Cy me pregunta si podemos pasarnos para ver a Estelle antes de ir al hotel, y yo accedo. No me gusta ir con él a ningún sitio sin que haya comido, pero solo es porque sé que mi propia capacidad de tomar decisiones se ve afectada cuando estoy hambrienta (y ya se me da regular en circunstancias normales...). No podemos permitirnos ser igual de estúpidos: nuestra amistad necesita que uno de los dos sea inteligente, y está claro que yo no cumplo el requisito.

–¿Vamos a ir a su apartamento? –le pregunto cuando conseguimos pillar un taxi.

—No, hemos quedado en el bar clandestino. Creo que no confía en mí lo suficiente para darme su dirección —responde en voz baja.

A continuación, se pone a mirar por la ventana del vehículo, observando la oscuridad de Newham con expresión pensativa. Odia que la gente tenga miedo de él.

—Sabes que no tiene nada que ver contigo, ¿no? —le recuerdo con amabilidad—. Es por culpa del mundo. Newham no es un lugar seguro, así que Estelle solo toma las precauciones básicas.

—Ya, pero me gustaría... —susurra Cy.

—Te gustaría pasar directamente al momento en que ella confía en ti sin reservas —concluyo por él.

Cy se ruboriza y me observa de reojo.

—¿Cómo haces para saber siempre qué estoy pensando?

—Eres como un libro abierto —contesto con un encogimiento de hombros—. Además, has puesto tu carita de cordero degollado, y eso significa que te estás compadeciendo de ti mismo. Y que estás culpando de todo a tu transformación en un vampiro chupasangre.

—No se lo achaco todo a eso —replica con una carcajada ahogada, y luego me mira a los ojos—. A mi padre también lo culpo de una parte, porque él sí que es un monstruo de verdad.

Resoplo y siento que una sonrisa comienza a elevar las comisuras de mi boca.

—Bueno, si tú lo dices...

Él esboza una expresión divertida y se recuesta en el asiento del taxi, rozando mi hombro con el suyo.

—Me alegro de tenerte aquí, Ness. Estando contigo, todo me parece mejor.

Me pongo colorada y carraspeo, tratando de apartar la vista de él y de fingir que mi corazón no late demasiado rápido.

—Eso piensas ahora. Pero, cuando me pase otro mes chupando del bote, metida en tu armario, cambiarás de opinión.

—Lo dudo —comenta con una mirada seductora. Su voz suena suave, grave y excesivamente íntima.

El rubor de mi rostro se intensifica. Por suerte, llegamos a nuestro destino antes de que me vea obligada a responder.

Me quedo en el taxi mientras Cy habla con Estelle, sin dejar de darle vueltas a la forma en que ha quitado importancia a mi gorronería. No parece molestarle que viva con él sin pagar nada, y eso me encanta, porque no querría sentir que me estoy aprovechando de su hospitalidad.

Sin embargo, a veces pienso que se muestra demasiado indiferente con respecto a este asunto. Es como si no se diera cuenta de que la situación es incómoda para mí.

De vez en cuando leo una de esas novelas cutres sobre reyes que se enamoran de sus sirvientas, pero no las disfruto. Siempre tengo la impresión de que el rey es mucho más poderoso que ella: podría ejecutar a la chica, arruinar a su familia o herir a sus amigos. Podría hacer lo que quisiera, y a ella no le quedaría otra que sonreír y profesarle amor, porque, si reaccionara de otra manera, sucederían cosas mucho peores. Él es muy influyente, y ella es

insignificante.

Si la vida de alguien depende casi por completo de otra persona, ¿seguro que pueden enamorarse de verdad?

No lo sé.

En cualquier caso, preferiría encontrarme en unas circunstancias que no me hicieran pensar en estas cosas, que me permitieran confiar en mis sentimientos sin más preocupaciones.

Y, si el plan sale bien, puede que lo consiga.

Cuando llegamos al hotel, Cy baja del auto primero y me ofrece una mano para ayudarme a salir, como si llevara un vestido de noche en lugar de un uniforme de camarera (y como si hubiéramos venido en carruaje, en vez de en un taxi normal y corriente). Aun así, no lo rechazo, porque es un gesto bonito.

El Château Newham es uno de los edificios más estilosos de la ciudad. Unas columnas gigantescas de estilo clásico recorren toda la entrada, y los escalones de la fachada son de mármol. Es una construcción enorme e imponente, aunque no alcanza la altura de los rascacielos que han ido rodeándola. El tejado abovedado está cubierto de láminas de cobre, que han tomado un color turquesa por el óxido y el paso de los años. Los bloques de piedra de las paredes están llenos de antiguas criaturas marinas: amonites, trilobites e incluso huesos de dinosaurio, con vértebras que sobresalen un poco de la superficie.

Según las leyendas locales, los esqueletos de las personas que diseñaron el edificio también se encuentran dentro de los muros, ocultos entre los fósiles.

—Debo entrar por la puerta para empleados —le digo a Cy.

—De acuerdo. Nos vemos en el evento —responde él con una sonrisa.

—Vale —contesto yo, aunque no tengo claro si logrará colarse.

Doblo la esquina y me acerco a la entrada lateral, que es mucho menos glamurosa: se trata de una sencilla puerta de madera. Nada más pasar, me encuentro con mi nuevo jefe, Nigel, que está hablando con otro de los camareros.

—Ya has llegado, Ness. Perfecto. —Se vuelve hacia mí y despacha al otro empleado—. El evento comenzará pronto. Como eres nueva, te voy a poner como barman de repuesto.

—¿De repuesto? —pregunto.

—Sustituirás al barman principal cuando se tome sus descansos —me explica—. El resto del tiempo, harás las mismas labores que los otros camareros. No es complicado: solo tienes que caminar por la sala con bandejas de canapés. Cuando se te acaben, entras en la cocina y coges más —añade sonriendo.

—De acuerdo.

La idea me gusta: si voy a estar dando vueltas por el lugar, ofreciendo entremeses, tendré muchas más oportunidades para pegarle la servilleta malvada a la alcaldesa.

Nigel llama a otra camarera y le pide que me acompañe hasta la barra. La chica es bajita y morena, con una densa melena rizada, y sus ojos tienen un patrón similar al de un panal de abejas o una bola de discoteca. Son extrañamente atractivos, porque brillan cuando la luz se refleja en ellos.

Mientras pasamos por la cocina, cada una recoge una bandeja de canapés: son trozos pequeñísimos de pan, cubiertos de una salsa rojiza y salpicados de brotes verdes. Tienen una pinta tan decadente como cara.

Cuando entramos en el corredor que lleva a la sala, la chica echa un vistazo a nuestro alrededor y, tras asegurarse de que estamos solas, me lanza una sonrisa.

—¿Quieres probar la comida de los ricachones? —me dice.

—Y tanto que sí —confirmo con una expresión igual de traviesa.

Ella se mete uno de los pequeños aperitivos en la boca, y yo la imito.

Teniendo en cuenta lo caro que es todo aquí, esperaba que estos canapés fueran la cosa más deliciosa del mundo, pero solo saben a pan con tomate. De hecho, creo que son justo eso: tostaditas con pasta de tomate. Yo podría preparar eso mismo por menos de un centavo, y el sabor no cambiaría en nada.

Puede que me haya equivocado de trabajo. Debería ponerme a elaborar entremeses diminutos y sosísimos para venderlos a un precio mil veces superior a su coste.

Me trago el triste pedazo de pan antes de hablar:

—Vaya, menuda decepción.

—Bueno, pero es gratis —replica la chica con un guiño.

—Ahí llevas razón —admito, y luego me como otra tostada con tomate.

Como no queremos que cante mucho, solo engullimos unas pocas más antes de dirigirnos al evento. No lo han organizado en el restaurante, sino en una sala que aún no conozco, así que me tomo un momento para estudiarla bien.

Unas arañas de cristal resplandecientes cuelgan del techo, que está cubierto de pinturas de bebés regordetes con alas y armas. A ver, ¿a quién se le ocurriría darle un arco y flechas a un niño? Ni siquiera sabría utilizarlos. Si quieres que use armas, una pistola sería una opción mejor. O un cuchillo, en todo caso.

Es evidente que el artista no era muy espabilado.

La estancia está salpicada de mesas altas y circulares, con el tamaño perfecto para dejar las copas de champán con facilidad. Los camareros, vestidos con el mismo uniforme que llevo yo, caminan entre la multitud ofreciendo bebidas y aperitivos minúsculos.

Ahora mismo hay unos treinta invitados repartidos por la sala, y eso significa que Cy no conseguirá entrar. Si estuviéramos hablando de cien personas, podría colarse sin problema solo con pagar un soborno; pero al haber tan poca gente, su presencia llamaría la atención enseguida.

Más que nada, por el perfil de los clientes que tenemos esta noche.

Este evento parece una reunión de los habitantes más poderosos de Newham. Diviso a Marissa Koval, la directora general de Industrias Koval, la empresa más importante de la ciudad; está hablando con Giovanni Montessori, el capo mafioso. Al otro lado de la mesa se encuentra el comisario jefe de la ciudad, riéndose a carcajadas de un chiste que le ha contado Francis Yang, un casanova adinerado que goza de gran popularidad entre los periódicos de Newham.

Alguien ha colgado un enorme cartel en la entrada de la estancia: «Por favor, eviten asesinar a los candidatos a la alcaldía dentro de la sala. Utilicen los cuartos de baño para facilitar el proceso de limpieza».

Es una muestra indiscutible de lo elegante que es este hotel: aquí hasta te indican dónde puedes cometer asesinatos.

Me abro paso entre los huéspedes y les ofrezco mi pan con tomate. Algunas personas cogen un canapé, pero la mayoría no se molesta. No me lo tomo a mal, porque es cierto que no están muy buenos.

Cuanta más gente veo, más claro me queda lo rico que hay que ser para entrar en este evento. Me cruzo con una mujer blanca de pelo platino, cuya vestimenta se compone únicamente de diamantes pegados por todo el cuerpo. Va aferrada al brazo de un hombre negro con un esmoquin blanco, que lleva unos anillos lo suficientemente caros para comprar todo el apartamento de Cy. También me topo con dos gemelas de piel morena: una de ellas se ha puesto un sari tejido con hilos de oro puro, y la otra, un vestido de noche hecho con seda bordada que llega hasta el suelo.

Me pregunto si debería probar a manganles algunas joyas, dado que no podría quitarles la ropa sin más. Si vendiera este tipo de mercancía en una casa de empeños, daría un buen empujón a los ahorros con los que pretendo independizarme.

Unos escalofríos de ansia me sacuden los dedos mientras tramo un plan para birlarle un brazalete o un anillo a alguien. Sin embargo, antes de que pueda actuar, aparece la alcaldesa.

Como siempre, va vestida con un ajustado esmoquin negro que realza su silueta. Se ha recogido la larga melena negra en una coleta alta, y un flequillo muy bien definido le cubre la frente. La negrura de sus ojos y la palidez de su piel me recuerdan un poco al Espectro. La única cosa que aporta algo de colorido a su aspecto es el brillo de su pintalabios rojo caramelo.

Parece que su pterodáctilo no está por aquí. Supongo que es lo mejor: no creo que a la alcaldesa le hiciera mucha gracia que devorara a uno de estos invitados tan ricos e influyentes, en vez de a un periodista.

Me llevo la mano al bolsillo, con el corazón acelerado. Este momento no es solo la ocasión perfecta para pasar a la acción, sino también mi última oportunidad para echarme atrás.

No sé qué pasará cuando la toque con la servilleta, pero tengo claro que será algo desagradable.

A decir verdad, delinquir nunca ha supuesto un problema moral para mí. Al fin y al cabo, vivo en Newham: me atrevería a afirmar que al menos la mitad de los habitantes de esta ciudad se ha cargado a alguien. Y me incluyo a mí misma en ese grupo. Vale, nunca he sido yo la que ha apretado el gatillo; jamás he tenido que asesinar a nadie con mis propias manos. Sinceramente, me parece demasiado peligroso: si te acercas a una persona lo bastante para matarla, ella podría acabar contigo con la misma facilidad.

No obstante, tomé la decisión de liberar al Espectro, y luego le pedí que aniquilara a Defensa contra Pesadillas y me salvara. Aunque pueda poner la excusa de que lo hice para defenderme, eso no cambia el hecho de que murió mucha gente como consecuencia de mis

actos.

Bueno, es posible que el Espectro haya causado aún más muertes tras su liberación, pero esas no las cuento. Sus acciones no son responsabilidad mía; él es una entidad independiente y puede seguir su propio criterio.

Además, lo más probable es que mis acciones hayan salvado a un sinnúmero de personas: al estar en el mundo real, el Espectro ya no puede transformar a miles de víctimas de todo el planeta mientras duermen.

Dicho así, soy prácticamente una heroína.

O lo más parecido a una heroína que puede haber en Newham, en todo caso.

En resumen: lo que me hace dudar, lo que me lleva a reexaminar mis opciones, no son las cuestiones morales, sino la comparación entre el riesgo y la recompensa. ¿De verdad puedo confiar en que el Espectro cumpla su palabra? ¿Merece la pena jugarme el pellejo?

Agacho la cabeza y aprieto con más fuerza la bolsa de plástico. No puedo seguir viviendo así, aterrada por la posibilidad de que cada día sea el último. Quiero la seguridad que me prometió el Espectro. No: la necesito.

Y, si puedo conseguirla pegándole una servilleta malvada a la alcaldesa, el precio me parece bajo.

Mi objetivo está rodeado de personas, pero me mezclo con ellas fácilmente, sin que nadie se percate. Me voy acercando y saco el trozo de seda negra con una mano enguantada.

Cuando paso junto al mafioso Giovanni Montessauri y su candidato a la alcaldía —que es un asesino en serie—, les ofrezco mi bandeja de pan con tomate. Cada uno toma un canapé.

Casi he alcanzado a la alcaldesa. Estoy a unos pasos de ella, con la servilleta preparada en la mano.

De repente, alguien me agarra la muñeca.

—¿Ness?

Me doy la vuelta al oír esa voz tan familiar. El horror y la incredulidad me encogen el corazón, porque esta persona no puede estar aquí. Me niego a aceptarlo; es imposible que mi suerte sea tan mala. ¿Qué diablos hace él en este evento?

Pero es él. Cuando me giro del todo, me topo cara a cara con el director de los Amigos del Alma Sosegada.

DIEZ

Llevaba sin ver al director desde que le estampé un cajón de madera en la cabeza. Sigo sintiéndome muy orgullosa de ese momento. Vale, admito que me acerqué a hurtadillas y lo atacué por la espalda, pero lo importante es que conseguí derribarlo. Y además, evité que le disparara a Priya.

Creo que es la única vez en mi vida que he salvado a alguien, y no voy a dejar de contarla como una victoria por un par de nimiedades.

El director no ha cambiado demasiado en este último mes: todavía es una Pesadilla con forma de lagarto gigante, aunque eso era de esperar. Lleva una toga de seda verde esmeralda, y sus escamas resplandecen cuando les da la luz como si las hubiera engrasado hace poco. En la parte trasera del hábito hay un agujero para que pueda sacar la cola, que le rodea los pies. Ahora mismo me contempla con sus ojos amarillos muy abiertos por la sorpresa.

—Ness, qué curioso se me hace verte aquí —comenta endureciendo la expresión, mientras me aprieta la muñeca para inmovilizarme.

Todo el mundo nos está mirando, y así es como pierdo mi oportunidad: el plan se ha ido a la mierda. Y encima, el director estará pensando en secuestrarme. Tengo que hacer algo, lo que sea.

Y lo más fácil es tocarlo con la servilleta.

Bueno, para ser exactos, se la pego a la zona desnuda que tengo más cerca. No se trata de su muñeca, puesto que me ha inmovilizado el brazo y no puedo girarme para llegar a ella.

En lugar de eso, se la lanzo a la cola.

En cuanto la servilleta roza la piel escamosa del director, se adhiere a las escamas. Permanece ahí durante un instante, inmóvil, sin hacer nada más que... existir. Empiezo a preguntarme si su efecto solo se activará al entrar en contacto con la alcaldesa. En ese caso, he malgastado tontamente mi único recurso.

Por suerte, la servilleta decide ponerse en marcha y empieza a trepar por la cola del director, retorciéndose hacia delante y hacia atrás como una especie de oruga sedosa y malvada.

Él la observa unos segundos, sin soltarme la muñeca. A continuación, acerca el otro brazo y aferra la servilleta para tratar de arrancarla. No lo consigue: el trozo de tela continúa su viaje imparable hacia el torso.

Nervioso, el director me arrebató la bandeja de canapés que llevo en la mano libre e intenta golpear la servilleta para quitársela de encima.

El metal rebota contra la tela con tanta fuerza que sale disparado, y las losas de mármol acaban cubiertas de pedacitos de pan con tomate. La bandeja atraviesa volando la habitación y se clava en el estómago de la mismísima Marissa Koval, la directora general de Industrias Koval.

Cuando la sangre comienza a salpicar el suelo, abro los ojos como platos, preocupada por la cantidad de gente peligrosa a la que estoy cabreando esta noche.

Marissa esboza una mueca de irritación, sin una pizca de miedo. Se saca la bandeja de la barriga con dos dedos que lucen una manicura perfecta y luego la tira a un lado. Sus heridas se curan en cuanto el metal sale de su piel, aunque el vestido queda hecho jirones.

No me sorprende que tenga esas habilidades: al fin y al cabo, si el padre de Cy pagó a un vampiro para que lo convirtiera en una criatura inmortal, ¿por qué no iba a hacer lo mismo Marissa Koval? De hecho, ni siquiera hace falta que sea una vampira: puede que encargara otro tipo de Pesadilla indestructible. O quizá le encargara una poción de invulnerabilidad a alguien que se transformó en bruja mientras dormía.

Es bien sabido que ningún miembro de la clase alta de Newham es humano del todo.

La sala se ha quedado en silencio. La gente se gira de nuevo hacia el director para observar el ascenso implacable de la servilleta, que sigue reptando por la cola con lentitud. No tengo ni idea de qué sucederá cuando llegue al cuerpo; no sé qué busca ni qué planea. Me estoy dando cuenta de que debería haberle pedido más información al Espectro.

El director se percata por fin de que la cosa se está poniendo fea de verdad. Y también de que necesita usar las dos manos.

Por lo tanto, me suelta la muñeca.

Y yo no me quedo a ver cuál será su siguiente movimiento.

En cuanto me libera, echo a correr hacia la puerta esquivando a los invitados. Pienso pirarme de aquí antes de acabar encerrada en una mazmorra mohosa del sótano de los Amigos.

A mi espalda, uno de los presentes profiere un grito, pero no miro atrás. No puedo permitirme ninguna distracción.

Por desgracia, los seguratas del evento tampoco se despistan con facilidad.

Y se han colocado delante de la puerta.

Me doy la vuelta en busca de otra salida, pero solo encuentro más guardias; me tienen rodeada. Por suerte, soy pequeña y veloz, y no permitiré que me atrapen así como así.

Me lanzo hacia los guardias tan rápido como puedo, y ellos levantan los brazos y se preparan para detenerme.

Pero yo me agacho.

A veces, ser bajita viene bien, porque mi altura me permite colarme entre ellos. Casi he llegado al otro lado. Podré escapar de aquí.

De repente, algo me golpea en la cabeza con fuerza.

En un abrir y cerrar de ojos, tengo la cara pegada a la moqueta. Empiezo a gemir mientras unas manos me levantan sin miramientos y me llevan a rastras hacia una puerta distinta.

Parece que ha llegado el momento: se me ha terminado la suerte.

Mientras me sacan a la fuerza de la sala, yo me resisto con patadas, gritos y, por supuesto, mordiscos. Por desgracia, uno de los seguratas es una Pesadilla con piel de acero, y creo que me rompo un diente al clavárselo en la muñeca. El otro lleva una camisa antibalas y guantes de cuero, así que mi triste dentadura no consigue alcanzarlo. Y mira que lo intento con ganas.

Una vez estamos fuera, recorremos el pasillo hasta llegar a una escalera. Dejamos atrás un montón de puertas muy separadas que deben de dar a varias salas de reuniones. El espacio entre las puertas se va estrechando; me da la sensación de que hemos llegado a la parte hotelera del edificio, donde se encuentran las habitaciones.

Mis sospechas se confirman cuando me meten en una de ellas. Dentro hay una cama enorme con dosel, un escritorio de madera labrada y una alfombra persa de aspecto carísimo. Claro, el hotel más pijo de la ciudad solo puede ofrecer la mejor calidad.

Debería disfrutar de estos lujos mientras pueda, porque nunca volveré a pisar una habitación así de elegante. El hecho de que jamás haya estado en un lugar tan bonito como esta prisión dice mucho de mi penosa vida.

Mis captores me dejan en una silla sin ninguna delicadeza y me quitan los guantes (qué bordes son). Después, me sujetan las muñecas y los tobillos al asiento con barras de metal que doblan ellos mismos. A ver, esto ya es pasarse. ¿Acaso creen que, si me sujetan con cuerdas, las roeré como una rata y escaparé?

Bueno, la verdad es que les di un montón de mordiscos mientras me traían aquí. No debería sorprenderme que hayan sacado esa conclusión.

La puerta se abre y yo levanto la cabeza, renunciando por el momento a retorcerme como una víctima patética. De todas formas, tampoco tenía muchas probabilidades de escapar de estos dos gorilas capaces de atarme a una silla con trozos de metal retorcidos...

Doy por sentado que el director de los Amigos habrá venido a regodearse de mi situación actual, pero no es así.

La persona que ha entrado es Cindy.

Cindy Lim, que era una discípula de los Amigos del Alma Sosegada, igual que yo. Nunca nos llevamos muy bien, porque yo la consideraba una fanática religiosa y ella creía que yo estaba involucrada en una red de secuestros. Ninguna de las dos tenía razón, pero me cuesta reprimir el impulso defensivo que siento al verla.

—Ness —me saluda sin inmutarse.

Lleva el pelo negro a la moda, liso y cortado a lo paje. Sus pantalones y su chaleco —que esta vez es de color violeta oscuro y cubre una camisa blanca— están perfectamente planchados. Aunque parece más delgada y se le marcan un poco los pómulos, su aspecto es tan cuidado como siempre.

—Cindy —digo tras aclararme la garganta.

La última vez que nos vimos, ella estaba registrando los archivadores secretos del director. Nos dijo a Priya y a mí que era una espía, y que pretendía reunir información sobre los Amigos para escribir un artículo de investigación. Sin embargo, cuando contactamos con

varios periódicos un tiempo después, todos nos aseguraron que no la conocían.

Lo único que sé sobre Cindy es que se unió a los Amigos por razones personales, y no tengo muy claro cuáles son.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto mientras los guardias terminan de maniatararme.

—Supervisar tu captura en representación del director, obviamente —responde, estudiándome con los labios fruncidos—. No sé qué te ha llevado a colarte aquí y atentar contra él, pero no deberías haberlo hecho.

Me muerdo la lengua para contener mis ganas de contradecirla. Al fin y al cabo, revelarle la verdad sería aún peor. ¿Cómo voy a contarle que el director no era mi auténtico objetivo?

Sí, será mejor que me lo calle. Ese dato solo me traería más problemas.

—¿Desde cuándo trabajas para el director? ¿No te habías marchado de los Amigos? —inquiero sin apartar la vista de ella.

—¿Quién te ha dicho eso? ¿Por qué iba a marcharme? —replica con una sonrisa perfecta, y luego saca pecho—. Me han ascendido: ahora soy la asistente personal de la dirección.

Me quedo mirándola, expectante.

—Después de que Priya y tú atacarais violentamente al director —prosigue Cindy—, yo lo ayudé a recuperarse. Desde entonces, he estado echándole una mano en todas y cada una de sus tareas.

Vale, ahora todo cobra sentido. Ha conseguido infiltrarse más todavía; quizá así pueda encontrar lo que está buscando. Yo pensaba que se habría contentado con la sala de los archivos, pero supongo que me equivocaba.

—Entiendo —digo.

Los seguratas terminan de atarme y se despiden de Cindy respetuosamente antes de marcharse.

—¿Las habitaciones están insonorizadas? —pregunto cuando se cierra la puerta.

—Claro que sí —confirma Cindy con exasperación—. Estamos en un hotel de lujo; tienen que proteger la privacidad de sus clientes. Según me han contado, en este se han comido a gente sin que nadie oyera sus gritos de socorro.

Vaya, qué anécdota más alegre.

Pero bueno, al menos ahora tengo la certeza de que los guardias no se enterarán de nuestra conversación.

—Entonces, me ayudarás a escapar, ¿no? —le digo, sacudiendo las ataduras con esperanza.

—No —contesta ella, contemplándome como si me hubiera vuelto loca.

—¿Cómo? ¿No estamos en el mismo bando? —insisto, perpleja.

—No sé yo —responde con los brazos cruzados—. Tu bando es el de «salvar a Ness a costa de los demás», mientras que el mío es el de «diseñar una estratagema larga y complicada para dismantelar una red de trata de personas». Lo siento, pero me ha costado mucho construirme esta identidad. Y acaban de darme permiso para entrar en su otra sede de Newham. Ahí es donde llevan a los desaparecidos, por si no lo sabes.

Uf, qué bien se le da todo esto a Cindy. Supongo que ya habrá descubierto lo que hacen los

Amigos con las personas que secuestran. Aunque tampoco es que me interese mucho el tema, la verdad.

Vale, eso es mentira: sí que me interesa. Sobre todo porque, si no salgo de aquí, es seguro que acabaré igual que esa gente.

—Mira, Ness, voy a ser sincera: no me compensa poner en riesgo mi tapadera por ti —afirma. Eso duele.

A decir verdad, entiendo su razonamiento. Ella es una espía que pretende salvar a cientos o incluso miles de secuestrados, tanto los que están desaparecidos ahora como los que podrían convertirse en víctimas el día de mañana. Es normal que no valore demasiado la vida de una única persona.

Sin embargo, como esa única persona soy yo, me importan un pepino los secuestros que puedan evitarse en un futuro hipotético. Porque yo necesito que alguien me rescate en este mismo momento.

—Bueno, puede que tengas razón —admito—. Pero, si no me liberas, le diré al director que eres una espía.

Cindy suelta una risotada.

—Cómo no. Esto es justo lo que he comentado antes: tú solo estás en tu propio bando.

—Ni que eso fuera algo malo.

—Sí que lo es —resopla—. En todo caso, ¿por qué va a creerte?

Eso es cierto. A ojos del director, yo no soy la persona más fiable del mundo.

—Aun así, mis palabras sembrarán la duda en su mente —insisto.

Cindy solo responde con un gesto de negación.

—Ay, no seas así —protesto. Empiezo a sudar y a mordirme el labio—. Bueno, vale, no me liberes. Pero escucha esto: sé que un amigo mío anda por aquí tratando de colarse en el evento. Es de nuestra edad, alto, blanco, con el pelo negro y los ojos verdes. Muy guapo, en fin. Se llama Cy. ¿Podrías decirle dónde estoy, al menos?

—Ness...

Debe de pensar que estoy mintiendo.

—Venga, Cindy. Me debes una.

—¿Cómo que te debo una? —repite con una carcajada—. ¿Por qué? ¿Por no romperme el tobillo del todo?

—¡Por la explosión del barco! ¡Estuve a punto de morir! —le espeto.

—Eso te pasó por robarme el billete. Fue culpa tuya y de nadie más.

—¡Pero tú eras el verdadero objetivo! —explico inclinándome hacia ella—. ¡Organizaron el puñetero asesinato en torno a tu reparto de correo!

—¿Qué? —pregunta, petrificada.

No pretendía despertar su interés, pero sé que no puedo dejar pasar esta oportunidad.

—Anda, ¿no te habías enterado? Eras uno de los objetivos de la explosión. El más importante, de hecho.

Cindy se pone blanca como el papel.

—No sé —añado, encogiéndome de hombros como si no fuera para tanto—. Si yo estuviera en tu lugar, ahora mismo me preocuparía que alguien haya descubierto mi identidad secreta.

—¡Cuéntame qué más sabes! —exige—. ¿Quién encargó mi asesinato?

—Ya te gustaría que te lo dijera —replico con una sonrisa arrogante, porque ha caído en mi trampa.

Al oír eso, ella tensa la mandíbula.

—Si me ayudaras a escapar —prosigo con indiferencia—, quizá me replantearía lo de contestar a tus preguntas.

En realidad, no tengo más información sobre el tema. Pero eso ella no lo sabe.

Sí, soy una rata manipuladora. Y no me preocupa serlo, siempre y cuando salga de esta vivita y coleando.

Cindy vacila.

Y luego da un paso adelante.

De repente, la puerta de la habitación se abre y mi oportunidad se esfuma. Nos hemos quedado sin tiempo.

Ha llegado el director.

ONCE

El cabecilla de los Amigos del Alma Sosegada entra en la estancia. Bueno, entra casi toda su persona.

Tardo un instante en darme cuenta de que le falta un trozo.

—¡Director! ¡¿Qué le ha pasado?! —chilla Cindy con los ojos como platos, sumergiéndose de nuevo en su papel de asistente devota.

Cuando él llega al centro de la sala, queda clara la magnitud del desastre: en el lugar donde su cola asomaba por una abertura en la tela, ahora solo hay un agujero redondo y abierto. No sé si le quedará un trozo de cola debajo de la toga, porque lo único que se ve por el agujero es un pedazo de toalla. Menos mal que ha tenido la decencia de taparse, porque de lo contrario estaríamos viendo un culo verde y desnudo.

—Por desgracia —responde él lanzándome una mirada asqueada—, me he visto obligado a tomar ciertas decisiones para protegerme.

—¿Está insinuando que se ha cortado la cola? —pregunto sin dejar de observarlo, incrédula.

—Volverá a crecerme —espeto.

Claro: es un lagarto, al fin y al cabo.

Aun así, jamás me habría imaginado que tuviera el valor suficiente para arrancarse su propia cola. Eso es bastante... extremo.

Y lo más probable es que ahora mismo esté cabreadísimo conmigo. Bueno, más de lo habitual, que ya es decir, porque durante los tres años que pasé en los Amigos del Alma Sosegada, siempre se enfadaba conmigo por cualquier cosa.

En realidad, se enojaba sin razones. Solo incendié el edificio una vez. Ah, no: fueron dos. En fin: dentro de lo que cabe, creo que no es para tanto.

—Cindy, ¿puedes preparar el transporte para llevar a Ness a nuestras instalaciones? —le pide.

—Claro, señor —contesta ella con una sonrisa perfecta—. ¿Necesita algo más? Si le duele la herida, puedo comprar algún medicamento.

—No hace falta. Tú céntrate en lo del transporte. —Tras pensárselo mejor, añade—: Y tráeme uno de esos cafés espumosos que venden en la planta baja.

—¿El de fresa?

—Qué bien me conoces.

—Enseguida vuelvo, señor —responde Cindy con tono empalagoso.

Antes de marcharse, me lanza una última mirada inescrutable. La puerta se cierra con un

golpe seco, como la pisada de un monstruo gigante; es un presagio más de las cosas horribles que van a suceder.

Me he quedado a solas con el director: el mismo que intentó secuestrarme durante tres años, el que dirige una inmensa red de trata de humanos, el que está cabreado conmigo y se ha cortado la puñetera cola hace diez minutos. No consigo sacarme este último hecho de la cabeza.

Porque no queda duda de que yo he sido la causante. Y estoy bastante segura de que él me culpa de lo ocurrido.

Es evidente que esta noche se ha ido al traste y ha acabado convertida en un desastre espectacular. Pero las cosas siempre pueden empeorar.

—Ness. —El director se me acerca, apuntándome con su largo hocico de lagarto—. ¿De verdad pensabas que podrías asesinarme?

—En realidad, para ser sincera, no entraba en mis planes —respondo tras carraspear.

—¿No? Entonces, ¿cuál era la función de la servilletita?

No tengo ni la más mínima idea.

—Ya le gustaría saberlo...

Uf, qué poco sutil soy.

—La verdad es que no —replica él con una leve sonrisa—. La neutralicé a tiempo, aunque a costa de un sacrificio extremadamente doloroso.

Vale: está claro que eso lo ha mosqueado.

—Lo que no entiendo es qué te ha llevado a regresar e intentar acabar conmigo —prosigue el director—. Cuando te marchaste, pensé que te meterías en algún tugurio y no volverías a aparecer nunca.

En efecto, ese era el plan. Es una pena que me saliera mal.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado para venir y jugarte el pellejo de esta manera? —insiste mientras camina de un lado a otro, sin dejar de observarme en ningún momento—. ¿Acaso has descubierto por fin dónde acaba la gente que acude a nosotros?

Para nada; pero eso me da una excusa perfecta a la que aferrarme, además de una oportunidad para sonsacarle sobre lo que hace con los secuestrados. Así no tendré que infiltrarme durante meses, como Cindy.

—Claro que sí —le espeto. Me inclino hacia delante, tratando de copiar esa mojigatería justiciera que se le da tan bien a Cindy—. En cuanto me enteré, supe que debía pararle los pies.

Hala, he clavado la imitación. Igual debería meterme a actriz.

El director me contempla un buen rato, incrédulo, y luego dice:

—Mientes fatal.

—¡Qué va! —replico echándome hacia atrás, ofendida.

—Pues ya me dirás por qué has sonado tan falsa.

—Venga ya. Soy una mentirosa de primera —insisto.

—No, eres una idiota —afirma el director—. Te conozco desde hace muchos años, Ness, y sé que nunca intentarías contra mí para cumplir una fantasía justiciera ni nada por el estilo. Si vas

a intentar engañarme, al menos invéntate algo creíble.

Eso duele.

Y, por desgracia, es cierto: no sería propio de mí hacer algo así.

—No sé qué absurdas razones te han traído hasta aquí para atacarme, pero me alegro de que lo hayas hecho. Ahora que estás en nuestras manos otra vez, podremos continuar con el plan —añade con una amplia sonrisa en la que no hay ni una pizca de benevolencia.

Huy, eso sí que no. Qué mala espina me da.

—¿Continuar con el plan? —repito con voz aguda.

—Por supuesto. —El director se acerca a mí—. ¿Quieres saber a qué nos dedicamos realmente en los Amigos del Alma Sosegada, Ness?

Trago saliva. A decir verdad, sí que me gustaría que me lo contara; desde que descubrí el tema de los Amigos y los secuestros, he sentido mucha curiosidad al respecto. No la suficiente para pasar a la acción o investigarlo por mi cuenta, porque eso sería peligroso, pero no puedo negar que el asunto me intriga.

Sin embargo, ahora que el director me observa con expresión malévola, sin rastro de su anterior personaje paternal y alegre, ya no tengo claro si quiero enterarme de la verdad.

A veces es mejor vivir en la ignorancia.

—Eh... —respondo, haciendo alarde de mi elocuencia.

—Claro que quieres saberlo —declara él con los brazos extendidos, sonriendo con sus afilados dientecitos de lagarto—. Y seguramente también te preguntas por qué te dejamos vivir con nosotros tanto tiempo, si pretendíamos secuestrarte.

He de admitir que eso siempre me ha parecido incomprensible. Si me habían preparado un destino terrible, ¿por qué me permitieron quedarme durante años? ¿No habría sido más lógico secuestrarme el mismo día que me mudé allí? ¿Por qué querían que aceptara el traslado de forma voluntaria? Es más, ¿por qué esperaron tanto para plantearme esa posibilidad?

Nada de esto tiene sentido. Por eso decidí hace algún tiempo tomármelo como un misterio más de la vida; algo en lo que no debía meterme, porque quizá no pudiera volver a salir.

Pero ningún secreto permanece oculto para siempre.

El director toma aliento, y presiento que se me viene encima un monologuito de villano. Bueno, al menos me dará explicaciones mientras alardea de lo listo que es.

—La terapia es una herramienta poderosa —comienza. Esta primera frase me ha pillado completamente desprevenida—. La mente de las personas es muy delicada; un único suceso puede reescribir por completo su manera de ver el mundo.

Yo sería un buen ejemplo de eso: me convertí en una cobarde insuperable después de que mi hermana se transformara en una araña gigante y se comiera vivo a mi padre, mientras yo me escondía en el armario del fregadero.

—Pero la terapia puede ayudarlas a reformar su mente, a deshacer la influencia de ese suceso. —Me mira de reojo, sonriente—. O a modificar su efecto.

—A modificar su efecto... —repito despacio, con el ceño fruncido.

Una revelación comienza a tomar forma en mi cabeza; me hace cosquillas en las

profundidades del cerebro, pero no logro verla con claridad.

—Sí. La terapia es capaz de cambiar tus miedos, de centrarlos. O de cultivarlos —añade con una mirada resplandeciente.

Un momento. Esto de reformar mentes y cultivar miedos...

—¿Lo vas comprendiendo ya? —me pregunta con expresión intensa.

Y tanto que sí, aunque prefería no entenderlo. No quiero que lo diga en voz alta. Me gustaría rebobinar esta conversación, pararle los pies a mi mente e impedir que saque esta conclusión inevitable.

Pero es demasiado tarde.

—Creamos Pesadillas por encargo —dice, satisfecho.

Pesadillas. Por. Encargo.

El mundo se desvanece durante un instante. Todo se vuelve borroso, como si yo o el universo estuviéramos desapareciendo. Siento que me encuentro de nuevo dentro de una Pesadilla, donde el Espectro modifica lo que me rodea. Todo parece falso, irreal.

La especialidad de los Amigos es la terapia. Este ámbito es, en esencia, una manera de manipular la mente humana. A ver, la mayoría de las personas van al psicólogo para que las ayuden a gestionar los problemas de su vida: los traumas, el estrés, los miedos, la ansiedad, la depresión y todo eso. Al fin y al cabo, la terapia es una herramienta para que la gente deconstruya su mente y recoloque los ladrillos, con el fin de darle una nueva forma más saludable y estable.

Sin embargo, esas técnicas, que sirven para que las personas resuelvan sus miedos, también pueden usarse para reforzar esos mismos temores. Pueden subirte la autoestima, pero también destruirla.

Como ha dicho él, la terapia es una herramienta poderosa para reformar tu cerebro. Pero es el terapeuta quien se encarga de dirigir el proceso.

Por eso la confianza es tan importante: debes tener la certeza de que esa persona quiere lo mejor para ti, porque va a estar manoseando tu mente. Y yo siempre creí que los Amigos eran buenos en lo suyo.

Supongo que no me equivocaba al pensar eso. El problema es que «lo suyo» ha resultado ser ganar dinero, en vez de cuidar de sus pacientes.

Porque, si defines bien los miedos de una persona...

Y luego la encierras para que tenga una pesadilla...

Puedes determinar en qué se convertirá.

—No —susurro, como si pudiera cambiar las cosas solo con desear que todo sea mentira.

Cuando acudí por primera vez a los Amigos, las arañas me asustaban tanto que el miedo me impedía llevar una vida normal. Todos los arácnidos me recordaban a Ruby, cada uno de sus movimientos me hacía pensar en los crujidos de los huesos de mi padre entre los dientes de mi hermana.

La terapia me ayudó a superarlo.

Pero, en retrospectiva, es evidente que también sirvió para aumentar la intensidad de mis

otros temores, como mi fobia a las Pesadillas. Me quité de encima un miedo, y los Amigos lo sustituyeron por otro que a ellos les interesaba más.

Pretendían convertirme en una Pesadilla.

En aquello que más me aterraba.

La bilis me sube por la garganta de forma imparable, abrasándomela. Necesito salir de aquí. No puedo respirar. Voy a vomitar. Tengo que... que...

—Parece que por fin lo has entendido —comenta el director.

Quería saber la verdad y, ahora que la he descubierto, me arrepiento de haber sentido curiosidad. Ojalá pudiera arrancarme esta información del cerebro y olvidarme de ella. Al final va a ser cierto que se vive mejor en la ignorancia...

—¿En qué pensabais convertirme? —pregunto, con voz tan apagada que parece un gemido.

—Querrás decir en qué pienso convertirte —replica con alegría. Suelta una carcajada, consulta su reloj, sonríe y se sacude el abrigo—. Pero esa sorpresa me la guardo para más tarde; ahora tengo que reunirme con unos inversores.

Cuando termina de hablar, sale de la habitación y me deja sola.

DOCE

Ahora que el director se ha marchado, un silencio sombrío invade la estancia.

Ya me imaginaba que sus secretos serían espantosos; al fin y al cabo, nadie secuestra a la gente por una buena razón. Pensaba que estaba preparada para cualquier cosa, que había asimilado la maldad de los Amigos, que podría aceptar la verdad.

Me equivocaba. Todo esto me ha sobrepasado.

Lo que me horroriza no es que conviertan a las personas en Pesadillas, sino el hecho de que manipulen a propósito sus mayores miedos antes de hacerlo.

Y también el hecho de que vayan a transformarme en mi peor Pesadilla, claro.

En realidad, ni siquiera tengo claro cuál sería el resultado. Como el concepto general de las Pesadillas me aterra desde hace muchísimo tiempo, creo que ningún tipo específico me asusta más que los otros. Puede que pretendan convertirme en una araña gigante igualita a la de Ruby. Vete tú a saber.

Respiro hondo varias veces, porque, pase lo que pase, sé que no me transformaré: el Espectro ha salido del mundo de los sueños. Aunque me secuestren y me droguen con somníferos, no sucederá nada.

No podrán transformarme.

El Espectro es el único que tiene esa habilidad, y dudo que tenga en cuenta los intereses de los Amigos.

Suelto el aliento lentamente. No estoy tranquila del todo, pero me he calmado un poco.

Da igual que acabe encerrada en una jaula o que no consiga salir de este marrón, porque ellos no podrán cumplir sus objetivos. Es imposible que me transformen.

Físicamente, en todo caso, porque no tengo ni idea de qué le harán a mi mente.

Será mejor que no piense en eso. Debería concentrarme en escapar, en salir pitando de este sitio. Los ataques de pánico y las crisis existenciales pueden esperar a que me acurruque junto a Cy; ya me desahogaré cuando regrese a la seguridad de su apartamento.

Ahora mismo, mi prioridad debe ser marcharme de aquí.

Respiro hondo de nuevo. Venga: tengo que pasar a la acción.

Empiezo a botar sobre la silla.

Estoy atada a las patas, pero la silla parece de anticuario; no creo que pueda aguantar mis sacudidas durante mucho rato. Las patas están diseñadas para soportar el peso de una persona sentada, no el de alguien que usa la silla como saltador con el fin de destrozarla.

Cada vez que golpeo el suelo con el mueble, los músculos se me tensan todavía más. Le lanzo miradas nerviosas a la puerta, dando por sentado que alguien vendrá a detenerme. Sin embargo, no ocurre nada por el estilo. Cindy no mintió al decir que las habitaciones están insonorizadas.

Al final, la silla se parte en pedazos con un estruendo escalofriante. Las patas ceden y se sueltan, por lo que caigo al suelo (de cara, cómo no). La alfombra me araña la mejilla, y presiento que me va a salir un moratón en el hombro.

Me quedo ahí tirada, respirando con pesadez. Necesito un momento para descansar.

A continuación, me pongo boca arriba e intento librarme de las ataduras.

No lo consigo.

Al menos, ahora que la silla se ha roto, puedo colocarme en una posición normal e indolora. Para contrarrestar, como los malditos gorilas usaron metal para sujetarme las muñecas a las patas, sigo llevando enganchados los pedazos de madera. No me impiden moverme, pero molestan.

Pruebo a pegarle un tirón a una de las patas, pero está demasiado encajado.

Bueno, qué se le va a hacer. Tendré que andar por ahí con trozos de madera en los tobillos y las muñecas.

Me levanto con torpeza, porque las patas de la silla son casi más largas que mis piernas. Cojo carrerilla y estampo uno de los trozos de madera contra la pared, pero el experimento no termina de funcionar.

Me tomo un segundo para pensar. Cuando quiero sacarme algo que está muy apretado, suelo meter las manos en agua para que la piel se vuelva resbaladiza. No obstante, estoy bastante segura de que la madera absorbería el agua y se hincharía, lo que me pondría las cosas más difíciles aún.

Echo un vistazo a mi alrededor y opto por acercarme a la chimenea. Engancho el extremo de una atadura al atizador y hago palanca con todo el cuerpo para retorcer el metal.

Esta vez sí lo logro: se dobla lo justo para que pueda sacar el trozo de madera y liberarme. Después, repito el proceso con el resto de extremidades.

Vale, por fin he solucionado el primer problema.

Me giro hacia la puerta. No sé si habrá más guardias fuera. En todo caso, tendría que forzar la cerradura antes de enfrentarme a los posibles vigilantes. Es evidente que no podría derrotarlos en una pelea, y mi intento de esquivarlos en el evento no acabó demasiado bien.

Me vuelvo hacia la ventana y me planteo la posibilidad de escapar por ahí.

Al otro lado se ve la ciudad, pero estoy a demasiada altura: sería una tontería saltar desde aquí. Además, no aterrizaría en un montón de basura blandito, sino en el techo de un automóvil. Y eso dolería bastante. Tampoco hay escalera de incendios, lo cual es ilegal, pero el hotel gana el suficiente dinero para pagar sobornos y librarse de esas preocupaciones.

Me percató de que muchas habitaciones tienen las ventanas abiertas. Si consiguiera llegar a una de ellas, podría colarme y escabullirme hasta el pasillo. No obstante, lo más probable es que ese plan salga mal.

Me muerdo el labio y me vuelvo de nuevo hacia la puerta, preguntándome cuál será la mejor opción.

¿La ventana, donde cualquier error me llevaría a una muerte segura? ¿O la puerta, donde podré probar suerte más veces si la cosa se tuerce y acabo maniatada de nuevo?

Está claro: voy a probar con la puerta.

Camino hacia ella a hurtadillas y giro el pomo con muchísimo cuidado.

Pero la han cerrado con llave.

Bueno, no pasa nada: no es la primera vez que fuerzo una puerta. Empiezo a buscar la cerradura, pero tardo poco en rendirme: no hay agujero para la llave porque alguien ha soldado una placa de metal encima. La puerta solo puede abrirse desde fuera.

Pues nada, me va a tocar salir por la ventana.

Me fijo bien en todos los objetos que hay a mi alrededor, desde las sábanas y las mantas – que probablemente se romperían– a las sillas, que no tienen buenos puntos de apoyo y son demasiado bajas.

Me giro otra vez hacia el colchón.

Al final, me acerco y arranco la ropa de cama: una colcha, una sábana ajustable y una manta. Por separado son muy frágiles, pero si las anudo...

Atarlas me lleva poco tiempo. Cuando termino, le pego un tirón de prueba a mi nueva cuerda. Parece resistente, pero es más corta de lo que me gustaría: mide poco más de un metro.

Tendré que apañármelas.

Regreso a la ventana y anudo la soga improvisada al radiador que hay debajo. A continuación, la lanzo al exterior y me asomo. Se queda a medio camino de la ventana inferior.

Que ni siquiera está abierta, además.

Estupendo.

Me vuelvo a asegurar de que las sábanas anudadas pueden soportar mi peso, y después me cuelgo de ellas con las manos para descender lentamente por la pared del edificio, forzando todos los músculos. Solo necesito aproximarme a la ventana lo justo para abrirla. Seguro que todo saldrá bien y no me estrellaré contra el suelo.

Cuando llego al extremo de la cuerda, las piernas me quedan a la altura perfecta para tocar la ventana con los pies. Como no hay otra manera de abrirla, opto por hacer lo que tenía en mente: le pego una patada.

Para sorpresa de nadie, no se rompe, así que sigo golpeándola con la bota una y otra vez hasta que el cristal se agrieta. A continuación, la pateo una última vez con todas mis fuerzas y se hace añicos por fin.

Esbozo una mueca al ver el agujero dentado que debo atravesar para entrar en la habitación.

Empiezo a meter los pies, preparándome para soltar la cuerda –madre del amor hermoso– y lanzarme hacia la estancia. De repente, alguien me interrumpe:

–Ness, ¿se puede saber qué diablos haces?!

Cy me está observando desde la ventana de la habitación donde me habían encerrado. Le devuelvo la mirada, aún aferrada a la cuerda, y carraspeo antes de contestar.

–Escapar. Pero la pregunta es qué haces tú ahí.

–Rescatarte –contesta, aún con cara de estupefacción–. He venido a ayudarte, como te dije.

–¿Cómo te has colado en la habitación?

–Me he cargado la puerta.

–¿Y los guardias?

–¿Qué guardias?

Vaya, cómo no... Tendría que haber usado uno de los postes del dosel como ariete. ¿Pero cómo iba a saber que ni siquiera me consideran lo bastante peligrosa para ponerme vigilancia?

–Bueno, supongo que podemos salir de aquí a tu manera.

–No hace falta –replica con una ceja enarcada–. Prefiero ver cuál es la siguiente parte de tu plan.

–Cállate, anda –mascullo mientras trepo de vuelta a la ventana, olvidándome del cristal destrozado de abajo–. Vámonos de una vez.

Cy me aferra el antebrazo y me ayuda a entrar de nuevo en la habitación, pero yo tropiezo con el alféizar y caigo de bruces sobre la alfombra. Me levanto a toda prisa y me sacudo la ropa fingiendo que no ha pasado nada.

–¿Cómo me has encontrado? –le pregunto.

–Una chica me dijo dónde estabas. Di por sentado que erais amigas, pero cuando lo mencioné, ella respondió que ni de coña. Así que... Una enemiga tuya me indicó que viniera aquí.

Anda, parece que Cindy no me ha dejado tirada.

–También me dio un número de teléfono. Y me dijo que, si no la llamabas, te arrepentirías.

–No me extraña... Así es ella –asiento.

–¿Qué ha pasado? –pregunta señalando la estancia.

–Te lo contaré todo cuando salgamos de aquí.

Bajamos la escalera de empleados a toda prisa, con cuidado de que no nos detecten los seguratas ni los invitados del desastroso evento. Al final, no nos queda otra que salir a un pasillo principal. Apenas llevamos un minuto en él cuando Cy me agarra del brazo y me mete sin previo aviso en un cuarto de baño. Unos segundos después, por el resquicio de la puerta, distingo una sombra que da la vuelta a la esquina.

Nos quedamos escondidos, sintiendo cómo se mezclan nuestros alientos, y me pregunto a quién habrá visto Cy. Al otro lado de la puerta se oyen los pasos amortiguados de unas garras sobre la moqueta.

Es el director de los Amigos.

Aganto la respiración mientras pasa de largo. Seguimos ocultos un rato más, con los corazones a mil por hora, hasta que Cy me indica que ya no hay peligro.

Salimos a hurtadillas del aseo.

Unos pasos más allá, hay un grupito de personas que no conozco. Al vernos aparecer,

empiezan a sonreír y a darse codazos. Me ruborizo al darme cuenta de lo que parecemos: un joven rico y una chica con el uniforme del hotel que han salido del cuarto de baño con el pelo y la ropa revueltos. Me alejo un poco de Cy con torpeza, como si eso sirviera para cambiar lo que sugiere nuestro aspecto desaliñado.

Al darse cuenta de lo que ocurre, él se echa a reír.

—Lo siento por tu reputación, Ness.

—Preocúpate por la tuya —refunfuño.

—Huy, la mía lleva siglos arruinada —replica con una carcajada.

Lo más probable es que sea cierto. Al fin y al cabo, nos conocimos cuando interrumpí uno de sus encuentros amorosos.

Un ricachón de mediana edad, con el cuerpo cubierto de joyas, se nos acerca y le lanza una sonrisa fanfarrona a Cy.

—Qué bien os lo pasáis, ¿eh? —dice.

—Solo estábamos hablando —refunfuño.

—Ya, ya. Seguro que habéis hablado... con muchas ganas —se burla con una risotada antes de seguir su camino.

Tengo la cara tan roja que me quema, y me viene a la cabeza mi primer encuentro con Cy, cuando me dejó petrificada con un simple chiste verde. Si me apuntan con una pistola, soy capaz de mantener el tipo; si me sueltan un chiste de pollas, me joden pero bien.

Madre mía, ¿acabo de inventarme un juego de palabras guarro? Me ha traicionado mi propio cerebro.

Nos montamos en el ascensor, rezando por que nadie nos esté esperando en el vestíbulo. Justo cuando las puertas empiezan a cerrarse, Cy da un respingo. Miro por el resquicio, pero solo alcanzo a ver a un joven rubio que no me suena de nada. Después, el ascensor se cierra del todo y pone rumbo a la planta baja a toda velocidad.

—¿Qué pasa, Cy? —pregunto tocándole el brazo.

—Es... —Vacila y, al final, sacude la cabeza—. No es nada. No te preocupes.

No me gusta dejar así el tema, pero el ascensor se abre en ese preciso momento. Estamos de nuevo en el vestíbulo, con sus suelos de mármol pulido, sus arañas centelleantes y sus estúpidos dibujos de bebés con arcos. Aunque toda la sala es preciosa, la parte más bonita es la enorme puerta que se encuentra a diez metros de nosotros.

La libertad está ahí mismo, tan cerca que casi puedo saborearla.

Salimos del ascensor y nos dirigimos a la salida. Seis metros más. Ahora, solo tres.

—¡Eh! ¡Quietos ahí!

Mierda.

No sé si nos están gritando a nosotros, y tampoco pienso quedarme a descubrirlo.

—¡Tenemos que correr! —me dice Cy, dándome la mano.

Puede que Cy sea superfuerte, superveloz y todo eso, pero lo de correr es mi especialidad. Atravieso el vestíbulo sin vacilar y me adentro en las oscuras calles de Newham.

TRECE

Una vez que estamos a varias manzanas del hotel, Cy para un taxi y nos montamos sin pensárnoslo dos veces.

Me hundo en el asiento tapizado de plástico mientras atravesamos la noche de Newham. Ahora que por fin puedo relajarme un poco, apoyo todo mi peso en Cy, porque el efecto de la adrenalina se ha disipado y ya no soy capaz de cargar con mi propio cuerpo.

—¿Me cuentas lo que ha pasado? —pregunta Cy con delicadeza.

Suelto un gemido, pero hago lo que me pide. Empiezo por confesar que ni siquiera llegué a acercarme a la alcaldesa, dado que el director apareció de repente y le pegué la servilleta a él por accidente (o quizá a propósito). Después le explico lo que el director me reveló sobre lo que han estado haciendo todos estos años los Amigos del Alma Sosegada.

Cuando termino, Cy sacude la cabeza.

—Daba por sentado que el plan acabaría yéndose al cuerno, pero jamás me imaginé que pudiera torcerse tantísimo.

—Dímelo a mí —replico con una mueca.

Me tapo la cara con las manos y Cy me acaricia la espalda para consolarme.

—¿Tú tenías idea de que la gente compraba Pesadillas por encargo? —digo, incapaz de mirarlo a los ojos—. Como vivías en el tipo de entorno que... —No consigo terminar la frase—. ¿Sabías algo?

Tarda mucho en contestar, y esa vacilación me sirve como respuesta.

—Sospechaba que se hacía negocio con esas cosas —confirma al final—, pero no sabía que los Amigos estaban involucrados. Te lo habría contado, de verdad.

Asiento con un gesto, porque creo en él. No es la clase de persona que me habría ocultado la verdad sobre los Amigos.

—Ya verás como todo sale bien —afirma—. Has conseguido escapar de ellos. Estás a salvo.

—¿Seguro? —pregunto con una risa ahogada.

—A ver, no te puedo asegurar nada al cien por cien —admite—. Al fin y al cabo, vivimos en Newham: un gigante paracaidista podría aplastarnos cuando menos lo esperemos.

Suelto un resoplido al oír eso.

Quitarles importancia a las cosas es buena idea: si te ríes de los horrores del mundo, dejan de darte tanto miedo. Es como si ya no te dominaran del todo, como si recuperaras un poco el control. El humor hace que la vida sea más fácil de sobrellevar.

Y parece que Cy ha empezado a darse cuenta de ello.

—Es que... —Trago saliva—. Fui muy feliz mientras estuve con ellos, ¿entiendes? Ahora tengo claro que siempre han sido malvados, que todo era una mentira. Y, aun así, una parte de mí los echa de menos, por mucho que cueste creerlo. Añora la falsa seguridad que sentía allí.

—Pero no era más que una ilusión —me recuerda con suavidad tras un rato de silencio.

—Ya lo sé.

Y es cierto. No obstante, eso no quita que la situación me resulte dolorosa; no hace que deje de soñar con volver al pasado, a esa vida que en mi cabeza era sencilla y segura.

Porque era todo lo contrario a la de ahora, que está llena de sufrimiento y complicaciones.

El taxi nos deja delante del edificio de Cy. Se nos ha hecho tan tarde que casi podríamos decir que es temprano, y el amanecer ha comenzado a iluminar el horizonte. Debemos ponernos a cubierto antes de que Cy se queme.

Me apoyo en él mientras el ascensor sube a su piso. Los sucesos de esta noche me han dejado el cuerpo tan maltrecho que apenas me tengo en pie. ¿En qué momento se me ocurrió que trepar por una fachada era buena idea? Los músculos de mis brazos no están pensados para eso.

Cuando salimos al rellano, me tambaleo hasta la puerta del apartamento. Una vez dentro, me quito el chaleco sudado y me arranco los zapatos. Cy me trae un vaso de agua que me bebo de un trago.

—Ve a descansar —me dice con una mirada amable—. Estás para el arrastre. Ya buscaremos una solución para todo esto después de que te eches una buena siesta.

Como ni siquiera me quedan fuerzas para responder, asiento y me acurruco en mi armario.

Normalmente, el mero hecho de meterme aquí dentro me tranquilizaría. Es un espacio pequeño y estrecho, en el que solo quepo yo; es mi refugio especial. Además, estoy tan cansada que debería quedarme dormida de inmediato, como todas las noches. Sin embargo, hoy no paro de fijarme en la luz tenue que se cuela entre las rendijas, ni de pensar en lo mucho que este armario me recuerda a mi habitacioncita de los Amigos.

Me pasé años viviendo sola en aquel cuartucho recluso, aislada del resto del mundo, convencida de que la felicidad consistía en eso. No hice ningún amigo hasta que llegó Priya; me daba miedo entablar relación con los demás por si acababan convertidos en una Pesadilla asesina, como mi hermana.

La soledad, el aislamiento y la distancia de la gente me proporcionaban una especie de seguridad.

Pero, ahora que estoy temblando en mi nuevo armarito, sola y asustada, me pregunto si me sentía a salvo de verdad o si los Amigos me manipularon para que lo hiciera. ¿Cómo puedo diferenciar las cosas que me metieron en la cabeza de mis pensamientos?

Es evidente que algunos de mis temores tienen justificación, pero ya no sabría decir cuáles.

¿Puedo siquiera confiar en mi instinto? Los instintos son una creación de la mente. Si todo el mundo te dice que algo es malo, cuando veas esa cosa te dará miedo, sin duda. ¿Pero qué pasa si alguien te miente o te manipula, como los Amigos? Además, yo tengo un instinto

penoso: confié en personas que se aprovechaban de mí, mientras que Cy me aterró desde nuestro primer encuentro, a pesar de que no me había hecho nada. Y, sin embargo, ha acabado por convertirse en uno de mis mejores amigos.

¿Queda alguna parte de mi mente que siga funcionando como debería?

Observo con atención las paredes que me rodean y, de repente, el armario me parece demasiado estrecho. Hay muy poco espacio, y es demasiado similar a mi habitación de los Amigos. Esto me supera. No quiero seguir aquí dentro.

Esta noche, necesito compañía.

Salgo del armario y recorro el salón con torpeza, dejando atrás el sofá que Cy me ha ofrecido como cama un millón de veces. Siempre me he negado a dormir ahí porque... ¿Por qué? ¿Acaso el armario era una opción mejor?

Ya no sé ni qué pensar.

Me acerco a hurtadillas a la habitación de Cy. Está tumbado, escribiendo algo en un cuaderno con el ceño un poco fruncido. Se ha dejado la ropa puesta, a excepción de los zapatos, que reposan al pie de la cama. Cuando entro, levanta la vista del papel.

—Hola —me saluda con expresión expectante.

—Yo... —empiezo, pero aparto la mirada.

Esta situación es demasiado incómoda. Siempre le he dicho que no puedo dormir si hay más gente en la habitación... Y mira ahora: he acudido a él porque me siento incapaz de estar sola.

—¿No consigues pillar el sueño? —me pregunta.

Asiento.

—¿Quieres pasar la noche conmigo?

Se me enrojecen las mejillas, seguidas de la frente un instante después.

—¿Qué...? Eh... —farfullo. Ni siquiera me salen las palabras. Está claro que las frasecitas de ese tipo son mi punto débil.

—Perdona. No debería bromear con estas cosas, pero es que te pones adorable cuando te aturullas —dice riéndose.

Su comentario no ayuda a mitigar mis tartamudeos ni el rubor de mi cara.

—Venga, ya paro. Te prometo que no coquetearé ni haré comentarios sugerentes. Solo dormiremos —me asegura con una mano en el pecho.

—Ajá —contesto con una mirada escéptica, pero me tumbo en la cama de todas formas. Cy suele cumplir su palabra y, aunque sea un poco ligón, siempre ha respetado los límites de mi incomodidad.

Me tapo con el edredón y me acurruco junto a él, como una niña que se mete en la cama de sus padres en busca de calidez y consuelo.

—¿Quieres hablar de ello? —pregunta mientras me acaricia el pelo con un ritmo que me relaja.

Me acerco más a su mano para saborear nuestra cercanía, la tranquilidad que me transmite su contacto, esta sensación de conexión, de compañía, de tener a alguien que se preocupa por

mí.

—Es que... —Me estremezco—. Ya no sé qué pensar. Ni qué creer. ¿Cómo voy a confiar en mi propia mente, si soy consciente de que alguien ha estado manipulándola?

Hasta esta tarde, tenía la certeza de que la verdad me ayudaría. ¿Acaso no dice la gente que la verdad te hará libre?

Nunca he dejado de preguntarme por qué siento tanto miedo. En Newham hay muchísimas personas que han pasado por cosas peores que yo y no han salido tan mal paradas. Como mínimo, son capaces de seguir con su vida de manera funcional.

Y por fin he conseguido respuestas: ahora sé por qué mi mente es una maraña de temores.

Pero no tengo ni idea de cómo arreglarla.

Cy me levanta la cara para observarme con expresión solemne.

—Ness —me dice—, yo sé mucho de manipulación psicológica. Me crie con un hombre que ha basado su carrera en crear películas para convencer al mundo de que es un héroe y no un villano. ¿Quieres que te explique el truco para distinguir las mentiras?

—Y tanto que sí, joder.

—La clave es saber que están ahí —prosigue, dándome golpecitos con el dedo en un lado de la cabeza. Yo parpadeo, confusa—. Si entiendes lo que sucede en tu mente, puedes aprender a reconocer los patrones de pensamiento que no te hacen bien. Y cuando lo consigas, serás capaz de ignorarlos.

—¿Pero cómo los distingo? Después de todo lo ocurrido, me parece imposible —susurro.

—Pronto te será más fácil. De hecho, ya has comenzado a detectarlos. A ver, ¿por qué te has metido en mi cama esta noche? —me pregunta, con un tono neutro que no me incomoda lo más mínimo.

—Porque el armario me ha recordado a los Amigos, y he empezado a cuestionarme si de verdad me gusta estar aislada o si fueron ellos quienes me introdujeron esa idea en la cabeza —confieso.

—O sea, que ya has comenzado a hacer las preguntas adecuadas —recalca.

—Sí, pero no conozco las respuestas —replico sin mirarlo a los ojos.

—Yo creo que sí —insiste él—. A ver, contesta sin pensar: ¿te gustaría volver al armario y dormir sola?

—No —respondo al momento, sin ninguna dificultad.

—Exacto —remacha con una sonrisa—. No digo que nunca más vayas a querer pasar un rato a solas, porque sé cómo sois los introvertidos —añade con un guiño—. No obstante, antes de esta noche te habrías obligado a dormir en el armario aunque hubieras tenido ganas de estar con alguien, ¿verdad?

—No lo sé. Es posible —comento tras pensarlo bien.

—Ahora que has descubierto lo que te hicieron, podrás analizar tus pensamientos al detalle. Cuando tu instinto te mande un mensaje, pregúntate si eso es lo que piensas de verdad. No hace falta que dudes de ti misma; solo tienes que verificar las cosas —explica.

—¿Y cómo sé qué ideas analizar? ¿Y si aun así no consigo saber cuáles son reales? —inquiero.

—Pues pide ayuda —señala con sencillez—. Habla con gente en la que puedas confiar: conmigo, con Priya... Nosotros te dejaremos claro lo que opinamos. No tienes por qué pensar lo mismo que nosotros, porque algunas cosas son ciertas para ti y no para mí, y viceversa, pero puedes preguntarnos para comparar. Eso te permitirá reevaluar las cosas que te hagan dudar, y te enseñará a darles una oportunidad a razonamientos distintos.

—¿Y si algunos de mis miedos están relacionados contigo? —pregunto tras agachar la cabeza, con la voz ronca por los nervios.

—Más razón aún para que me hables de ello. Si te preocupa que vaya a devorarte mientras duermes, me gustaría saberlo. —Hace una pausa y frunce el ceño, alarmado—. No será eso lo que te asusta, ¿verdad? Pensaba que ya habíamos zanjado ese asunto.

—No, ese no es mi temor —confirmo con un resoplido.

—Vale, me alegro —comenta con una sonrisa—. Pero lo digo en serio, Ness: si algo te da miedo o te preocupa, no te lo calles, por favor. Si me lo ocultas todo, no podré ayudarte.

Estoy tan emocionada que no soy capaz de hablar, así que asiento y apoyo la frente en su pecho, centrándome en respirar. Después, él me acaricia la espalda y yo cierro los ojos.

—Todo saldrá bien, Ness —afirma con tono tranquilizador.

Suelto el aliento con dificultad. Aunque sus palabras no sean ciertas, me permito creer en ellas por ahora, porque algunas mentiras son necesarias para conservar la cordura.

Los Amigos alimentaron mis miedos, convirtieron mi fobia a las Pesadillas en un temor tan irracional que ni siquiera era capaz de dormir en una habitación compartida.

Como quiero desafiarlos y demostrarme a mí misma que sus manipulaciones no me definen, que soy yo y no ellos quien controla mi mente, me arrimo más a Cy, le rodeo el cuerpo con los brazos y cierro los ojos.

Estoy decidida a recuperar mi vida.

Poco a poco, paso a paso, voy a revertir todos los engaños que me metieron en la cabeza. Viviré a mi manera, no a la suya.

Y ahora, acurrucada junto al cálido cuerpo de Cy, envuelta en la tranquilidad que me producen sus palabras y mi propia determinación, hago algo que había evitado desde mi infancia: me quedo dormida en la misma habitación que otra persona.

CATORCE

Me despierto en la cama de Cy, con la cara pegada a su hombro y prácticamente abrazada a él.

Durante un instante, la confusión se apodera de mi cerebro, que empieza a imaginarse un montón de cosas raras. Son especialmente extrañas si tenemos en cuenta que los dos llevamos ropa, pero qué le vamos a hacer: a mi cabeza le ha dado por ahí. Creo que estas imágenes me van a atormentar durante un tiempo.

Me pongo colorada porque, por una vez, soy yo la que tiene pensamientos inapropiados, y me separo de Cy con cuidado de no despertarlo. Después, entro en el cuarto de baño para asearme y deshacerme de la peste a sudor y a miedo.

Me doy una ducha en condiciones y, de vez en cuando, diviso mi silueta en el espejo. Cy no tiene un espejo normal con superficie de plata, porque no se reflejaría en él. Y, como necesita verse para peinarse, se compró un espejo de acero.

No sé por qué su alergia a la plata implica que se le derrita la piel al tocarla, o que no se refleje en los espejos ni aparezca en fotos reveladas con nitrato de plata. De todas maneras, las Pesadillas no suelen seguir ningún tipo de lógica científica. El propio soñador es la única persona que podría entender su funcionamiento. Y el Espectro también, quizá.

Hablando del Espectro... ¿Qué diablos voy a hacer?

El asunto del director y los Amigos me ha tenido tan inquieta que no me he parado a pensar ni una vez en el otro suceso de ayer: metí la pata hasta el fondo con la tarea que me encargó el Espectro.

Se suponía que nos reuniríamos hoy para comentar cómo habían salido las cosas. A ver, tengo dos opciones: la primera es ir al punto de encuentro y contárselo todo, con la esperanza de que no se enfade y me dé otra oportunidad. Esta alternativa no me entusiasma, porque se basa en la posibilidad de que el Espectro se muestre comprensivo y empatee con las razones de mi fracaso. Y, según mi experiencia, la gente no suele ser muy compasiva cuando la cagas a niveles épicos.

La segunda opción es no acudir a la cita. Podría esconderme bien, hacer como que nunca conocí al Espectro y evitarlo para siempre.

Esta idea me parece mucho más aceptable. Soy una chica de Newham: si las cosas se tuercen, sé cuándo cortar por lo sano y huir. Es innegable que he invertido tiempo, energía y mierdas por el estilo en sacar adelante este plan, pero al final salió mal. Y sería una ingenuidad

meterme aún más en este berenjenal solo por ver si el Espectro querrá hacer otro trato y concederme mis deseos.

Vale, está claro: voy a esconderme.

Bueno, a no ser que eso cabree al Espectro.

Puede convertir a la gente en cualquier cosa, literalmente. ¿Qué le impediría transformar a alguien en una varita rastreadora para encontrarme y convertirme en cucaracha?

Hummm... No me queda duda de que podría hacer eso, ¿pero de verdad se tomaría tantas molestias?

Vete a saber.

Me restriego la cabeza con las manos. ¿Por qué me cuesta tanto tomar decisiones?

En ese instante, recuerdo las palabras de Cy y respiro hondo. Anoche me dijo que, ante la duda, debía pedirle a algún amigo que me diera su opinión para contrastarla con la mía. Eso no me resultará tan complicado. De hecho, parece una forma estupenda de cargarle el muerto a otra persona.

Salgo de la ducha, me visto y vuelvo a la habitación. Cy sigue dormido: ha extendido el brazo sobre el espacio vacío donde me encontraba yo antes, y tiene una expresión tranquila y relajada. Parece un angelito.

Aparto la mirada, ruborizada. Siempre me quejo de estas cosas, y ahora soy yo la que se para a verlo dormir como una perversa.

Al final, decido no despertarlo. Necesita descansar.

De modo que llamo a Priya.

Nadie me conoce tanto como Priya. Es mi mejor amiga y confío sin reservas en ella, más que en cualquier otra cosa o persona. Es valiente e inteligente; sé que no me va a consentir ninguna tontería ni me va a suavizar la realidad. Ella es la única que podría inventar un plan eficaz para sacarme de este lío.

Quedamos en vernos más tarde. Mientras me dirijo a nuestro punto de encuentro, paso por una casa de empeños cercana y les vendo todo lo que llevo en los bolsillos.

Al final no conseguí chorizar muchas cosas: una pulsera de perlas, un posavasos de caoba con grabados, una pluma estilográfica y una especie de reloj antiguo. Birlé estas cosas de la sala del evento de anoche (bueno, y de las muñecas y los bolsillos de algunos invitados), antes de que la situación se torciera.

A ver: en una fiesta así de pija, el verdadero crimen sería no robarles nada.

Saco una cantidad de dinero bastante decente, que ingreso de inmediato en mi cuenta bancaria. No he ahorrado demasiado, pero me siento muy orgullosa de lo que he conseguido acumular. Al fin y al cabo, hace un mes no tenía ni un centavo.

Me reúno con Priya a mediodía en su cafetería favorita. El local está a rebosar de oficinistas y estudiantes en busca de su chute habitual de café. Alguien ha colocado un cartel en el mostrador para indicar que los cafés no llevan ningún «aditivo». La mayoría de las cafeterías se han visto obligadas a colgar mensajes de ese estilo, porque hace un tiempo se descubrió que una cadena estaba echando cocaína en las bebidas para enganchar a los clientes y arruinar a las

empresas rivales.

Dicha cadena sigue existiendo, porque su dueño sobornó al comisario de la policía. De hecho, ahora promocionan abiertamente su café con cocaína, y les va mejor que nunca.

—Menos mal que me has llamado —me dice Priya, dejándose caer en el asiento de enfrente con dramatismo.

—¿Y eso?

—Me muero de aburrimiento —gime mi amiga.

Imagino que la jornada de entrenamiento no fue muy bien.

—O sea, que solo te intereso como distracción —comento con guasa.

—A ver: conociéndote, seguro que has vuelto a meterte en un lío de los gordos y necesitas ayuda —replica.

Pongo mala cara, porque ha acertado de lleno.

—¡Lo sabía! —exclama—. Venga, empieza a cantar. ¿A quién tenemos que zurrar? —pregunta, inclinándose hacia mí con una sonrisa animada.

La miro fijamente. Igual debería dejar de sentir mala conciencia por involucrar a Priya en mis marrones. Siempre se muestra entusiasmada con estas situaciones; de hecho, empiezo a creer que, si le gusta ser amiga mía, es porque le doy excusas para pelear y vivir aventuras.

No tengo claro qué opino al respecto.

Y decido que tampoco voy darle más vueltas a esa cuestión.

Le hablo de mis descubrimientos sobre los Amigos y mi pacto con el Espectro, y después le cuento cómo la cagué de manera espectacular a la hora de cumplir mi única función en el plan. También le suelto una perorata sobre mi conversación con el director, y de paso menciono a Cindy y lo que sé de su situación actual.

Priya me escucha con atención, apoyada en la mesa y sin apartar los ojos de mí. Cuando termino, se recuesta en el asiento y se bebe de un trago el café que le queda, como si se tratara de un chupito.

—Ness, ¿por qué no me llamaste ayer? —se queja en un tono que rezuma indignación.

—¡Pero si lo hice! —exclamo—. ¡Tu hermana me dijo que estabas en un entrenamiento!

—En un entrenamiento... —repite con un resoplido—. Habría preferido mil veces hacer esto que perder el tiempo allí.

—¿A qué te refieres con «hacer esto»? ¿A quedarte con Cy en el vestíbulo hasta que os tocara rescatarme? —pregunto con voz inexpresiva.

—No me subestimes; me habría colado en esa fiesta en menos de cinco minutos —contesta riéndose.

—Me parece que no habría sido tan sencillo como crees —replico, aunque la imagen de Priya abriendo las puertas de una patada para salvarme me arranca una sonrisa.

—Bueno, ya nunca lo sabremos, ¿no?

Le sonrío, pero vacilo antes de seguir:

—¿No te cabrea que esté colaborando con el Espectro?

—¿Por qué iba a enfadarme? —inquieta, perpleja.

—Pues, eh... Porque tu madre... —dejo la frase sin acabar.

Priya suspira y deja la taza en la mesa.

—Sé cómo se ven las cosas desde fuera. Parece que no he superado la desaparición de mi madre, y que luché contra las Pesadillas porque todo indica que se convirtió en una de ellas. Da la impresión de que estoy resentida; de que las culpo de todo y por eso las pago con ellas. Pero no es cierto. Eso no se acerca ni un poco a la realidad —explica con seriedad, y luego se revuelve el pelo con una mano—. Nunca te he hablado de la primera Pesadilla que maté, ¿verdad?

Ahora que lo menciona, nunca me lo ha contado. Me extraña que el tema no haya salido hasta ahora.

—No —confirmo.

Ella asiente y se reclina en la silla.

—Mi vecino se transformó en Pesadilla cuando yo tenía doce años —comienza—. Nunca me cayó bien, porque a veces oíamos cómo le pegaba palizas a su esposa. Detestaba esos momentos, y la impotencia que sentía por no poder ayudarla. Además, los policías eran unos incompetentes y nunca llegaron a detenerlo.

Típico de Newham: los policías no mueven ni un dedo si no los sobornas.

—Y entonces, una noche, se convirtió en Pesadilla —prosigue con voz grave y expresión tensa—. Una con cuchillas gigantes en vez de manos. Empujó a su esposa con tanta fuerza que la mujer atravesó la pared de nuestro apartamento.

—¿Y sobrevivió a eso? —pregunto con una mueca.

—Sí, pero estaba muy malherida —contesta—. Él también se metió en nuestra casa, encolerizado y con las garras en alto, preparado para acabar con ella del todo. Mi familia empezó a gritar, pero yo... —En los ojos de Priya aparece un brillo nostálgico—. Yo tuve una especie de epifanía: alguien tenía que detener a ese hombre, a ese monstruo, porque, si no, seguiría comportándose así para siempre. Y como nadie más iba a molestarle en pararle los pies, decidí que lo haría yo —continúa con una seriedad absoluta—. Agarré el primer tarro que pillé en el armario de las especias, lo abrí y se lo tiré a la cara. Era chile en polvo recién molido.

Uf, eso tuvo que quemar un montón.

—El tío se puso a chillar de dolor y se llevó las manos a los ojos. Sin embargo, solo consiguió arrancárselos de las cuencas, porque tenía garras hechas de cuchillos. Durante un instante se había olvidado de que era una Pesadilla.

—Qué dolor —comento, encogiéndome al imaginar lo que debió de sentir.

—Vaya que sí —añade Priya con expresión feroz—. Y mientras gritaba que iba a matarme por hacerle eso, saqué nuestra sartén y le aticé con ella como si fuera un bate de béisbol. Le di en toda la nuca, y la fuerza del impacto le empujó la cabeza hacia las garras que se había llevado a la cara. Las cuchillas le atravesaron el cráneo y...

—Una Pesadilla menos —termino por ella.

—Exacto —remacha mi amiga—. Recuerdo que me quedé inmóvil, cubierta de sangre, sin

hacer nada más que respirar. El corazón me iba a mil por hora. Era como si pudiera notar cada célula de mi cuerpo, y todas ellas vibraban. —Me mira a los ojos, saliendo de su trance—. Esa fue la primera vez que me enfrenté a la muerte, y nunca me había sentido tan viva.

Espero en silencio a que continúe.

—Su esposa me dio las gracias por salvarle la vida, sin parar de llorar —prosigue—. Le daba miedo separarse de él, y estaba segura de que aquel día iba a conseguir matarla. —Priya baja la voz—. Jamás me había sentido tan poderosa como en ese instante. No solo luché contra un monstruo, sino que lo derroté. Y encima, protegí a una persona —añade sonriendo—. No hay nada en el mundo que se pueda comparar con ese subidón. Y esa es la verdadera razón por la que peleo contra las Pesadillas —concluye, sin dejar de observarme.

Al escuchar esta historia he entendido por qué no me la había contado antes. Nuestras primeras experiencias relacionadas con Pesadillas fueron muy similares. Sin embargo, yo me escondí cuando la muerte campaba a mi alrededor, mientras que ella le hizo cara al monstruo sin amedrentarse y venció.

Priya debía de pensar que oír esta anécdota haría que me sintiera avergonzada de mi reacción. Pero ella y yo somos personas muy diferentes y, aunque en ocasiones me gustaría parecerme más a ella, sé que yo nunca habría sido capaz de actuar así. Y menos a esa edad.

—De todas maneras —sigue, retomando el hilo de la conversación—, te he contado esto para dejar las cosas claras. No tengo ningún problema con las Pesadillas en sí ni con el Espectro. No me uní a Defensa contra Pesadillas por odio ni por rencor. —Hace una pausa—. Aun así, te habría aconsejado que no colaboraras con el Espectro. No es precisamente el ser más fiable del mundo —comenta con sequedad.

—A ver, la última vez cumplió su palabra —me justifico, y luego me hundo en el asiento—. Pero ya da igual, porque metí la pata con su única petición. Y eso que era sencilla.

—Típico de ti —coincide Priya.

—Oye, que no la cago siempre —replico fulminándola con la mirada.

—Entonces, ¿los otros discípulos te pusieron el apodo de «Ness Traspiés» porque sí?

—¿De verdad me llamaban así? —mascullo con mala cara.

—Entre otras cosas.

Estupendo. Qué apodo más maravilloso. Me recuerda a los malvados de los cuentos infantiles.

—Hablando de los Amigos —añade Priya con una sonrisa enorme y siniestra—, tenemos que decidir cómo nos cargamos a esos cabronazos.

—Ni siquiera tú podrías acabar con una secta entera —señalo.

—No hace falta —insiste ella—. La mayoría de ellos no están involucrados en sus actividades más perversas, así que no es necesario destruir toda la organización: solo tenemos que detener a las figuras más importantes, como el director, y a la gente que lo ayuda con los secuestros.

En eso lleva razón.

—Cindy me dijo que tienen otra sede —recuerdo—, y que ahí es adonde llevan a los desaparecidos.

—¿Te dio la dirección?

—Qué va.

—Entonces, no nos sirve de nada saberlo.

—Ya —admito, y vacilo un instante antes de seguir hablando—. ¿Pero estás segura de que debemos... involucrarnos? ¿No sería mejor que me escondiera hasta que todo pase? ¿Hasta que se hundan por sí solos?

—¿Por qué iban a hundirse?

—Pues porque liberé al Espectro —contesto—. Ya no transforma a la gente, así que los Amigos no pueden crear más Pesadillas por encargo.

—En ese caso, habrán dejado de cumplir con los pedidos —comprende Priya, con los ojos como platos.

—En efecto —remacho—. El negocio de Pesadillas personalizadas que se han montado los Amigos está a punto de venirse abajo. Cuando la gente se dé cuenta de que ya no pueden preparar sus encargos, ¿qué crees que pasará?

—Los clientes se los comerán vivos —responde Priya con una sonrisa macabra.

En algunos casos, lo más probable es que los devoren de forma literal.

La idea no me consuela demasiado, pero algo es algo. Al final he conseguido acabar con los Amigos, aunque no haya sido de manera intencionada y ellos no vayan a descubrirlo nunca. Da igual: con tal de destruirlos, los detalles no importan.

—Me sorprende que no te hayas decidido a acelerar el proceso —comenta mi amiga con expresión divertida.

—¿Cómo podría hacer eso?

—Contactando con tantos clientes como puedas para informarles de que los Amigos no les entregarán sus pedidos, porque ya no pueden crear más Pesadillas —explica riéndose.

A decir verdad, sí que se me había pasado por la cabeza esa posibilidad, pero la descarté enseguida.

—La última vez que intenté hacer algo por el estilo, no solo me salió el tiro por la culata, sino que además acabé en la lista de objetivos de Defensa contra Pesadillas. Preferiría no volver a pasar por una cosa así.

—Ya no me acordaba de eso. La verdad, se me hace raro que no vuelvas a caer en los mismos errores —afirma ella.

Le respondo con un gesto grosero, y Priya se echa a reír y se recuesta en la silla.

—Aun así, todavía quedan incógnitas —añade con cara pensativa.

—¿Sobre qué?

—Sobre los Amigos —contesta con el ceño fruncido—. Si ellos creaban sus propias Pesadillas..., ¿por qué compraban más?

—¿Cómo?

—Cuando Defensa contra Pesadillas te capturó, Charlie Chambers te dijo que los Amigos eran sus principales clientes, ¿no?

—Anda, es verdad —confirmo, acordándome de golpe.

—¿Por qué pagar por ellas, si se dedican a crearlas? —insiste ella, mostrando las palmas en un gesto de perplejidad.

—Pues... no tengo ni idea —confieso, desconcertada.

Priya lleva razón: a pesar de que he descubierto muchos horrores sobre los Amigos, puede que solo sean la punta del iceberg.

—¿Crees que están ganando dinero de otras maneras? —Vacilo un instante—. Si fuera así, la liberación del Espectro no acabaría con ellos, ¿no?

—No lo sé. Puede que sus clientes los destruyan de todas maneras, porque son poderosos y no les gustará que los hayan engañado. Aun así, todo dependerá de los otros negocios que se traigan entre manos, supongo.

Eso es cierto.

Por lo tanto, hay posibilidades de que los Amigos sobrevivan si no hacemos nada. ¿Pero cómo voy a vencerlos? Yo no soy nadie: jamás podría enfrentarme a ellos, ni siquiera con ayuda de Priya.

De pronto, recuerdo lo que Cy me dijo anoche.

Analizo mis reflexiones: ¿por qué razono así? Al plantearme mis opciones, jamás pongo en duda mi propia debilidad. No obstante, ahora he empezado a cuestionarla. Sí, es innegable que los Amigos son poderosos, pero también es cierto que Priya tiene un lanzacohetes.

¿Me lavaron el cerebro los Amigos para que nunca les plantara cara, o me impuse yo misma este condicionamiento?

—¿Qué pasa, Ness? —me pregunta Priya.

Apoyo los codos en las rodillas antes de contestar.

—Es por el tema de lo que me hicieron los Amigos. Jugaron con mi mente, y ahora me cuesta saber si mis pensamientos son realmente míos.

—¿A qué te refieres?

—Pues a que... Siempre estoy aterrada. —Trago saliva—. El problema es que, en una ciudad como esta, algunos de esos miedos tienen razón de ser. Supongo que estoy intentando diferenciar entre los temores justificados y los irracionales.

—¿Puedes ponerme algún ejemplo? —me pide ella, interesada.

—A ver... Cuando hablaste de luchar contra los Amigos, lo primero que pensé fue esto: «No servirá para nada. Jamás podríamos vencerlos, porque son demasiado poderosos».

—Bah, eso es una tontería, desde luego —comenta mi amiga.

—¿Por qué? Tienen dinero, discípulos, influencia...

—Eso solo importaría si siguiéramos las reglas de juego que ellos imponen. Ahora mismo solo te estás planteando la posibilidad de ir de frente, y así perderíamos. O mediante procedimientos legales, que también serían inútiles. Pero esas no son las únicas maneras de acabar con los malos —explica Priya—. Yo tengo un rifle de largo alcance y muy buena puntería, por ejemplo. Me cargaría al director sin darle tiempo a reaccionar.

—Una opción un poco bestia, ¿no? —me río, pero Priya se mantiene seria.

—A veces hay que tomar decisiones drásticas.

No puedo llevarle la contraria. De hecho, no sería la primera vez que recurro a medidas extremas para sobrevivir.

—¿Qué otras cosas te preocupan? ¿Tienes más pensamientos que no te parezcan tuyos al cien por cien? —inquire Priya.

—Todos —confieso—. Desde que descubrí esto, no hay nada que no me haya cuestionado. Jamás se me habría pasado por la cabeza que los Amigos pretendieran convertirme en una Pesadilla... Confiaba en ellos ciegamente. No fui capaz de detectar ninguna de las señales alarmantes. —Contemplo a mi amiga con expresión de súplica—. ¿Cómo puedo saber que no estoy cayendo en los mismos errores de siempre?

—Ay, Ness —dice ella con suavidad.

—Quizá no se me dé bien juzgar a la gente —insisto—. ¿Y si mi próximo jefe intenta hacer negocio con mis riñones? ¿Y si mi casero le vende una copia de la llave de mi apartamento a una Pesadilla carnívora?

—Bueno, tampoco te anticipes tanto —me interrumpe Priya con una sonrisilla—. Aún te falta mucho para poder pagar un alquiler.

—Ya... Lo cual significa que estoy atrapada en casa de Cy —susurro—. ¿Y si la cosa se tuerce con él? A ver, ¿cuánto hace que lo conozco? Los Amigos se pasaron años manipulándome. ¿Quién me dice que Cy no está haciendo justo eso? Igual solo quiere convertirme en su banco de sangre personal.

—No pensarás eso de verdad... —replica con escepticismo.

—Vale, no —admito—. Pero me he equivocado con tantas personas... ¿Cómo puedo tener la certeza que él no es otra de ellas? Y tú igual, ya puestos.

—Yo no voy a traicionarte, y Cy tampoco —me asegura ella con voz firme—. Y en el fondo de tu alma lo sabes, puesto que vives en su armario y estás hablando del tema conmigo. Todavía no has optado por mudarte a la copa de un árbol.

—En Newham no hay árboles.

—Ya, pero me has entendido.

Me encojo de hombros otra vez con gesto cansado.

—Todo el mundo sabe que vivir en la calle es aún más peligroso...

—Mira, no digo que tus miedos sean totalmente irracionales —reconoce Priya—. Es cierto que has dejado tu vida en manos de Cy, porque te ha dado cobijo. Y, aunque no parece el tipo de persona que abusaría de ese poder, la cuestión es que podría hacerlo. Entiendo que te preocupe la dinámica de vuestra relación.

Me relajo un poco. No todo es imaginación mía: ahora sé que al menos uno de mis miedos tiene fundamentos reales.

—Pero que exista esa posibilidad no significa que vaya a suceder —prosigue ella, y luego se inclina hacia mí—. En un mundo perfecto, todos estaríamos al mismo nivel en cualquier circunstancia. Por desgracia, ese mundo no es el nuestro. Hay altibajos en prácticamente todas las relaciones, porque uno de los involucrados siempre tiene más poder que el otro. La vida es así. Cuando la gente pierde su empleo, se lesiona o pasa por algo parecido, las parejas y los

familiares se ven obligados a echar una mano hasta que su ser querido se recupera. —Priya cruza los brazos—. Si alguna de las personas que te rodean es un cabrón tóxico, se quitará la careta cuando estés en tu peor momento.

—Yo nunca dejo de estar en mi peor momento —le recuerdo con una mirada inexpresiva.

—Exacto —dice guiñándome el ojo—. Así que creo que Cy te mostró su verdadera naturaleza hace mucho.

Sé que es cierto, y me alegro de que lo sea. Prefiero no darle vueltas a lo destrozada que me quedaría si Cy acabara siendo malvado.

—De todas maneras —susurro al rato—, me gustaría valerme por mí misma. Quiero tener dinero y estabilidad, porque odio depender de Cy. Y de ti. Ojalá fuera más independiente...

—Ness, me parece que no lo entiendes del todo —replica Priya con un suspiro—. Formas parte de una sociedad: aquí nadie es independiente.

—¿Cómo? —pregunto frunciendo el ceño.

—Piénsalo bien —me insta—. Dependemos de otra gente hasta para las cosas más esenciales. Necesitamos que los camioneros traigan comida a la ciudad y que las tiendas nos la vendan.

—A ver, eso no es lo mismo —replico sacudiendo la cabeza.

—¿Seguro? Bueno, pues hablemos del mundo inmobiliario —propone ella—. Cuando alquilas un piso, el casero confía en que le pagarás, y tú en que él no te echará. Sin embargo, la gente se pasa ese compromiso por el forro a todas horas —añade con tono sarcástico—. Si el casero se niega a arreglar los problemas del edificio, ¿qué van a hacer los inquilinos? ¿Pagar por vivir en un apartamento mohoso?

—Por eso me gustaría tener mi propia casa.

Priya rechaza esa posibilidad con un gesto de la cabeza.

—Aunque pudieras permitirte, que en esta ciudad sería casi imposible, la cosa no acabaría ahí. Te tocaría pagar impuestos de propiedad y comunitarios. Además, si vives en un apartamento, tu acceso al agua corriente depende de que los conserjes del edificio se hagan cargo del mantenimiento. De hecho, el valor del piso puede caer en picado si algún vecino mete una Pesadilla asesina en las tuberías. Y, como serías la dueña, no podrías mudarte porque habrías invertido demasiado dinero.

Pestaño lentamente.

—El objetivo de este discursito, Ness, es hacerte ver que la independencia absoluta no existe. Siempre tendrás que relacionarte con otras personas, ya sean caseros, conserjes o vecinos, y nunca podrás saber si van a jugártela. Es lo que hay. El hecho de ser rico no quita que la gente pueda joderte la vida, o que dejes de depender de los demás —afirma Priya—. El único cambio es que la dependencia funciona de manera diferente: si tienes dinero, contratas a un fontanero y confías en que no te estafe, en vez de discutir con el casero para que pague él los arreglos. Pero, a fin de cuentas, necesitas un fontanero en ambos casos.

—Eh... Supongo que sí —admito.

—Hagas lo que hagas, siempre te verás obligada a colaborar con otras personas —remacha ella—. Mucha gente cree que la independencia consiste en vivir solo, tener un empleo y cuidar

de uno mismo sin apoyo de nadie. Pero eso no se llama independencia, sino aislamiento. Y el problema de aislarse es que, si las cosas se tuercen, no te queda nadie a quien recurrir —recalca Priya mirándome a los ojos—. Ness, es imposible vivir sin ayuda de los demás. Ahora mismo crees que la pasta que tienes en el banco es lo único que puede garantizar tu seguridad, pero hay más alternativas. Y no pasa nada por acudir a tus amigos cuando las cosas te van mal. Si alguna vez necesitas ayuda para recomponerte, puedes contar conmigo, porque sé que tú harías lo mismo si me pasara algo. Eso es lo bueno de los amigos: no te hacen sentir tan poderosa como el dinero, pero son más fiables cuando pasas por un mal momento.

—¿De verdad son más fiables? —pregunto con la cabeza gacha.

—Claro que sí —afirma sin dudar—. Piénsalo: si vivieras en un apartamento cualquiera y te cogieras una semana libre para buscar otro empleo, te habría sido imposible pagar el alquiler. La mayoría de los caseros de Newham te echarían sin vacilar, pero Cy nunca se lo plantearía.

Me observo las manos. Priya tiene razón.

Mi sueño de ser independiente siempre me ha parecido un poco fantasioso, pero me he aferrado a él desde que me marché de los Amigos. Me gustaba la idea de tener una habitacioncita perfecta, un cubículo donde nadie pudiera molestarme. Allí estaría sola. Segura.

Aislada.

A pesar de que hui y de que he hecho lo posible por escapar de los Amigos, sus manipulaciones psicológicas han seguido dirigiendo el rumbo de mi vida. Dejé atrás una jaula y de inmediato me puse a buscar la forma de conseguir otra.

¿Pero qué quiero realmente?

No lo tengo claro.

Creo que me llevará un tiempo desenredar mi mente del todo y descubrir cuáles son mis verdaderos pensamientos. Me amarré a esta obsesión de que la felicidad y la seguridad solo podían conseguirse de una manera, y me costará librarme de esas ataduras. No obstante, siento que hoy he soltado unos cuantos nudos.

—Gracias, Pri —susurro.

—¡Para eso están los amigos! —Me da una palmadita en la espalda y después hace una pausa, percatándose de lo que ha dicho—. Me refiero a los amigos de verdad, no a los Amigos con mayúscula.

Se me escapa una mezcla de risa y resoplido que me raspa la garganta.

—Te había entendido —asiento.

—Bueno: pues ahora, toca pensar cómo nos cargaremos a los putos Amigos —cambia de tema Priya, inclinándose hacia mí.

La miro con alegría. Creo que por fin estoy lista para descubrir cuál es su plan. Y para enfrentarme a mis problemas, quizá. Pero solo quizá.

—Me temo que eso no va a suceder.

Me quedo helada al oír esa voz tan familiar.

No.

No puede estar aquí. Es imposible.

Las dos nos giramos hacia la puerta de la cafetería, desde donde nos observa el sonriente director de los Amigos.

QUINCE

No logro apartar la vista del director, porque mi cerebro no termina de procesar la situación.
¿Cómo nos ha encontrado?

He aceptado que anoche tuve mala suerte, que coincidimos en el evento porque yo estaba trabajando allí. Pero me niego a creer que, justo un día después, se haya presentado por casualidad en la cafetería donde habíamos quedado Priya y yo.

La mala suerte solo puede fastidiarte la vida hasta cierto punto, y yo diría que ya lo he sobrepasado.

Un grupo de tipos fornidos se reparten por el local hasta rodearnos. No reconozco a ninguno y eso me extraña, dado que pasé tres años con los Amigos. Aunque, en realidad, no tienen por qué ser discípulos; quizá el director haya contratado mercenarios para que lo ayuden en sus fechorías. A decir verdad, se mueven como si lo fueran, y van armados hasta los dientes.

Les piden a los clientes que se marchen, y la cafetería se queda vacía en un santiamén. Espantan incluso al camarero y al aterrorizado dueño, que parece estar leyendo su póliza de seguros. Supongo que querrá comprobar si lo penalizarán por huir, en caso de que el local acabe destrozado.

Vamos, lo típico de Newham. Los habitantes de esta ciudad saben detectar los marrones, y siempre hacen lo posible por evitarlos.

Estudio las salidas de la cafetería, pero habría que esquivar a demasiados mercenarios para llegar a la puerta. Estamos sentadas al lado de la ventana, y todo apunta a que la forma más rápida de escapar sería saltar a la calle. No obstante, eso conllevaría romper el cristal, algo que me resultaría complicado. Me he prometido mil veces empezar a hacer ejercicio, pero nunca lo cumplo, así que tengo los brazos finos como palillos.

El director coge una silla y se sienta entre nosotras, con una sonrisa que muestra todos sus dientecitos de lagarto. Se me hace raro verlo en una silla normal, puesto que siempre ha necesitado un asiento especial, con un agujero a medida para meter la cola.

Pero ya no tiene cola, claro.

La perdió por culpa mía, e imagino que seguirá bastante cabreado. Lo entiendo, porque ahora sus túnicas tienen una pinta ridícula: como ya no hay cola que sacar, se le queda un agujero enorme a la altura del culo. Vestido así, parece un perverso, y sé que ese tipo de cosas lo enfadan de verdad.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta Priya con los brazos cruzados.

A pesar de que estamos rodeadas de mercenarios armados y nos encontramos ante el jefe de una secta que nos odia, no da la impresión de estar preocupada en absoluto.

—He venido a buscar a Ness, por supuesto. Quiero discutir varios asuntos pendientes con ella —responde él, impertérrito.

—Pues lo siento, porque esta tarde tengo una cita importante —replico con indiferencia, tratando de imitar la seguridad de Priya (no me sale bien del todo)—. Podríamos dejarlo para otro momento. Para el siglo que viene, por ejemplo.

—Siempre te has creído graciosa, pero solo das pena —comenta el director.

—Oiga, no mienta, que yo soy graciosísima. Tampoco hace falta insultar —resoplo.

Priya y el director me dedican la misma mueca. Vaya, eso me ha dolido.

Bueno, yo sí que me considero divertida. Y mi opinión es la única que importa, porque se trata de mi sentido del humor.

—¿Cómo nos has encontrado? —le espeta Priya con dureza.

—¿Tú qué crees? —bufa él, levantando una garra para recalcar la obviedad de la respuesta—. Vamos a ver, Priya: apuntaste la dirección de tu hermana como contacto de emergencia. Después de lo que ocurrió anoche, sabía que Ness te llamaría, porque es incapaz de lidiar con las cosas sin esconderse detrás de ti. Solo tuve que seguirte hasta aquí.

Sus palabras deberían ofenderme, pero la verdad es que reaccioné justo así.

Priya entorna los ojos, y me percató de que le tiembla la mano. Es evidente que se ha cabreado: la han seguido para llegar hasta mí, y encima tienen la dirección de su familia. Mi amiga odia que la gente se aproveche de ella, sobre todo si lo hacen para poner a sus seres queridos en peligro.

—Entonces, ¿has venido para vengarte de Ness? —se burla.

—Menuda tontería... No soy tan estrecho de miras —contesta el director con un gesto de desprecio.

Eso suena a trola, pero será mejor que no diga nada. Si no le apetece ajustar cuentas por el tema de la cola, yo tampoco pienso animarle a que lo haga.

—Entonces, ¿qué diablos quiere? —le pregunto.

—Mira, Ness: nunca me planteé dejarte escapar —responde sin parar de sonreír, y sus ojos amarillos brillan bajo la luz—. Todavía tengo planes importantes para tu transformación. Casi habíamos terminado de prepararte cuando te marchaste hace un mes.

Lo miro fijamente, tratando de asimilar lo que ha dicho.

Nunca han dejado de buscarme.

Tras huir de los Amigos, pensé que el asunto quedaría zanjado. Al fin y al cabo, siempre creí que era una discípula reemplazable, una persona que causaba problemas en vez de arreglarlos. Y, aunque el director me comentó que me habían manipulado para convertirme en Pesadilla, yo no llegué a comprender todo lo que eso implicaba. Se pasaron más de tres años moldeando mi mente, y algo así requiere mucho esfuerzo y paciencia.

Si se molestaron en invertir tanto tiempo y energía, eso significa que yo formaba parte de

un plan importante.

Y tengo claro que no me interesa descubrir en qué consiste.

—Te habría buscado antes —prosigue el director—, pero últimamente nos está costando transformar a la gente en Pesadillas. Así que necesitábamos solucionar ese problemilla antes de hacernos contigo otra vez.

Un absurdo escalofrío de orgullo me recorre. Es agradable saber que yo soy la única causante de esa situación: al liberar al Espectro, les desmonté todo el negocio.

Mi habilidad para destruir cosas por accidente me ha venido bien, por una vez.

—Entonces, ¿qué sentido tiene capturarme ahora? —pregunto con voz un poco aguda, tratando de ignorar su amenaza velada—. Supongo que todo sigue igual, así que no podréis convertirme en Pesadilla.

—Por ahora, quizá; pero eso cambiará pronto —afirma él con seguridad—. Si te soy sincero, no he venido hasta aquí solamente por interés propio. También te he buscado porque me lo ha pedido una de mis socias.

La sonrisa forzada se me congela en la cara. Creo que este día se va a torcer aún más.

La puerta de la cafetería se abre de golpe y oigo unas pisadas que se acercan.

Uf, ¿por qué elige esta gente siempre el momento más tenso para aparecer? En serio, ¿planean estas gilipolleces con tiempo? ¿Preparan un guion para asegurarse de que su aparición tenga el máximo impacto posible? A decir verdad, no me sorprendería: los villanos de Newham son lo bastante vanidosos para hacer algo así.

Me giro para descubrir quién es la malvada obsesionada con las entradas dramáticas que, al parecer, necesita encontrarme.

Se trata de la alcaldesa.

Me mira, con sus rojos labios estirados en una sonrisa de oreja a oreja y la melena negra recogida en una coleta alta. Pese a que ha debido de venir volando —los rugidos de su pterodáctilo resuenan por toda la calle—, no tiene ni un solo mechón suelto. No sé qué gomina usará, pero debería comercializarla; ganaría una fortuna con ella.

El director se levanta de la silla y me señala.

—Aquí tiene a la camarera de anoche, como me pidió.

Mierda. Esto no pinta nada bien.

Sé que anoche la cagué, que arruiné el plan del Espectro y cabreé al director. No obstante, como no conseguí acercarme demasiado a la alcaldesa, pensaba que nadie se habría dado cuenta de que ella era el verdadero objetivo. Creía que me había librado de tener a una villana más como enemiga.

Pero parece ser que no caerá esa breva.

—Muchas gracias —responde ella con voz suave y fría, mirándome con sus ojos helados.

No es de extrañar que el *Magacín de Newham* eligiera a la alcaldesa para la glamurosa sesión de fotos del número sobre «Villanos de nuestra ciudad», en vez de a Giovanni Montessauri o Marissa Koval, por ejemplo. Me vienen a la cabeza todos los escándalos en los que se ha visto involucrada, y los datos se arremolinan en mi mente al son de una chirriante canción

carnavalesca: siempre ha usado esclavos en sus fábricas; quemó uno a uno a los hijos de otro candidato, hasta que él se decidió a salir de su escondite; destrozó mi heladería favorita porque no le gustaba el helado de pistacho que hacían allí.

Y ahora ha venido a verme.

Carraspeo con nerviosismo. Si quiero librarme de este marrón, he de inventarme una mentira. O dos, quizá. O diez.

Igual debería poner pies en polvorosa. Sí, sé que la ventana es la única vía de escape, pero, sinceramente, creo que el terror me motivará lo bastante para romper el cristal. Tengo la suficiente determinación para hacerlo.

Priya va acercando la mano poco a poco a las armas de su cinturón. Ella también recuerda todas esas anécdotas sobre la alcaldesa, y es consciente de que la situación se está torciendo a una velocidad vertiginosa.

El director empieza a marcharse, pero se detiene cuando pasa junto a la recién llegada.

—Necesito que me la devuelva cuando termine de interrogarla —le dice.

—Descuida, no la dejaré demasiado maltrecha —replica ella con una carcajada.

Vaya, qué reconfortante suena todo. Seguro que saldré intacta de esta conversación.

Al ver que la alcaldesa se nos acerca, me levanto un poco de la silla. No lo hago solo para mostrarme respetuosa, sino también con el fin de colocarme en una posición más cómoda para salir pitando de aquí.

—Bueno, cuéntame todo lo que sepas sobre el Espectro Pesadilla —ordena sin apartar la vista de mí. Me da la impresión de que mi aspecto no la ha impresionado mucho.

Me quedo petrificada. ¿Cómo lo ha descubierto? No he hablado del Espectro con nadie, a excepción de Cy y Priya.

—No sé a qué se refiere —contesto.

—Más vale que no te hagas la tonta, porque mi paciencia está al límite —me espeta, mostrando los dientes en una mueca iracunda—. La servilletita asesina de anoche apestaba a él por todas partes... Como es demasiado cobarde para hacerme cara, se ha buscado a alguien que haga el trabajo sucio por él.

Jamás imaginé que oiría a una persona llamar cobarde al Espectro. Se me hace raro, porque él es un ser tan poderoso como imparable; al fin y al cabo, su aparición en los sueños hace cien años marcó un antes y un después para el mundo entero. Es más: las balas no pueden hacerle daño, y el terror y la empatía no surten ningún efecto en él. Nunca he pensado que pudiera tener miedo de nada.

No obstante, las palabras de la alcaldesa me dan que pensar. ¿Por qué no se enfrentó a ella en persona? ¿Por qué me lo pidió a mí, en vez de encargarse él?

¿Es posible que esté asustado de verdad?

Al final, llego a la conclusión de que no es cierto: no encaja con su forma de ser. Quizá me cargara el muerto porque le pareció gracioso. Al fin y al cabo, tiene un sentido del humor perturbador.

Sí, eso suena más razonable. Supongo.

Además, si la alcaldesa le da miedo incluso al mismísimo Espectro, eso significa que estoy jodida como nunca.

—Quiero que me digas dónde está —insiste ella, cerniéndose sobre mí con expresión famélica.

Trago saliva.

—¿Por qué? ¿Para qué necesita saberlo? —consigo graznar tras alejarme de su cara, que está casi pegada a la mía.

—¿No es obvio? —pregunta, con una risotada que hace que se balancee su coleta.

Niego con la cabeza. Puede que la respuesta sea evidente, pero creo que no soy lo bastante lista para captarla.

—Voy a mandarlo de vuelta al lugar donde debería estar —declara con los dientes manchados de pintalabios, como si fuera sangre.

—No se referirá a...

—Huy, claro que sí. Ya lo encerré en el mundo de los sueños una vez —afirma con voz rasposa—, y pienso volver a hacerlo.

DIECISÉIS

Fue la alcaldesa quien metió al Espectro en nuestros sueños.

Aunque ya sabía que lo habían enviado allí en contra de su voluntad, nunca me había parado a pensar en quién pudo haberlo hecho. Ni siquiera me había planteado que esa persona pudiera seguir con vida.

La edad dejó de ser importante cuando aparecieron las Pesadillas, porque su existencia cambió las reglas. Por ejemplo, los vampiros viven para siempre sin envejecer, a no ser que alguien los mate. Otras personas se transforman en fantasmas y espíritus a los que no les afecta el paso del tiempo. Por no hablar de la gente que acaba convertida en dragones marítimos o cucarachas... Cuando pasa eso, hay gente que llega a una edad normal en términos humanos, mientras que otros viven lo que viviría el ser en el que se han convertido.

Además, no tengo ni idea de qué reglas rigen la existencia del Espectro. Él es el causante de las Pesadillas, pero ¿quién lo creo a él? Igual la alcaldesa es el mismo tipo de criatura que él, sea cual sea.

Me gustaría preguntarle qué es, pero ahora mismo hay temas más importantes.

—¿Por qué? ¿Por qué quiere encerrarlo allí otra vez? —inquiero, anonadada.

El mundo era horrible mientras el Espectro estaba atrapado en nuestros sueños: él transformó el planeta entero en un lugar anárquico y colmado de desastres. Ni siquiera soy capaz de imaginar cómo vivía la gente antes de todo esto, sin la preocupación diaria de que una serpiente marina se comiera los buques de carga o un dinosaurio descontrolado arrasara la ciudad. Las Pesadillas sumieron en el caos a países enteros. Una nación isleña del Pacífico se hundió literalmente bajo el peso de una Pesadilla.

Puede que en un principio la alcaldesa no conociera las consecuencias de encerrar al Espectro en el mundo de los sueños, pero a estas alturas ya han quedado claras.

¿Por qué demonios querría encerrarlo de nuevo?

—No ha tardado nada en buscar una asesina a sueldo para matarme. ¿De verdad te sorprende que quiera librarme de él? —comenta la mujer riéndose.

—A ver, no, eso lo comprendo perfectamente. Lo que no entiendo es por qué no acaba con él y ya está.

—¿Se te ocurre alguna manera de matarlo? —me pregunta con una ceja enarcada.

He de admitir que ahí me ha pillado.

—Bueno, pero consiguió escapar de su trampa. Podría volver a ocurrir —le recuerdo.

—Pues lo atraparé otra vez.

Frunzo el ceño, tratando de desentrañar sus razones.

—Aun así —digo—, no creo que esa sea la única manera de apresarlos, ¿no? Tiene que haber alternativas más fáciles y seguras.

Sobre todo, para alguien con tantos recursos como ella, pienso.

—Entonces, ¿por qué quiere hacerlo? ¿Por razones económicas? —insisto.

—¿A qué te refieres?

—Ahora que el Espectro ha salido del mundo de los sueños, ya no puede ganar más dinero con los Amigos y su negocio de Pesadillas por encargo.

—Me importa una mierda su negocio —replica con una carcajada. Se inclina hacia mí con los ojos entornados y cambia el tono por otro más grave y amenazante—. ¿Quieres que te cuente la verdadera razón por la que quiero encerrarlos de nuevo?

El terror me atenaza al oír su voz, pero no parece molestarle que no responda.

—Me gusta verlo sufrir —declara, y sus palabras me hacen dar un respingo.

Vale, ahora lo entiendo todo. No le interesa arreglar el mundo ni recuperar las Pesadillas. Su único objetivo es torturar al Espectro.

Y no le preocupa en absoluto que los demás suframos por ello.

En realidad, no me sorprende que su venganza se base en razones egoístas: es lo normal, cuando hablamos de gente así. Además, el Espectro no es precisamente alguien que se haga querer. Por lo que yo sé, muchos habitantes de Newham aprovecharían cualquier oportunidad para hacerle daño. Al fin y al cabo, él ha provocado mucho dolor y sufrimiento a lo largo de los años.

Aun así, debo confesar que me da un poco de pena. No sé qué le hizo a la alcaldesa, pero, tras pasar un siglo encerrado en la locura del mundo de los sueños y llegar a perder su propia identidad, creo que ha pagado de sobra su crimen.

Pero, por cómo habla la alcaldesa, parece que ella no opina lo mismo. Y ahora siento la necesidad de saber qué causó este odio encarnizado por su parte.

Tuvo que ser algo horrible.

—¿Qué le hizo? —le pregunto en voz baja.

Ella sacude la cabeza, decepcionada.

—Qué aburrida eres. ¿Qué te hace pensar que me hizo algo? Igual me cae mal y ya está. —Estalla en carcajadas, pero no me queda claro si habla en serio o no—. Bueno, creo que nos estamos saliendo demasiado del tema. Quiero saber dónde está el Espectro, y tú me lo vas a decir. —Se acerca al otro lado de la mesa sin dejar de sonreír, desenfunda la pistola que lleva en la cadera y la presiona contra la rodilla de Priya—. Si no, le iré pegando tiros por todo el cuerpo a tu amiguita.

Mierda.

Priya se pone tensa, preparándose para lo que pueda pasar, pero no aparta la vista del arma. Es evidente que está calculando todas las posibilidades, en un intento de discurrir la mejor estrategia para escapar. Por desgracia, los mercenarios del director todavía nos tienen

rodeadas, y eso complica las cosas.

Miro por la ventana otra vez, rezando por que se me ocurra una idea, y casi me cago encima al ver lo que hay al otro lado: un pterodáctilo gigante que me mira fijamente.

Me echo hacia atrás sobresaltada, porque la criatura ha pegado el ojo al cristal para observar todo lo que sucede en la cafetería. En ese momento, abre el pico y suelta un graznido que descubre todos sus dientes.

—Ay, ignora a esa bestia —dice la alcaldesa sin más preocupación.

—Ya me dirá cómo, si la tengo ahí delante —replico con voz ahogada.

—No me vengas con tonterías: está detrás del cristal. —Es obvio que no va a darle más importancia al asunto del dinosaurio—. Si no quieres que llene de agujeros a tu amiga, habla de una vez. ¿Dónde está el Espectro?

—Si respondo, ¿me asegura que no le hará daño a Priya?

—Por supuesto —contesta con una sonrisa resplandeciente.

La observo mientras sopeso mis opciones.

Lo más fácil sería decirle dónde y cuándo he quedado con el Espectro, sin duda. Me importa un pepino lo que pueda pasarle a él, porque Priya es muchísimo más importante para mí. Sin embargo, hay un problema: una vez la alcaldesa consiga lo que quiere, nada le impedirá matar a Priya.

¿Cómo voy a confiar en ella? Todo el mundo sabe que asesina a sus empleados cuando dejan de serle útiles. Y también permite que su pterodáctilo se coma a los periodistas cuando le hacen preguntas incómodas. Por no mencionar aquella vez que se lio a tiros en una calle llena de transeúntes inocentes, y todo por cargarse a otro de los candidatos electorales. Lo vi con mis propios ojos.

Si le doy lo que busca, matará a Priya de todas formas. Estoy segura.

Me vuelvo hacia mi amiga, y su expresión me indica que ha llegado a esa misma conclusión. Conoce la reputación de la alcaldesa tan bien como yo.

Priya me hace una señal con los ojos y yo miro hacia abajo. Ha colocado la mano sobre el reposabrazos del asiento.

Y tiene tres dedos apoyados en él.

Joder, no irá a...

Dos dedos.

Vale, está claro que sí.

Un dedo.

Madre mía... Espero que se le haya ocurrido un plan, porque yo me he quedado en blanco.

Cero dedos.

Pasamos a la acción sin vacilar.

Priya es una luchadora profesional y sabe cómo desarmar a la gente, así que hace justo eso: le quita la pistola a la alcaldesa de un manotazo, mientras se saca la suya del cinturón. Y encima le da tiempo a pegarle una patada a la mesa para lanzársela a uno de los mercenarios, que iba a desenfundar su arma.

A continuación, le dispara a la alcaldesa.

Doy por sentado que eso pondrá fin a este marrón, pero la bala rebota contra la mujer, como si su cuerpo estuviera hecho de acero, y deja un agujero perfecto en la ventana al atravesarla.

La piel de la alcaldesa es resistente a las balas, como la del Espectro.

Pero este no es el momento de dar vueltas a ese dato. Aunque nuestros enemigos nos superen en número y en armas, tenemos que salir de aquí. Levanto la silla y la uso para golpear el cristal, justo en el punto en que se ha agrietado a causa de la bala.

Cuando he tomado esa decisión, esperaba que el cristal se rompiera en pedazos y nos ofreciera una vía de escape. Pero, a la hora de la verdad, solo consigo que la silla rebote y me dé en toda la cara.

El lamentable ataque que he lanzado contra mí misma me hace retroceder con un chillido de dolor. Cuando uno de los mercenarios se me acerca, sacudo la silla de manera amenazante, como si un mueble pudiera hacerle frente a una pistola. Priya sigue a mi lado, luchando contra tres oponentes. No, contra cuatro. Ella tiene la situación bajo control, mientras que yo me he provocado una hemorragia nasal por pura incompetencia.

Cuando iba al colegio, en clase de matemáticas nos ponían muchos problemas de este tipo: «Un mercenario se encuentra justo delante de Ness. A un lado está su mejor amiga, peleando contra cuatro personas, y al otro hay una pared. Detrás tiene una ventana, pero no puede romperla. Si no toma una decisión en los próximos diez segundos, le pegarán un tiro. ¿Qué debería hacer Ness para sobrevivir?».

Por desgracia, suspendí esa asignatura. Y luego dejé de ir a clase.

Si hubiera seguido estudiando, quizá habría aprendido una fórmula para resolver este problema. Pero ya es demasiado tarde.

De repente, algo aporrea la ventana. Miro de reojo y me encuentro con el pterodáctilo, que observa la situación con interés pegando el ojo al cristal. La luz cae sobre sus escamas iridiscentes y las hace brillar.

Se me ocurre una idea: quizá no haga falta que rompa la ventana con mis propias manos.

Cuando el mercenario se abalanza sobre mí, zarandeo la silla con todas mis fuerzas para golpearle en el costado. El hombre se estampa contra la ventana ante la atenta mirada del pterodáctilo, que contempla la reyerta con interés.

La criatura abre la boca y empieza a picotear el cristal justo donde ha caído el mercenario. Es evidente que quiere devorarlo, pero la ventana se lo impide.

Como no puede llegar hasta su comida, profiere un alarido de rabia.

Después, le pega un cabezazo al cristal.

Y otro.

El mercenario, que ve venir el desastre, se levanta y se aleja a toda prisa. Ha hecho bien: no merece la pena arriesgarse a que te devoren por conservar un empleo, sea cual sea.

La ventana de la cafetería se hace añicos con estruendo y el pterodáctilo mete la cabeza en el local, sin parar de soltar chillidos homicidas. Mueve el largo cuello de un lado a otro, en busca

de su primera presa.

Priya le lanza uno de los mercenarios.

El dinosaurio abre bien el gigantesco pico y atrapa a su víctima de una dentellada. A continuación, saca la cabeza de la cafetería y levanta al hombre para engullirlo como si fuera un gusano.

De paso, ha hecho un boquete enorme en el cristal.

Aferro la mano de Priya y la arrastro hacia la ventana. Llegamos corriendo al agujero, saltamos sin vacilar y aterrizamos de pie en la acera cubierta de cristales rotos. Me doy la vuelta, preparada para poner pies en polvorosa.

Sin embargo, Priya tira de mí en dirección contraria.

Hacia el pterodáctilo.

—¡Espera, Priya...!

—¡Vamos, tenemos que pirarnos de aquí! —grita, aprovechando que la criatura está ocupada con el almuerzo para trepar por su costado.

Miro atrás y me topo con el rostro enfurecido de la alcaldesa, que está saliendo por la ventana con la pistola en alto.

Me subo al pterodáctilo.

Priya sacude las riendas justo cuando yo me sujeto a su cintura. El dinosaurio extiende las alas y empieza a batirlas, removiendo el aire mientras profiere un graznido. Sus movimientos generan un viento tan fuerte que todos los objetos de la calle que no están sujetos a algo salen despedidos.

Un instante después, despegamos y nos elevamos hacia el cielo de Newham a gran velocidad, dejando atrás a la colérica alcaldesa y al director.

DIECISIETE

Cuando era pequeña, mi profesora, la señora Truong, me dijo que probar cosas nuevas era lo más emocionante del mundo.

En aquel momento se refería a las albóndigas de la cantina, porque yo insistía en que estaban vivas y pretendían asesinarme, pero también seguía esa filosofía en sus clases. Para ella, el aprendizaje era una oportunidad para descubrir cosas especiales sobre nosotros mismos o sobre el mundo.

Una vez, nos subió al tejado del colegio y nos pidió que tirásemos huevos envueltos en varias clases de fundas protectoras. Supuestamente, pretendía enseñarnos cómo funcionaban la gravedad y la transferencia de fuerza.

Pero yo solo aprendí que las cosas hacen «¡plaf!» cuando caen desde cierta altura.

Ahora mismo no paro de pensar en la señora Truong. Y también en que nunca me imaginé que empatizaría con los huevos, porque todo apunta a que estoy a punto de hacer «¡plaf!» contra el suelo, y de forma mucho más aparatosa que ellos.

Me aferro a Priya con un terror patético, rodeándole la cintura con los brazos igual que un cepo. Aprieto los muslos para sujetarme al lomo del pterodáctilo, pero sus escamas lisas y húmedas me hacen resbalar de lado a lado mientras surcamos el aire. El movimiento no es muy violento, pero basta para acelerarme el corazón y convencerme de que me voy a caer.

Y una caída como esta sería fatal.

Estamos a catorce o quince pisos de altura, y lo único que nos mantiene en el aire es la membrana de las gigantescas alas del dinosaurio. Los rascacielos nos rodean por todas partes: algunos se elevan por encima de nosotras, mientras que las azoteas de otros quedan por debajo. En una de ellas se está llevando a cabo un intercambio de prisioneros, y todos los presentes se nos quedan mirando cuando pasamos junto al edificio. Levantan las pistolas por si el pterodáctilo intenta tomarse un aperitivo, pero cuando ven que seguimos con nuestro camino, las bajan y se concentran de nuevo en devolver al secuestrado y pagar el rescate. También dejamos atrás un montón de ventanas llenas de gente aburrida que ignora a la criatura voladora, aunque algunos la ven y se deciden a cerrar los cristales para que no pueda meter el pico.

El suelo está tan lejos que todo parece diminuto: los autos en miniatura recorren las carreteras, y miles de personas como hormigas se agolpan en las aceras. Como hay rascacielos por todos lados, me da la impresión de que estoy usando un tubo para mirar hacia abajo; es

como si observase el mundo a través de un microscopio extraterrestre, o algo así.

Por si todo esto fuera poco, me empiezan a dar náuseas.

Aprieto la cara contra la espalda de Priya, tratando de aguantarme las ganas de vomitar mientras el viento arrecia a mi alrededor. Aquí arriba, el aire no huele igual que en las calles. Abajo todo apesta a los gases de los tubos de escape, mezclados con el aroma del restaurante más cercano y con una pizca de hedor a alcantarilla. Luego está el metro, que huele principalmente a pis. Pero aquí, en el cielo... Bueno, la verdad es que sigue oliendo a humo tóxico, solo que este procede de las fábricas y no de los vehículos. Aun así, el aire tiene cierta frescura que no puede encontrarse en el suelo.

Y eso no me gusta. Porque, aunque esconda el rostro en la espalda de Priya para no ver a cuánta altura nos encontramos, sigo percibiendo la fragancia del cielo en el aire. Percibo su tacto en la piel.

Me parece muy feo, porque así no puedo ignorarlo, como hago siempre.

De repente, el pterodáctilo se inclina para girar. Me veo lanzada a un lado y acepto de inmediato que me ha llegado el momento, que voy a resbalar y caerme desde catorce pisos de altura. Madre mía, me estrellaré contra el suelo como un huevo, haré «¡plaf!», así será mi final...

—¿Puedes hacer el favor de dejar de chillar? Estoy tratando de dirigir al bicho este —me espeta Priya con exasperación.

Cierro la boca de golpe. Terminamos el giro y, para mi sorpresa, ni estoy muerta ni he hecho «¡plaf!».

—Relájate y disfruta del viaje. No te preocupes, todo saldrá bien —afirma mi amiga, y su tono me transmite que está sonriendo.

—¡Y una mierda! ¡Nada puede salir bien a quince pisos de altura! —grito.

—¿Has visto el collar que lleva el pterodáctilo? —me pregunta, haciendo caso omiso de mi angustia.

—Tengo tanto miedo que no puedo abrir los ojos. ¡No veo nada!

—Ness, todo va bien, de verdad —insiste Priya con cansancio.

—Porque tú lo digas.

—En serio, míralo.

Reúno todo mi valor y me preparo mentalmente. A continuación, abro los ojos y me asomo por encima del hombro de Priya para ver cómo dirige a este bicho.

Vaya. Bueno, esto explica muchas cosas, desde luego.

El ancho collar de acero mide unos treinta centímetros de ancho y unos diez de grosor. Tiene sentido, porque el pterodáctilo es fortísimo. A los dos lados hay enganchadas sendas cadenas que sirven como riendas. No obstante, lo que me llama la atención no es nada de eso.

En la parte central del collar, que está hueca, han introducido cuatro tubos de cristal llenos de un burbujeante líquido verde. Bajo ella, varias púas brotan del acero y perforan el cuello de la criatura. El fluido verdoso supura por las heridas abiertas.

—¿Es una especie de collar con un... dosificador de droga? —aventuro con el ceño fruncido.

—Eso parece —confirma Priya con seriedad.

En su día, este pterodáctilo fue un ser humano que se convirtió en dinosaurio volador tras una pesadilla. El Espectro me ha explicado unas cuantas veces que no puede modificar la mente de la gente, y le creo, al menos en lo que respecta a eso. Por lo tanto, esta criatura gigante debe de pensar como una persona.

Sin embargo, la alcaldesa nunca lo ha tratado con humanidad (aunque, a decir verdad, tampoco lo hace con nadie más). Su pterodáctilo siempre me ha causado recelo porque se comía a la gente. Sí, sé que la mitad de los habitantes de esta ciudad devorarían a unas cuantas personas si se convirtieran en dinosaurios. Joder; si me pasara a mí, creo que mi primera reacción sería zamparme al traidor del director.

Pero no me voy a justificar: lo cierto es que las cosas peligrosas, terroríficas o pesadillescas me han dado problemas desde siempre. Por eso nunca me había parado a pensar en las circunstancias personales del pterodáctilo.

Y ahora me veo obligada a aceptar que la realidad no es como yo creía: este dinosaurio no tiene ningún trastorno de personalidad que le haga comer humanos, sembrar la destrucción y dejarse montar como un caballo monstruoso.

Su único problema es que lo han drogado a más no poder.

—Voy a quitarle el collar —anuncia Priya con determinación.

—¿Qué has dicho?!

—Nadie merece que lo maltraten así. Y menos si yo puedo hacer algo por ayudarle —insiste ella, inclinándose hacia delante.

Me encanta que Priya sea buena persona, que quiera socorrer a los demás. Lo que no me hace tanta gracia es que pretenda hacerlo mientras volamos a quince pisos de altura. Y encima, sin cinturón.

—¡Ahora no! ¡Aterrizo primero! —grito.

—¿Y cómo lo hago?

—¿No sabes aterrizar? —pregunto horrorizada.

—¡Claro que no! —Priya levanta la mano en un gesto de exasperación. Una mano que debería estar sujetando las riendas, de hecho—. ¿Dónde quieres que aprenda a aterrizar a lomos de un dinosaurio volador drogado?

—¿Y no se te ocurrió otra cosa que subirte encima de él?!

—¡En ese momento me pareció buena idea!

Madre mía, ¿quién me mandaría hacerle caso a Priya? ¿Por qué no me colé en las alcantarillas, como la rata cobarde que soy? Sí, ahí abajo todo apesta y hay nidos de caimanes asesinos, pero la ciudad está justo encima y tiene muchos escondrijos decentes para escurrir el bulto.

Aquí arriba, la única manera de escapar es hacer «¡plaf!».

Priya asiente para sí, centrando la mirada en el espectacular panorama de Newham que tenemos delante.

—No nos queda otra que saltar —declara.

—Espera... ¿Qué?! Creo que el viento está tergiversando tus palabras, porque me ha parecido entender que nuestra única opción es saltar —contesto con voz chillona.

—Me has oído bien —replica con cordialidad, acercándose al cuello de la criatura.

—¡¡Te he dicho que aterrices primero!!

Por desgracia, nadie me hace caso nunca. Priya estira los brazos e intenta arrancar el collar, cuyas púas desgarran más la piel del dinosaurio con cada tirón. Debe de ser una sensación muy dolorosa, sobre todo porque las heridas parecen tiernas e infectadas.

El pterodáctilo profiere un alarido de sufrimiento.

Y se lanza en picado hacia abajo.

Empiezo a gritar al notar que resbalo por las húmedas escamas, pero sigo aferrada a la cintura de Priya. Descendemos a una velocidad alarmante, y la gravedad toma el control de la caída.

No sé si me estoy soltando o si la criatura se está separando de mí. Todavía percibo su lomo debajo de mi cuerpo, pero ya no estoy tan pegada a él: ahora nos separa una fina capa de aire que va agrandándose cada vez más. A pesar de que necesito abrir los ojos cuanto antes, no me siento capaz de hacerlo. Debo mirar si hay algo a lo que agarrarme, pero estoy demasiado aterrada para moverme. En estos momentos, solo me siento capaz de aferrarme a la cintura de mi mejor amiga y rezar por que no muramos.

El pterodáctilo se retuerce y, un segundo después, su cuerpo ya no está cerca de mí.

Estoy cayendo.

Nos estamos precipitando hacia el suelo.

Bajo mi cuerpo solo hay vacío, sin ningún lomo de dinosaurio en el que sentarme. Sigo sujetándome al cuerpo de Priya como si me fuera la vida en ello, pero ya no sirve de nada, porque estamos jodidas de verdad: vamos de cabeza al suelo y esto no hay quien lo pare...

Pero nos detenemos de golpe.

Priya sigue aferrada al collar del dinosaurio, y yo a ella. Por lo tanto, nos hemos quedado colgadas del cuello de un pterodáctilo mientras volamos a quince pisos de altura. No se me ocurren muchas situaciones peores que esta.

Y encima, nuestro peso hace que las púas del collar se claven aún más en la carne de la criatura.

—Hostias, mierda, joder —comienzo a decir, repitiendo las palabras como un mantra aterrorizado mientras agarro a Priya con todas mis fuerzas.

—Pensaba que mi plan saldría mejor —confiesa ella, sin preocuparse demasiado por nuestra muerte inminente.

Como respuesta, profiero un chillido ininteligible y presiono la boca contra mi antebrazo para amortiguar el sonido.

El hecho de tener a dos personas colgadas del collar está volviendo loco de dolor al pterodáctilo. Agita la cabeza sin parar, lanzando alaridos al vacío, y las dos nos balanceamos al son de los movimientos. Yo grito por miedo, pero Priya lo hace para ordenarle al monstruo que se detenga, como si fuera a prestarle atención.

Al final, el dinosaurio agacha la cabeza e intenta mordernos. Su pico se acerca demasiado para mi gusto: puedo percibir el calor de su aliento, el hedor a sangre y comida putrefacta que emana de su boca e invade el aire. Si me apeteciera suicidarme, podría tocarle los dientes solo con estirar la mano.

Por suerte para nosotras, como estamos debajo de su cuello, el ángulo impide que su pico nos alcance. No obstante, eso no evita que la criatura se retuerza en el aire con gestos cada vez más complicados, tratando de encontrar la manera de devorarnos.

Nos zarandeamos de un lado a otro, como una catástrofe en potencia que surca los cielos de Newham.

—Bueno, ¿estás preparada? —me chilla Priya.

—¿Para qué? —contesto aterrada.

—Para soltarte.

—¿Qué? ¡NO! —grito con los ojos como platos.

Pero ya es demasiado tarde.

Priya ha encontrado el mecanismo que cierra el collar y lo ha abierto.

Por un instante, flotamos en el aire.

Y después, empezamos a caer.

DIECIOCHO

Me estampo contra el suelo mucho antes de lo esperado.

Probablemente se deba a que no he aterrizado en el suelo, sino en la azotea de un bloque de pisos.

Caigo sobre el cemento, con el hombro por delante, y comienzo a rodar. La áspera superficie me araña la mejilla, me rompe la camisa y me mancha el chaleco. Cuando logro detenerme, permanezco ahí tirada, observando el color azul grisáceo del cielo.

Estoy viva.

No me lo termino de creer, así que inhalo con vacilación. Mierda, esto me ha dolido de verdad. Tengo magullado el pecho, y el hombro sigue palpitándome por el golpe. Además, creo que me he torcido la rodilla. Estoy hecha unos zorros, pero al menos no me he dado en la cabeza. No puedo permitirme perder más neuronas; necesito las pocas que me quedan.

Un segundo después, el collar aterriza en el tejado a unos cinco centímetros de mi cara. Mis valiosas neuronas se han salvado de milagro. Me aparto del artilugio a toda prisa, pero el movimiento genera otra ola de dolor que me recorre el cuerpo entero.

El líquido verde se escapa de los tubos agrietados y se derrama por las púas formando un charco tóxico. Tiene un color tan brillante que, si me tocara, probablemente me teñiría la piel y el pelo, me envenenaría el cerebro hasta volverme loca y luego me mataría de cáncer un año después. No se debe juzgar un producto químico por su color, pero pienso hacerlo de todas formas.

Me alejo del fluido. No sé qué componentes lleva, y tampoco quiero descubrirlo.

De repente, el pterodáctilo suelta un alarido.

Levanto la cabeza de inmediato, con el cuerpo en tensión y preparado para correr, por mucho que me duelan los músculos. La criatura sigue en el aire, chillando con su boca asesina muy abierta. Nos sobrevuela en círculos, mientras agita la cabeza como si aún percibiera el peso de nuestros cuerpos.

Escudriño la azotea con disimulo para buscar un escondite, pero está despejada y la puerta de acceso parece cerrada. O sea, que no puedo huir. Bueno; si evito moverme, igual no me ve.

Me quedo petrificada como una estatua, rezando por que el mercenario que se zampó antes le haya quitado el hambre.

Y, por una vez, la suerte me sonríe: el dinosaurio nos da la espalda y se aleja hacia el

escarpado horizonte de Newham, que de pronto me recuerda a las fauces de un animal. El sol de la tarde recorta la silueta de la criatura contra el cielo.

Suelto un suspiro de alivio y me recuesto en la azotea, con los ojos cerrados. Estoy viva. No sé cómo, pero he sobrevivido. Quizá pueda quedarme aquí unas horas más, fingiendo que soy una piedra. A ellas nunca les ocurre nada interesante, y eso me vendría bien. ¿Por qué no nací siendo una piedra?

Sí, sé que las piedras no nacen, pero no me apetece cambiar de metáfora.

—¿Sigues viva? —pregunta Priya, y oigo cómo sus pisadas se acercan desde el otro extremo del tejado.

—No —respondo sin moverme.

—Ah, menos mal —replica con cordialidad, sentándose a mi lado—. No tenía claro si mi plan saldría bien.

—Por favor, dime que sabías que teníamos un edificio debajo —le ruego.

—Claro que sí.

Abro un ojo para lanzarle una mirada de escepticismo.

—A ver: el dinosaurio no paraba de menearse y no me dejaba ver bien dónde estábamos. Tuve que jugármela un poco —confiesa ella con cara de exasperación.

Suelto un gemido y me tapo la cara con las manos. No quiero pensar en lo mal que podría haber acabado esto.

—Bueno, pero todo ha salido bien, ¿no?

—Eso no te lo puedo negar —admito con reticencia.

Priya esboza una sonrisa. Tiene la cara un poco magullada, aunque no tengo claro si se debe a la pelea o a la caída.

—Dios, qué bien me lo he pasado —comenta.

Mi respuesta es un patético sonido de dolor.

—¡Hacía siglos que no me sentía tan viva! —prosigue Priya, ignorando mis gemidos de protesta. Está tan contenta que sus ojos resplandecen—. He echado tanto de menos este tipo de cosas...

Tras unos instantes de silencio, le pregunto:

—¿Tan mal lo estás pasando en Defensa contra Pesadillas?

El rostro de Priya se ensombrece, y ella aparta la mirada.

—No... Claro que no, pero es que...

—Sabes que nada te obliga a quedarte allí, ¿no? Podrías dedicarte a otra cosa —señalo con cautela.

Ella rechaza la idea con un gesto vehemente.

—Defensa contra Pesadillas ha sido mi sueño desde que era una niña. ¡No pienso rendirme nada más cumplirlo!

—Los sueños pueden cambiar —le digo, pensando en lo mucho que han evolucionado los míos en menos de un mes—. A veces, conseguimos lo que queríamos y nos damos cuenta de que esperábamos algo diferente. No pasa nada por dejar atrás un sueño y buscar otro —añado

con suavidad.

–Lo sé, pero no me imagino trabajando en otro tipo de profesión –comenta ella con la cabeza gacha.

–Vivimos en Newham, aquí hay muchos empleos...

–No del tipo que yo quiero –me interrumpe Priya–. Todo sería más fácil si me gustara luchar sin más, ¿entiendes? Así podría unirme a alguna organización malvada de mierda, y ya está. –Hace una mueca–. Pero no quiero formar parte de una banda que pega palizas a la gente que no puede pagar sus tarifas de protección. Y tampoco quiero ser la vigilante del laboratorio de un científico chiflado, ni secuestrar personas para que las use en sus experimentos. –Se pasa una mano por el pelo y me observa–. No tengo problema con trabajar para gente horrible, porque no creo que en esta ciudad quede mucha gente sin trapos sucios. Aun así, me gustaría encontrar un empleo que me permita luchar contra los malos, en vez de ser su secuaz. ¿Qué otro sitio de Newham cumple esas condiciones? –insiste con las manos abiertas.

Ahí lleva razón: en Newham es difícil ser buena persona. Y, por muchos defectos que tenga Defensa contra Pesadillas, es una de las pocas organizaciones donde Priya podría ayudar de verdad a cambiar el mundo. Al fin y al cabo, todo el mundo está de acuerdo en que Defensa hace bien en cargarse a Pesadillas como aquel kraken asesino del puerto, por ejemplo.

–Priya, se te olvida que vivimos en Newham: aquí aparece un supervillano nuevo todos los días. Las Pesadillas no son los únicos monstruos contra los que merece la pena luchar –le recuerdo con delicadeza.

–Supongo –concede–. ¿Pero quién iba a pagarme por hacerlo?

–Toda esa gentuza debe de tener muchos enemigos. Solo te haría falta buscarlos, ¿no?

–Quizá –contesta, asintiendo despacio.

Mientras el pterodáctilo desaparece en el horizonte, Priya lo sigue con la mirada y esboza una sonrisa melancólica, como si anhelara repetir la terrorífica experiencia que acabamos de vivir.

Que no cuente conmigo.

–Seguro que en esta ciudad no hay nada más rápido que ese bicho –comenta.

–Puede ser –replico con voz más seria–. Pero, aunque la alcaldesa y el director no sean tan veloces como él, puede que hayan oído algún rumor sobre un dinosaurio que volaba por esta zona con dos idiotas colgadas del cuello. Y, en ese caso, habrán cogido un taxi para venir hasta aquí.

–Hummm... Bien pensado. Será mejor que nos larguemos cuanto antes.

Ninguna de las dos se mueve.

–Primero deberíamos decidir cuál es nuestro siguiente paso –propongo, pero no porque lo piense de verdad, sino porque me duele todo y no quiero levantarme.

–Vale –acepta mi amiga con placidez. Apoya los codos en las rodillas dobladas y se pone a contemplar el paisaje urbano.

Imagino que hay unas vistas preciosas, pero yo prefiero observar la nube con forma de patata frita que tengo encima. No me quedan fuerzas ni para incorporarme.

—Bueno, ¿de quién nos encargamos primero? ¿Del director o de la alcaldesa? —pregunta Priya.

Ninguna de las dos opciones me apetece especialmente.

—¿Y no podríamos...?

—¿Escondernos? —adivina ella con un suspiro—. Ness, están empeñados en secuestrarte. Incluso me han seguido para dar contigo. No podemos quedarnos quietas y dejarles hacer.

Odio que tenga razón.

—Lo sé.

—Entonces, ¿se te ha ocurrido algún plan? —inquire con expresión expectante.

—Podría convencerlos de que no me capturen.

Priya me fulmina con la mirada.

—Ya, es imposible que eso funcione. Aun así, podría hacerles creer que ya me he convertido en Pesadilla... o no. También secuestran a gente que se ha transformado, así que no me serviría de nada decirles eso.

—Exacto —confirma mi amiga.

—Bueno, pues parece que no me queda más opción que huir —insisto con una mueca—. U ocultarme. Podría quedarme en casa un tiempo, para que nadie me vea.

—¿Y si ya saben dónde vives? —me plantea Priya—. Si me han utilizado a mí para buscarte, ¿quién te dice que no te han seguido hasta casa de Cy alguna vez?

Le doy vueltas a esa posibilidad.

—En ese caso, ¿por qué no vinieron a por mí en cuanto escapé del hotel? ¿Por qué esperaron a que me reuniera contigo?

—Cierto —admite ella.

—De todas maneras, llevas razón: si quieren encontrarme, lo conseguirán —reconozco—. Tienen recursos y paciencia. Podrían sobornar a la empresa de telefonía para que les dé tu historial de llamadas, y eso les permitiría llegar hasta mí. O publicar un anuncio de busca y captura en el periódico, con una recompensa considerable. Hasta el vigilante del edificio podría delatarme, en ese caso. —Me pellizco el puente de la nariz—. No puedo dar por sentado que no serán capaces de localizarme. Hay muchas formas de hacerlo, y este último mes no he sido muy discreta.

—Por lo tanto, quedarte en casa no es la solución —remacha Priya.

Tengo la sensación de que me está guiando hacia una conclusión específica, una que ella ha sacado hace rato. El problema es que no quiero saber cuál es; no quiero aceptar que la única manera de librarme de este marrón es acabar con los Amigos.

Yo solo soy una persona normal y corriente. Una persona aterrada e insignificante, con una mala suerte tremenda. No quiero hacerle cara a toda una organización criminal.

Aunque Cy y Priya me apoyen, la situación sigue resultándome... abrumadora. E intimidante.

Sí, ya sé que me entrenaron para sentirme así, para considerarme ridícula a mí misma, para ver a los Amigos como una entidad imponente y sobrecogedora. Todavía sigo lidiando con las

putadas mentales que me hicieron durante esos años.

Aun así, no me queda duda de que será peligroso y de que tenemos muchas probabilidades de fracasar. Y ya he soportado bastantes fracasos por hoy.

A pesar de que ahora soy consciente de todo lo que me hicieron, de que conozco sus planes, no me apasiona la idea de luchar contra los Amigos. Soy una persona vengativa y rencorosa, pero solo cuando se trata de asuntos sin importancia. Cuando hablamos de situaciones más graves, ya no me siento tan vindicativa. La venganza implica interactuar con la fuente del dolor, y yo soy más de enterrar el sufrimiento en las profundidades de mi cerebro para no volver a percibirlo. Prefiero darle la espalda y dejar que el tiempo cicatrice la herida, en vez de reabrirla cada vez que piense en vengarme.

Para mí, la venganza es lo mismo que aferrarse al dolor, de tal manera que nunca llega a curarse. Y no me gusta el dolor. Ni el sufrimiento. Ni la confrontación. Ni lidiar con los problemas de mi vida.

Solo quiero esconderme y hacer como que nada de eso existe.

Pero, esta vez, esa opción no es viable.

—Vale, vale, lo pillo —admito—. Tenemos que hacer algo con los Amigos.

—Sabía que acabarías por entenderlo —replica Priya con una sonrisa—. ¿Se te ha ocurrido algo?

Pues sí: la verdad es que me han venido a la cabeza dos planes. Si el primero funciona, no hará falta que me enfrente a los Amigos. No obstante, si sale mal y me veo obligada a tomar cartas en el asunto, necesitaré información.

—Tengo una idea, pero requiere que sepamos dónde está su guarida secreta, el lugar al que llevan a los secuestrados —respondo.

Priya reflexiona un momento.

—No sé si te acuerdas —dice al fin—, pero conocemos a alguien que podría decirnos dónde se encuentra ese edificio.

Entiendo de inmediato a quién se refiere.

—Cindy se negará a colaborar con nosotras —contesto con sequedad—. Sobre todo, cuando descubra que le mentí; que no sé nada más sobre el intento de asesinato, y que solo saqué el tema para que me ayudara a escapar.

—Es un asunto curioso, ¿no crees? —pregunta mi amiga, apoyando la barbilla en una mano.

—¿El qué?

—Pues que Defensa contra Pesadillas organizara toda la explosión en torno a ella.

—Eso dijo Charlie Chambers.

—Pero entre los pasajeros había diplomáticos, jefes de bandas, herederas y candidatos a la alcaldía —apunta con el ceño fruncido.

—Ya.

—¿Por qué era ella el objetivo principal? ¿Quién diablos podría ser tan importante? —insiste Priya con las cejas arqueadas.

Abro la boca, pero la cierro sin decir nada.

Porque tiene razón.

¿Es posible que haya alguien tan importante en esta ciudad? ¿Y por qué estaría esa persona infiltrada en los Amigos?

—Quizá no sea una espía. Puede que se esté escondiendo —murmuro.

—Eso me cuadra —comenta Priya, asintiendo con lentitud.

—¿Pero de qué? ¿O de quién? —añado.

—¿Y por qué en los Amigos, precisamente? —cavila ella.

—Siempre he pensado que tenía razones personales para estar allí. Si solo pretendiera destapar una organización criminal de Newham, tendría opciones más interesantes. Podría haber elegido Industrias Koval, o... No sé, la alcaldesa o una de las bandas. El Cuerpo de Policía, incluso —reflexiono en voz alta.

—La verdad es que los Amigos son unos villanos del montón, dentro de lo que cabe. Comparados con el resto de Newham, son bastante sosos —añade Priya.

—Exacto. Seguro que han secuestrado a un miembro de su familia, o algo parecido —comento.

—Podría ser.

—Pero creo que esto no será suficiente para chantajearla. No nos ayudará —afirmo tras pensarlo mejor.

—No —coincide mi amiga—. Y si lo intentamos, hay un cincuenta por ciento de posibilidades de que nos traicione y se chive al director.

—¿En serio? ¿Solo un cincuenta por ciento?

—Vale, lo subo a ochenta.

—Eso suena más realista.

Priya se queda en silencio un buen rato, y luego dice:

—No nos queda otra que seguir al director, ¿verdad? Con la esperanza de que nos lleve hasta allí.

—Supongo —admito—. A no ser que se te haya ocurrido un plan mejor.

—Qué va. Y todavía no hemos solucionado el problema de la alcaldesa —me recuerda con una mueca.

—Voy a dejar que el Espectro se encargue de ella —respondo.

—No sé yo si lo hará... Me da la impresión de que te ha cargado el muerto a ti —replica Priya con sorna.

Suelto un suspiro, porque no se equivoca.

—Aunque nos hayamos visto envueltas en esta especie de vendetta entre dos monstruos, solo tenemos que hacernos a un lado. Así lucharán entre ellos y ya está —insisto.

—¿Y cómo hacemos eso?

—Se supone que esta tarde he quedado con el Espectro. Como lo de anoche salió tan mal, pensaba darle plantón, pero ahora... —Me revuelvo el pelo con los dedos—. No sé, quizá pueda convencerlo de que se involucre.

—Suena peligroso. No tienes ni idea de cómo reaccionará al enterarse de que la cagaste —

señala Priya.

—Ya, pero no parece el tipo de persona... o de ser... que se cabrearía por un mero accidente.

—¿Tan bien lo conoces?

—Pues... —Levanto una mano para hacer un gesto de «más o menos». Bueno, diría que en esta ciudad nadie lo conoce tanto como yo.

—Eso no significa gran cosa.

—Ya. Entonces, ¿qué? ¿Crees que no debería ir? —le pregunto.

Priya suspira.

—Vale, ve. Pero yo te acompaño.

—No —contesto rotunda—. No sé cómo reaccionaría él al verte. Además —prosigo con una ceja enarcada—, ¿no habíamos decidido que alguien debía seguir al director para descubrir la ubicación de su guarida secreta?

—Un momento, ¿quieres que me encargue yo de eso?

—¿A quién más se lo voy a pedir? Yo ya tengo bastante lío con lo del Espectro.

Mi amiga suelta un taco entre dientes.

—Seguirlo no será nada fácil. Me reconocerá —alega.

—Pues vuélvete irreconocible. Si te pones una peluca, un gorro y alguna prenda menos llamativa, no destacarás entre el resto de la gente.

—El director no es tan tonto —me recuerda.

Probablemente tenga razón.

—También podrías pagar a un vendedor de periódicos para que lo siga por ti.

Priya resopla, pero sé que es un sonido de rendición: he ganado.

—Perfecto —digo sonriendo—. Yo me encargo de un problema y tú del otro. Usaremos el piso de Cy como base de operaciones. Llámame cuando descubras algo.

—De acuerdo —acepta ella.

Vale, ya está todo decidido. Hemos organizado nuestros planes. Eso sí, no tengo tan claro que vayan a salir bien. Y, la verdad, no me apetece demasiado descubrir qué pasa si fracasamos.

Ahora mismo, me arrepiento muchísimo de haber aceptado la propuesta del Espectro. Pero —para qué engañarnos—, aunque la hubiera rechazado, todo esto habría sucedido igualmente: el director habría asistido al evento donde yo estaba trabajando y, tarde o temprano, habría tratado de secuestrarme.

Bueno, supongo que la alcaldesa me habría dejado en paz. Eso me gustaría.

—Entiendes lo que implica todo esto, ¿no? —me pregunta Priya, interrumpiendo mis pensamientos.

—¿El qué?

—El hecho de que la alcaldesa quiera encerrar de nuevo al Espectro en el mundo de los sueños.

Ah. Claro.

A decir verdad, he estado luchando por no pensar en ello. Sin embargo, hacerme la sueca

siempre ha tenido consecuencias a largo plazo, aunque en el momento me resultara muy satisfactorio.

—Si lo logra, el negocio de los Amigos volverá a funcionar con normalidad —digo, notando que las palabras se me atascan en la garganta—. Y si me secuestran, algo que probablemente acabe por suceder, jugarán con mi mente de nuevo. Y luego me drogarán para dormirme y convertirme en... algo.

En algo que no quiero ser, sin duda.

—Exacto —confirma Priya.

Fijo la mirada en el cielo despejado, con una capa de contaminación que deslució su color azul. Cuando hice el pacto con el Espectro, esperaba conseguir lo que me prometió: seguridad, poder, estabilidad. La posibilidad de vivir sin estar aterrada.

Ya no sé si eso será posible, porque fui incapaz de llevar a cabo mi misión. Si convengo al Espectro para hacer otro trato y logro cumplir con mi parte, puede que él me conceda la recompensa; pero no tengo claro si la invulnerabilidad desharía los temores que me carcomen la mente.

Cuanto más me cuestiono mis miedos y mis pensamientos, más me percato de que son el resultado de la manipulación de los Amigos. Y la solución para este problema no es modificar mi cuerpo, sino reparar mi mente.

No obstante, la invulnerabilidad sigue pareciéndome una idea atractiva: no concibo ninguna situación en la que esa habilidad pudiera venirme mal.

De todas maneras, si el Espectro se niega a otorgármela —algo bastante probable, dado que la cagué hasta el fondo—, no pasará nada. Mientras él siga aquí, en el mundo real, yo habré salido ganando. No necesito más.

Y no lo digo solo porque la gente haya dejado de transformarse en Pesadillas, sino porque, mientras él esté aquí, los Amigos las pasarán canutas. Todo su negocio depende de que el Espectro esté atrapado.

Siempre me he considerado débil. ¿Qué podría hacer alguien como yo contra una organización como los Amigos?

Ahora sé cuál es la respuesta.

Solo debo asegurarme de que el Espectro gane esta batalla y siga en nuestro mundo. Así lograré que los Amigos dejen de tener acceso a su mecanismo clave y podré ver cómo los pulveriza la presión, cómo los destrozan los propios monstruos que crearon para sus poderosos clientes.

No hace falta que me lance contra los Amigos en persona. No necesito ser influyente, indestructible ni rica para impedir que arruinen más vidas.

Lo único que debo hacer es actuar de forma estratégica.

Suelto el aliento poco a poco, sintiendo cómo se solidifica la determinación en mi interior. Me da igual que el Espectro se niegue a volverme invulnerable. De hecho, me importan una mierda el propio Espectro y su venganza contra la alcaldesa.

Lo único que me importa es enfrentarme a mis miedos, luchar por acabar con la gente que

me hizo daño y tratar de adaptar mi mente a una versión de mí que no se hunda bajo el peso de sus temores. Solo así comenzaré a derribar las manipulaciones psicológicas de los Amigos.

Sí: el primer paso es hacerle cara a mi miedo.

Y destruirlo.

DIECINUEVE

El Espectro y yo hemos quedado a media tarde en el parque Victoria, el más grande de Newham.

Al principio había otros de mayor tamaño, pero muchos fueron desmantelados para construir edificios y otros acabaron destruidos por culpa de las Pesadillas. Por ejemplo, uno se convirtió en un páramo tóxico después de que una babosa radiactiva se paseara por el lugar. Por lo tanto, el Victoria es el mayor que queda.

Supongo que es un lugar bonito: los frondosos árboles han tomado tonos rojizos y anaranjados, y una capa de hojas caídas cubre todos los senderos. Aun así, nunca he sido muy fan de la naturaleza; prefiero el orden meticuloso y las restricciones de la ciudad.

Además, no tengo muy buenos recuerdos de este parque. No había vuelto a pisarlo desde que una feria ambulante se instaló aquí cuando yo tenía catorce años, y mi tía y yo vinimos a visitarla. Al final, resultó que los feriantes eran malvados, y acabamos huyendo del lugar mientras un payaso asesino nos perseguía. Tuvimos que abrirnos paso entre una multitud de personas con mutilaciones horripilantes, a las que habían fusionado con bichos de todo tipo para crear atracciones dantescas.

Qué recuerdo más encantador.

El Espectro me está esperando justo donde dijo, en un banco delante del estanque de las tortugas. Lleva una hogaza de pan de la que arranca pedazos para tirarlos al agua.

Me detengo antes de llegar a su altura y siento que se me relaja la cara al ver la escena. Puede que el Espectro no sea tan malo como pensaba.

Sin embargo, un momento después veo el cartel de advertencia del estanque: al parecer, cualquiera que toque el agua se convertirá en una tortuga.

Y ya hay un montonazo de ellas.

Algún pobre diablo se transformó en un estanque mientras soñaba, y ahora se pasará el resto de su existencia convirtiendo a desconocidos en tortugas. Me pregunto si seguirá siendo consciente de sí mismo; si estará ahí dentro, inmóvil y silenciado, incapaz de hacer nada más que observar el mundo y transformar a la gente.

Al Espectro se le ocurrieron ideas verdaderamente perturbadoras a lo largo de los años.

Vuelve la cabeza para mirarme, y su etéreo cabello blanco resplandece como el cristal cuando los rayos de sol caen sobre él. A continuación, se levanta y se sacude las migas de las manos.

—Ness —me saluda—. No tenía claro si vendrías.

—Tampoco he llegado tan tarde.

En realidad, lo sorprendente es que no me haya pasado demasiado de la hora acordada, porque a Priya y a mí nos costó una barbaridad salir del tejado: después de tirar abajo la puerta de la azotea, descubrimos que el interior estaba lleno de plantas carnívoras que trataron de arrastrarnos a las profundidades mohosas del edificio.

De modo que volvimos a cerrar la puerta y bajamos por la escalera de incendios.

El Espectro sonríe, mostrándome sus dientes puntiagudos.

—No lo tenía claro porque anoche fracasaste.

—Veo que ya lo sabes —comento con una mueca.

—La alcaldesa ha estado muy activa hoy, así que no me ha sido difícil atar cabos.

Me dejo caer en el banco, a una distancia aceptable del Espectro.

—Es cierto: la fastidié —confieso.

Él vuelve a sentarse y yo me pongo en tensión, suponiendo que se acercará a mí. Sin embargo, no lo hace: mantiene el cómodo espacio que nos separa.

—¿Qué salió mal? —pregunta con tono intrigado, sin juzgarme.

Mientras venía hacia aquí, pensé mucho en la explicación que iba a darle. Podía mentirle, inventar algo que me hiciera quedar bien. El problema es que ningún embuste me habría dejado en buen lugar y, de todas formas, siempre acabo perdiendo el hilo de mis mentiras. Al final decidí no darle más razones para cabrearse conmigo.

Por eso le explico que el director me interrumpió y que ni siquiera llegué a acercarme a la alcaldesa.

—Ya... Bueno, no tenía muchas expectativas —dice encogiéndose de hombros.

—¿No? —pregunto, sorprendida.

—Claro que no. Nunca creí que fuera a salir bien —afirma con tono despreocupado—. Solo quería darle un buen susto para avisarle de que he vuelto y voy a por ella. Todo es más divertido si tus enemigos saben que piensas atacarlos en cualquier momento —añade con una sonrisa cruel.

Parece que la alcaldesa no es la única aficionada a torturar a sus rivales. Menuda parejita... Ojalá pudiera encerrarlos en una habitación para que se pelearan entre ellos, sin involucrarnos ni a mí ni al resto de la ciudad.

Pero eso nunca sucederá: Newham es un nido de psicópatas y monstruos, y la gente como yo siempre acaba metida en el caos de una manera u otra.

—Podrías haberlo mencionado antes de que lo intentara —replico con sequedad.

—No digas tonterías. Me habría gustado aún más que el plan funcionase. Torturar a los enemigos es entretenido y todo eso, pero podría hacerlo igualmente si hubieras llevado a cabo mi idea —contesta con un dedo levantado, como si estuviera explicándome una lección importante.

Qué tío más encantador.

—Bueno —hago una pausa—. Si ese era tu objetivo, creo que ayer cumplí con creces.

Le cuento que la alcaldesa se presentó en la cafetería donde habíamos quedado Priya y yo, y que sabía con total certeza que el Espectro estaba detrás de todo. También le revelo que pretende encerrarlo de nuevo en el mundo de los sueños.

Su expresión se vuelve más fría mientras me escucha, y un destello maligno atraviesa sus ojos negros.

—No me atraparé. La última vez me engañó, pero no volverá a ocurrir —masculla.

Apoya los puños apretados en el regazo y tensa la mandíbula. De repente, me doy cuenta de algo: el Espectro Pesadilla está asustado.

Este ser destruyó el mundo y es capaz de convertir a la gente en monstruos, cucarachas o estanques malvados con un mero toquecito. Es una criatura imparable y resistente a las balas, que usó los sueños para aterrorizarnos a todos durante un siglo.

Y, aun así, tiene miedo.

No, es imposible. Entiendo que no quiera perder esta batalla, porque acabaría atrapado otra vez, pero... Las criaturas como el Espectro nunca sienten temor. Al contrario, son ellas quienes aterran a los demás.

Se da cuenta de que lo estoy observando y levanta la cabeza.

—¿Qué pasa? —me pregunta.

—Nada, nada.

Él contesta con un resoplido de escepticismo.

—Solo me preguntaba si estás... —elijo las palabras con cuidado—. Si estás preocupado por el tema de la alcaldesa. Por la posibilidad de que te derrote.

—Has hecho todo lo posible por evitar la palabra «asustado», ¿verdad? —me dice con una sonrisilla.

Me ha pillado.

—¿Y bien? ¿Estás asustado?

—Claro que sí —responde con una risotada—. ¿Quién no lo estaría?

Lo miro fijamente. ¿De verdad lo ha admitido?

—¿Tienes miedo? ¿Tú? —Lo señalo—. Pero si tú eres... tú. El Espectro Pesadilla, el ser que aterra a todos los demás.

—No lo niego —replica sonriendo.

—Si eres tan poderoso, ¿cómo es posible que estés asustado?

Él estalla en carcajadas y echa la cabeza hacia atrás. La luz centellea al rozar su sobrenatural melena plateada.

—Por muy poderoso que seas, siempre te asustará algo.

—¿Cómo? —digo, confusa.

—El poder no elimina los miedos, solo los cambia. Cuando eres débil, temes que los fuertes te arrebaten tus posesiones. Cuando eres fuerte, temes que los débiles se alcen contra ti. —Me estudia con esos ojos negros y profundos y le resta importancia al asunto con un gesto—. El poder y el miedo son fenómenos independientes. Aunque no me asusten las mismas cosas que a ti, eso no significa que no tenga ningún temor.

—Pero si las balas rebotan al tocarte! —insisto, sacudiendo la cabeza.

—Eso es cierto: soy invulnerable —confirma—. Aun así, alguien podría encerrarme en un ataúd de cemento y tirarme al fondo del mar, ¿no?

Parpadeo varias veces, imaginando el horror de quedarse atrapado en la oscuridad, de pasar la eternidad a solas en las profundidades del océano. Por más que intentes moverte, no lo conseguirás; por más que quieras morir, nunca lograrás escapar. Perderás la cabeza poco a poco, sabiendo que nunca saldrás de ahí.

Visto así, preferiría que me mataran de un balazo.

—Entiendo el miedo mejor que nadie —prosigue con expresión sagaz, sonriendo despacio—. Conozco todos y cada uno de los temores de la gente, incluso aquellos de los que no son conscientes. ¿Y sabes qué? —Se inclina hacia mí y baja la voz—. El miedo es una emoción universal: todo el mundo lo siente.

Tras terminar de hablar, se arrellana en el asiento con cara de diversión.

Quiero negarlo. Decirle que se equivoca, que hay personas inamovibles, como Priya.

Pero eso es mentira: Priya también siente miedo, solo que no de cosas como la muerte y el dolor. A ella le aterra que les pase algo a sus seres queridos, o que sus sueños fracasen y le impidan vivir como desea. Aunque los temores de Priya sean muy diferentes de los míos, siguen estando ahí.

—El miedo depende de la mente, no del cuerpo —añade el Espectro—. La vida y el miedo van de la mano.

Aprieto los puños. Una parte de mí ya sabía la verdad: todos pasamos miedo en algún momento. Y la prueba definitiva de ello es el incontable número de Pesadillas que existen.

Aun así, tengo la sensación de que mis temores siempre han sido más abrumadores de lo normal, de que llegan a niveles irracionales y me consumen. Mi fobia a las Pesadillas es un buen ejemplo: huía de personas que no me habían hecho nada, que ni siquiera pretendían atacarme. De hecho, a veces sigo comportándome así. Pero no es más que una reacción instintiva causada por el terror, sin ninguna lógica o justificación.

El resto de la gente no parece tener ese problema. Da la impresión de que siempre actúan con normalidad, incluso cuando se asustan: no empiezan a correr y chillar en cuanto se topan con una persona con demasiados tentáculos. En vez de comportarse como si hubiera llegado el fin del mundo, toman decisiones inteligentes, como buscar armas o pedir ayuda. Aunque estén aterrorizados, no pierden el control. Es como si el miedo solo fuera una pequeña parte de ellos, mientras que a mí me engulle.

Por eso siempre he creído que mis temores eran peores de lo habitual. Sin embargo, ahora que me paro a pensarlo, ¿seguro que es cierto? ¿O el problema es que nunca me han dado las herramientas adecuadas para gestionarlos? Quizá mi forma de ser sea la consecuencia de varias cosas: el trauma de ver cómo mi hermana asesinó a mi padre, la manipulación mental de los Amigos y mi terrible costumbre de esconderme de los problemas. ¿Fue esa combinación lo que me arrebató la habilidad de sobrellevar las adversidades?

Quizá la mejor forma de enfrentarme al miedo sea hacer callo. Es como la piel: si la

mantienes siempre protegida, cualquier cosa afilada puede hacerte sangrar. Pero, si la castigas un poco, al final te sale un callo que te protege.

O quizá nadie sepa cómo lidiar con sus temores, y yo no me había dado cuenta porque mis problemas me tenían demasiado ocupada. A pesar de que siempre pongo a mis amigos en un pedestal, ellos tampoco se enfrentan a sus miedos: Cy se empeña en evitar a su padre y su nueva película, a pesar de que le gustaría pararle los pies; Priya se niega a marcharse de Defensa contra Pesadillas, aunque el trabajo no la haga feliz, porque le aterra darle la espalda al sueño de toda una vida.

—¿Cómo gestiona el miedo el resto de la gente? Porque a mí se me da de pena —comento, con la mirada fija en el suelo.

—¿Sí? —responde el Espectro con tono de sorpresa—. Pues yo diría que lo llevas bastante bien, la verdad.

Levanto la cabeza.

—¿Por qué piensas eso? —pregunto desconcertada.

—A ver, es evidente que has mejorado desde nuestro primer encuentro —responde él, con la cabeza ladeada en un gesto que me recuerda a un pájaro—. En el rato que llevamos sentados, han pasado por aquí tres Pesadillas y no te has inmutado. Cuando te conocí, habrías echado a correr nada más ver a cualquiera de ellas.

Eso es cierto.

—Bueno... Pero siguen dándome miedo, aunque ahora lo controle mejor —insisto.

—Si te obsesionas con el futuro y no te paras a pensar en el pasado, jamás te darás cuenta de lo mucho que has avanzado —replica con una ceja enarcada.

Abro la boca y la cierro un instante después, sin llegar a hablar. Tiene razón.

¿Estoy contenta con los progresos que he conseguido hasta ahora?

Pues mira, sí. Es innegable que he evolucionado mucho, y me siento orgullosa de ello. Puede que aún no haya cumplido del todo mis objetivos, pero cada vez me falta menos para lograrlo.

Suelto un profundo suspiro. No me puedo creer que esté haciendo caso de los consejos existenciales del Espectro. Esto es una prueba más de lo fatal que me va todo.

—¿Tú piensas en el pasado alguna vez? —le pregunto.

—Para mí no es tan fácil —contesta riéndose.

—¿Por qué?

—No me acuerdo de gran cosa. En el mundo de los sueños, me costaba mucho aferrarme a mi identidad. Cada día se diluía un poco más, y los recuerdos fueron erosionándose hasta convertirse en sensaciones difusas. Y luego, las pesadillas de la gente comenzaron a ocupar el espacio que quedaba libre —explica, contemplándome con el negro abismo de sus ojos.

Uf, qué perturbador suena eso.

—Así que no me queda nada de mi pasado, a excepción de los escasos pedazos que logré conservar —prosigue con naturalidad, empleando un tono despreocupado que choca con el horror de sus palabras—. De hecho, ni siquiera recuerdo cuál era mi aspecto original.

Eso explicaría por qué las descripciones del Espectro han variado tanto con el paso de los años. Se presentaba con apariencias distintas, adaptadas a cada soñador. Ni siquiera él sabía cuál era la real: por eso la modificaba conforme a las necesidades de la pesadilla.

—Vaya —comento sin más.

¿Qué otra cosa podría responder a una historia tan horripilante? Vivir sumergido en alucinaciones ajenas acabó por machacar su mente... No me vienen a la cabeza muchas cosas tan terroríficas como esa.

—Es lo que hay —concluye con una sonrisa, y el sol neblinoso da un color rojizo a sus dientes.

Trato de imaginar cómo sería antes de pasar por todo esto, pero no se me ocurre nada. Por mucho que piense en el niño que debió ser —un chiquillo astuto, con afición a las bromas pesadas—, la imagen no llega a formarse del todo. Solo lo veo tal y como es ahora, con esos ojos tenebrosos, esa sonrisa serrada y ese gusto por transformar a la gente en sus mayores miedos.

Me pregunto qué opinaría de él su versión original, la persona que fue antes de quedarse atrapado. ¿Le horrorizaría descubrir en qué se ha convertido? ¿O sería una criatura aún peor que esta?

No lo sé, y probablemente nunca encontraré la respuesta. El mundo lo cambió y le arrancó pedazos, como a todos nosotros: nuestra existencia se compone de los trozos que hemos logrado rescatar y juntar.

Yo ya no soy la chica que se reía con su hermana mientras miraban casitas para pájaros, ni la que soñaba con seguir a su hermana fuera donde fuera. No: soy lo que quedó de mí tras la muerte brutal de mi hermana, el conjunto de añicos que pude pegar con la sangre de nuestro padre asesinado.

No estoy diciendo que el Espectro y yo hayamos dejado de ser nosotros mismos, porque no es así. Las piezas que nos conforman siguen siendo nuestras; pero ahora están mal puestas o colocadas en un lugar distinto al original, y lo que las mantiene unidas son nuestras experiencias vitales.

—¿Qué tipo de criatura es la alcaldesa? ¿Por qué es capaz de encerrarte en el mundo de los sueños? —le pregunto.

—Es humana. Bueno, lo fue en su día —responde con una risotada.

—Entonces, ¿cómo consiguió esa habilidad?

El Espectro alza las comisuras de los labios, pero la expresión resultante no es una sonrisa.

—Yo mismo se la otorgué.

VEINTE

Lo miro fijamente, atónita.

No sé qué esperaba. No me hubiera extrañado oír que la alcaldesa y el Espectro empezaron siendo la misma clase de criatura, y que su enemistad es fruto de una rivalidad familiar entre monstruos a prueba de balas, como ocurre en las novelas cutres. O que ella encontró algún tipo de arma o conjuro arcano, o... En fin, algo por el estilo.

En cualquier caso, nunca se me habría ocurrido esta posibilidad.

—¿Le concediste el poder de encerrarte en el mundo de los sueños? —pregunto para confirmarlo, por si acaso no lo hubiera oído bien.

—Bueno, el poder no consistía en eso exactamente. Esa habilidad fue... un efecto secundario imprevisto —responde con una sonrisa torcida.

Un efecto secundario imprevisto. Qué forma más bonita de decir que su gesto le arruinó la vida y sembró el caos por todo el planeta.

—Entonces, ¿cuál era el poder? —insisto, intrigada.

—Le di el poder de mandar a otro lugar las cosas que la aterraban. El problema es que no especifiqué dónde irían a parar —explica encogiéndose de hombros, como si no le importara demasiado.

Me humedezco los labios antes de hablar, seleccionando las palabras con el máximo cuidado posible.

—Y cuando la sometiste a esa transformación, ¿no se te pasó por la cabeza que tú pudieras ser una de esas cosas terroríficas?

—En ningún momento. Jamás pensé que ella tuviera miedo de mí —contesta con la boca más tensa, y luego levanta la cara para contemplarme.

Lo observo un buen rato dando vueltas a sus palabras, al significado real que se esconde tras ellas. Si creía que ella no estaba asustada de él, eso implica que...

—Erais amigos —deduzco.

En realidad, iba a decir «amantes», pero no me ha parecido buena idea: las personas suelen ponerse a la defensiva cuando las acusan de estar liadas con sus enemigos mortales. Además, me gusta pensar que todos los amantes son amigos, así que el término más general me viene mejor.

—Sí, éramos... amigos —afirma, sin llegar a confirmar ni refutar mi teoría—. O eso creía yo, al menos.

Una emoción inesperada se me cuela en el pecho: lástima.

Me parece que nunca había empatizado con el Espectro tanto como en este momento: a los dos nos han traicionado personas en las que confiábamos —la alcaldesa, en su caso, y el director, en el mío—. Da igual que él sea un monstruo, o que tal vez la alcaldesa tuviera algún motivo para traicionarlo: nada te rompe el corazón con tanta exquisitez como una puñalada tramera por parte de alguien en quien confías.

—Su transformación fue un regalo —comenta con una sonrisa torcida.

—¿Un regalo? —repito con escepticismo.

El Espectro siempre ha sido sincero respecto a este tema: considera que las transformaciones son un favor para quienes las experimentan, y que solo les otorgan la fuerza suficiente para enfrentarse a sus miedos. Sin embargo, creo que lo dice para quedar bien, porque también me confesó que disfruta cambiando a la gente e imaginando el caos que van a sembrar.

No obstante, ambas explicaciones pueden ser ciertas. Es posible que transforme a los humanos por varias razones.

En todo caso, si yo fuera su amiga y él me convirtiera en algo sin preguntarme antes, por mucho que sea para hacerme un «favor», creo que me sentiría... Bueno, no sé si mi cabreo llegaría al nivel de «te torturaré durante siglos». Supongo que dependería del resultado de la transformación.

—¿Y ese regalo... te lo pidió ella? —pregunto.

—Sí.

Vaya. Pues nada, no fue un «favor» no consentido.

Un momento. Pero si fue ella quien se lo pidió, ¿significa eso que pretendía librarse de él desde el principio? ¿Elegió una transformación que pudiera hacerle daño a él, específicamente?

Ese plan es tan astuto como maquiavélico.

De hecho, ahora que lo pienso, esos dos adjetivos describen perfectamente el carácter de la alcaldesa de Newham.

—¿Por qué? —le pregunto—. ¿Por qué te encerró?

—No lo sé —responde meneando la cabeza.

—¿En serio?

—En serio —confirma él con una sonrisita—. Sé lo que estás pensando: que le hice algo malo y me merecía el castigo. Y quizá sea cierto. —Le resta importancia al asunto con un gesto—. Pero no me acuerdo: todo eso ha desaparecido de mi mente. Lo único que queda es el instante de la traición. El paso del tiempo se ha encargado de disolver el resto de los recuerdos.

Pongo mala cara, porque no tengo claro si lo creo. Por un lado, la excusa de la memoria borrada es demasiado conveniente; por otro, le habría sido más fácil mentir y decirme que no le hizo nada.

De todas formas, esa segunda versión no me la habría tragado.

—¿Te dijo por qué quería que la transformaras? —digo.

—Sí, claro. Por la guerra —contesta enseguida, mirándome como si la respuesta no pudiera ser más evidente.

—¿La guerra? —repito.

En clase no nos enseñaron gran cosa sobre cómo era el mundo antes de la aparición de las Pesadillas. Bueno, puede que sí, pero estudiar no se me daba muy bien. Especialmente cuando se trataba de materias que no me interesaban en absoluto, como la historia.

Mis conocimientos históricos se limitan a saber que las Pesadillas marcaron un antes y un después para el planeta. Y ya está.

—Puede que mis Pesadillas te parezcan horribles —comenta el Espectro—. ¿Pero alguna vez has tenido que agazaparte en un refugio antiaéreo mientras cientos de misiles caen del cielo y lo destrozan todo? ¿Alguna vez se te ha derretido la tráquea por inhalar gas mostaza?

—No.

Trato de imaginarme esas situaciones y no lo logro. En esta ciudad, el caos proviene de los ataques aleatorios de las Pesadillas: siempre es posible que algún monstruo se ponga a derribar edificios, o que una ola de lava engulla un parque entero. No obstante, una lluvia de explosivos... Ni siquiera un par de Pesadillas gigantes y descontroladas podrían provocar tanta destrucción.

—¿No decías que habías olvidado el pasado? Pues ahora parece que recuerdas muchos detalles —señalo con sequedad.

—Claro que sí. Después de que acabara, siguió apareciendo en las pesadillas de la gente durante décadas —explica con placidez.

Vaya. Eso tiene sentido, la verdad.

—Mi vida personal no era un tema tan recurrente, obviamente —añade sonriendo.

—¿Por qué será? —replico con sarcasmo, y él estalla en carcajadas.

Para mi sorpresa, nuestra conversación también me saca una sonrisita a mí. Por increíble que suene, aquí estoy, echándome unas risas con la personificación del que fue mi mayor miedo. Quizá el Espectro tenga razón: me he vuelto más valiente. O puede que ahora sienta menos miedo. Bueno, o las dos cosas.

—Aun así, hay algo que no entiendo —añado—. Se supone que la habilidad de la alcaldesa consiste en mandar lejos las cosas aterradoras, y que así es como te encerró en el mundo de los sueños. Pero, cuando tú y yo nos conocimos allí, tenías una lista de requisitos para salir. ¿De dónde diablos la sacaste?

—No creerías que fuiste la primera soñadora en hacer un trato conmigo, ¿verdad? —responde con una sonrisa de oreja a oreja.

A decir verdad, no me había parado a pensar en ello.

—A lo largo de los años, he hecho pactos con decenas de personas. Algunas no pudieron llevar a cabo su misión porque el poder que les otorgué no funcionó de la manera esperada. Otras se echaron atrás después de despertar. Solo una de ellas cumplió con su palabra. —Tras un momento de reflexión, añade—: Bueno, al menos lo intentó.

—¿Cómo que lo intentó?

—A ver, la convertí en una bruja que podía proponer tratos. Por ejemplo, podía concederte la vida eterna a cambio de perder un ojo, y cosas por el estilo. Basé su transformación en un

cuento de hadas que la aterrorizaba cuando era pequeña. –Levanta una de esas manos con uñas negras y hace un gesto de desdén–. No obstante, su habilidad tenía límites: los dos elementos del trueque debían parecerle igual de importantes. Por lo tanto, como fue una humana quien me encerró, el trato que me planteó consistía en convencer a otro ser humano de que me ayudara a escapar. Y tú lo cumpliste –comenta mirándome con expresión cómplice.

–Qué... enrevesado –murmuro.

–¡Pero funcionó! ¡Conseguí escapar! –remacha con alegría.

Por un instante, la felicidad danza por su rostro como una especie de fulgor desquiciado. Un instante después, se pone serio y su cara se vuelve iracunda y cruel.

–Y no pienso volver allí nunca –masculla.

Me estremezco al oír el tono de su voz, pero no puedo culparlo: yo tampoco querría quedarme atrapada en el mundo de los sueños.

–¿Qué vas a hacer respecto de la alcaldesa? –le pregunto; por muy interesante que sea esta conversación, esta es la verdadera razón por la que me he reunido con él. Quiero asegurarme de que acaba con ella pronto, antes de que intente darme caza otra vez.

La sonrisa del Espectro se agranda y, por alguna razón, sus dientes parecen aún más largos y afilados de lo habitual.

–¿Quieres ver lo que se me ha ocurrido? –pregunta, posando sus tenebrosos ojos en mí–. He organizado un evento muy entretenido.

–Eh... Gracias, pero no. Mientras me confirmes que pretendes librarte de ella, no necesito saber más –respondo con una sonrisa incómoda.

Ya tengo bastante con haberme visto envuelta en esta batalla de psicópatas homicidas: no hace falta que presencie en persona el enfrentamiento final. Es más, preferiría encontrarme a diez kilómetros del lugar donde vaya a producirse, como mínimo.

–Insisto. ¡Ven a disfrutar del espectáculo! –se empeña el Espectro. Todavía sonríe, pero sus palabras caen sobre mí como bloques de hierro.

El miedo me acelera el corazón, y me planteo rechazar su oferta otra vez y huir. No obstante, si el Espectro quiere que yo esté allí, encontrará la forma de obligarme. Y si pongo pies en polvorosa ahora, no creo que utilice un método agradable para convencerme.

–De acuerdo –acepto, esforzándome por disimular el pánico–. Llévame a verlo.

VEINTIUNO

El último debate de las elecciones a la alcaldía se celebrará esta tarde, aunque ya no queden muchos candidatos.

En cualquier caso, es el único sitio en el que la presencia de la alcaldesa está confirmada. Todo el mundo lo sabe, y eso incluye al Espectro.

Y a los otros enemigos de la mujer que sigan con vida, supongo.

El debate tendrá lugar en la Plaza Central de Newham, justo delante de la famosa torre del reloj y enfrente del ayuntamiento. Es un espacio amplio y adoquinado, con un parecido descarado a las plazas italianas; incluso han instalado una escultura de mármol que representa un grupo de bañistas chapoteando desnudos en una charca.

La imponente torre del reloj domina el lugar. El edificio en sí no es demasiado alto, pero es amplio y opulento, y uno de los más antiguos de la ciudad. Como cabría esperar, también es la sede de algún departamento del gobierno (presumiblemente, el que haya podido pagar el soborno más alto). De todas maneras, la parte más famosa es su torre, que supera en altura a muchos de los edificios circundantes. En su día, cuando era el punto más alto de Newham, debía de resultar impresionante. A lo largo de los años han ido apareciendo a su alrededor construcciones más grandes y modernas, pero la torre del reloj sigue poseyendo un encanto atemporal.

Se puede subir por un precio desorbitado, y tengo entendido que desde arriba hay unas vistas espectaculares.

Yo nunca he subido por dos razones. La primera es que la entrada es demasiado cara; la segunda es que ese era el lugar de Newham que más ansiaba visitar mi hermana. Cada vez que me planteo subir, siento que estaría traicionando a Ruby, porque ella nunca podrá hacerlo.

A veces me pregunto qué opinaría Ruby de mi situación actual. En cierto sentido, murió para salvarme, y yo tardé años en darme cuenta de ello. Además, tengo la sensación de que ya he traicionado su recuerdo, porque he acabado convertida en un desastre de persona. A ella no le habría pasado; jamás se habría metido en un lío como este.

Pero Ruby ya no está. Me he quedado a solas con mis problemas.

Hay una tarima delante de la torre del reloj, en la zona más alejada de la plaza, y varias personas han empezado a colocar cámaras gigantescas para preparar la retransmisión. Los periodistas, los técnicos de sonido y los guardias de seguridad corretean por el lugar a una velocidad frenética. Estos debates televisados siempre son un exitazo de audiencia: a todo el

mundo le gusta ver asesinatos y matanzas desde un sitio seguro.

Nunca dejará de sorprenderme que hayan convertido estos eventos en un espectáculo. De hecho, me recuerdan a un concurso de belleza: los participantes se pasean por el escenario, deleitándose con el calor de los focos, mientras el público decide a quién votar basándose en una imagen superficial y planeada.

Pero bueno, tampoco hay mucha variedad entre la que elegir. Los programas de los políticos de Newham son prácticamente iguales. Vienen a decir algo como: «Estoy aquí para hacerme rico a costa de vosotros, el pueblo».

Por eso siempre voto al candidato que se presenta por hacer la gracia. Cy, en cambio, repasó con atención las propuestas de cada aspirante y eligió el que más le convencía. No tuve valor para decirle que esa persona ya estaba muerta.

El Espectro me lleva a un bloque de pisos que se encuentra al otro lado de la plaza. Subimos al quinto piso y entramos en un apartamento de dos habitaciones, con un ventanal que ofrece unas vistas increíbles. La decoración es bastante decente, pero no tiene ni punto de comparación con los lujos que pueden encontrarse en las partes más ricas de la ciudad. La gente adinerada suele alejarse de las zonas conflictivas, y la Plaza Central es una de ellas. Aun así, el piso tampoco se acerca al ínfimo nivel de las chabolas que se construyen cerca de las fábricas; podríamos decir que está a medio camino. Los muebles son viejos, pero están bien cuidados, y las habitaciones gozan de un aspecto limpio y ordenado. No obstante, no hay ni rastro del dueño.

No pregunto qué habrá sido de él.

El Espectro coloca dos butacas reclinables delante de la ventana.

—Siéntate —me dice. Él hace justo eso, y luego se recuesta—. El espectáculo va a comenzar.

Me siento con vacilación en el borde, preparada para echar a correr en cualquier momento. No sé qué habrá planeado, pero seguro que las consecuencias serán peligrosas y no afectarán solamente a la plaza.

Y, al contrario que él, yo no soy indestructible.

Intento concentrarme en los pensamientos positivos: si el Espectro se carga a la alcaldesa, podré tacharla de mi lista de enemigos. No tengo claro que me vaya a volver invulnerable, pero, aunque no lo haga, ya no habrá razones para que los Amigos me secuestren, porque no podrán transformarme en una Pesadilla. Si el día de hoy acaba bien, me libraré de todos mis problemas de un solo golpe.

Bueno, de mis problemas actuales.

La alcaldesa hace acto de presencia con estilo, como de costumbre: acostada en el techo de un automóvil que se abre paso entre la multitud de cámaras (de hecho, se lleva por delante a dos de los técnicos, que no se apartan con la suficiente rapidez). Levanta una mano y saluda al público, con una sonrisa de oreja a oreja. A su lado, una metralleta que parece de atrezo ocupa el resto del techo, como si estuviera descansando junto a su dueña. No obstante, la mano de la alcaldesa reposa con indiferencia en el gatillo. Si le hiciera falta, podría agarrar el arma y comenzar a disparar en menos de un segundo.

Una parte de mí esperaba que llegara volando a lomos de su característico pterodáctilo, aun sabiendo que Priya y yo se lo robamos y lo dejamos en libertad. Al fin y al cabo, últimamente todo el mundo asocia la figura de la alcaldesa con el dinosaurio. Ahora que lo pienso, la mujer se habrá cabreado todavía más con nosotras, puesto que le hemos arrebatado una parte importante de su imagen.

Qué se le va a hacer.

—¿Ha aparecido ya alguno de mis oponentes? —pregunta la alcaldesa al público, mientras baja del auto de un salto y sube los escalones del escenario.

La plaza permanece en silencio.

—¿Ninguno? —insiste riéndose—. ¿Tan cobardes son? ¿O acaso les da miedo plantarme cara?

Eso me recuerda a nosotros dos: aquí estamos, observándolo todo desde nuestro escondite. Miro de reojo al Espectro, al que no parecen afectarle las provocaciones.

—Te preguntas por qué no bajo a la plaza, ¿verdad? —comenta con indiferencia.

—Pues... Bueno, no...

—Normalmente no me ocultaría, por supuesto. Pero, por desgracia, su habilidad depende de la vista —explica, sin dejar de prestar atención al evento.

—¿De la vista? —repito.

—Para enviar a otro lugar algo que le da miedo, tiene que verlo con sus propios ojos.

—Pero... —vacilo—. ¿Ella reconocería tu aspecto actual?

El Espectro se para a pensar un momento y luego contesta con sencillez:

—No lo sé. No tengo claro cuánto he cambiado con respecto a mi apariencia original. Aun así, si bajo y empiezo a convertir a la gente en monstruos, no tardaría en descubrirme, ¿no crees?

Eso es cierto.

O quizá solo esté poniendo excusas para quedarse escondido.

Puede que el Espectro y yo no seamos tan diferentes como me gustaría creer.

De repente, una detonación resuena por toda la plaza.

Me vuelvo hacia la ventana, con los ojos como platos. Sin embargo, nada ha cambiado: la alcaldesa sigue en el escenario, rodeada por el público y sin perder su postura teatral.

Quizá la bala haya rebotado contra su cuerpo, como el disparo de Priya. Si ese es el caso, me sorprende que no haya alcanzado a algún espectador.

Un momento después, veo la servilleta.

Es negra, como la que me dio el Espectro, y esta sí ha acertado en la diana: ha caído en el estómago de la alcaldesa. El pedazo de seda apenas se ve, porque es del mismo color que el esmoquin de la mujer.

Ella se quita la chaqueta y la lanza hacia la multitud, con la servilleta aún pegada. La gente se aparta a toda prisa, aunque no creo que sepan lo que es ese trozo de tela. Cualquier habitante de Newham sabe que, si una persona se libra de algo, no es buena idea acercarse para ver qué es. De hecho, hay un dicho sobre ello: «La basura de un hombre es la asesina de otro».

Bueno, me parece que el dicho se inspiró en una Pesadilla con forma de contenedor que

devoraba a quien tratara de tirar la basura. Leí algo por el estilo en un periódico.

Los operadores de las cámaras y los técnicos hacen lo posible por alejarse de la chaqueta, pero la plaza está demasiado atestada para reaccionar con rapidez. Al final, la servilleta acaba cayendo en el cuello de un pobre desgraciado.

La tela se aferra a la carne del hombre, que profiere un chillido aterrado.

La servilleta no necesita desplazarse mucho más, al contrario que en el caso del director: trepa por el cuello de su víctima y llega hasta su cara, avanzando como una oruga. Él se araña el rostro e intenta arrancársela, con una desesperación cada vez más intensa, pero el pedazo de tela le cubre la cabeza y amortigua sus gritos.

A continuación, se mete en la boca del hombre.

La víctima cae de rodillas entre ahogos y arcadas. Aunque se le ponen los ojos en blanco por el pánico, sigue tratando de sacarse el trapo de la garganta. Sin embargo, la servilleta es imparable y se introduce por completo.

El trozo de tela regresa al exterior un instante después.

Pero lo hace a través de las cuencas de los ojos.

Los globos oculares del hombre salen disparados como dos canicas cruentas y, a continuación, ruedan por los adoquines hasta colarse en una alcantarilla. La tela comienza a brotar de las cuencas vacías, como una terrorífica flor negra cubierta de sangre.

Al mismo tiempo, el cuerpo de la víctima se encoge y se arruga, disecándose como una momia; es como si la servilleta le sorbiera la vida para hacerse más grande. Al final, la tela se vuelve tan inmensa que el hombre desaparece, envuelto en un hermético capullo de seda negra.

Cuando termina de cubrir a su víctima, la tela cesa su ataque. El cuerpo y la servilleta permanecen tirados en medio de la plaza, inmóviles y en paz.

Aparto la vista de la imagen, asqueada.

—Ahora empieza lo mejor —comenta el Espectro.

La alcaldesa mira con desdén a las personas presentes, que en su mayoría siguen contemplando el horripilante cadáver.

—Buen intento, ¡pero tendrás que esforzarte más! —chilla con expresión feroz.

—Huy, cuenta con ello —murmura el Espectro, reclinándose en el asiento con cara de diversión.

De pronto, empieza a llegar gente desde las calles que rodean la plaza. Todos visten igual: chaleco blanco y chaqueta del mismo color, con una única solapa roja como la sangre. Estos uniformes solo pueden significar una cosa: se trata de una banda. Y al ver los trajes blancos y las solapas rojas, me percaté al instante de quiénes son.

Los Montessauri.

No sé cómo, el Espectro ha convencido a los Montessauri para que se enfrenten a la alcaldesa. Todos ellos van cargados con unas armas gigantescas que llevan al hombro. Me recuerdan a lanzagranadas, aunque no lo son: el cañón es demasiado estrecho, y el metal tiene una extraña textura mate. No se parecen en nada al clásico lanzagranadas de marca Koval.

(Sí, reconozco un lanzagranadas a primera vista. Igual que la mayoría de los newhamitas, imagino).

Mis sospechas de que no son armas normales se confirman enseguida: no disparan granadas ni explosivos, sino servilletas. Abro los ojos como platos conforme la nube de seda negra surca la plaza. Madre mía, hay cientos.

—¿Las servilletas son personas transformadas? —le pregunto al Espectro.

—¿Cómo? No, por supuesto que no. Convertir a tanta gente habría sido una tarea muy tediosa —responde con la cabeza ladeada.

Uf, menos mal.

—Pero los lanzagranadas sí lo son.

Vaya. Qué sorpresa. Esto me pasa por ingenua.

La alcaldesa no parece tener muchos problemas para esquivar los pedazos de tela: se ha abalanzado sobre la muchedumbre que intenta huir y ha agarrado a alguien para usarlo como escudo humano. Cuando las servilletas cubren a esa persona, la arroja a un lado y atrapa a otra víctima.

Sobra decir que la mayor parte de las servilletas están aniquilando a los transeúntes, en vez de alcanzar a su objetivo. En el evento había muchos operadores de cámara, técnicos y guardias de seguridad, y creo que la mayoría de ellos no saldrán de esta con vida.

—¿No habría sido más fácil hacer esto sin alertarla antes? —comento dudosa, contemplando la masacre de la plaza—. Podrías haberle disparado una de esas servilletas raras por la espalda. Y una vez estuviera momificada, la habrías tirado al fondo del océano sin más.

El Espectro se vuelve hacia mí.

—Bueno, no te voy a negar que habría sido más fácil, pero no me lo habría pasado igual de bien —replica con una sonrisa.

Cómo no. Se me había olvidado con quién estoy hablando. Es evidente que siempre elegiría la opción más caótica y mortífera, porque su retorcido concepto de la diversión es más importante que cualquier otra cosa.

Además, estamos en Newham: aquí siempre se descarta el pragmatismo en favor del dramatismo.

De repente, el suelo empieza a sacudirse. Levanto la cabeza al sentir los temblores, pero se detienen enseguida.

Y comienzan otra vez un instante después.

Se frenan de nuevo.

Y vuelven a empezar.

Me pongo en tensión porque reconozco este patrón sísmico. Sé lo que significa. Me giro hacia el Espectro, horrorizada, pero él ya se ha inclinado hacia la ventana con una expresión maniaca y jubilosa, estremeciéndose de entusiasmo.

Y entonces, un tiranosaurio rex llega a la plaza.

Mide al menos diez pisos de altura, un tamaño mucho mayor que el de un tiranosaurio real. Y ese rasgo no es el único que lo diferencia de la versión auténtica: en vez de plumas, tiene

escamas de un brillante color verde que me recuerda al del director. Su colosal cabeza se balancea de un lado a otro mientras avanza, aplastando los adoquines con sus gigantescas zarpas. Deja tras de sí una estela de huellas grabadas en los escombros.

Abre la boca para proferir un rugido, y sus letales dientes quedan a la vista.

—¿De verdad crees que eso va a servir de algo? —susurro mientras me aparto de la ventana, presionándome los puños contra las rodillas.

—Huy, qué va. Pero cuando le pedí a Giovanni Montessauri que matara a la alcaldesa con mis armas, me dijo que solo lo haría si le conseguía una mascota tan original como el pterodáctilo —explica el Espectro.

Cómo no. No es ninguna sorpresa: los villanos siempre tratan de superarse los unos a los otros.

Tras fijarme bien, distingo a Giovanni Montessauri: va montado sobre el cuello del tiranosaurio, aunque desde aquí parece una hormiguita vestida de rojo. Le da órdenes al dinosaurio sin parar de reír, regodeándose en la destrucción que deja a su paso.

La verdad es que ni siquiera me sorprende.

Delante de mí, uno de los mafiosos más poderosos y desquiciados de la ciudad cabalga a lomos de un tiranosaurio para intentar asesinar a la alcaldesa, una psicópata indestructible. Y todo porque ella y la criatura más temida del mundo se han dejado llevar por una espiral de odio; están compitiendo por ver quién es capaz de arruinarle la vida al otro. Y, por alguna razón, yo me he visto envuelta en ello.

¿Por qué siempre acabo metida en estos líos?

La plaza se ha convertido en un océano de devastación: los capullos de seda negra se reparten por todo el lugar, víctimas de esta guerra incomprensible, y el tiranosaurio incrementa el número de muertos al pisotear a la multitud. Además, la alcaldesa está contraatacando con su metralleta, por lo que los cadáveres de los miembros de la banda ya son casi tan abundantes como los capullos.

La mujer levanta el arma y observa al dinosaurio con una sonrisa despiadada.

Y luego echa a correr hacia la criatura.

Comienza a disparar mientras le rodea las patas, llenándoselas de cientos de balas, y el tiranosaurio profiere un grito de agonía. Aunque las balas son pequeñas en comparación con él, en cantidades tan inmensas surten un efecto devastador.

Giovanni Montessauri, aún aferrado al cuello del dinosaurio, dispara con su lanzaservilletas a la alcaldesa. Pero ella reacciona con muchísima velocidad, y el arma del mafioso es más lenta que la metralleta.

Y, mientras, tanto la alcaldesa como Giovanni Montessauri se ríen a grandes carcajadas.

Igual que el Espectro.

Los tres son unos putos psicópatas. Jamás entenderé cómo pueden pasárselo tan bien con esto, como si todo fuera un juego.

El tiranosaurio pierde el equilibrio por culpa de los balazos y cae de rodillas, con tanta fuerza que provoca una especie de terremoto: tanto el suelo como los edificios empiezan a

temblar. Me agarro al alféizar, preguntándome si el apartamento se vendrá abajo conmigo dentro.

La plaza entera se sacude.

Y una grieta se extiende por los adoquines.

El suelo empieza a hundirse: el pavimento ya no es capaz de soportar el peso del dinosaurio. La criatura aterriza en la estación de metro que hay justo debajo de la plaza.

Pues nada, parece que no podré volver a casa en transporte público.

La alcaldesa suelta la metralleta y recoge uno de los lanzaservilletas que han caído al suelo. Se lo coloca en el hombro, apunta y aprieta el gatillo.

En dirección al hocico del tiranosaurio.

Le dispara una servilleta tras otra. La criatura suelta un rugido de rabia y trata en vano de arañarse el rostro con los diminutos brazos, pero los trozos de seda se le meten en la boca y lo ahogan. Cada vez hay más, y todos ellos se abren paso hasta el sistema respiratorio y la garganta de la criatura, robándole la vida como una especie de planta parásita.

Aparto la mirada para no ver el resultado final del ataque, pero lo oigo todo.

El sonido que hacen las servilletas al brotar por los ojos del dinosaurio solo podría describirse como «viscoso».

El tiranosaurio abandona la partida con un último gemido estruendoso. Cuando me giro de nuevo hacia la plaza, lo único que queda es un cráter enorme y un cadáver gigantesco envuelto en seda negra. No hay ni rastro de Giovanni Montessauri, pero no sé si ha huido o si las servilletas lo han atrapado a él también.

La alcaldesa se encuentra en el centro de la plaza, rodeada de escombros, cadáveres y sangre. Echa la cabeza hacia atrás y profiere un grito de entusiasmo.

—¿No te queda ningún truco en la manga? —pregunta con una carcajada.

El Espectro entorna los ojos.

—¡Sé que estás aquí! —chilla ella—. Nunca dejarías pasar la oportunidad de presenciar este caos. ¿No te apetece bajar para unirme a la fiesta?

Es obvio que el Espectro quiere hacerlo, porque tiene todo el cuerpo en tensión, pero no se mueve. No me sorprende: revelar su posición en estos momentos equivaldría a suicidarse.

—Si vas a negarte a salir, tendré que obligarte —insiste la alcaldesa, cambiando su expresión de júbilo por una sonrisa maligna.

Echa a andar hacia el coche en el que llegó. El chófer está muerto, con medio cuerpo fuera del vehículo y un balazo en la cabeza. La mujer ignora el cadáver y saca un objeto grande del asiento trasero.

Es un lanzacohetes de verdad.

Se lo apoya en el hombro y da una vuelta para que se vea bien desde todos los puntos de la plaza.

Luego, empieza a disparar.

Hay que joderse.

El primer misil se estampa en el edificio que hay a la izquierda del nuestro. El estallido tiene

una potencia sobrecogedora: se forma una única llama explosiva que revienta todas las ventanas y, a continuación, el edificio entero se viene abajo como un juguete, envuelto en una nube de polvo y ladrillo. El fuego y el humo siguen brotando de los escombros, pero el edificio en sí ha quedado reducido a un montón de cascotes con forma de tortita.

Y todo eso ocurre en un par de segundos.

Observo el desastre por un instante, sin llegar a creermelo sucedido.

Y luego me levanto y pongo pies en polvorosa.

—Lo siento, pero yo no soy invulnerable como tú —me despido del Espectro mientras corro hacia la puerta.

Sin embargo, es demasiado tarde. El suelo del apartamento comienza a estremecerse, como la nieve antes de una avalancha. Al sentirlo, la parte más profunda de mi alma saca una conclusión inevitable: no me dará tiempo a bajar por la escalera y salir. Solo faltan unos segundos para que la bomba estalle y convierta el edificio en un infierno de escombros.

Me lanzo hacia la ventana.

El techo se agrieta y comienza a derrumbarse. Siento el calor de la llamarada que se dirige hacia aquí, engullendo las escaleras y los rellanos. Es como si pudiera oírla.

Salto por el hueco a pesar de que nos encontramos a cinco pisos de altura, de que la caída será mortal y de que jamás podría sobrevivir a semejante impacto. Pero lo prefiero a quedarme atrapada bajo los cascotes del edificio, cocinándome entre las llamas.

Justo antes de salir, tomo otra decisión sin pararme a buscarle el sentido: agarro al Espectro del brazo y me tiro al vacío con él.

Cuando todo pase, me preguntaré en qué diablos estaba pensando. ¿Pretendía rescatarlo, aunque él fuera invulnerable y no necesitara ayuda? ¿O recordé que era indestructible e intenté usarlo como escudo para amortiguar la caída? ¿Me empujó el subconsciente a usar todo lo que tuviera a mano para sobrevivir?

A decir verdad, sigo sin saber cuál es la respuesta. Fue una reacción instintiva, y el razonamiento que la causó se produjo a demasiada velocidad para mi capacidad de comprensión.

La cuestión es que salté por la ventana con él y nos precipitamos juntos hacia abajo.

El Espectro chocó primero contra el suelo, porque tuve la suficiente agilidad mental para ponerlo bocarriba en el aire y refugiarme sobre su pecho. El impacto fue tan fuerte que me habría matado, sin ninguna duda. Pero al estar encima de él cuando aterrizamos, solo me quedé sin aire en los pulmones.

Mi decisión de arrastrarlo al vacío conmigo me salvó la vida.

Sin embargo, él no salió tan bien parado.

Saltar a una plaza vacía desde una ventana es justo el tipo de acción que llama la atención de la gente, algo que el Espectro esperaba evitar.

La alcaldesa se acerca a nosotros, y el crujido de sus botas al aplastar los adoquines rotos resuena por todo el lugar. Tras levantar la cabeza con dificultad, descubro que ya está junto a nosotros, observándonos.

El Espectro le devuelve la mirada con las cejas alzadas. Su sedoso cabello está cubierto de tierra y escombros, pero su expresión permanece serena.

La mujer sonríe con esos dientes perfectos, uniformes y blancos. Vista de cerca, tiene un aspecto aún más impecable; se conserva muy bien para tener más de cien años.

—Me gusta la estética monocromática; te queda bien. Los ojos marrones siempre me parecieron demasiado aburridos para alguien como tú —le dice al Espectro con indiferencia.

—Me alegro de contar con tu aprobación; elegí mi look pensando en ti —replica él con sequedad.

—Hoy me lo he pasado muy bien, como siempre que gano —añade la alcaldesa con una sonrisa arrogante, tan satisfecha como una gata que acabara de cazar un ratón. Luego, se echa a reír.

Durante un instante, un segundo horrible, el mundo entero se queda inmóvil, a la espera de algo. El Espectro abre la boca, pero nunca sabré qué iba a decir.

Porque se convierte en una nube de chispas, como si el viento hubiera deshecho un montoncito de arena.

El espacio que ocupaba hace un momento resplandece y se ondula como el agua. Al final recupera su estado normal, pero el lugar se queda vacío, sin rastro del ser que estaba ahí. Es como si nunca hubiera existido; como si fuera un espectro de verdad o un sueño.

El Espectro Pesadilla ha perdido.

Y está de vuelta en su jaula de sueños.

VEINTIDÓS

Me quedo tirada en el suelo, con la garganta seca por culpa del polvo y los escombros. La alcaldesa me contempla con una sonrisa victoriosa y echa la cabeza atrás para soltar una nueva carcajada.

—¿De verdad creía que tenía alguna posibilidad de vencerme? ¿A mí? Su ego siempre ha sido su mayor enemigo —comenta con alegría.

Yo me quedo callada y la miro con los ojos muy abiertos, rogando para mis adentros que esté lo bastante feliz para olvidar que le robé la mascota y la liberé. O para que, al menos, le dé pereza matarme.

Aunque, pensándolo mejor, lo más probable es que la felicidad le dé más ganas de aniquilarme.

Ella me observa como si yo fuera un insecto. Creo que está sopesando hasta qué punto merece la pena aplastarme.

Detrás de ella, un chirrido retumba por la plaza desierta, seguido por el crujido que produce el escenario al caer por fin al cráter. Los pedazos de madera desaparecen en las oscuras profundidades de lo que en su día fue una estación de metro.

La alcaldesa se gira al oír el ruido y yo aprovecho la oportunidad: me levanto de un brinco y salgo pitando.

Aunque tenga el poder de enviar a sus enemigos a otros lugares solo con verlos, el Espectro me explicó que su habilidad solo funciona si ella tiene miedo de sus víctimas, y estoy bastante segura de que yo no le produzco ningún temor. También podría perseguirme, pero dudo que pueda alcanzarme sin su pterodáctilo.

La pregunta más pertinente es si le dará tiempo a desenfundar la pistola y disparar antes de que yo me esfume.

El sudor me cae por la nuca mientras esquivo a trompicones los bloques destrozados del pavimento, hundidos en un socavón con forma de zarpa de tiranosaurio. Salto sobre los escombros como puedo, ignorando mis magulladuras para concentrarme en huir a la mayor velocidad posible. Las heridas se curan; la muerte, no.

Un disparo resuena a mi espalda.

Por suerte, doblo la esquina a tiempo. Un pedazo del edificio que acabo de dejar atrás sale despedido, e intento no pensar en lo que habría pasado si mi cabeza hubiera estado ahí.

No lo consigo: la imagen se me ha metido en el cerebro y no se borrará nunca.

El miedo me ayuda a acelerar mientras atravieso las calles de Newham. Con lo rápido que estoy corriendo ahora mismo, no me sorprendería descubrir que en otra vida fui una velocista profesional. Cuando estoy en mi terreno, en las callejuelas sinuosas de Newham, pocos humanos serían capaces de atraparme.

Aunque la alcaldesa no es humana, en realidad.

Por eso voy haciendo maniobras evasivas, como entrar en una estación de metro y usar los pasadizos para cambiar de dirección. Una de las rutas ha quedado cortada por la caída del tiranosaurio, y la zona no tiene pinta de ser muy segura. Aun así, avanzo con rapidez, sin dar muchas vueltas a la falta de estabilidad de los cimientos o a la posibilidad de que los túneles se vengán abajo.

Solo empiezo a frenar al cabo de un buen rato, cuando ya me encuentro a muchas manzanas de la plaza. Me apoyo en una pared y me examino el cuerpo. Aunque todo me duele un poco, no tengo heridas graves. No corro peligro.

Por ahora.

Pero eso cambiará pronto. Ahora que el Espectro ha vuelto a su jaula, los Amigos no tardarán mucho en venir a por mí.

El Espectro Pesadilla ha perdido. Me lo repito a cada poco, porque una parte de mí se niega a aceptarlo.

No entiendo por qué me cuesta tanto asimilarlo. Ya sabía que existía esa posibilidad: él mismo lo comentó. Si lo aprisionaron una vez, es obvio que podían volver a hacerlo.

Aun así, jamás creí que pudiera ocurrir.

En mi cabeza, el Espectro era una fuerza arrolladora. Aunque ahora le haya puesto cara y cuerpo, durante casi toda mi vida fue un concepto amorfo, uno de mis mayores miedos, un fenómeno intangible e imparable que destruyó el mundo.

Sin embargo, resulta que nada de eso era cierto. El Espectro era un psicópata de un nivel notable incluso para los estándares de Newham, pero no dejaba de ser una persona.

Y las personas no ganan siempre.

Cuando llego al apartamento de Cy, la noche ya empieza a caer.

Tras entrar en el piso a trompicones, me quitó los zapatos a patadas y me tiro en el sofá, tan cansada que me siento incapaz de hablar.

Cy me observa con las cejas arqueadas. Tiene varios periódicos en las manos, porque estaba organizándolos para tirarlos al cubo de reciclaje. El artículo que está de cara a mí es un especial sobre la familia Koval, con decenas de fotos de la heredera desaparecida: aparece acompañada de sus parientes, riéndose con amigos o metida en salas de reuniones. Es una chica alta, con una melena dorada que le llega a la cintura y una sonrisa pícara, como si le gustara rebelarse contra las normas estéticas. No me sorprende su estilo: no creo que las millonarias tengan que preocuparse por tropezar con su larguísimo pelo mientras huyen de una muerte segura.

—Qué pinta más horrible traes, Ness —comenta Cy mientras vuelve a dejar los periódicos en la mesa.

—No me hagas la pelota, anda.

—¿No habías quedado con Priya para comer? Eso ponía en la nota que me dejaste —dice con expresión preocupada.

—Cuando te lo cuente vas a flipar —respondo, incorporándome en el asiento con un gemido.

Me lleva un buen rato explicarle todo lo que ha pasado. Mientras desgrano un desastre tras otro, Cy se sienta y me mira con una cara cada vez más horrorizada. Al final, con la garganta seca y el cuerpo dolorido por el cansancio, llego a la conclusión del relato titulado *El terrible día de Ness*, también conocido como *Un tratado sobre las razones por las que Ness nunca debería salir del apartamento*.

Cuando termino, Cy se aprieta el puente de la nariz con una mano.

—Necesitas un guardaespaldas a tiempo completo —declara.

—Es posible.

—Siento mucho no haber estado allí para ayudarte —susurra con la cabeza gacha.

—¿Y cómo habrías llegado hasta allí? Era pleno mediodía y hacía sol —le recuerdo.

—Bueno, pero si no fuera... —comienza a decir con un mohín.

—Si no fueras un vampiro, tampoco podrías haber hecho nada —le interrumpo—. Habrías tenido un cuerpo humano y frágil. Es más, seguro que alguien te habría pegado un tiro.

Él responde con una mezcla de risa y resoplido.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —me pregunta.

—Pasar al plan B. Esperaba que el Espectro acabara con la alcaldesa, porque así nunca volvería al mundo de los sueños y podríamos poner a los clientes de los Amigos en contra de ellos. Pero esa opción ha quedado descartada, así que... —Hago una mueca—. No me queda otra que solucionar el problema por mis propios medios.

Y todos sabemos cómo salen las cosas cuando hago eso.

—¿En qué consiste el plan?

—Priya está siguiendo al director. Con suerte, pronto descubrirá dónde está su guarida secreta —explico—. Y cuando sepamos dónde se encuentra...

—¿Qué?

—A ver, se me había ocurrido que Priya podría sacar su lanzacohetes a pasear.

—¿Y qué opina Priya de volar por los aires un edificio que tal vez esté lleno de personas inocentes? —replica Cy.

—Todavía no le he mencionado esa parte —confieso.

—¿Y crees que le parecerá bien?

—Supongo que querrá salvar a los prisioneros, antes de nada —admito a regañadientes.

—¿Tú no?

—Claro que sí, pero eso es mucho más peligroso que reventar el edificio sin más.

—Entonces, tu opción es reventar la guarida.

—Exacto.

—Ese plan tiene tantos elementos problemáticos que ni siquiera sé por dónde empezar a enumerarlos —comenta él mientras se deja caer a mi lado.

—Pues no lo hagas.

Cy me mira de reojo con expresión crítica.

—Bueno —repone—, ya veremos qué pasa cuando Priya encuentre el edificio. No deberíamos tomar una decisión hasta que investiguemos la zona.

—Esto... ¿Por qué hablas en plural?

—Porque pienso acompañaros, por supuesto —afirma con tono exasperado.

El corazón me da un vuelco doloroso. No sé si sentirme agradecida porque esté dispuesto a unirse a una guerra ajena solo por ayudarme, o culpable porque estoy pringando a todo el mundo con mis problemas.

—Cy —susurro, apartando la cara porque la culpabilidad ha ganado la batalla—. No hace falta que vengas. Te arriesgarías demasiado... A esa gente le gusta capturar Pesadillas, ¿recuerdas? Y esto no tiene nada que ver contigo.

—Ness, si una lucha es importante para ti, también lo es para mí —replica con paciencia.

Una nueva punzada me atraviesa el pecho. Madre mía, ¿me está dando un infarto? ¿Ardor de estómago, quizá?

—Pero...

—Ness —me interrumpe. Se echa hacia atrás y me mira a los ojos—. Escúchame con atención, ¿vale?

Asiento con la cabeza, sorprendida por la intensidad de su voz. Cy respira hondo.

—No... No te he contado mucho sobre la muerte de mi madre, ¿verdad? —dice.

Sacudo la cabeza, perpleja, porque ese tema no parece muy relacionado con nuestra conversación. ¿A qué viene lo de su madre? ¿Es que le recuerdo a ella? Esa posibilidad no me hace gracia. No quiero que me vea como una madre, sino... Bueno, no tengo claro cómo me gustaría que me viera, pero sé que así no.

—Solo me has dicho que tu padre la asesinó y que luego lo camufló como un accidente.

—Eso es. ¿Pero te dije que ella llevaba tiempo viéndolo venir? —pregunta.

—No —musito.

—No era la primera vez que mi padre le hacía daño. Le pegaba. Le mordía. Y otras cosas aún peores —explica, con los hombros en tensión.

—¿Por qué no intentó huir? —pregunto en voz baja.

—Porque ya era demasiado tarde. Mi padre la había atrapado: había ido construyendo una jaula a su alrededor, y ella no se dio cuenta hasta que la puerta se cerró —responde con tristeza, cerrando los ojos—. Siempre me contaba que, cuando era pequeña, su sueño era casarse con un príncipe guapo y rico. Después, él la llevaría a un castillo y ella viviría como una reina. Cuando conoció a mi padre, tuvo la sensación de que ese sueño se había cumplido. Sin embargo, algunos sueños no son más que pesadillas camufladas —remacha con voz casi inaudible.

Al oír esa última frase, me recorre un escalofrío.

—Antes de conocer a mi padre, ella era actriz —prosigue con suavidad—. Dejó el instituto, empezó a trabajar de camarera y luchó por captar la atención de algún cazatalentos. Consiguió varios papeles pequeños, y llegó a protagonizar una película de éxito. Se conocieron poco

después de eso. Ella solo tenía diecinueve años, pero él era rico y guapo, y le prometió que le daría todo cuanto quisiera. Cuando empezaron a vivir juntos, mi padre le dijo que esos papeles sin importancia eran una pérdida de tiempo, que apenas cobraba nada y que prefería mantenerla él. Después de casarse, le juró que nunca más se vería obligada a trabajar. Y así fue –remacha, levantando por fin la cara para observarme.

Su tono es tan agorero que me estremezco.

–Yo nací poco después, y ella se dedicó en cuerpo y alma a cuidarme. Aparte de eso, su única función era aparecer en los eventos sociales cada vez que mi padre lo necesitaba, como un adorno lujoso. –Respira hondo antes de seguir–. Cuando él le pegó por primera vez, y mi madre se dio cuenta de que la situación solo podía ir a peor, ya llevaba muchos años sin trabajar.

Cy empieza a jugar con uno de sus gemelos dorados. Me quedo callada, esperando a que continúe.

–Ella sabía que iba a matarla, pero se había quedado sin recursos. Nunca había podido ahorrar nada, y todo su dinero provenía de mi padre. No tenía ningún oficio con el que salir adelante ni familiares que pudieran ayudarla. Y si hubiera tratado de huir, él la habría encontrado enseguida –añade con voz trémula–. Tardó demasiado en cobrar conciencia de que estaba atrapada. Aunque vivía en una mansión llena de riquezas, ninguna de ellas le pertenecía.

El silencio de la estancia solo se ve interrumpido por el suave golpeteo de la lluvia contra la ventana. Cy agacha la cabeza para mirarse las manos. Aunque no llega a llorar, la raya de los ojos se le ha emborronado un poco, como si el maquillaje fuera su última línea de defensa frente a las lágrimas.

–Lo siento –susurro acariciándole la mano.

Nunca se han pronunciado unas palabras más ineficaces e inútiles que esas.

Aun así, lo que me ha contado resume a la perfección por qué me niego a aceptar que Cy me mantenga; por qué estoy decidida a conseguir un trabajo, ganar dinero y construirme una vida propia. Ahora mismo dependo de él casi por completo, como le pasaba a su madre con su padre. Y quiero asegurarme de que mi santuario no se convertirá nunca en una cárcel de oro.

Porque eso ya lo sufrí con los Amigos.

–Te he contado todo esto porque yo estaba allí la noche del asesinato. Mi madre y yo estábamos juntos –confiesa.

Yo me arrellano en el asiento sin decir nada.

–Cuando mi padre entró en la habitación –prosigue Cy con lentitud–, mi madre se dio cuenta de que estaba de mal humor. A esas alturas, era capaz de detectar su estado de ánimo con solo un vistazo. Y entonces..., me pidió que me marchara. –Se le rompe la voz–. Siempre hacía eso cuando mi padre llegaba a casa cabreado, y al día siguiente yo la veía llena de moratones y mordiscos. Aquella noche, cuando me dijo que me fuera, yo entendí lo que iba a suceder después. Y a pesar de que quería quedarme para pararle los pies a mi padre, salí de la habitación, porque era pequeño y débil. Porque tenía miedo. Pero las cosas han cambiado; ya

no soy pequeño ni débil, y me niego a que el miedo se apodere de mí –añade mirándome a la cara.

El verde de sus ojos es eléctrico, y me contempla con tanta emoción que siento la necesidad de apartar la vista.

–Ness –dice mientras se inclina hacia mí–, me he pasado toda la vida arrepintiéndome de haber salido de esa habitación. Sé que yo no habría sido de mucha ayuda, pero da igual: la cuestión es que dejé a mi madre sola frente a un monstruo. No pienso volver a cometer ese error nunca más. Te ayudaré a derrotar a tus enemigos –insiste, y luego sonríe–. Igual que tú me ayudarás a vencer a los míos, cuando llegue el momento.

Eso es cierto: pienso hacer todo lo que esté en mi mano para que consiga acabar con su padre. Después del daño que le ha hecho a Cy y al mundo, ese monstruo se ha ganado a pulso que lo reduzcan a cenizas. Y si Cy trata de rechazar mi ayuda, yo me cabrearé tanto como él en estos momentos.

No entiendo por qué me cuesta aceptar el apoyo de mis amigos, a pesar de que yo haría lo mismo por ellos. Quizá sienta que no me lo merezco... Pero, ahora que lo pienso, esa idea tiene toda la pinta de ser una de las trampas que los Amigos me metieron en la cabeza.

De repente, el timbre del teléfono nos sobresalta.

Cy se levanta para contestar y escucha con atención al interlocutor. No tarda mucho en colgar.

–Era Priya –anuncia–. Ha encontrado la sede secreta de los Amigos.

VEINTITRÉS

Cuando el sol se esconde, la vida nocturna de Newham comienza a abrir sus adormilados ojos. Miles de luces resplandecen entre las altas moles de los edificios, abruptas como dientes serrados; es como si el brillo de los letreros de neón fuera la saliva que las recubre.

Esta ciudad es un ser vivo y, si no te andas con cuidado, te devorará de un mordisco.

Cy y yo nos adentramos en las tenebrosas calles para reunirnos con Priya. La dirección que nos dio se encuentra en una de las zonas más infames de Newham. Se ven discotecas en todas las esquinas, y los Amigos me habrían lavado la boca con jabón si hubiera leído en alto los letreros que hay delante de algunas de ellas.

Las farolas y las paredes están cubiertas de carteles. Algunos anuncian espectáculos de baile subidos de tono, mientras que otros promocionan parodias eróticas de películas; uno de los más explícitos anuncia una sátira de la saga de Dracuvlad. Aparto la vista, sonrojada.

Mientras nos abrimos paso entre la multitud, que seguirá creciendo conforme avance la noche, me pego a Cy para ocultar mi incomodidad. La escandalosa música de las discotecas resuena por todas partes, y los transeúntes borrachos se menean al son de las canciones. Hay varias furgonetas de aspecto sospechoso aparcadas a lo largo de la acera, como las que aparecen en los periódicos cuando se produce algún secuestro en plena calle.

Me pregunto a quién pretenderán capturar esta noche.

Cy me rodea el hombro con un brazo mientras esquivamos a la gente, como si fuéramos amantes o algo parecido. No parece muy preocupado; supongo que ya habrá visitado esta zona de la ciudad. Al fin y al cabo, a Cy le gustan las fiestas, las discotecas y todas las actividades que se llevan a cabo en esos locales. A mí, por el contrario, me repelen las multitudes, me abruma las situaciones sugerentes y me parece innecesario gastar dinero en cualquiera de esas cosas. Por lo tanto, no suelo frecuentar estos sitios.

Priya nos espera apoyada en la entrada de una discoteca. Se ha puesto una gabardina larga, que seguramente esconda una buena colección de armas letales. Está chupando una de esas piruletas de cafeína que se han puesto de moda últimamente. Al ver el palito blanco del caramelo entre sus labios, en un primer momento pienso que está fumando.

Mi amiga sonrío al vernos.

—Por fin —dice a modo de saludo. Se nos acerca, y me doy cuenta de que lleva su lanzacohetes colgado a la espalda—. Habéis tardado un montón, ¿no?

—Perdona. Es que tuvimos que dar un rodeo para recoger una cosa —le explico.

Cy le muestra el arma que ha traído hasta aquí sobre un hombro.

—¿Qué es? Nunca había visto nada parecido —comenta Priya, abriendo mucho los ojos.

—Yo lo llamo lanzaservilletas —respondo.

Le resumo todo lo que ha pasado con el Espectro, desde la información que descubrí durante nuestra conversación al desastroso enfrentamiento con la alcaldesa. Sin embargo, Priya solo parece interesada en saber cómo funciona el artilugio.

Antes de llegar aquí, Cy y yo pasamos por la Plaza Central. A pesar de que murieron muchísimos soldados de la banda de los Montessauri, nos costó bastante encontrar un lanzaservilletas en buen estado. Los cadáveres seguían allí tirados, porque nadie se había molestado en llevárselos, pero apenas quedaban armas. En realidad, no sé por qué me sorprendió: pocos habitantes de Newham pueden resistirse si ven un arma sobrenatural tirada por ahí.

Al final conseguimos un lanzaservilletas, después de que Cy se acercara a los escombros y levantara un bloque enorme de cemento. Tras revisarlo bien, llegué a la conclusión de que estaba cargado. Aun así, no estoy segura del todo, porque no tiene ninguna ranura para meter la munición. ¿Se encargará la propia arma de generar las servilletas? ¿O contará con un número limitado de disparos y, una vez que se gasten, se vuelve inútil? A saber...

Supongo que lo descubriremos en algún momento.

Priya examina el lanzaservilletas mientras yo le explico todo.

—¿Puedo quedarme con él después de que solucionemos este lío? —pregunta en cuanto me callo.

—Claro. Es todo tuyo —contesto con un resoplido.

—Genial —celebra ella con una sonrisa—. Bueno: como has elegido un arma tan interesante, voy a dar por sentado que se te ha ocurrido un plan.

—Así es —confirmo con una mueca—. Sé que has traído el lanzacohetes, tal y como te pedí, pero es posible que no lleguemos a usarlo. Mientras veníamos hacia aquí, Cy recordó un detalle importante: conociendo a esta gente, puede que en el edificio haya almacenados productos químicos y explosivos. En ese caso, podríamos destruir el barrio entero si no vamos con cuidado, como aquella vez que los de la Liga del Caos trataron de dismantelar el laboratorio del Puzlero y se cargaron la calle Cincuenta y Seis.

Hay pocas probabilidades de que los Amigos tengan tantos explosivos, pero es mejor prevenir que curar. Con la suerte que tengo últimamente, seguro que yo también saldría volando por los aires.

—Entiendo —replica Priya—. Bueno, ¿y en qué consiste el plan?

—¿Qué tipo de cerradura tiene la puerta del edificio? ¿Va con contraseña o con cerrojo?

—Con cerrojo. Vi al director abrirla con una llave —responde ella.

—Genial —digo, felicitándome para mis adentros—. A ver: he pensado que el primer paso podría ser atacar al director por la espalda y servilletearlo. Después, mientras la servilleta hace su trabajo, le robamos la llave y nos colamos en el edificio. Lo suyo sería arruinar todo lo que tengan en marcha los Amigos, para que nadie pueda tomar el relevo del director al frente de la

organización. —Tras una pausa para reflexionar, añado—: Y, si tienen prisioneros, supongo que habría que liberarlos o algo así.

—Podría funcionar —afirma Priya, pensativa.

—Eso creo yo... Pero esta vez deberíamos acertar al director en una parte del cuerpo de la que no pueda desprenderse —apunto.

Nos quedamos callados unos segundos.

Doy por hecho que los tres estamos pensando en lo extremo que fue el método del director para librarse de la servilleta. ¿Cómo demonios pudo arrancarse su propia cola? Bueno, eso es lo que me ha venido a la cabeza a mí, en todo caso. Es posible que Priya esté eligiendo un sitio para cenar cuando todo esto acabe.

—Entonces, seguimos adelante con el plan. Qué ganas tengo de darle su merecido al director... Nos vamos a divertir un montón —comenta con una sonrisa enorme.

Sus palabras me recuerdan al Espectro y a su respuesta cuando le pregunté por qué transformaba a la gente en monstruos: que lo hacía por diversión.

No me había dado cuenta hasta ahora, pero Priya y él son similares, en cierto sentido: los dos se deleitan con el caos. Sin embargo, ella es una persona buena que caza monstruos y acaba con sectas malvadas; aprovecha sus pasiones para convertir el mundo en un lugar mejor.

Por el contrario, el Espectro destruye a todos y todo por igual, de manera indiscriminada.

Cy y yo seguimos a Priya, alejándonos de las multitudes y la zona de discotecas para adentrarnos en callejuelas estrechas y silenciosas. Ahora entiendo por qué nos hemos reunido en un lugar tan ajetreado: en Newham no hay nada más peligroso que una calle vacía. Si un lugar está desierto en una ciudad tan poblada, eso solo puede significar que la gente ha huido o ha muerto, y ninguna de esas opciones me gusta.

Un rato después, mi amiga se detiene en una esquina.

—La entrada está ahí —murmura tras echar un vistazo al otro lado.

Escudriño el discreto callejón, que se parece mucho a cualquier otro de Newham. No tiene salida, por lo que solo hay una manera de entrar y de huir. Hacia el fondo hay un edificio viejo de ladrillo con una puerta de metal brillante.

—¿Y ahora qué? ¿Esperamos a que el director salga y lo atacamos? ¿Y si va acompañado? ¿Y si salió mientras nosotros veníamos? —pregunta Cy con el ceño fruncido.

Todas esas dudas son bastante pertinentes, y no tengo ni idea de cómo responder a ninguna de ellas.

—Podríamos tirar la puerta abajo —sugiere Priya encogiéndose de hombros.

—Me parece bien —responde Cy, y se acerca con paso seguro a la puerta.

Priya se apresura a seguirlo y yo la imito. Por mucho que me desagraden los callejones, no quiero quedarme sola en una zona tan peligrosa.

Cy llega enseguida a la entrada del edificio y trata de accionar el picaporte. Al principio no pasa nada, de modo que presiona con más fuerza.

Y lo arranca.

—Qué bien nos vienes —comenta Priya con una ceja enarcada.

—Soy más que una cara bonita —replica él sonriendo.

—Ya lo veo.

La puerta rota se abre un poco al empujarla. Priya levanta la pistola y se coloca a un lado de la entrada, y Cy se sitúa al otro. Mientras tanto, yo permanezco a cierta distancia como la cobarde que soy.

A ver, ellos dos saben luchar. Si la cosa se tuerce, reaccionarán sin problema. ¿Qué podría hacer yo? ¿Dejar que me peguen un tiro?

Cy abre la puerta del todo y se queda helado. En ese instante, me doy cuenta de que el plan no va a acabar bien.

—¡Tenemos que salir de aquí! ¡Corred! —nos grita.

No hace falta que lo repita.

Me abalanzo hacia la entrada del callejón, pero me detengo de golpe tras avanzar un par de metros.

Porque el director está ahí, acompañado de decenas de mercenarios que nos apuntan con pistolas. Al otro lado, del edificio en el que pretendíamos colarnos han empezado a salir más hombres. Y en el fondo hay una pared de diez metros que nos corta el paso.

No tenemos escapatoria.

—Te agradezco mucho que hayas venido a visitarnos, Ness —dice el director con una sonrisa. Mierda.

Hemos caído en una trampa.

VEINTICUATRO

Tendría que haberlo visto venir.

Aunque no sé cómo, la verdad. Quizá debería imaginar que alguien está escribiendo mi vida con el único objetivo de joderme la existencia todo lo posible. Así me habría dado cuenta de que esto era una emboscada, seguro. A partir de ahora, será mejor que tenga esa posibilidad siempre en mente.

Los mercenarios nos rodean, y la altura de las paredes elimina cualquier posibilidad de escapar. Retrocedo un paso y me topo con Cy, que también mira de un lado a otro en busca de una salida. Sin embargo, si yo no he encontrado una, dudo mucho que él lo consiga.

El director se nos acerca un poco, extendiendo los brazos como si de verdad fuera un líder espiritual lleno de bondad y no un farsante.

—Veo que esta vez te has traído a tus amigos, Ness. —Cabecea a modo de saludo—. Hola, Priya.

—Hola, director —responde ella con frialdad.

—¿Y este jovencito quién es? Me resulta familiar —afirma el director, estudiando a Cy con un interés descarado.

Mi amigo arquea una ceja y le lanza una mirada tan cortés como desdeñosa.

—Me temo que nunca hemos tenido la mala suerte de conocernos —replica con su acento más pijo.

El director no se inmuta ante la falta de respeto de mi amigo. Entorna sus ojos amarillos y se toquetea el hocico con una garra, cada vez más convencido de que conoce a Cy.

—¿Cómo te llamas? —le pregunta.

—Me parece que mi nombre no es asunto suyo —replica Cy con expresión arrogante.

—Hummm —murmura el director, aún con los ojos clavados en él.

Me viene a la cabeza la fiesta en la que vi al director, aquella en la que también estaban la alcaldesa y Marissa Koval. Había mucha gente rica e importante. Si se junta con ese tipo de personas, es muy probable que se haya cruzado con el padre de Cy alguna vez. A lo mejor son amigos, incluso... ¿Bromearán juntos sobre las personas a las que asesinan? He de admitir que la posibilidad me inquieta.

—Bueno, da igual. Los tres os vendréis conmigo —resuelve—. Tirad vuestras armas; os superamos en número.

—Pero no en capacidad armamentística —le espeta Priya, agarrando el lanzacohetes que

llevaba a la espalda.

El director la mira con los brazos cruzados, sin dejarse impresionar.

—¿Y qué? ¿Vas a volar el edificio para que te caigan encima los cascotes?

—Pensaba que te preocuparía un poco más tu guarida secreta —gruñe ella sin soltar el arma.

—¿Mi guarida secreta? —resopla el director—. ¿En serio? Si tuviera de verdad una guarida, te aseguro que no estaría aquí. En este edificio no hay nada. Antes era un refugio para personas sin hogar, hasta que aquella secta de zanahorias vivientes las devoró a todas.

—¿Una secta de zanahorias vivientes? —repite Cy con horror.

—Intenté hablarte de ella, pero no quisiste saber nada del tema —le susurro.

—Y sigo pensando lo mismo.

—Este edificio me ha venido muy bien —prosigue el director—. Al darme cuenta de que me seguáis, monté todo esto en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Cómo se dio cuenta? —pregunta Priya, abatida.

—No eres la única que contrata a los vendedores de periódicos como espías... Y yo les pago más —contesta él, con una sonrisa llena de dientecitos afilados.

Cómo no. Preferiría no saber qué clase de faenas les encarga a esos chiquillos... Quizá fueran ellos quienes la siguieron hasta la cafetería de esta mañana, porque el director nunca nos habría rastreado en persona.

—Vamos, sed razonables: soltad las armas y venid conmigo —insiste el director.

Cy vacila, pero los dos sabemos que ni siquiera el lanzaservilletas podría darle la vuelta a esta situación. Aunque consiga disparar dos o tres de ellas, hay demasiados mercenarios, y dudo que se queden quietos si servilleteamos al director.

Priya fulmina con la mirada al hombre lagarto y aferra con más fuerza el lanzacohetes.

Madre mía, no irá a...

—No pienso rendirme sin luchar —gruñe mi amiga.

Y luego aprieta el gatillo.

Dispara hacia la salida del callejón, donde está el director. Sin embargo, uno de los mercenarios se coloca delante de él con las manos en alto y trata de desviar el misil. Es evidente que se trata de una Pesadilla hecha de acero indestructible.

En circunstancias normales, si el proyectil fuera una bala de las de toda la vida, imagino que su estrategia habría funcionado.

Pero, por desgracia, en este caso no hay ninguna bala, sino un misil. Y, al desviarse, golpea la pared del edificio vacío.

Lo que provoca el derrumbe de dicho edificio.

Cy me agarra y tira de mí hacia el lado contrario para protegerme del estallido con su cuerpo. Aunque su gesto evita que los escombros me golpeen, no impide que la fuerza de la explosión nos lance hacia el suelo. La gravilla y el cemento me rasgan la piel, y el peso de Cy me aplasta contra el pavimento destrozado. Un calor abrasador consume el aire del estrecho callejón y, por un instante, me viene a la cabeza el barco donde Cy y yo nos conocimos y la bomba que nos unió.

Sin embargo, esta vez no hemos aterrizado en el agua, y todo apunta a que los restos del edificio van a caer sobre nosotros.

Aunque apenas veo nada por culpa del polvo y el humo, los oídos me funcionan más o menos, y distingo los gritos de Priya y los golpes de una pelea cuerpo a cuerpo. Suelto un quejido e intento levantarme para ayudarla, pero la cabeza me da vueltas y creo que se me ha reventado un tímpano. De todas formas, aunque no estuviera mareada, Cy pesa demasiado para quitármelo de encima.

Un disparo resuena en el callejón, y luego otro. Priya profiere un grito, un sonido de rabia impotente.

—Ya hemos reducido a esta. ¡Buscad a los otros dos! —chilla una voz.

Cy me levanta sin ningún cuidado y me echa encima de su hombro. Gruño al notar que me quedo sin aire, y la cabeza me da vueltas sin piedad. Por un momento, tengo la sensación de que voy a llenarle la espalda de vómito a Cy.

Varios mercenarios surgen de la neblina y corren hacia nosotros, a pesar de que, a nuestro lado, el edificio cruje y oscila como si fuera a derrumbarse de un momento a otro. Esto sí que es comprometerse con un trabajo...

Cy comienza a escalar la pared trasera del callejón.

Se me había olvidado que posee una fuerza sobrehumana: para él, este sitio siempre ha tenido salida.

—¡Espera! ¡Tenemos que rescatar a Priya! —le grito. (Mejor dicho, lo intento, porque mi voz parece más bien una tos ahogada).

—¡No puedo cargar con las dos y trepar al mismo tiempo! —contesta él chillando también, para que los pitidos de nuestros oídos y los crujidos del edificio no ahoguen nuestras palabras.

—¡Da igual! ¡Tienes que salvarla de todas formas!

Él continúa trepando sin responder, y yo sigo colgada de su hombro como la carga que soy. Cuando llegamos a lo alto de la pared, el humo se despeja un poco y distingo a Priya. Se encuentra inconsciente y atada. Dos mercenarios la llevan a rastras hacia la salida del callejón, donde estaba antes el director.

No, no, no. Es imposible que la hayan capturado. Estamos hablando de Priya: mi indestructible, imparable e intocable amiga.

Me niego a aceptar que haya perdido la pelea.

Un segundo después, Cy salta al otro lado de la pared y Priya desaparece de mi vista.

—¡Tenemos que dar la vuelta! —consigo decir mientras él corre conmigo al hombro, sacudiéndome como un saco de patatas a punto de verter todo su contenido.

—Ness, ¡nos superan en número y llevan muchísimas armas! —insiste él.

—¡No! —Me retuerzo en un intento de liberarme—. ¡No podemos dejarla ahí!

Por fin, Cy me deja en el suelo cuando empiezo a patearle el estómago. Me agarra de la mano y me arrastra hacia la calle contigua, alejándose aún más de Priya.

—Ness, si te atrapan a ti también, no podrás hacer nada por ella —replica con intensidad.

Sé que tiene razón.

Pero me siento incapaz de abandonar a mi amiga, por más que sea necesario para diseñar un plan de rescate. Dejar tirada a mi mejor amiga va en contra de toda mi esencia. Se ha visto envuelta en este lío por mi culpa, y me niego a permitir que sea ella quien pague las consecuencias.

Oigo un estruendo pavoroso y vuelvo la cabeza, alarmada. El edificio del callejón se ha rendido y se acaba de venir abajo a una velocidad asombrosa. Ya solo queda de él una nube de polvo, un recuerdo de que ahí había una construcción.

Trago saliva. Espero que los Amigos sacaran a Priya de allí antes del derrumbe.

Una barahúnda de pasos y voces resuena delante de nosotros. Un instante después, los mercenarios dan la vuelta a la esquina y nos señalan entre gritos.

Al verlos, dejo de vacilar por fin y hago caso de Cy: echo a correr.

Vamos haciendo eses por las callejuelas de la ciudad en un intento de sacarnos de encima a nuestros perseguidores o, al menos, de llegar a una zona poblada en la que podamos camuflarnos. Sin embargo, ellos siguen apareciendo cada vez que doblamos una esquina, por lo que nos vemos obligados a buscar rutas más creativas, como meternos en edificios o saltar muros. Debe de haber unos cien mercenarios, repartidos en decenas de grupos que invaden la zona como una plaga de ratas.

Cuando apenas me llega el aire a los pulmones, nos topamos por fin con una carretera importante, llena de autos que transitan a toda velocidad. Cy trata de parar un taxi, pero el conductor nos ignora.

No obstante, una furgoneta empieza a frenar.

Y se detiene justo delante de nosotros.

Las puertas se abren y un grupo de mercenarios sale del interior.

Venga, no me jodas. ¿A cuánta gente ha contratado el director? Esto ya es ridículo.

Los soldados van cargados de pistolas con dardos tranquilizantes, que empiezan a disparar nada más pisar el suelo.

Intento esquivarlos, pero todo sucede con demasiada rapidez y no hay ningún sitio en el que esconderme. Cy se planta a mi lado y levanta el brazo para tratar de protegerme, aunque el gesto no será de mucha ayuda.

Me preparo mentalmente para lo que va a ocurrir, pero, por alguna razón, ninguno de los sedantes me alcanza.

Todos se clavan en el cuerpo de Cy.

Doy por sentado que no le van a afectar, puesto que es un vampiro y goza de unas habilidades curativas excelentes. No obstante, ya amortiguó la onda de la explosión para evitar que me golpeará de lleno, e imagino que gastaría mucha energía para recuperarse. Y ahora le han disparado ocho dardos tranquilizantes, como mínimo. Espantada, veo que se tambalea y cae de rodillas.

La situación acaba de torcerse aún más.

Cy me contempla con la mirada desenfocada y trata de hablar, pero se le ponen los ojos en blanco y se desploma a cámara lenta sobre la acera, inconsciente.

Otro grupo de mercenarios surge de un callejón. A pesar de que va en contra de mis deseos, de que me odio a mí misma por tomar esta decisión, de que me gustaría tener alguna otra alternativa..., hago lo que Cy me ha dicho.

Echo a correr.

VEINTICINCO

Mis pies resuenan sobre los adoquines mientras escapo a toda prisa, atravesando la oscura noche como una alimaña. Los crujidos de las botas y los resuellos de los mercenarios van sonando más distantes conforme me alejo de mis perseguidores.

Y de Cy y Priya.

Se suponía que los Amigos solo estaban interesados en mí. Y, sin embargo, yo sigo libre, mientras que mis dos aliados –las dos únicas personas del mundo que me importan y se preocupan por mí– han acabado en manos del director.

Por primera vez en mucho tiempo, estoy completamente sola.

Desde que llegué a Newham, siempre he tenido algún apoyo: primero fue mi tía, y luego el director y toda la organización de los Amigos del Alma Sosegada. Sí, terminaron siendo malvados, pero yo no lo sabía en aquel momento. Y gracias a ellos conocí a Priya, y más tarde a Cy.

Y luego, a pesar de que mi mundo se vino abajo, de que perdí mi hogar y me vi perseguida por asesinos a sueldo, seguía teniendo a mis dos amigos.

Pero ahora no me queda nadie.

Me manipularon durante años para que deseara justo esto, para que me empeñara en recluirme y aislarme del mundo. Después de todo lo que ha sucedido, esa verdad me resulta tan evidente que duele. Me entrenaron para que adorara la soledad de mi habitación ataúd. Consiguieron que me repeliera relacionarme con los demás. Mis preocupaciones y mi miedo a que la gente se convirtiera en Pesadilla me mantuvieron alejada de quienes podrían haberme ayudado.

Los Amigos me hicieron creer que el aislamiento me protegía.

Pero, en realidad, solo buscaban que nadie se molestara en salvarme cuando llegara el momento de transformarme en monstruo. Por eso querían que me recluyera.

Lo más irónico es que, ahora que he comprendido del todo sus intenciones y me he dado cuenta de que no me gusta la soledad, han conseguido arrebatarme a las personas que más me importan.

Los sonidos de mis perseguidores se desvanecen por fin, y llego a una de las calles principales. Me camufló sin problema entre la multitud de la hora punta, mezclándome con la gente que sale del turno de tarde o empieza el turno de noche. Un flujo constante de trabajadores brota del metro, y un número aún mayor de ellos entra en las tiendas y los

imponentes edificios que rodean la entrada de la estación.

Una mujer disfrazada de plátano reparte folletos publicitarios sobre un espectáculo cómico, y en la esquina hay un hombre que pregona el fin de la era de las Pesadillas y el comienzo de la era de los Sueños. En la esquina opuesta, otro predicador grita que el infierno ha llegado a la Tierra mediante las Pesadillas. Según él, todo el que se transforma es un pecador y debe morir apedreado, como ordena la Biblia.

Me gustaría decirle que la Biblia se escribió unos cuantos milenios antes de la aparición de las Pesadillas y las transformaciones, pero no pienso pelearme con un religioso chiflado.

Aunque, a decir verdad, me apetece un montón pegarle un puñetazo a alguien.

Entro en una cafetería. El aire del local es cálido, y me froto los brazos al darme cuenta del frío que hacía fuera. Lo mejor de las cafeterías es que en ellas nadie te habla. En estos negocios existe la regla tácita de ignorar a los demás clientes, por lo que puedo sentarme y descansar rodeada de escudos humanos, sin necesidad de interactuar con ellos.

Me miro las temblorosas manos mientras trato de asimilar los sucesos de la noche.

¿Qué voy a hacer ahora?

Siempre he dejado que los demás me salven: Cy evitó que me ahogara tras la explosión del barco; Priya me rescató de la alcaldesa esta mañana; cuando Cy yo caímos en las garras de Defensa contra Pesadillas, invoqué al Espectro para que nos ayudara.

Me he pasado la vida dependiendo de la protección de mis amigos. Soy pequeña, débil y más bien torpe. Ni siquiera tuve la inteligencia suficiente para terminar el instituto, y no soy lo bastante fuerte para luchar contra nadie. Es más, nunca he podido reunir el valor necesario para intentarlo.

Sin la gente que me apoya, soy insignificante.

Pero ahora, las personas cuya protección daba por sentada han desaparecido. Las han capturado, y yo soy la única que puede liberarlas.

Respiro hondo, aterrorizada. La mera idea de llevar a cabo esta misión de rescate a solas me asusta tanto que apenas puedo respirar.

Tengo tanto miedo que me duele el cuerpo.

Podría huir. Ahora que Cy se ha esfumado, sería fácil hacerme con su dinero, darles la espalda a mis amigos y marcharme. Así podría llevar una vida segura, sin preocuparme por lo que les pase a ellos. Incluso podría buscar a alguien que me transformara en una Pesadilla dura de roer. ¿No era eso lo que deseaba?

Sí, eso creía... y, en gran medida, sigue siendo cierto. Todavía anhele la seguridad que produce ser fuerte e invulnerable, y la estabilidad económica de poseer dinero propio.

Pero mis amigos son más importantes.

Y, a pesar de que el corazón me late tan rápido como a un conejo con sobredosis de cocaína y de que soy pequeña, débil y frágil..., no pienso permitir que nada de eso me impida rescatar a mis seres queridos.

VEINTISÉIS

Ahora que he tomado una decisión, el siguiente paso es evidente: necesito descubrir a qué lugar han llevado a Cy y Priya. Y solo conozco a una persona que pueda saber dónde se encuentran.

Debo convencerla para que me lo diga.

Pero, conociendo a Cindy, será todo un reto.

Todavía llevo en el bolsillo el número de teléfono que me dio Cy, y la suerte me sonríe: Cindy contesta de inmediato y se muestra más que dispuesta a quedar conmigo en plena noche. Vaya, se ve que le interesa mucho la información que yo afirmé conocer. Casi me da mala conciencia haberle mentido.

Antes de reunirme con ella, aprovecho para buscar armas y prepararme para una batalla que probablemente será terrorífica.

Si fracaso, Cy y Priya seguirán atrapados, y los Amigos me destruirán la mente para convertirme en un monstruo.

Eso no me agobia. Para nada.

Llego al punto de encuentro con diez minutos de antelación. Hemos quedado en uno de los pocos sitios emblemáticos de Newham que nunca he visto de cerca: el Monumento de las Pesadillas.

Se trata de un cráter gigantesco. Hace un siglo, aquí había una iglesia muy famosa; era tan popular que ni siquiera la torre del reloj aparecía en tantas postales de Newham como ella. Sin embargo, ahora es célebre porque fue el primer lugar de la ciudad donde las Pesadillas causaron una tragedia a gran escala.

Nadie sabe quién se transformó, pero aquel domingo la iglesia estaba abarrotada de parroquianos que escuchaban un largo sermón matutino. Uno de ellos se quedó dormido.

Y se convirtió en una masa de magma viviente.

Las víctimas murieron cuando se derritió el suelo o cuando el techo ardiente se vino abajo, mientras el fuego engullía todo lo que rodeaba el edificio. Los bomberos acudieron a toda prisa, pero el calor también pudo con ellos.

La catástrofe tuvo lugar a finales del otoño, que en Newham es una época mucho más fría de lo debido. Por lo tanto, el magma acabó por enfriarse y se endureció. Así fue como se formó un cráter en el lugar donde se alzaba la iglesia, como si la hubiera destruido un meteorito.

La ciudad podría haber restaurado la zona para construir bloques de apartamentos o algo por el estilo, pero optaron por convertirla en un monumento en memoria de las personas que fallecieron aquel día. El cráter está rodeado de muros de piedra en los que se tallaron los nombres de las víctimas. Además, la gente ha seguido grabando nombres: es tradición añadir a todas las personas que mueren por el ataque de una Pesadilla.

El problema es que el número de víctimas ya es excesivo.

Las losas están atestadas de nombres, hasta en los márgenes, los laterales y los espacios que separan las columnas. Es más, algunos de los nombres originales han acabado tapados.

Me acerco a una de las severas paredes grises que se alzan ante mí y rozo con las yemas de los dedos las letras grabadas en la piedra. El nombre de Ruby no se encuentra en esta lista, porque el monumento solo conmemora a las víctimas de Pesadillas de Newham y ella no murió aquí.

Pensar en eso me sobrecoge: todos estos nombres proceden de un único lugar, de un trozo diminuto de nuestro enorme planeta, y supongo que cada ciudad del mundo habrá construido su propio monumento. Y, aunque no tengan ninguno, seguro que sus cifras de víctimas serán igual de horribles.

Estos muros recalcan la magnitud de las consecuencias de mantener encerrado al Espectro en nuestros sueños. Las Pesadillas siempre han estado presentes en mi vida, tanto que casi me cuesta creer que existiera una época anterior a ellas. Pero ahora, al ver estas paredes llenas de nombres, la envergadura de los desastres que han provocado me golpea como nunca.

Y también me fuerza a recordar que, por mucho que el Espectro insista en que es una víctima más, un prisionero encerrado en una jaula, él es el responsable de todo esto. Fue él quien provocó tantas muertes.

Y ahora que ha regresado al mundo de los sueños, volverá a las andadas.

De pronto me doy cuenta de que, desde que la alcaldesa capturó al Espectro otra vez, he estado comportándome como una egoísta. Solo me he centrado en cómo me afectaría esta situación a mí y a mi conflicto con los Amigos.

Vale, sí: ese tema es importante, y debo detenerlos cuanto antes. Pero ni siquiera me había parado a pensar en lo mucho que esto perjudicará al mundo entero.

El Espectro es una criatura que se regodea con el caos. Antes me quedó más claro que nunca, al ver que había dado decenas de armas de pesadilla a una banda criminal para no luchar en persona contra su enemiga. Nada lo obligó a gestionar el problema así, a crear un tiranosaurio ni a destruir una manzana entera. No hacía falta que todas esas víctimas inocentes se vieran involucradas en su guerra personal.

Pero ahora que está encerrado otra vez, el mundo empezará a recorrer de nuevo el camino de la desgracia y la violencia. Aunque el Espectro sea malvado, puede hacernos mucho más daño cuando está en su jaula que en libertad.

—¿Ness?

Me doy la vuelta. Ahí está Cindy, con los hombros encogidos y media cara escondida tras una bufanda de color rojo oscuro. Sigue llevando el pelo negro cortado a lo paje, pero se lo ha

engominado para ondularlo. También se ha planchado con mucho esmero el pantalón y el chaleco, de un color escarlata que contrasta con la camisa blanca de debajo.

—Cindy —contesto.

—No te has dado mucha prisa en llamarme.

—He estado liada.

—Eso me han dicho. ¿De verdad creíste que era buena idea atacar al director? —pregunta mientras se masajea las sienes.

—Quedarme sentada esperando a que me secuestrara no me pareció una buena alternativa. Todas las opciones eran bastante desagradables, la verdad. ¿O acaso se te ocurre algún plan más decente? —replico con una ceja enarcada.

—Si te soy sincera, yo habría optado por cambiarme de nombre, comprarme una identidad nueva y huir de aquí en el primer tren que pasara.

—Suenas caro —comento.

—Lo sería —admite.

—Parece que sabes mucho del tema.

Es evidente que ella hizo algo parecido. Al fin y al cabo, nadie usaría su nombre real para infiltrarse en los Amigos del Alma Sosegada.

—Bueno, vamos al grano —sugiere, haciendo caso omiso de mi insinuación.

Vaya, mira cómo ha cambiado de tema. Imagino que me he acercado demasiado a la verdad.

—¿Qué sabes sobre el asesinato del mes pasado y la persona que le puso precio a mi cabeza? —pregunta a bocajarro.

—Huy, más de lo que piensas. Pero empecemos contigo, Cindy Lim. O, mejor dicho, Charlotte Kang.

Se queda petrificada.

—No conozco a ninguna Charlotte Kang —replica con voz átona.

—Pues a mí me parece que sí. —Saco un periódico arrugado, el que me llamó la atención en el apartamento de Cy—. No te voy a mentir: al principio no caí en la cuenta. Me llevó un tiempo atar cabos. Además, no suelo leer la prensa rosa, y tampoco le he prestado mucha atención al asunto de la heredera desaparecida de los Koval.

Paso las páginas con fotos glamurosas de la familia Koval. Casi todas ellas se centran en Clarence Koval, que falleció hace un año en circunstancias misteriosas. Yo tengo claro que su segunda esposa, Marissa, lo asesinó para quedarse con su fortuna.

Por fin, me detengo en una foto tomada el año pasado en algún evento exclusivo. La imagen muestra a la heredera desaparecida, Dorothy Koval, riéndose por algo que ha dicho la chica de al lado, que va vestida con una ropa igual de espléndida. Dorothy tiene la cabeza echada hacia atrás, y la melena dorada le cubre el cuerpo. La otra joven lleva el pelo negro perfectamente peinado y un maquillaje muy intenso; a pesar de que la foto no es en color, puede percibirse el brillo de su sombra de ojos y su vestido.

Esa chica tan resplandeciente es Cindy.

—Había visto estas imágenes miles de veces en las noticias, pero he de admitir que nunca me había parado a observarlas en detalle —prosigo. Aparto el papel un poco y leo el pie de foto—: «La heredera multimillonaria Dorothy Koval disfruta del aniversario de Newham en compañía de la elegante aristócrata Charlotte Kang».

Cierro el periódico y lo doblo por la mitad. Cindy se queda callada, pero luego se percata de que espero una reacción por su parte.

—¿Y...? —pregunta, indicándome con la mano que siga.

Parpadeo sorprendida. Pensaba que respondería de otra manera.

—He venido para averiguar lo que sabes sobre el intento de asesinato contra mi persona, no para ver cómo sacas trozos de periódico y empiezas a contarme tus descubrimientos —añade con los brazos cruzados.

—Entonces, no lo niegas —le espeto.

—Claro que no —resopla—. Sería una estupidez, dado que mi cara aparece claramente en la foto.

—Me dijiste que trabajabas para un periódico —le recuerdo, en un intento de recuperar el control de la situación.

—Así es. —Le da varios toquitos al papel—. ¿No lo pone ahí? Soy la dueña.

Vaya. Eso me ha pillado desprevenida.

De modo que está forrada.

Tendría que haberlo imaginado; al fin y al cabo, salía de fiesta con la heredera de los Koval, y todo eso. Aun así, me parece terrorífico que sea capaz de admitirlo sin despeinarse, como si no fuera para tanto.

—Entonces, ¿por qué te haces pasar por discípula de los Amigos? ¿Por qué te dedicas a ganarte la confianza del director? No sé, ¿no podrías haber mandado a alguno de tus empleados? —le pregunto.

—Si quieres que las cosas se hagan bien, es mejor que te encargues tú misma de ellas —replica con una sonrisa tensa.

Eso no se lo puedo rebatir; a mí también me cuesta bastante confiar en los demás. Aunque, si trabaja sola a pesar del mucho dinero que presuntamente tiene, debe de ser aún más recelosa que yo.

—Ness, me he reunido contigo para que me des información, no para que me sometas al tercer grado —insiste, acercándose a mí—. ¿Quién le puso precio a mi cabeza? ¿Qué más sabes?

—Solo te puedo decir que Charlie Chambers aprovechó el poder y la influencia de Defensa contra Pesadillas para organizar el atentado. Lo planearon todo en torno a tu reparto de correo, e indujeron a los otros objetivos a subir a ese barco en concreto porque tú irías a bordo.

Cindy permanece en silencio un instante y luego profiere un sonido de incredulidad.

—¿Ya está?! ¿Eso es todo lo que sabes?

—Nada más y nada menos.

—No me lo puedo creer. Me engañaste para que te ayudara —masculla.

—Quizá deberías acostumbrarte a actuar con decencia sin esperar a que te engañen —comento.

—¿Y para qué diablos querías hablar conmigo?

—Necesito ayuda para entrar en el edificio donde los Amigos encierran a sus prisioneros —respondo con una sonrisa forzada.

—No.

—Cindy...

—No, Ness —me interrumpe con voz ahogada, sacudiendo la cabeza—. Estoy a punto de descubrir qué pasó con ella. No puedo arriesgarme a arruinarlo todo, a estas alturas.

—¿Qué pasó... con ella? —repito tras un segundo de silencio.

—No es asunto tuyo —replica Cindy, huraña.

Me vienen a la cabeza el evento del hotel y la amistad de la que hicieron gala el director de los Amigos y Marissa Koval. Y luego recuerdo la foto en la que Cindy salía riéndose junto a Dorothy, la heredera desaparecida del imperio Koval.

—Marissa puso a Dorothy en manos de los Amigos, ¿verdad? Y estás tratando de descubrir qué hicieron con ella —aventuro.

—Como he dicho antes, no es asunto tuyo —gruñe.

—Cindy, los Amigos han secuestrado a Priya —añado en un intento de tocarle la fibra sensible.

—Lo siento —contesta sin mirarme a los ojos.

—No puedo dejarla allí —insisto—. Ya sabes lo mucho que me importa. Tengo que rescatarla.

—Pero...

—Si me ayudas, haré cuanto esté en mi mano por descubrir qué ha sido de Dorothy. Te lo prometo. —Doy un paso hacia ella—. Y Priya también. Joder, si hace falta, Priya sujetará al director y le iremos arrancando extremidades hasta que responda.

Una sonrisilla se dibuja en la cara de Cindy.

—Típico de ti —comenta.

No sé si debería sentirme ofendida, ya que nunca le he arrancado las extremidades a nadie.

Al menos, de forma intencionada.

—Cindy, llevas mucho tiempo infiltrada —prosigo, inclinándome hacia ella—. Eres inteligente, y este rollo se te da muy bien. Si no has descubierto ya lo que sucedió, deberías probar con una táctica diferente.

—¿Como la tortura? —replica ella con sequedad.

—O el chantaje. Yo prefiero esa opción.

—No me sorprende. De hecho, seguro que intentarás chantajearme si me niego a ayudarte. Vaya por Dios, qué bien me conoce.

—Con suerte, no tendré que llegar tan lejos —respondo tras aclararme la garganta.

Ella suspira. Se queda en silencio un buen rato y luego dice:

—De acuerdo.

—¿Me llevarás hasta allí? —digo, sorprendida por la facilidad con la que ha cedido.

—A ver, eres Ness Traspíés —señala—. Todo lo que tocas acaba convertido en un desastre, y estoy segura de que sembrarás el caos de una manera u otra. Aprovecharé ese momento para colarme por fin en las zonas de acceso restringido y buscar indicios de lo que hicieron con Dorothy.

Me encanta que aprecie tanto mis habilidades.

—O sea, que me utilizarás como señuelo —comento secamente.

—Es lo que mejor se te da —afirma ella con una sonrisa victoriosa.

VEINTISIETE

Cindy y yo cogemos el metro hasta la última parada, en el extremo sur de la ciudad. Como el tiranosaurio muerto sigue invadiendo la estación central, nos vemos obligadas a hacer varios transbordos para no pasar por allí.

A estas horas de la noche, los vagones no están demasiado abarrotados: hay unos veinte pasajeros en cada uno, en vez de los cien habituales. Un borracho barbudo con unos leggins rosa neón y una chaqueta de cuero con púas yace despatarrado en uno de los bancos, inconsciente, y la persona de enfrente lo observa con unos ojos de pupila horizontal como los de una cabra. Lleva una voluminosa gabardina que le cubre casi todo el cuerpo y solo deja al aire un pedacito de cara y una larga lengua azul, con la que se humedece los labios secos y agrietados. Sus ojos de cabra nos miran de reojo alguna que otra vez, como si estuviera esperando a que salgamos del tren para zamparse al borracho.

Cuando llegamos a nuestra parada, Cindy golpea al beodo con el bolso mientras se acerca a la puerta del vagón. El hombre profiere un grito y se incorpora a toda prisa, con una expresión llena de confusión y miedo. La Pesadilla con ojos de cabra nos contempla con odio al quedarse sin cena, ya que el borracho baja del metro a trompicones.

Salimos de la estación y echamos a andar deprisa, aunque tengo el cuerpo tan tenso que parezco un títere de madera. Nos encontramos en el distrito de los almacenes, rodeadas de las enormes naves que salpican el mugriento paisaje del puerto comercial. No suelo venir por esta zona, y no guardo muy buen recuerdo de la última vez que estuve aquí: Cy y yo acabamos encerrados en este mismo lugar, después de que Defensa contra Pesadillas nos secuestrara.

Me estremezco al recordar el largo trayecto en furgoneta, las jaulas de acero y cristal blindado, las esposas de plata que derritieron la carne de Cy... Nunca se me olvidará el instante en que Charlie Chambers llenó mi celda de gas somnífero para enviarme al mundo de los sueños.

Al lugar donde moraba el Espectro.

Pero no puedo perder el tiempo dándole vueltas a eso: en este momento, mi prioridad es rescatar a Priya y Cy.

Mientras sigo a Cindy por las callejuelas que separan las naves, empiezo a preguntarme quién más usará esta zona para encerrar prisioneros. Defensa contra Pesadillas lo hacía, y los Amigos siguen aquí. No me sorprendería que el distrito de los almacenes estuviera repleto de guaridas secretas, porque cumple todos los requisitos: la gente no suele frecuentar la zona, hay

edificios grandes sin ventanas al exterior, y a nadie le extraña que entren y salgan furgonetas a horas peculiares.

Visto de esa manera, no puedo evitar pensar que todo este lugar se creó para uso y disfrute de los criminales.

Tras caminar un rato, nos detenemos delante de un enorme rectángulo de cemento muy similar a todos los demás. Tiene más pinta de refugio antiaéreo que de edificio. El único punto colorido de la fachada es la puerta, pintada con el mismo tono azul pastel que los chalecos de los discípulos de los Amigos.

Cindy se acerca a ella, saca un llavero y abre los numerosos cerrojos. Al acabar, se guarda las llaves, presiona el picaporte y empuja.

Cruza el umbral y se gira para mirarme.

—¿Vienes o qué? —me pregunta con las cejas arqueadas.

Tras respirar hondo, aprieto con fuerza el spray de pimienta que llevo en el cinturón y la sigo.

La puerta da a un largo pasillo que parece recorrer un lateral del edificio. Las paredes y los suelos encalados crean una extraña sensación de lisura, como si estuviéramos caminando por una hoja de papel en blanco, lo que hace difícil estimar lo largo que es el corredor.

A un lado hay puertas. La pared opuesta está decorada con retratos de los santos de los Amigos, que parecen observarnos mientras caminamos. Irving y su tupida barba aparecen una decena de veces, igual que Magdalena, cuya expresión sigue tan censora como siempre. Los otros dos santos no están representados con tanta frecuencia, una señal clara de las preferencias de quien decorase el edificio.

—Por aquí —me indica Cindy al mismo tiempo que abre una de las puertas.

Cruzo el umbral con cautela, porque siempre existe la posibilidad de que la gente te traicione. No obstante, la estancia está vacía; supongo que tiene sentido, dada la hora que es. Cindy enciende la luz y yo observo la sala con los ojos como platos. Me fijo en los cientos de tubos de ensayo y vasos de precipitados, en las largas encimeras cubiertas de notas y papeles, en la estantería con tarros llenos de líquidos y órganos en formol, en las pizarras con garabatos incomprensibles que ocupan todo el espacio...

He vivido en Newham el tiempo suficiente para saber cuándo me encuentro en la guarida de un científico chiflado.

—¿El director también es un inventor malvado? —pregunto.

—¿Acaso te sorprende?

—La verdad es que no —admito—. ¿Pero cuál es el objetivo de todo esto?

—Es para su otro trabajillo. Captura Pesadillas y las somete a los típicos experimentos. Quiere averiguar si se pueden transferir poderes y habilidades mágicas de una persona a otra —explica Cindy.

Vaya, eso explica los secuestros de Pesadillas. Al menos, he resuelto una de las incógnitas.

Cindy señala una mesa sobre la que hay un frasco con un par de globos oculares sumergidos en líquido.

—¿Ves eso? Pertenecían a una Pesadilla con visión de rayos X. La atraparon para arrancarle los ojos, y luego trataron de trasplantárselos a otro sujeto para ver si seguían funcionando.

Hago una mueca de asco.

—El intento fue un fracaso, por si te interesa saberlo —añade Cindy.

¿Por qué hay tanta gente con intenciones perversas en esta ciudad? En serio, el tema de los científicos chiflados ya aburre. Salen hasta de debajo de las piedras, y es agotador.

—¿Han conseguido resultados con algún experimento? —pregunto, más que nada para satisfacer mi curiosidad morbosa.

—Qué va —resopla ella—. Su mayor logro ha sido crear unas sustancias tóxicas de mierda que provocan unas mutaciones verdaderamente indeseables. A uno de los sujetos le crecieron astas en el cerebro.

—Puaj —digo, intentado imaginármelo. ¿Le atravesarían los cuernos el cráneo? ¿O moriría por la simple presión de las astas en la materia gris?

—Sí —conviene Cindy—. Y lo peor de todo es que estaban tratando de reproducir las características de una Pesadilla con olfato extraordinario... Las astas no pintaban nada en esa situación.

—Creo que tú y yo tenemos opiniones diferentes sobre cuál es la parte más perturbadora del experimento —comento con sarcasmo, pero ella me ignora.

Salimos por la puerta del lado opuesto del laboratorio, que lleva a una escalera.

—Los prisioneros están en el sótano —explica mientras señala el final de la escalera—. No tengo la llave de esa sala, así que tendrás que buscarte la forma de entrar.

—¿Adónde vas tú? —pregunto.

—A otro sitio —responde con una sonrisa—. Cuando ocurra lo inevitable y hagas saltar las alarmas, estaré preparada para aprovechar la distracción.

Qué maja.

—No pretenderás alertar a los Amigos para que se distraigan antes, ¿verdad?

—Claro que no. Si lo hiciera, me preguntarían por qué estoy aquí y cómo sé que te has colado. Eso no me vendría nada bien —replica Cindy.

No sé si debería confiar en ella, pero esta es la mejor oportunidad que voy a conseguir. Por lo menos, he logrado entrar en el edificio y sé dónde están los prisioneros.

Tendré que apañármelas.

Bajo los escalones poco a poco, tratando de no pensar en el último sótano al que descendí mientras un miembro de Defensa contra Pesadillas me empujaba con el cañón de su pistola. ¿Por qué les gustan tanto a los villanos las guaridas con prisiones subterráneas? Un momento... ¿Y si los constructores dejaron espacio debajo de todos estos almacenes con el fin específico de confinar gente secuestrada? Eso explicaría por qué solo oigo hablar de prisiones en sótanos. De hecho, las dos que he visto con mis propios ojos estaban debajo de edificios. No me extrañaría que una sola empresa hubiera construido estas naves con el mismo diseño: un sótano para los prisioneros y un laboratorio para experimentos delirantes en la planta principal.

Al llegar al final de la escalera, me topo con una puerta de metal enorme, idéntica a la que había en el cuartel de Defensa contra Pesadillas.

Vale, ya no queda duda de que este sitio es una copia exacta de aquel otro.

Por un lado, eso significa que sabré dónde está todo y será poco probable que me pierda. Por otro, también tengo claro que estas puertas son casi imposibles de abrir. Aunque haya traído una pistola, no creo que una bala sea suficiente para romper la cerradura.

En este tipo de momentos me gustaría ser tan fuerte como Cy; así podría arrancar la puerta de cuajo.

Sin embargo, solo dispongo de mí misma y mi ingenio, por lo que me acerco a la superficie metálica con cuidado. Como las paredes son de cemento, no puedo atravesarlas sin algún tipo de explosivo. Trato de forzar la cerradura, pero mis intentos son infructuosos.

Doy un paso atrás para pensar.

Y, de repente, me doy cuenta de que los Amigos me han proporcionado una manera de entrar.

Regreso corriendo al laboratorio y examino los frascos de productos químicos, que están etiquetados. A continuación, agarro tres que llevan la palabra «ácido» en el nombre.

Vuelvo al sótano con cuidado para que no se me caiga ningún recipiente. También me he puesto un par de guantes que he cogido del laboratorio. No sé si serán de mucha ayuda en caso de que me caiga ácido encima, pero su presencia me reconforta.

Empiezo con el primer frasco.

Le quito la tapa y vierto el líquido sobre la cerradura con toda la meticulosidad posible. Mi precaución no sirve de mucho, porque el ácido se derrama por la puerta igualmente. No sabría decir cuánta cantidad ha caído en el orificio de la llave.

Cierro el tarro y espero unos instantes. Los chorros de ácido caen por la parte delantera de la superficie y cambian el color del metal, dándole un tono parecido al del óxido. Pruebo a empujar la puerta, pero el interior de la cerradura sigue intacto.

Vaya. Quizá debería echar el ácido en el hueco que hay entre la puerta y la pared; quizá así se derrita el pestillo.

Repito el experimento con el segundo frasco y vuelvo a verter la sustancia sobre la cerradura. Esta vez también pruebo a echar un poco en el resquicio entre la puerta y la pared, pero no consigo que caiga tan dentro como me gustaría.

Aun así, este ácido parece mucho más prometedor: chisporrotea al entrar en contacto con la puerta, sobre todo cuando toca las partes ya dañadas. Creo que los productos químicos están generando alguna clase de efecto al mezclarse, porque el metal ha comenzado a erosionarse como si un parásito se lo estuviera comiendo.

Si me hubiera imaginado que las sustancias reaccionarían al combinarse, habría actuado con más cuidado; no quiero ni pensar en lo que habría pasado si hubiera provocado una explosión por accidente. Bueno, tampoco sé qué otras precauciones habría podido tomar, porque mis conocimientos de química son muy limitados. Quizá me vendría bien corregir eso... Tendré que añadirlo a mi lista de cosas por aprender.

Empujo la puerta de nuevo, y esta vez se abre con facilidad.

—Gracias, ácidos con nombres impronunciables —susurro, sin poder contener una sonrisa—. No sé cuál de vosotros ha surtido más efecto, pero habéis hecho un gran trabajo.

Dejo los dos frascos vacíos junto a la puerta y me quedo con el otro por si lo necesito para abrir las celdas.

Cuando entro en la siguiente estancia, siento que he viajado al pasado. Las celdas son idénticas a las que había en el cuartel de Defensa contra Pesadillas: están colocadas en hileras a los lados de la sala, con paneles delanteros de cristal para ver el interior, marcos de acero y revestimientos internos del mismo material. Tienen un aspecto un tanto futurista, como si las hubieran sacado de esas películas que fantasean sobre la vida en el espacio.

Algunas están ocupadas, pero otras no. Algunos de los prisioneros son Pesadillas, mientras que otros son humanos.

Por si no estaba segura, ahora lo sé: estoy en el lugar correcto.

Recorro el pasillo con rapidez, ojeando las jaulas en un intento de encontrar caras conocidas. Tienen que estar aquí. Vi cómo se los llevaban. Debo encontrarlos.

Tardo poco en localizar a Priya.

Está inconsciente en una de las celdas, respirando con un ritmo acompasado y regular. Tiene el ceño un poco fruncido, como si estuviera pensando mientras duerme.

O como si estuviera soñando.

El corazón me da un vuelco, y empiezo a aporrear el cristal con la esperanza de despertar a mi amiga. No quiero que se convierta en una Pesadilla. No sé cuál sería el resultado de su cambio. Podría transformarse en una persona tan insignificante, débil e inútil como yo, o en una criatura inhumana sin capacidad para comunicarse con la gente. O quizá desaparecer al convertirse en un fantasma o un microbio...

No se despierta. Imagino que la han drogado con gas.

Examino mis alrededores tratando de recordar dónde se encontraba el botón de apertura de Defensa contra Pesadillas, pero creo que no llegué a ver cómo lo activaban. El Espectro me sacó de la jaula con un método mucho más directo.

Aun así, debe haber alguna manera de liberar a Priya. Si pudiera...

Ya lo veo. En el lateral de la celda hay un discreto panel negro. Al levantar la tapa, descubro el botón del cerrojo y lo pulso.

La puerta deslizante se abre con un siseo.

Entro en la jaula de inmediato, agarro a Priya por las axilas y la saco al pasillo. Espero que el aire de la sala no contenga más sustancias somníferas, porque no me gustaría acabar encerrada junto a mi amiga.

—Priya, despierta —digo mientras le golpeo la cara con suavidad.

Ella se retuerce un poco, empezando a espabilarse.

Suelto un profundo suspiro de alivio. Priya está bien: no se ha transformado. No nos pasará nada.

—No te muevas de aquí —le indico—. Voy a buscar a Cy.

Ella responde con un pequeño gemido y abre los ojos un pelín, aunque los cierra de nuevo un segundo después.

Corro hacia el final del corredor y examino todas las jaulas en busca de Cy. Cuando llego a la pared del fondo, me detengo con la respiración agitada y contemplo la última celda, cuyo único ocupante es el aire.

Cy no está aquí.

Pero eso no es posible. Vi cómo lo secuestraban. Y...

A mi espalda, Priya profiere un grito de rabia.

Me doy la vuelta y me quedo helada un instante, porque los chillidos siempre activan mi instinto de huida. Sin embargo, no hay ningún sitio en el que esconderme y, además, no he hecho todo esto para acabar abandonando a Priya. Con un esfuerzo, me dirijo al lugar del que provienen los gritos de mi amiga.

El director se encuentra en medio del pasillo, aferrando del pelo a Priya para arrastrarla de nuevo al interior de la celda. Parece furioso. En circunstancias más normales, mi amiga podría aplastarle el careto sin despeinarse, pero ahora está adormilada y drogada. Ni siquiera se mantiene en pie, así que no puede ni pensar en resistirse.

El hombre lagarto levanta la cabeza y esboza una mueca de asco al verme.

—Cuando oí las alarmas, debería haberme imaginado que era cosa tuya. ¿Cómo diantres has entrado aquí?

¿De qué alarmas habla? ¿Activé algún sistema de seguridad al abrir la jaula de Priya? ¿O acaso Cindy ha decidido delatarme al ver que no estoy sembrando el caos con la rapidez esperada?

Bueno, nada de eso importa. Doy un paso adelante y saco el spray de pimienta que llevo en el cinturón.

—Suéltela —le digo al director.

—De acuerdo —responde él con una carcajada, y la lanza al interior de la jaula.

La puerta se vuelve a cerrar, con Priya dentro de nuevo.

—Apártese de la celda —le ordeno con la mandíbula apretada.

—¿Y qué me harás si no te obedezco? ¿Rociarme de spray? Déjalo, Ness —insiste con tono paciente—. El resto de los guardias nocturnos llegarán en unos minutos. Ríndete. Sabes que no eres una luchadora.

Puede que lleve razón.

Pero quiero serlo.

Quiero dejar de huir, de escuchar a este farsante cuando me manipula diciéndome quién soy y quién debo ser. Estoy harta de esconderme de mis problemas y dejar que otros me rescaten.

Esta vez, pienso salvarme yo solita.

Por eso mismo, levanto el spray y le espeto:

—Tú no sabes nada sobre mí.

Los ojos del director se abren como platos, y yo aprovecho para lanzarles un buen chorro de

espray.

VEINTIOCHO

El director lanza un alarido al sentir el ardor de la pimienta en los ojos.

Se araña la cara, desesperado por aliviar el escozor. Pero yo sigo apretando el botón, de modo que la sustancia le recubre las garras y sus movimientos solo empeoran el dolor. Las lágrimas se derraman por sus escamas mientras él sigue aullando de angustia.

Da un paso hacia mí, tambaleante, y yo levanto el tarro que dejé junto a la celda de Priya.

—No me obligues a lanzarte este ácido, porque lo haré sin vacilar —anuncio con frialdad.

Al oír eso, se detiene, encogido de dolor.

Tengo la respiración entrecortada.

Esta no es la primera vez que me enfrento al director: ya le había golpeado con un cajón cuando amenazó a Priya con una pistola. Sin embargo, no había vuelto a plantarle cara desde entonces. Y nunca me había enfrentado a él como en esta ocasión, sin titubeos ni dudas. Sabía que podía derrotarlo, y eso he hecho.

La sensación de confianza en mí misma se extiende por todo mi cuerpo como un peculiar subidón. Ahora tengo claro que nunca me hizo falta ser fuerte o invulnerable. Al fin y al cabo, Priya no es una superheroína; simplemente es valiente y atrevida. Yo la había colocado en un pedestal inalcanzable, igual que a las personas con habilidades sobrenaturales, como Cy. Pero me equivocaba.

La fuerza de voluntad no tiene nada que ver con la fortaleza física. Cy es el ejemplo perfecto de ello: es mucho más fuerte que yo físicamente, pero eso no impidió que lo capturaran.

En realidad, la fuerza depende de la mente. Consiste en concebir un plan y reunir el valor suficiente para llevarlo a cabo, aun conociendo los riesgos, y en ser audaz cuando la situación lo requiere.

Sí: la verdadera fuerza procede de la mente, no del cuerpo.

Por eso existen organizaciones que se empeñan en destruir la mente de los demás, como los Amigos. Si arruinas la psique de alguien, esa persona ya no será capaz de reaccionar, por muy resistente que sea su cuerpo.

El director gime de nuevo, sin parar de frotarse los ojos inyectados en sangre. El bote de spray indica que es peligroso rociarlo sobre la cara durante mucho tiempo, y eso es justo lo que he hecho. Me pregunto si le habré provocado una ceguera permanente. Esa posibilidad debería perturbarme, pero no lo hace.

Mi objetivo era salvar a Priya, y volvería a actuar así para lograrlo.

Esquivo al director y me dirijo al panel de la jaula. Abro la puerta, levanto a Priya y me coloco uno de sus brazos sobre los hombros. Como pesa bastante y es mucho más alta que yo, me cuesta una barbaridad sacarla de la celda, pero no me queda más remedio que hacerlo.

—Priya, ¿puedes hablar? —digo preocupada.

—Sí —balbucea, con los ojos aún entrecerrados.

—¿Sabes adónde han llevado a Cy?

—No lo pillaron —murmura ella, y frunce el ceño—. ¿Le ha pasado algo?

Cy no está aquí.

Me lo imaginé tras examinar todas las jaulas, pero no quise creerlo. Se suponía que iba encontrarlo en este lugar y que lo rescataría en una escena dramática y emocionante. Pero, al parecer, los Amigos no lo secuestraron.

Y eso significa que lo capturó otra persona.

Suelto un gruñido. ¿En serio me va a tocar lidiar con dos secuestradores en un mismo día?

Apoyo a Priya en la pared para que se recomponga del todo y me acerco al director. Está arrodillado en el suelo, gimiendo en voz baja.

—Ayúdame a llegar al laboratorio —me ruega—. Necesito lavarme los ojos.

—Hummm —murmuro mientras pienso en ello—. Me lo plantearé si respondes a unas cuantas preguntas.

Cuando levanta la cabeza para mirarme, descubro el desastroso estado de su cara. Madre mía... Se le están cayendo las escamas y tiene los ojos tumefactos y viscosos.

—Hablaré cuando me lleves hasta allí —insiste él.

—No, vas a cantar ahora mismo. Si no, te meteré en una celda y te dejaré encerrado para que te quedes ciego del todo —le advierto con los brazos cruzados.

—¿Qué quieres saber? —cede con la mandíbula apretada.

—Explícame en qué pretendías convertirme —contesto con tono seguro.

El director permanece en silencio un buen rato. Deduzco lo que está pensando: si me cuenta lo que pensaba hacer, su plan se volverá inviable porque, en cuanto yo descubra sus intenciones, podré tomar las medidas necesarias para cambiar mi mayor temor por otro diferente. Podré contrarrestar sus intentos de manipulación mental.

—Ness, creo que... —comienza con lentitud.

—No trates de engañarme —le interrumpo—. Es evidente que ibas a inventarte alguna patraña. Se te nota mucho cuando mientes.

Bueno, a decir verdad, no es tan obvio. Estas cosas nunca se saben con seguridad.

—Qué dramática eres —responde él con exasperación.

—Diría que tengo derecho a serlo, dadas las circunstancias. Venga, habla de una vez —le insto con las manos en las caderas.

El director trata de mirarme a través de los párpados hinchados, y me doy cuenta de que tiene el rostro algo desteñido y arrugado a causa de la edad. Me pregunto desde cuándo dirigirá esta secta... Pese a que le he causado unas heridas irreparables, su expresión me transmite una sensación parecida a la dulzura, una emoción paternal y cariñosa que no me

gusta nada. Me da mal rollo.

—No es lo que piensas. Jamás nos planteamos convertirte en un producto para un cliente, Ness —dice por fin.

Suelto un bufido, tratando de camuflar el hecho de que sus palabras me encogen el corazón. Después de todo lo ocurrido, y de haberme visto obligada a colarme en este edificio para rescatar a mi amiga, mi estúpido corazón sigue deseando que esta situación sea un mero malentendido.

—Sí, claro. Y voy yo y me lo creo —replico con la voz un poco rota.

—Es la verdad.

El hombre lagarto se mueve, pero se queda quieto otra vez en cuanto levanto el espray de manera amenazante.

—Vale —digo, recordándome que este sujeto es un embustero y que no me puedo creer nada de lo que diga. Aun así, siento la necesidad de indagar más—. ¿Y en qué pretendías convertirme, entonces?

—Queríamos que tuvieras miedo de transformarte en una Pesadilla. Así, cuando te quedaras dormida, te convertirías justo en eso —contesta, entornando los ojos enrojecidos.

—¿En una Pesadilla?

—No: en un Espectro Pesadilla. Una criatura con la capacidad de transformar a la gente. —Alza la cabeza y me estudia con expresión fría y determinada—. Esperábamos que fueras el nuevo Espectro.

Miro fijamente al director, incrédula.

¿El nuevo Espectro? ¿Yo?

Me lleva un momento comprenderlo del todo. Pretendían convertirme un monstruo capaz de transformar a cualquiera en su mayor miedo, un ser temido en todas partes; una criatura indestructible, tan poderosa que podría cobrar una fortuna por trabajar para los demás y convertir a sus enemigos en cucarachas.

—Me cago en todo —susurro.

—Ness, tampoco hace falta que...

—¿Por qué no me lo dijo?! —Me inclino hacia él y subo la voz aún más—. ¡Me habría ofrecido voluntaria hace años!

—¿Cómo? —contesta él sin apartar la vista de mí, crispando ese hocico tan verde.

—Me habría vuelto poderosa, indestructible. Me habría podido proteger del mundo —insisto mientras lo fulmino con la mirada, sintiéndome más traicionada que nunca—. ¡Eso no es una pesadilla, sino un sueño!

—Eh... Supongo que sí. No me había parado a pensarlo —dice él sin dejar de parpadear, sorprendido.

Vivir en Newham sería mucho más fácil sin la preocupación de que alguien pueda asesinarme en cualquier momento. Por eso mismo hice un pacto con el Espectro.

Y ahora, resulta que esa posibilidad ya estaba al alcance de mi mano.

—Si te lo hubiéramos dicho, tus miedos habrían cambiado por completo. Te das cuenta,

¿no? El plan no habría funcionado —explica el director.

Lleva razón: sus manipulaciones ya no habrían surtido efecto. En vez de estar tan asustada como debería, me habría sentido emocionada. No habría desarrollado el nivel de terror que el Espectro podría detectar.

—En fin, ahora es demasiado tarde. Ese barco ya ha zarpado —añade él.

En cierto sentido, me arrepiento de haber perdido esa oportunidad. Por un momento, deseo cambiar la decisión que tomé en aquel momento, volver al pasado y permitir que los Amigos me secuestren.

Porque me gustaría conseguir ese poder. Nunca había codiciado nada con tanta intensidad. Si me convirtiera en un Espectro, me sentiría libre por fin.

Sin embargo, ya no es posible.

Este sueño ha acabado como todos los demás: me lo han arrebatado antes de que me percatara de su existencia.

Intento convencerme a mí misma de que las cosas no habrían salido tan bien como suenan. Los Amigos me habrían mantenido enjaulada, me habrían transformado en su monstruo personal. Quizá habría sido más feliz así: encerrada en una habitacioncita, aterrada por todo a pesar de ser una criatura omnipotente.

Pero no. La fuerza no me serviría de nada si mi mente estuviera hecha añicos, si no fuera capaz de enfrentarme a mis miedos.

Prefiero ser valiente antes que poderosa.

Porque a las personas poderosas puedes manipularlas mediante el miedo hasta convertirlas en prisioneras de su propia mente. Por muy indestructible que fuera, esa situación no me habría hecho feliz.

Tampoco tengo claro si ahora mismo puedo decir que soy feliz, pero sí sé que me siento mejor. He dejado de aislarme. He empezado a disfrutar de la vida, en lugar de esconderme de ella, y debo valorar mi evolución.

Respiro hondo.

—Bueno, gracias por resolver mis dudas, pero creo que debería ir yéndome —anuncio antes de darle la espalda.

—Espera, ¿no ibas a llevarme al laboratorio?!

El director trata de seguirme a gatas, aunque los ojos se le han cerrado del todo por la hinchazón y no ve nada.

Priya ya camina con más facilidad, pero vuelvo a colocarme su brazo sobre los hombros para que se apoye en mí.

—Lo siento, director; solo estaba siguiendo su ejemplo. —Lo miro por encima del hombro y sonrío—. Le he engañado.

Él trata de agarrarme, pero yo lo esquivo y apuro el paso.

Cuando Priya y yo llegamos a la puerta, descubro que hay un panel de control en la pared. Me detengo para observarlo, y luego aprieto el botón de «Abrir todas las jaulas».

Puede que ahora sea más valiente, que sea capaz de salvarme a mí misma.

Sin embargo, nunca se me ha dado bien asestar el golpe de gracia. Y creo que esta es la oportunidad perfecta para probar a hacerlo.

Un zumbido resuena por la estancia.

Las puertas de todas las celdas se abren.

Los prisioneros rabiosos se abalanzan en masa sobre el director, y los gritos agonizantes del hombre lagarto son lo último que oigo antes de escapar de esta cárcel.

VEINTINUEVE

El director de los Amigos del Alma Sosegada ha muerto.

Los héroes de las novelas baratas más dramáticas siempre sienten una culpabilidad insoportable después de cometer un asesinato, como si su alma hubiera quedado manchada. Empiezan a odiarse a sí mismos, lloran y tratan de expiar los pecados que han cometido, aunque saben que sus actos los atormentarán para siempre.

Por el contrario, los protagonistas de las historias menos serias consideran que han llevado a cabo una hazaña y que han hecho justicia al derrotar a un villano. No se preocupan por haber arrebatado una vida, sino que se centran en sus logros y en el hecho de que han acabado con el mal.

Yo no me identifico con ninguno de esos perfiles.

Pensaba que sentiría algo parecido a la pena o al arrepentimiento; que, tras la muerte del director, atravesaría un periodo de duelo por la pérdida de esa existencia engañosa que añoraba a veces. También esperaba que esta experiencia fuera catártica, al marcar el final definitivo de mi conflicto con los Amigos.

Sin embargo, creo que no siento nada de nada. Quizá sea porque estoy conmocionada y no he asimilado aún lo ocurrido. Cuando pase un tiempo, puede que las emociones me abrumen y que el recuerdo de sus últimos gritos me atraviese la cabeza una y otra vez. Porque, aunque no le arranqué el corazón con mis propias manos, fueron mis dedos los que liberaron a esos prisioneros sedientos de sangre. Fui yo quien lo roció con el spray de pimienta que le impidió defenderse.

Pero ahora, en estos instantes, no siento nada en absoluto.

A lo mejor soy peor persona de lo que creía.

Parece que Priya se espabila un poco al subir por los escalones. Yo no puedo cargar con ella hasta arriba, así que me usa de muleta para ascender por su propio pie. Creo que este pequeño esfuerzo está ayudando a eliminar las drogas de su flujo sanguíneo porque, cuando llegamos al último escalón, ya camina por sí sola.

Y menos mal, porque sigo sin cumplir la promesa de levantar pesas que me hice cuando saqué a Cy de aquella prisión subterránea. No he entrenado ni un poquito. Mis músculos siguen tan blanduchos y patéticos como siempre.

Priya se restriega la frente mientras nos alejamos de la escalera para volver al laboratorio.

—Uf, estoy hecha una mierda —masculla.

—Normal, después de todas las drogas que te han metido.

—No me puedo creer que el director haya tratado de transformarme en Pesadilla —comenta entre dientes.

—Yo sí. Se dedican a eso, precisamente —le recuerdo con tono inexpresivo.

—¿Pero cómo se atreven a intentarlo conmigo? —insiste Priya, que parece tomárselo como una ofensa personal—. Y encima iban a usarme como experimento para ver si las transformaciones volvían a funcionar, ahora que el Espectro ha vuelto al mundo de los sueños. Yo me merezco ser algo más que un experimento. ¡Debería ser la estrella del plan! —añade enfurruñada.

—A ver, creo que tienes razones más importantes para cabrearte —replico con sequedad.

—Es probable...

—¿Has...? ¿Has soñado? —pregunto inquieta.

—Claro que sí. Nunca me había pasado, y fue una sensación rarísima. Sabes que allí todo parece casi más real que la vida misma, ¿verdad? Me dio mal rollo.

—Y tanto que lo sé —contesto riéndome, y titubeo antes de seguir—. Pero... no te has transformado, ¿verdad?

—Creo que no —responde, y luego duda—. Aunque vi algo...

—¿El qué? —pregunto, petrificada.

Priya me mira como si fuera a decírmelo, pero al final sonríe y sacude la cabeza.

—No te preocupes, anda. Sigo siendo Priya, ¿vale? No me he convertido en Pesadilla. Aunque no me habría desagradado conseguir unas alas chulas, unas garras o algo por el estilo —añade con una sonrisa traviesa.

—Ojalá las transformaciones fueran así de predecibles —comento con una mezcla de carcajada y resoplido.

Ahora mismo estamos bromeando, pero, a decir verdad, siento tanto alivio que no podría expresarlo con palabras. No sé qué cosas raras habrá visto en el sueño, pero es evidente que no se trataba de una pesadilla. Al fin y al cabo, no se tienen pesadillas cada vez que se duerme. Esta vez, la suerte le ha sonreído.

—Venga, salgamos ya de aquí —le pido.

—¿Cómo? ¿Vas en serio? ¿Piensas permitir que esta gente siga haciendo de las suyas? ¡Me han secuestrado, y también trataron de capturarte a ti! Yo no me muevo de aquí hasta haber reducido este sitio a cenizas —declara ella con las manos en las caderas.

Pestañeo varias veces, desprevenida. Por fin, carraspeo.

—Ya. Es que... Tengo que rescatar a Cy.

Priya pone mala cara, pero después asiente.

—Y supongo que necesitas mi ayuda, ¿no?

Abro la boca para responder que sí, que claro que me hace falta su ayuda. Sin embargo, me contengo y reflexiono un momento sobre la mejor manera de aprovechar el tiempo y la energía de Priya.

—No, puedo apañármelas sola —afirmo—. Si quieres quedarte para arrasar este lugar, me

parece genial.

—¿Seguro que te irá bien sola? —pregunta con una ceja enarcada.

—Te he rescatado sin ayuda de nadie, ¿no?

—Eso es cierto. Pues vale, vete ya. Salva a tu vampiro guapetón —responde con una sonrisa. Se estira con un gesto lento y perezoso, y después observa los utensilios del laboratorio con entusiasmo—. Yo me quedo aquí, buscando una manera de que se me pase el cabreo.

—Seguro que te divertirás mucho —le digo, pero entonces recuerdo algo—. Oye, ten cuidado de no cargarte a Cindy por accidente. Está en algún sitio del edificio, colándose en habitaciones cerradas.

—¿Me has encontrado gracias a ella? —contesta Priya sorprendida, y yo asiento—. Me cuesta creer que te haya ayudado...

—Y a mí —admito—, pero tenía razones personales para hacerlo.

Por mucho que la personalidad de Cindy choque con la mía, espero de verdad que descubra el paradero de Dorothy Koval. Si está dispuesta a hacer tantas locuras por encontrarla, debe de ser alguien muy especial para ella, y yo respeto a la gente que es leal con sus seres queridos.

Además, Cindy no es mala gente. Probablemente sea mejor persona que yo. Aunque dudo que lleguemos a llevarnos bien algún día.

Una sonrisa de ilusión se dibuja en la cara de Priya mientras revisa los productos que hay en las estanterías. Tengo la sensación de que mi amiga sí sabe de química, al contrario que yo.

—Que te lo pases bien destruyendo el imperio de los Amigos —le deseo.

—Lo haré, sin duda —responde con una mirada resplandeciente.

Mientras ella empieza a abrir frascos para mezclar su contenido, yo me escabullo por el pasillo lleno de santos mirones y salgo a la calle.

El sol ya ha empezado a alzarse sobre Newham. Suspiro: no he dormido en toda la noche y estoy agotada, además de dolorida por todas partes. Aun así, no me planteo volver a casa, y tampoco cedo ante el cansancio. Regreso a la estación de metro y pongo rumbo al centro de la ciudad.

Ya sé dónde está Cy.

Y pienso salvarlo cuanto antes.

TREINTA

El amanecer hace acto de presencia con rapidez: cuando llego al Château Newham, las tonalidades rosadas y anaranjadas ya han invadido el cielo. Tuve que parar a recoger unas cuantas cosas mientras venía hacia aquí. De hecho, al entrar en una tienda de fotografía en plena madrugada, me di cuenta de lo mucho que aprecio el renombre de Newham como «la ciudad que nunca duerme».

Aunque prefiero no preguntarme por qué abren hasta tan tarde. O desde tan temprano, según se mire.

El hotel no ha cambiado desde mi desastroso intento de servilletear a la alcaldesa: sigue igual de pretencioso. Me acerco a la recepción con tranquilidad, pero no reconozco a la mujer que atiende en el mostrador. Eso significa que no podré usar la estrategia de «yo también trabajo aquí», y más teniendo en cuenta que, a estas alturas, ya me habrán despedido.

Por lo tanto, opto por dejar mis compras encima del mostrador y digo:

—Traigo un paquete.

La recepcionista, que estaba leyendo un libro en chino antes de mi llegada, lo deja en la mesa con una sonrisa y se endereza la corbata con cuidado, a pesar de que ya estaba perfectamente recta.

—Perfecto. ¿Para quién es?

Le doy un nombre y espero mientras ella revisa el libro de registro. Por fin, se detiene al encontrar al huésped, y su pausa confirma mis tres primeras sospechas.

—Vale, no hay problema. Avisaré a uno de los botones para que lo suba.

—Muchas gracias.

El botones acude con rapidez, y me alegro de poder colocar mis pesadas bolsas en su portamaletas. El carrito es incluso más elegante de lo que esperaba, con unos arcos dorados que me llegan a la cabeza. Imagino que los usan para colgar los vestidos de noche sin arrugarlos.

—Nosotros nos encargaremos del resto —dice la recepcionista.

—Se supone que debo estar presente durante la entrega —replico.

—Aquí no —responde—. Está prohibido. Si quieres, te daremos un recibo firmado cuando el botones vuelva.

Se me ocurre una idea.

—¿Cuánto me costaría hacer la entrega en persona? —pregunto con indiferencia.

La mujer se para a pensar y examina mi ropa, pero al final sacude la cabeza.

—No te lo podrías permitir.

Vaya, eso duele.

—Tú respóndeme —insisto, como si no me hubiera gastado ya casi todos mis ahorros en estas garrafas tan pesadas que he arrastrado por toda la ciudad.

La mujer me da una cifra. Resulta que tenía razón: no puedo permitírmelo.

Madre mía, qué vergüenza. Soy tan pobre que ni siquiera puedo pagar un soborno. Menuda newhamita estoy hecha.

Me vacío los bolsillos y saco hasta el último centavo de los ahorros que he acumulado este mes, pero ni siquiera así me acerco a la cantidad mencionada.

La mujer me observa con atención y se fija en las garrafas que he traído. Se acerca a ellas, las olisquea y arruga la nariz. Después me contempla de nuevo, esta vez con los ojos entornados. Es evidente que ha deducido mi plan.

—De acuerdo —dice, y luego me da el número de la habitación.

Su reacción me ha pillado por sorpresa, pero no le voy a mirar los dientes a un caballo regalado.

—Gracias.

—Ve con cuidado —añade tras un momento de vacilación.

Asiento con expresión solemne; puedo imaginar por qué ha decidido ayudarme.

—Eso haré —digo por toda respuesta.

Empujo el carrito hasta el ascensor y aprieto el botón de la cuarta planta. Mientras el aparato asciende, pisoteo con impaciencia la mullida moqueta.

Al rato, el ascensor me vomita en un pasillo que apesta a dinero, con paredes llenas de molduras doradas y una moqueta de color rubí. Unas mesitas blancas de mármol con arreglos florales ocupan los espacios entre las puertas.

Tiro del carro hasta que encuentro la habitación indicada.

De primeras, no veo nada de especial en ella. La puerta de caoba tiene un acabado impresionante, pero es igual a todas las demás.

Espero que mis conclusiones sean correctas.

En el carro llevo dos garrafas enormes. Una de ellas está medio vacía, porque usé el líquido para llenar la pistola de agua que me he colgado del cinturón. Agarro la otra, le quito el tapón con cuidado y me la apoyo en la cadera.

Respiro hondo. Vale, parece que ha llegado el momento.

Llamo a la puerta.

Espero unos instantes, pero no sucede nada. Dejo pasar varios segundos más y vuelvo a llamar.

La puerta se abre por fin.

El elegante hombre que hay al otro lado aparenta unos treinta años. Es blanco y rubio, con un pelo denso y engominado en el que se ha marcado una raya de aspecto profesional. Tiene la mandíbula angulosa, y sus ojos entrecerrados son de un color verde que me resulta familiar.

—¿Quién diablos eres tú? —pregunta. Está claro que mi interrupción lo ha irritado.

Levanto la pistola de agua cargada con nitrato de plata.

—Una amiga de tu hijo.

A continuación, aprieto el gatillo.

Hay muchas clases diferentes de Pesadillas vampíricas. Algunas pueden volar o controlarte con la mente, mientras que otras son alérgicas al ajo o se comportan como zombis chupasangre. Muchas personas han tenido pesadillas sobre vampiros a lo largo de los años, y cada una de ellas ha añadido una capa más al mito. El único punto en común que tienen casi todos los tipos es que pueden propagarse, por lo que mucha gente ha acabado convertida en vampiro sin soñar. A su vez, ese fenómeno ha incrementado el miedo hacia los vampiros, lo cual ha producido aún más pesadillas sobre ellos. Esa es la razón por la que existen tantas variantes.

A pesar de que Cy se transformó en vampiro por una pesadilla, sin que nadie le mordiera, él y su padre pertenecen a la misma variante; al fin y al cabo, su mayor miedo era convertirse en su padre. Y su tipo de vampirismo tiene puntos flacos de diversa magnitud, el más útil de los cuales es su alergia a la plata.

Es innegable que se trata de un material caro. Sé que se pueden comprar balas de plata, pero cuestan mucho dinero. Además, no tengo ni idea de cómo usar una pistola, así que probablemente acabaría disparándome a mí misma. Otra opción serían las esposas de plata, que me vendrían genial, pero no podría conseguirlas con tanta facilidad.

Sin embargo, hay una manera de adquirir grandes cantidades de plata por un precio mucho menos horripilante.

Solo hay que ir a una tienda de fotografía. Para revelar fotos se necesita una solución líquida de nitrato de plata, que se vende en garrafas de gran tamaño.

Y hay otra cosa muy barata: las pistolas de agua.

Por eso he acabado disparándole nitrato de plata al padre de Cy. Me vale con que el líquido le alcance en alguna parte del cuerpo, así que ni siquiera me hace falta apuntar bien.

Él empieza a gritar y se desploma en el suelo entre aullidos, mientras la carne se le derrite. He intentado acertarle en el tórax porque era la zona más amplia, pero algunas gotas le salpican la cara y se la abrasan. Uno de sus ojos se convierte en un amasijo rezumante y deja al aire la cuenca vacía. Aun así, la mayor parte del líquido le cae en los hombros y el pecho, formando unos dolorosos chorretes rojizos que le resbalan por el brazo.

Se desploma de rodillas, con una mano inutilizada a causa del ácido, que va consumiendo los músculos y los tendones. No podrá volver a usarla, al menos hasta que se cure las heridas.

Sin embargo, no le doy tiempo a recuperarse: le echo encima la garrafa entera de nitrato.

Su carne se desintegra y revela algo muy parecido a un esqueleto. Él no para de chillar mientras se derrite, pero, por muy horrendo que sea su aspecto actual, no llega a morir. Me da igual que siga vivo: tardará un buen rato en ser capaz de vengarse, y eso es justo lo que yo buscaba.

Al fin y al cabo, no soy yo quien debería acabar con él, aunque lo haré si es necesario.

Me acerco con tranquilidad a la otra garrafa y recargo la pistola de agua.

Después, paso por encima del monstruo que se retuerce en el suelo y me adentro en la habitación. Mis zapatos producen un sonido repugnante al pisar un charco de carne descompuesta y nitrato de plata. Puaj, qué asco.

La estancia es espectacular: se trata de una suite completa con comedor, sala de estar y dormitorio. En este último hay una cama con un dosel gigantesco y las gruesas cortinas echadas. Todos los muebles están labrados, con patas en forma de garra de dragón y filigranas de madera. Si vendiera cualquiera de estas piezas, sacaría dinero suficiente para pagar un mes de alquiler.

Doy varios pasos más y descubro otra habitación conectada al dormitorio. A juzgar por su tamaño y su falta de decoración, diría que es un cuartito para los sirvientes.

Y en la esquina de la sala se encuentra Cy, encadenado y sujeto al radiador con unas esposas.

—¡Ness! —grita.

Bueno, creo que ha dicho eso. Es difícil saberlo con seguridad, porque lo han amordazado. Su pelo oscuro está hecho un desastre; el flequillo le cubre la frente y los ojos, que me miran entre sorprendidos y esperanzados.

El alivio me invade con tanta fuerza que me tiemblan las piernas. Cy está aquí. Sigue con vida. No le ha pasado nada.

Me acerco a él con torpeza y me arrodillo para quitarle la mordaza. Intenta quedarse quieto para facilitar el proceso, pero se encoge al notar el tacto de mis dedos. En el lugar donde le he rozado la mejilla, su piel chisporrotea y comienza a enrojecerse en una quemadura.

Aparto la mano de inmediato. Supongo que el nitrato de plata también me ha salpicado a mí.

—Perdona.

—No te preocupes —responde con voz un poco ronca.

Examino las esposas que le han puesto. Si un vampiro como él ha sido incapaz de romperlas, deben de estar hechas de un metal muy resistente. Y tampoco se le han calcinado las muñecas, por lo que no han usado plata para fabricarlas.

—¿Dónde están las llaves? —le pregunto.

—En la cómoda.

Las localizo con facilidad y, mientras regreso al cuartito, le echo un vistazo rápido al padre de Cy. Su cuerpo ha comenzado a reconstruirse poco a poco, y siento una arcada al ver cómo los músculos burbujeantes recubren el esqueleto. Ahora que ha recuperado un poco de musculatura, se arrastra hacia mí convertido en un monstruo deforme y despellejado. Supongo que pretenderá devorarme, porque las heridas le habrán producido mucha hambre.

Le disparo más nitrato de plata con la pistola de agua y él profiere un alarido horroroso. Parece que las cuerdas vocales ya se le han regenerado.

Le lanzo otro chorro, y ahora sí se queda callado. Hala, sin cuerdas vocales otra vez.

Como se merece.

Vuelvo con Cy y le abro las esposas con todo el cuidado del mundo. Estoy salpicada de

nitrato de plata por todas partes, pero él aprieta los dientes para soportar el dolor. Al ver que aparecen nuevas ronchas en las zonas de las muñecas que no logro evitar, me esfuerzo por terminar cuanto antes.

Por fin, consigo liberarlo de la cadena que lo rodeaba y me alejo de él.

Cy se frota las muñecas, que ya han empezado a curarse, y levanta la cabeza para mirarme.

—¿Cómo me has encontrado?

—Al principio pensaba que te habían secuestrado los Amigos del Alma Sosegada —admito—. Pero, cuando me colé en su guarida para rescatar a Priya y descubrí que no estabas allí... Bueno, digamos que no me costó mucho atar cabos. Cualquiera podría contratar a una banda de secuestradores. Además, llevaban tranquilizantes con la potencia suficiente para sedar a un vampiro, y a mí me ignoraron por completo. Me pareció obvio que tú eras su único objetivo —añado con un encogimiento de hombros.

Él asiente mientras escucha mi explicación, tratando de arreglarse el peinado con una de sus manos recién liberadas. Ni que el pelo fuera lo más importante en estos momentos...

—El siguiente paso era analizar quién querría secuestrarte. Si la víctima fuera yo, la lista de candidatos sería interminable —prosigo con una sonrisa de humildad burlona—. Pero te capturaron a ti, y solo se me ocurrió un posible culpable. Encima, esa persona había venido a la ciudad esta misma semana para estrenar una película. Y alguien tan rico como él solo podía alojarse en un lugar —concluyo con expresión maliciosa.

Cy sonrío y me lanza una de sus miradas seductoras. Siempre que hace eso, el corazón me da un vuelco incómodo y acabo ruborizada.

—Eres mi heroína.

Pues sí, me he puesto como un tomate. Esa miradita me puede.

—A ver... Con todas las veces que tú me has rescatado, ya me iba tocando devolverte el favor.

Él comienza a responder, pero los dos nos damos la vuelta al oír un estrépito.

El padre de Cy se nos acerca a rastras, con la cara medio derretida y los dientes expuestos. La masa rosada y retorcida de sus brazos acaba en unas garras ennegrecidas, y la saliva hace brillar sus colmillos.

Le disparo más nitrato de plata.

—¿Quieres que lo atemos con esa cadena? —pregunto, como si la imagen de un vampiro en carne viva empeñado en asesinarme no me preocupara en absoluto.

Así funciona el día a día de Newham, al fin y al cabo.

—Podríamos llevarlo al baño para que se derrita en la bañera y no lo ensucie todo —sugiero.

—Bueno, vale —acepta Cy con mala cara.

Se pone en pie despacio, tembloroso. Luego, tras sacudir un poco los brazos y las piernas, parece reponerse y empieza a moverse con la fluidez y el desparpajo de siempre. Uf, cómo me gustaría conseguir las habilidades regenerativas de los vampiros...

Sin más, Cy agarra la cadena y amarra a su destrozado padre con ella, ajustando las esposas al máximo para que la carne no pueda regenerarse debajo del metal. Pronto vuelvo a oír el

sonido crepitante de las quemaduras, pero Cy ignora las marcas rojas que le están saliendo en las manos y se concentra en su trabajo. Una vez su padre está encadenado, empieza a tirar de él, dejando una estela espeluznante de carne derretida y piel en la inmaculada alfombra.

Al llegar al baño, Cy engancha un extremo de la cadena a una barra de metal soldada al suelo. No tengo claro para qué sirve, y tampoco quiero saberlo.

Tras asegurarse de que su padre no podrá liberarse, Cy cierra la puerta, se poya en ella y cierra los ojos.

—¿Cuál era su plan? —le pregunto.

—Ni idea —responde sin abrir los párpados.

—¿Pensaba matarte?

—Es posible. O algo peor...

Un escalofrío me recorre. Prefiero no imaginar en qué consiste ese «algo peor».

—En algún momento tendrás que decidir qué hacer con él —comento, vacilante.

—Ya lo sé —contesta con una mueca.

Para mí es evidente que solo hay una manera de pararle los pies a alguien como el padre de Cy, una persona lo bastante rica para librarse de cualquier acusación mediante sobornos. Sin embargo, Cy no quiere aceptar que la muerte es la única solución. Se niega a convertirse en un asesino. Y, para qué engañarnos, a mí tampoco me hace mucha gracia que se manche las manos de sangre.

Me resisto al impulso de tocarle el hombro para consolarlo. Sigo bañada en nitrato de plata, por lo que el contacto físico solo le causaría más dolor.

—Seguro que se nos ocurrirá algo —susurro.

Finalmente, el agotamiento se apodera de mí. Cierro los párpados, con el estómago revuelto por el cansancio (aunque también podría deberse a la peste a vampiro medio derretido).

Me giro hacia la cama y respiro hondo.

—En fin... Todavía tengo que salvar a una persona más —anuncio.

TREINTA Y UNO

La pesadilla comienza envuelta en oscuridad.

Sé que es una pesadilla porque yo nunca tengo sueños. Cuando cargas con tantos miedos y traumas como yo, todos los sueños acaban convirtiéndose en pesadillas.

Y hoy ocurrirá lo mismo.

Mi única duda es qué forma tomará esta pesadilla específica.

Solo he soñado dos veces en mi vida, y ambos casos trataron sobre la transformación de mi hermana en una araña gigante, sobre aquella pata larga y peluda que apareció al otro lado de la puerta, sobre el sonido de sus pasos acechantes. En esas dos ocasiones escuché cómo devoraba a mi padre, cómo le rompía los huesos y le sorbía el tuétano mientras yo me escondía en el huequecito de debajo del fregadero, una niña pequeña con la mano sobre la boca, atrapada y aislada del mundo.

He recordado ese momento una y otra vez, sin conseguir superarlo.

Pero eso se acabó.

Esta noche, estoy sola en el salón de la casita donde crecí junto a mi padre y mi hermana. La sangre cubre el suelo, se derrama por las paredes y el fregadero, me empapa la ropa al llover desde el techo.

No veo ningún cadáver. El cuerpo de mi padre no se encuentra en el sitio donde murió, y no hay ni rastro de mi hermana.

Sin embargo, las ventanas están abiertas y del exterior llega el hedor característico del pelo achicharrado. No me hace falta salir para saber que están quemando el cadáver de mi hermana: han cortado a la araña en trocitos para prenderle fuego, tal y como sucedió en el mundo real. Mi hermana está ardiendo, y el humo me ahoga al meterse en mi garganta.

La sangre del techo me cae en la boca.

La escupo de inmediato y empiezo a andar con torpeza, porque necesito marcharme de aquí. Pisoteo el líquido rojo, que ya me llega hasta los tobillos y sigue subiendo. No dejo de temblar, pero acelero el paso para doblar la esquina.

De repente, me encuentro en un pasillo del edificio central de los Amigos, con sus muros de ladrillo visto, sus puertas de marcos combados y sus paredes llenas de retratos de los santos. Miro a mi alrededor para ver si aparece algún discípulo, pero no veo a nadie.

Me pongo en marcha de nuevo, con los pelos de la nuca erizados. Tras unos segundos, echo a correr hacia mi lugar seguro, el único sitio del mundo que me hizo sentir a salvo

durante años.

Mi habitacioncita ataúd.

Entro en la estancia de golpe y descubro que está justo como la dejé, con la cama hecha y las sábanas limpias, bien tapadas con una manta de color azul pastel. Cierro la puerta y me meto en el catre. Aquí, a solas y envuelta en la oscuridad, me siento segura. Por fin estoy a salvo.

Pero empiezo a oír un ruido de gotas.

Abro los ojos y veo que la sangre está brotando del techo. Al sentarme, descubro que el líquido también ha empezado a inundar el suelo. La superficie se agita y burbujea como si estuviera a punto de hervir.

Debo salir de aquí antes de que me ahogue.

Giro el pomo de la puerta, pero está cerrada. La sacudo, desesperada por escapar, mientras la sangre avanza implacable. Ya me llega a las caderas.

Un momento... El problema no es que la sangre se acumule, sino que la habitación se está encogiéndose.

Las paredes se acercan cada vez más a mí. Tardan poco en dejarme inmóvil y confinada, en la misma posición fetal que adopté en el armario del fregadero mientras escuchaba cómo mi hermana devoraba a nuestro padre. Vuelvo a oír sus alaridos y noto cómo la sangre acaricia ya la zona de mi boca. Me cubro la cabeza con las manos para protegerla del techo, que empieza a aplastarme.

Llamo a gritos a Cy, a Priya, a cualquiera que pueda ayudarme. Pero mis chillidos no surten efecto. Estoy sola; nadie vendrá a rescatarme.

Los muros se cierran implacables a mi alrededor, rompiéndome los huesos en mil pedazos como hizo mi hermana con los de mi padre. Mi lugar seguro ha revelado por fin su verdadera naturaleza: es una prisión que me ha aplastado poco a poco, que me ha prensado el alma hasta dejarla finísima y moldeable, con la forma perfecta para que la manipulen a placer.

Sigo gritando, aunque ya no me queda voz. Necesito que alguien me ayude, que alguien me salve. Estoy sola, pero no quiero estarlo. Solo deseaba quedarme sola porque me metieron la idea en la cabeza...

De repente, el dolor desaparece.

Me examino el cuerpo, jadeante. Todas mis extremidades siguen en su sitio, intactas. Estoy bien. No ha pasado nada.

—No esperaba que volviéramos a vernos tan pronto.

Me doy la vuelta y me encuentro cara a cara con el Espectro Pesadilla.

El sueño no ha modificado su aspecto: sigue teniendo el cabello plateado, con hebras tan finas como una telaraña, y los ojos negros e insondables. La única diferencia es que, en este mundo, su ropa parece más voluble, como si las prendas estuvieran tejidas con humo.

—¿Te molesta que venga a visitarte de vez en cuando? —pregunto con indiferencia, tratando de calmar el ritmo acelerado de mi corazón, que aún no se ha librado del pánico causado por la pesadilla.

—Claro que no, pero dudo que estés aquí por esa razón —responde con la cabeza ladeada.

—He venido a rescatarte —anuncio tras tomar aliento.

Él me lanza una mirada perpleja, como si creyera que no me ha oído bien.

—¿A rescatarme? —repite.

—No te gusta estar aquí encerrado, ¿verdad? —insisto, señalando el abismo oscuro que nos rodea—. Eso es lo que me dijiste.

—Por supuesto que no me gusta.

—Pues ya está. Voy a sacarte de aquí.

—Pero... —dice con vacilación.

Nunca lo había visto tan desconcertado. Es incapaz de comprender que alguien quiera salvarlo.

Y no me extraña, la verdad.

—No hace falta que te sorprendas tanto... El mundo era una mierda cuando estabas aquí dentro, y no me apetece que vuelva a serlo —le espeto, con los brazos cruzados.

El Espectro parpadea lentamente, como si todavía no me entendiera del todo.

—Ness, he visto tus miedos más íntimos y oscuros —comenta despacio, exhibiendo sus puntiagudos dientes.

—Gracias por recordármelo —resoplo.

—Me gusta pensar que te conozco bastante bien —añade con una sonrisilla—. Los temores de una persona te lo dicen todo sobre su esencia.

—¿Qué diablos me quieres decir con todo esto?

—Que no eres una persona altruista, digamos.

Frunzo el ceño.

—Vas a tener que usar palabras más simples... Te recuerdo que no terminé el instituto.

—Tú no actúas por el bien común: solo tomas decisiones que te benefician a ti misma —clarifica.

—Eso no tiene ningún sentido —replico.

—¿Cómo que no?

—A ver: si una cosa es buena para el mundo entero, también lo es para mí, obviamente —explico con paciencia.

Él abre la boca, pero vuelve a cerrarla.

—Estoy harta de que las Pesadillas aparezcan por todas partes —prosigo con sequedad—. Te has pasado un siglo entero puteando a todo el planeta, y preferiría que solo sembraras el caos a nivel local. Si estás en un sitio específico, podré alejarme de allí y no acabaré metida en tus desastres.

El Espectro me observa un buen rato antes de echar la cabeza atrás y romper a reír. Su melena resplandece a pesar de la falta de luz, y sus prendas evanescentes forman patrones extraños.

—¿Sabes qué, Ness? Creo que eres una de mis personas favoritas —declara con una sonrisa de oreja a oreja.

—Qué bien. Yo no puedo decir lo mismo de ti —contesto.

—¿Y aun así vas a rescatarme?

—Por supuesto.

—Eres una persona muy peculiar —comenta sacudiendo la cabeza.

—Mira quién habla —replico.

Seguimos envueltos en la oscuridad, pero, por un instante, me parece divisar una sombra que me recuerda a la silueta de mi habitacioncita.

Tras varios segundos de titubeo, decido acercarme a ella.

—Tengo una pregunta para ti —digo mientras recorro la negrura, caminando con pasos que no producen ningún sonido.

—¿Cuál?

—¿Por qué? —inquiero, levantando la cara para contemplarlo—. ¿Por qué corriste el riesgo de enfrentarte con la alcaldesa de ese modo?

—Ya te lo expliqué.

—Vale, sí, porque te pareció divertido. —Inclino la cabeza, imitando sus gestos sin percatarme—. Pero no eres idiota. Sabías que sería más inteligente actuar de manera furtiva, y aun así optaste por la estrategia más aparatosa.

El Espectro deja de sonreír.

—¿Por qué te resulta tan atractivo el caos? —insisto.

—No hay una razón específica. Forma parte de mí, sin más —responde con ligereza, recuperando la sonrisilla.

—¿Seguro? —Me paso la lengua por los labios antes de seguir—. Yo creo que solo te comportas así para llevar estas pesadillas al mundo real.

—¿A qué te refieres? —dice con el ceño fruncido.

—Hubo una época muy larga en la que únicamente me sentía a salvo en lugares pequeños y cerrados. Me parecían más seguros —respondo tras bajar las manos a los costados.

Las tinieblas que nos rodean se aclaran y, de pronto, nos encontramos en mi habitacioncita. Es tan pequeña que apenas cabemos los dos en ella. El Espectro la observa con las cejas alzadas por la curiosidad.

—Cuando escapé de los Amigos —prosigo—, descubrí que habían estado jugueteando con mi mente. Llegué a la conclusión de que el objetivo de sus manipulaciones era que adorara mi habitación, que deseara quedarme aislada. Así podrían encerrarme con más facilidad en la jaula que me habían preparado, y yo nunca querría escapar de ella.

La habitación se retuerce y muta de nuevo, transformándose a toda velocidad en la casa de mi infancia. Está vacía, a excepción de nosotros.

—Pero ahora veo que me equivocaba —continúo con voz triste. Me acerco al armarito del fregadero y lo abro. Dentro hay un espacio pequeño y oscuro en el que mi yo actual no podría meterse—. Creo que yo misma me convencí de esas cosas. A pesar de que ese momento fue el peor de mi vida y de que el horror de ese día me dejó traumatizada para siempre, este huequecito me proporcionó una sensación de protección que se convirtió en mi idea de seguridad. —Me levanto y me giro hacia el Espectro—. La pesadilla de hoy me ha ayudado a atar

cabos. Después de verla, lo he comprendido todo de golpe: nunca he sido capaz de darle la espalda al origen de mi mayor miedo, y esa obsesión estaba afectando a mi vida en todos sus aspectos. —Me arrimo a él—. No soy psicóloga ni neuróloga, y tampoco tengo muy claro cómo funciona la mente.

Estoy a unos pocos centímetros del Espectro, tan cerca de él que percibo la falta de textura de su piel: es tan lisa como la porcelana. El paso del tiempo le ha borrado todos los detalles y las marcas que caracterizan a los humanos.

—Pero hay algo de lo que sí estoy segura: lo que hiciste en la Plaza Central, la escena caótica y disparatada que montaste, se parecía mucho a una pesadilla —concluyo en voz baja, y él se tensa—. Creo que recreaste una pesadilla de manera inconsciente, aunque no sé cuál fue la razón. Puede que quisieras forzar a la alcaldesa a sufrir lo mismo que tú. O que las pesadillas sean el único método de comunicación que conoces. O quizá haya una explicación completamente distinta... Pero una cosa está clara: aquello era una pesadilla. La tuya, para ser más exactos. Y no puedes culpar a nadie de ello, porque la creaste tú mismo. Fuiste tú quien llevó tu propio trauma al mundo real.

El Espectro me observa con sus tenebrosos ojos. Su expresión se mantiene impasible, sin ofrecer ningún indicio de lo que está pensando.

—Puede que lleves razón —confiesa al final.

La casa de mi infancia se desvanece.

Ahora flotamos de nuevo, rodeados de burbujas gigantescas. Chocan unas con otras, tan apretadas que apenas se pueden desplazar. Al otro lado de su superficie traslúcida veo imágenes en movimiento: monstruos y asesinos, paredes cubiertas de sangre, gente desnuda que huye de sus compañeros de trabajo...

Son pesadillas.

En ese mismo instante, me doy cuenta de que nosotros dos también estamos dentro de una burbuja. En la mía, de hecho: esta es mi pesadilla.

Y las demás nos rodean por todas partes, pegadas a la mía como si quisieran reventarla y absorberla. Ocupan el espacio entero, infinitas e interminables. Siento que la fina capa de mi burbuja es lo único que me mantiene con vida.

—¿Qué te parece? —pregunta el Espectro a mi lado.

—No me gusta demasiado.

—Ni a mí, pero no me quedan muchos recuerdos propios.

No es la primera vez que menciona eso. Sin embargo, ahora que veo la magnitud inabarcable de estos mundos, de estos horrores que desean aplastarme, cobro verdadera conciencia del peso de este universo onírico.

—Es posible que aquello fuera mi intento de llevar una pesadilla al mundo real —admite tras pensarlo bien—. Pero el caos es lo único que conozco. Es mi esencia.

—Aun así, el caos no existe solo en los sueños —insisto—. Mi mejor amiga, Priya, adora el caos. De hecho, vive de él, porque caza Pesadillas y monstruos. —Me giro para mirarlo cara a cara—. La diferencia es que ella no se dedica a crearlo: al contrario, usa su pasión por él para

convertir el mundo en un lugar mejor.

El Espectro estudia las burbujas que nos rodean y esboza una leve sonrisa.

—¿Estás insinuando que debería luchar contra mis propias creaciones?

—Las Pesadillas no son la única fuente de caos. En una ciudad como Newham hay científicos chiflados, esclavistas y empresas de asesinos a sueldo. Es más: tenemos un grupo de justicieros, conocido como Liga del Caos, que se dedica a desbaratar las organizaciones malvadas de la ciudad —añado con expresión traviesa.

—¿De verdad? —pregunta él con las cejas enarcadas.

—Te lo juro. No son muy eficaces, pero qué se le va a hacer —respondo encogiéndome de hombros—. Newham está tan llena de monstruos que cualquiera tardaría una vida entera en acabar con ellos. Incluso alguien tan poderoso como tú —añado mirándolo de reojo.

—Se te ve el plumero —comenta él con una carcajada.

—Ya, pero... ¿cuela?

—Quizá, porque aún no he rechazado la idea —responde tras pensar un momento.

—Con eso me vale —digo, y es la verdad.

No puedo controlar su comportamiento; y, para qué engañarnos, tampoco quiero molestarme en intentarlo. Me da la impresión de que sería una tarea ardua, y seguro que acabaría mal. Pero si consigo que vacile antes de causar otro desastre como el de la plaza, me lo tomaré como una victoria.

—Bueno, ¿cuál es tu plan para rescatarme? —pregunta.

—¿No es evidente? —contesto con las manos levantadas—. Vas a convertirme en algo que pueda sacarte de aquí.

—Recuerdas que en los sueños no tengo tanta destreza como en el mundo real, ¿verdad? Las consecuencias de mis transformaciones pueden ser impredecibles —señala mirándome con atención.

Hago una mueca. Esa es la parte del plan que menos me gusta.

—Lo sé.

—Si te transformo ahora, no podré volver a cambiarte aunque logres liberarme. No habrá vuelta atrás —insiste.

—Lo sé —repito en voz baja.

Desearía que hubiera más opciones, por supuesto. Me encantaría convertirme en un ser invulnerable con capacidad regenerativa, y todas esas cosas que quería antes. Sería maravilloso andar por la calle sin sentir nada de miedo.

Pero la idea de cambiar mi cuerpo por otro más adecuado para este mundo era poco más que un parche, una tirita con la que tapar una herida abierta. Con ello solo conseguiría ocultar el problema y convencerme de que se ha solucionado, cuando en realidad seguiría ahí, consumiéndome.

No necesito modificar mi cuerpo para sentirme a salvo, porque el cambio debe producirse en mi mente.

Sé que me tocará recorrer un camino largo y difícil antes de convertirme en la persona que

deseo ser. Sin embargo, hoy me he demostrado que puedo hacerles cara a mis temores, que puedo ser tan increíble como Priya. Quizá nunca llegue a perder todos mis miedos, pero podré ser valiente.

Y eso es más importante.

—Lo entiendo, pero no pasa nada —afirmo tras respirar hondo—. Prefiero aprovechar esta transformación para salvarte.

Y al mundo también, supongo. No obstante, es cierto que mis palabras suenan demasiado épicas, y todos sabemos que no soy ninguna heroína. He tomado esta decisión para garantizar mi futuro, no el del resto de la gente. Esto es una inversión que me conseguirá una vida más larga.

El Espectro me contempla un rato. Por fin, su expresión se ablanda.

—De acuerdo —dice, y se acerca a mí para estudiarme—. Si queremos que esto funcione, necesitare miedos potentes. Tienes sueños lúcidos, por lo que podrás mantener la situación bajo control hasta cierto punto. ¿Hay alguna cosa que te aterrorice solo de pensar en ella?

—Y tanto... La verdadera pregunta es si hay algo que no lo haga —replico. Me pongo una mano en la cadera y esbozo una expresión sarcástica—. Me da miedo absolutamente todo. ¿Crees que no puedo usar una gilipollez estúpida para provocarme un ataque de pánico? Al final, ese es mi superpoder.

Él me mira sorprendido y se echa a reír. El sonido de sus carcajadas resuena en el espacio oscuro que nos rodea hasta esfumarse un instante después.

Cuando vuelve a sonreír, me llevo una sorpresa inesperada: sus dientes ya no son puntiagudos. Ahora tienen un aspecto humano, y su sonrisa es normal y corriente. Si no lo conociera, diría que parece sincera.

El Espectro se acerca y me explica lo que va a hacer.

Yo lo escucho con atención y, cuando termina de hablar, siento la necesidad de devolverle la sonrisa.

TREINTA Y DOS

Me despierto.

Paso unos segundos desorientada, mientras mi mente termina de escapar de esa oscuridad infinita. Una parte de mí espera encontrarse en mi habitacioncita del edificio de los Amigos, ese pequeño santuario que mantuvo preso a mi cerebro.

Tardo al menos un minuto en asimilar del todo la opulencia de la cama y las pesadas cortinas. De repente, recuerdo que me encuentro en la habitación de hotel en la que se alojaba cierta persona.

Me incorporo poco a poco y parpadeo para aclararme la vista

—Ness.

Cy se levanta del lugar donde estaba sentado, junto a la puerta del baño. No sé si estaría hablando con su padre a través de la puerta cerrada o si estaría vigilando, sin más.

—Hola —murmuro, y me froto los ojos para espabilarme del todo.

Me levanto de la cama con precaución, porque tengo el cuerpo agarrotado y dolorido. Me miro las manos: siguen como siempre, pálidas y agrietadas. Después, me acerco a trompicones al espejo de cuerpo entero que hay al otro lado de la estancia para examinarme de los pies a la cabeza. La única peculiaridad del reflejo es que Cy no aparece en él, ya que la superficie del cristal lleva plata.

Vuelvo a observarme con atención, pero solo detecto que voy despeinada y tengo ojeras, a pesar de que acabo de dormir. Aun así, sigo siendo yo misma.

Suelto un largo suspiro de alivio. El Espectro ha cumplido su palabra.

Supongo que ya no debería sorprenderme tanto, puesto que nunca me ha mentido ni ha roto sus promesas. Me dejó claro desde el principio quién y qué era. Siempre ha sido muy explícito respecto de sus intenciones, y no ha cambiado de postura en ningún momento.

Puede que sea la persona más sincera de Newham.

Se me hace raro pensar eso, porque ha cometido una cantidad incontable de maldades. Sin embargo, no está escrito en ningún lado que la sinceridad deba ir de la mano de la moralidad, aunque parezca una relación obvia.

Cy se aclara la garganta.

—No veo al Espectro por ninguna parte —comenta con expresión preocupada.

—Ya, porque todavía no está aquí —respondo, y después respiro hondo—. Veamos si todo ha salido bien.

Me quedo de pie, extendiendo el brazo y me concentro.

Un ladrillo aterriza en mi palma abierta.

El peso repentino del objeto hace que pierda un poco el equilibrio. El ladrillo está a punto de caerme en el pie, pero me recompongo a tiempo. Tras levantarlo para apreciar su solidez y su peso, lo acerco a una lámpara y le doy la vuelta. Ahí, en la parte inferior, encuentro el dibujito de un murciélago que grabé por aburrimiento en la pared de mi cuartito.

Qué fuerte. Ha funcionado.

No tengo claro lo que siento ahora mismo. Alivio, sin duda, pero también otra emoción más extraña: una combinación de tristeza y pérdida, como si hubiera renunciado a una parte importante de mí para conseguir esta habilidad. No obstante, lo único que he perdido es la posibilidad de afirmar que soy humana, y eso es una auténtica nimiedad.

—¿Qué acabas de...? —dice Cy con los ojos como platos.

Vuelvo a tomar aliento. Debo confirmar que este poder es fiable, que puedo ejercerlo de forma repetida, aunque eso sería lo más lógico.

Abro la mano de nuevo y, esta vez, una pistola aparece sobre la palma; es la misma que utilizó ayer la alcaldesa para tratar de volarme la cabeza.

—Funciona de verdad —susurro sin terminar de creérmelo, aun teniendo estas pruebas delante de mí.

—¿Piensas explicarme qué está pasando? —pregunta Cy mientras se revuelve el pelo.

Acaricio la pistola y reparo en la suavidad del metal.

—El Espectro dijo que intentaría otorgarme la habilidad de invocar mis miedos.

—¿Invocar tus miedos? —repite Cy, sobresaltado.

—Ahora soy una Pesadilla —anuncio—. Y mi gran superpoder consiste en traer ante mí las cosas que me aterran.

Dicho así, parece una habilidad bastante mierdosa. Al fin y al cabo, ¿quién querría tener facilidad para acercarse a aquello que le asusta?

Y esa es precisamente la razón por la que el Espectro pudo concederme este poder. No sería posible basar una Pesadilla en los deseos de la persona.

No obstante, todas las maldiciones pueden interpretarse como un don.

—Como me aterra que me peguen un tiro, puedo invocar una pistola —explico con el arma en alto, y luego levanto el ladrillo—. Y también me da miedo mi habitacioncita de los Amigos, porque ellos me manipularon para que la adorara. Por lo tanto, puedo hacer que aparezca aquí una parte de ella.

—Qué poder más... —empieza Cy, pero hace una pausa—. Iba a decir «horrible», pero ahora que lo pienso bien, podría resultar bastante útil.

—Esa era la idea —respondo con una carcajada—. Solo me falta comprobar si también funciona con personas.

—¿Con personas? —repite él.

Le miro y extendiendo la mano.

Un instante después, Cy se esfuma y reaparece enfrente de mí.

Justo delante de mi cara.

En plan tan cerca que nuestras narices se rozan.

Joder... Estamos pegados.

Los dos retrocedemos a trompicones. Yo sigo cubierta de nitrato de plata, por lo que nuestra proximidad debe de ser dañina para él.

—¡La próxima vez, podrías avisarme! —grita mientras se tambalea hacia atrás.

Yo suelto un largo suspiro, porque mi habilidad ha pasado la prueba final.

—También sirve con la gente —comento.

Cy se alisa el chaleco y me observa con seriedad.

—Ness —dice despacio.

—¿Qué? —respondo, dándole la espalda para dejar el ladrillo y la pistola sobre una mesa.

—Ness —insiste, con un tono tan pesado que me giro para mirarlo a la cara. Percibo la inquietud de sus ojos, el dolor de sus palabras tentativas—. ¿Tienes miedo de mí?

Huy.

No me había parado a pensar en las consecuencias de mi experimento.

Abro la boca para negarlo, pero, después de lo sucedido, quedaría como una mentirosa de cuidado.

Me sonrojo y aparto la vista.

—Eh... No es lo que piensas. No te lo tomes así.

—Entonces, ¿cómo me lo tomo? —susurra.

—Cy, ya me conoces. Me da miedo todo.

Mis palabras no parecen convencerlo.

—Me aterra que me echés de tu casa en cuanto me quede sin ahorros. Sé que tú nunca harías algo tan cruel, pero una parte de mí sigue temiendo que ocurra —explico con voz sorda.

—Yo...

—Tengo miedo de que te canses de vivir conmigo —le interrumpo—. Y de acabar sintiéndome obligada a pagarte un alquiler con sangre, aunque no quiera hacerlo.

Cy se queda callado para escucharme.

—También me asusta nuestro futuro, y la posibilidad de que esta maraña de temores me consuma y me lleve a cometer alguna estupidez —prosigo con una sonrisa irónica—. No soportaría que nuestra relación se arruinara por una cosa así.

Él permanece en silencio un buen rato, con el ceño fruncido.

—Ness, no voy a dejarte en la calle —declara con lentitud.

—Ya lo sé —insisto—, pero puede que un día te hartes de mi gorronería...

—Creo que no lo entiendes. Has pasado por alto una parte esencial de esta cuestión.

—¿A qué te refieres?

—Yo prefiero que no te marches —responde—. Me gustaría mucho que te quedaras.

¿Le gustaría que... me quedara?

Arrugo la frente, sintiendo que no comprendo la situación del todo.

—Vamos a ver... ¿Quieres tener una compañera de piso que no pague nada?

—No hacía falta que lo dijeras así, pero sí —contesta Cy con un resoplido.

—¿Por qué? —pregunto con la más absoluta confusión.

—¿Todavía no lo has pillado? —dice él, pestañeando con perplejidad.

Niego con la cabeza. Es evidente que la respuesta le parece obvia, así que yo debo de ser ingenua o idiota, porque no le encuentro sentido a nada de esto.

Cy suspira y se revuelve el pelo.

—Ness... Antes de conocerte, me sentía patéticamente solo.

Parpadeo. Eso sí lo sabía.

—Salía de fiesta todas las noches con el único objetivo de conocer gente, de pasar tiempo con alguien, por poco que fuera —prosigue, observándome con los ojos brillantes—. No estoy diciendo que no me gusten las fiestas, porque me encantan. Siempre he sido extrovertido, como bien sabes. Necesito compartir mi vida con otras personas, pero no me valen las relaciones de una noche. —Echa la cabeza atrás y suspira—. Y, cuando llegué a Newham, todo se complicó. No solo estaba en una ciudad nueva; es que, encima, me había convertido en vampiro, por lo que hacer amigos era aún más difícil. Al conocerme, la gente cree que su sangre me interesa más que su compañía, pero no entienden que las dos cosas me hacen falta por igual —añade con una mueca, y levanta el rostro para mirarme a los ojos—. Me gusta pasar tiempo con otras personas, vivir con ellas. Vivir contigo.

Lo contemplo estupefacta.

—¿Conmigo? ¿Qué diablos sacas de vivir conmigo?

—¿Me estás pidiendo que te haga una lista? —contesta con exasperación.

—Quizá.

—Vale —replica. Levanta una mano y empieza a contar con los dedos—: Me tratas como si fuera un ser humano normal y corriente, en vez de una Pesadilla chupasangre. Eres graciosa: me haces reír a todas horas. Escuchas mis preocupaciones, y nuestras conversaciones siempre me proporcionan un punto de vista más positivo sobre mí mismo y sobre mi vida. Ness, ¿no lo entiendes? —añade. Extiende los brazos como si fuera a tocarme la cara, pero se detiene justo antes de rozarme la piel—. Me haces feliz.

No tengo ni idea de cómo responder. Ahora mismo solo me siento capaz de quedarme quieta, abriendo y cerrando la boca como un pez borracho.

—Y por eso, si debo darte mi opinión egoísta, te diré que no deberías marcharte —concluye con intensidad—. Quiero que te quedes, Ness.

Sus palabras me han dejado de una pieza.

Siempre me he considerado una carga, una gorrana que solo sabe aprovecharse de la generosidad de Cy. He estado obsesionada con hacerme más independiente, con salir adelante sin tener que depender de él, pero en ningún momento me he parado a pensar si eso es lo que mi amigo desea.

Él no es como yo: no necesita pasarse varios días encerrado en un armario cuando se siente agotado. Le gusta estar con gente, así que para él es ideal compartir su casa con alguien.

Y me eligió a mí.

—No tenía ni idea. Siempre he pensado que estaba abusando de tu hospitalidad —comento con la cabeza gacha.

—Qué va —susurra, y se acerca tanto que nuestros rostros casi se tocan—. Ness, nunca te he considerado como una carga. Me gusta que vivas conmigo. Y si algún día cambio de opinión, te lo haré saber. Además, no veo cómo podría encontrar a una compañera de piso mejor. Has elegido un armario empotrado como habitación, ¿no? —añade con una mezcla de risa y resoplido.

—Eso no te lo puedo negar —contesto con una carcajada ahogada—. Yo... también preferiría quedarme —admito en voz baja.

—¿Cómo? Creía que no... —empieza a decir él, confuso.

—Ya, yo pensaba lo mismo —le interrumpo, dándole la espalda—. Estaba convencida de que sería feliz si lograba salir adelante por mí misma, si ganaba el dinero suficiente para conseguir mi propio armarito. Pero ya no lo veo tan claro. Creo que no quiero vivir así; que ese estilo de vida solo me parecía seguro porque manipularon mi mente. Al descubrir el origen de esa obsesión, me vi obligada a preguntarme si es lo que deseo de verdad. Y no lo es —confieso tras una pausa, y noto que una sonrisilla eleva las comisuras de mis labios—. Cuando me di cuenta de que mi sueño ya no me interesaba, pensé que lo pasaría mal..., pero he de admitir que me siento bastante liberada. Si te soy sincera, a mí también me gusta vivir contigo —revelo, con la cara como un tomate.

Cy me contempla como si le hubiera dicho que podrá mirar el sol sin convertirse en un montoncito de cenizas.

—¿De verdad? —inquire, con un tono tan incrédulo como esperanzado.

—De verdad —confirmo—. Y tenía tanto miedo que ni siquiera me permitía aceptarlo. ¿Sabes? Cada vez que me he quedado indefensa, alguien se ha aprovechado de mí. Y, aunque confío en ti más que en nadie, ese tipo de temores no desaparecen de la noche a la mañana. Me aterra que algún día me pidas algo y el miedo me impida negarme —explico, y los dos sabemos a qué me refiero—. De hecho, aunque quiera decir que sí, seguiré cuestionándome si lo hago de buena gana o si es un intento inconsciente de mantenerte contento.

La expresión de su rostro pasa del asombro al dolor.

—¿Acaso te he pedido una cosa así en algún momento? —me pregunta.

—Claro que no. Nunca has hecho nada malo; pero podrías, y eso es lo que me da miedo.

Cy respira hondo y luego suelta el aliento.

—Tienes razón. Entiendo que esa posibilidad te aterre —concede, levantando la vista hacia mí—. Pues mira, vamos a dejar las cosas claras: si te asusta que pueda morderte, jamás te lo pediré, y quiero que tú nunca te sientas obligada a ofrecerte.

Observo la seriedad de sus ojos verdes, la sinceridad de su expresión. Sería muy fácil aceptar su propuesta, descartar para siempre el tema de los mordiscos y la sangre.

Pero me da la sensación de que no es la decisión correcta. Yo siempre he evitado las cosas terroríficas o difíciles, y eso nunca me ha traído nada bueno. Además, en este caso no tengo problema con los mordiscos en sí.

Lo que me preocupa es sentirme obligada.

Me parece importante recalcar esa diferencia.

—No —respondo con determinación, a pesar de hablar en voz baja.

—¿No? —repite él, frunciendo un poco el ceño.

—Puedes pedírmelo. Pero, si me niego, tienes que dejarlo estar —aclaro. El corazón me late con tanta fuerza que él podrá oírlo, seguro.

—Espera... ¿Qué? —pregunta sin apartar la vista de mí, anonadado.

—¿Tan mal me he explicado? —replico, colorada.

—No, no, es que... No me lo esperaba —contesta, estudiando mi cara—. Pensaba que... que la otra vez te hice daño. Como te pusiste tan rara después de todo aquello, di por sentado que lo habías pasado fatal.

—Pues te equivocabas —le aseguro.

—¿De verdad?

—Claro. Si hubiera sido una experiencia horrible, te diría que no quiero volver a hacerlo nunca, ¿no crees?

—Entonces, ¿por qué reaccionaste así? —insiste, observándome con atención.

El rubor regresa a mi rostro.

—Qué fuerte —susurra con un atisbo de sonrisa—. ¡Te gustó!

—¡Me puse en ese plan porque estaba avergonzada! —respondo mientras me tapo la cara con las manos.

Cy echa la cabeza atrás y estalla en carcajadas hasta que se le saltan las lágrimas.

—Madre mía, y yo que pensaba que me odiabas... No te imaginas el miedo que pasé, porque cambiabas de tema cada vez que te mencionaba algo sobre vampiros. Creía que te había dolido un montón y por eso no querías hablar de ello, para que yo no me sintiera mal.

Uf, ahora sí que estoy avergonzada de verdad.

Menudo par de idiotas somos. Siempre vamos directos a las conclusiones más horribles.

—Pues que sepas que no me disgustó la experiencia —confieso por fin.

Y no pienso darle más detalles.

Él se inclina hacia mí, reduciendo el espacio que separa nuestras caras.

—En ese caso, ¿puedo morderte otra vez? —murmura.

—¿Ahora mismo?

—Sí.

—No.

La palabra sale disparada de mi boca, con tanta velocidad que mi cerebro tarda unos segundos en percatarse.

Una parte de mí quiere seguir poniendo excusas. Por ejemplo, que estoy cubierta de nitrato de plata y se quemaría la piel al intentar mordirme. Pero me fuerzo a quedarme callada, porque no hace falta justificar un «no» con razones o excusas. Un «no» puede ser un «no», sin más.

—Vale —responde Cy, y el tema queda zanjado—. Bueno, ¿y ahora qué hacemos?

Se me relaja el alma al oír eso, al comprobar que ha aceptado mi rechazo con total naturalidad, sin tomárselo mal en absoluto. Ahora sé que puedo negarme sin dudar, que no me sentiré obligada a inventarme excusas, que las necesidades de Cy no eclipsarán a las mías.

Y que él acatará mis negativas con elegancia y sencillez.

—Oye, Cy —digo.

—¿Qué pasa?

—Nada. Solo quería decirte que tú también me haces feliz —contesto, con el corazón tan henchido que parece estar a punto de explotar.

TREINTA Y TRES

Tres horas después, me encuentro dentro de un hangar a las afueras de la ciudad. El edificio está lleno de camiones, autobuses, buldóceres y otros vehículos municipales, aparcados aquí hasta que amanezca. Las luces del techo parpadean, proporcionando una iluminación anaranjada que apenas ilumina las sombras acechantes del interior.

Por eso mismo invoco una linterna de buen tamaño. Solo me ha hecho falta imaginar que un asesino terrorífico me aplastaba la cabeza con ella y, voilá, linterna en mano.

Empieza a gustarme este poder. Mis miedos me están ayudando, por una vez en la vida.

Enfrente de mí hay un ataúd de metal enorme. Y no me refiero a una caja, sino a un auténtico féretro de tamaño humano. En realidad, también habría valido un baúl normal y corriente; pero los villanos de Newham siempre tienen que llevarlo todo al siguiente nivel, incluso cuando el objetivo es elegir la alternativa menos compleja y caótica.

El Espectro Pesadilla se encuentra a mi lado. Sacarlo del mundo de los sueños fue facilísimo: en cuanto lo pensé, apareció ante mí con el mismo aspecto que en nuestro último encuentro.

Y no exagero al decir que tenía el mismísimo aspecto.

Ahora, sus prendas están hechas de esa tela extraña similar a un humo inquietante y sobrenatural. Parece que funcionan como cualquier otro tipo de ropa, porque se ha subido las mangas para no manchárselas. Sin embargo, no tengo claro si se las puede quitar o si han pasado a formar parte de su cuerpo. En ese caso, ¿no sería como si estuviera desnudo?

Uf, ¿por qué me hace estas cosas mi cerebro?

Igual debería agradecer el mero hecho de que el Espectro haya aparecido con ropa, sea del tipo que sea. Aun así, soy incapaz de negar que los movimientos serpenteantes de las prendas me dan un poco de grima.

Pero, para qué engañarnos, me da grima todo lo relacionado con el Espectro.

—¿Está todo preparado? —pregunto.

—Creo que sí —responde él con voz clara.

Sus dientes resplandecen cuando habla, tan puntiagudos como siempre. Aquel instante en que tuvieron un aspecto normal no duró hasta su vuelta al mundo real, supongo. Y, por extraño que suene, me alegra que no cambiaran de forma para siempre. Me he acostumbrado tanto a sus dientes de tiburón que lo vi raro con una dentadura humana.

—Pues será mejor que te coloques en tu posición —comento mientras le entrego el

lanzaservilletas.

El Espectro se pasa un buen rato observando el arma con sus peculiares ojos negros. La encontramos en la habitación del padre de Cy, en el hotel; se la había quedado después de secuestrar a su hijo. Me pareció buena idea usar esa misma, en vez de invocar una nueva.

Al fin y al cabo, se supone que son personas transformadas.

Pero estoy tratando de sacarme ese pensamiento de la cabeza.

El espectro agarra el lanzaservilletas y se apoya en un camión, al otro lado del ataúd metálico. Se ha puesto de tal manera que no veo nada de él desde aquí, a excepción del extremo del arma.

Ha llegado la hora.

Me froto las manos, con la camiseta pegada a la espalda por culpa del sudor. Una parte de mí cree que participar en este plan es una locura, porque podría torcerse de mil maneras diferentes y yo no saldría con vida de ninguna de ellas.

Sin embargo, solo así podré romper este círculo vicioso y evitar que el Espectro acabe atrapado para siempre. Además, llegará un día en que yo ya no estaré aquí para ayudarlo.

Estoy harta de que el mundo sea una mierda, y ahora mismo puedo hacer algo por arreglarlo.

Así que no me queda otra, aunque estoy a punto de desmayarme de miedo. Por más que me tiemblen los brazos y me suden las manos, ya he llegado hasta aquí, y no pienso rendirme sin más.

Respiro hondo y levanto la mano, con la palma apuntando hacia el ataúd. A pesar de que me gustaría cerrar los ojos para concentrarme, estoy tan asustada que no soy capaz de hacerlo, porque tengo muy presente a quién voy a invocar. Al final, entrecierro los ojos, esbozo una mueca y me sumerjo en mis miedos.

La alcaldesa aparece un instante después.

Va vestida con su atuendo típico: un esmoquin negro, una camisa blanca que sobresale de la chaqueta y la boca tan roja como la sangre recién derramada. La única tara en su impecable aspecto es la salpicadura escarlata que le mancha la camisa y la mejilla. Aun así, las gotas son lo bastante rojas para encajar con su imagen (al menos, hasta que se sequen y se vuelvan de un tono marrón más desfavorecedor).

—... toméis la decisión correcta y me reelegís... —está diciendo. De pronto, se interrumpe y sus ojos se desorbitan.

Retrocedo lo bastante para que no pueda atacarme, pero ni siquiera ha podido moverse cuando un ruido sordo resuena por el lugar.

Ella oye el sonido y trata de huir, pero no reacciona con la rapidez suficiente. La servilleta que ha disparado el Espectro aterriza en su nuca y se enreda en su larga melena negra; es decir, que ha caído fuera de su campo de visión.

Y si no puede verla, tampoco puede usar su habilidad para librarse de ella.

Abre los ojos como platos y se lleva las manos al pelo para arrancarse el trozo de tela, pero la servilleta es tan resistente como el acero y recorre la cabeza de su víctima sin clemencia, con

rumbo a la mejilla. Ella saca una pistola e intenta pegarle un tiro, pero la bala rebota. Me agacho y me tapo la cabeza con las manos por si el proyectil viniera hacia mí.

Pese a que la alcaldesa gasta un cargador entero de balas, la servilleta sigue con su lento avance sin inmutarse. Al final, se le mete en la boca. La alcaldesa echa la cabeza atrás para gritar, pero el pedazo de seda ya ha empezado a ahogarla. Desesperada, se araña el rostro y el cuello, como si quisiera rasgarse la piel y sacarse la tela.

En ese instante, la servilleta brota de sus cuencas junto a un chorro de sangre.

Los globos oculares ruedan por el suelo de cemento y se detienen junto a mí. Al verlos, les pego una patada. Salen disparados hacia un desagüe y desaparecen al caer entre la rejilla.

La tela ya ha cubierto por completo el cuerpo de la alcaldesa, estrujándola como una manta, y ahora parece un cadáver envuelto en una alfombra. Ella se retuerce con violencia en el interior de la seda, como un monstruo desesperado que intentara escapar de su prisión. El Espectro se acerca a ella y la empuja con desdén hasta que cae dentro del ataúd metálico.

La alcaldesa aterriza con un golpe seco, y sus gritos mitigados emergen del féretro.

—No entiendo cómo puede seguir viva —comento.

—Ya te lo dije: hay poquísimas cosas que puedan hacerle daño. Esto no la matará, y lo prefiero así. Quiero que sufra tanto como yo —responde el Espectro con una sonrisa de oreja a oreja.

A continuación, se dirige al camión tras el que se escondió antes de lanzar la servilleta. Antes de montar, se detiene junto a la puerta del conductor y se gira hacia el féretro de acero.

—¿Cuáles van a ser tus últimas palabras? —le pregunta al bulto negro que se debate en su interior.

El capullo de tela deja de sacudirse y oímos un «Vete a la mierda» amortiguado.

—Maravilloso —contesta el Espectro, y luego sube al camión y arranca el motor.

Vuelvo a mirar el ataúd. Estoy tan cerca que puedo oír las amargas palabras que brotan de su interior:

—Tendría que haber sido yo.

Me gustaría preguntarle a qué se refiere, pero es demasiado tarde: el motor del camión se ha encendido y la hormigonera del vehículo ha comenzado a dar vueltas.

El cemento empieza a inundar el ataúd.

La densa mezcla grisácea cubre el capullo negro, arremolinándose como una especie de siniestro helado que llenara una tarrina. El Espectro baja del camión, agarra el lanzaservilletas y usa su cañón para extender el cemento de forma que no queden huecos.

Cuando el féretro queda bien colmado, el Espectro regresa al camión y apaga la hormigonera.

La superficie del cemento se agita levemente. Es evidente que la alcaldesa sigue resistiéndose, consciente de que no podrá volver a moverse si la mezcla se endurece del todo.

Sin embargo, el cemento fresco pesa un montón; y, por muy indestructible que sea la mujer, no posee una fuerza titánica. Ha tenido un siglo entero para hacerse con esa habilidad, pero ahora ese barco ha zarpado.

Las onditas del cemento desaparecen poco a poco y la superficie del ataúd se aplana del todo.

El Espectro se queda de pie a mi lado mientras observamos cómo fragua el hormigón. Por raro que suene, me alivia ver cómo se solidifica el material, porque el proceso marca el final de uno de los monstruos que pretendían darme caza.

—Ha sido... —comienza el Espectro, y hace una pausa para pensar—. Sorprendentemente fácil —reconoce al fin.

—La verdad es que sí.

—Tengo la sensación de que debería haber aceptado antes tus consejos de organizar una confrontación más sencilla —comenta despacio.

—En eso también estoy de acuerdo —asiento.

—Pero, a decir verdad, no debería subestimar tu nueva habilidad —añade con la cabeza ladeada, contemplándome con atención mientras la luz se refleja en su brillante cabello.

No tengo duda de lo que está pensando: yo podría invocarlo y capturarlo, como acabo de hacer con la alcaldesa.

Me devano la mente en busca de una forma de convencerlo de que eso no entra en mis planes, de que preferiría no volver a involucrarme en una situación como esta. Si fuera por mí, me pasaría el resto de mi vida usando este poder para robar helado, nada más.

Aun así, no sé si él me creería. Y si decide librarse de mí en este momento, yo no podría defenderme de ninguna manera.

Vale, podría utilizar mi poder para conseguir un lanzacohetes, o algo por el estilo. ¿Pero de qué serviría un arma contra alguien con la piel a prueba de balas?

Al final, el Espectro me da la espalda y toca la superficie del cemento con ligereza. Sus dedos dejan una marca lisa, sin rastro de huella dactilar.

—¿Cuánto crees que tardará en fraguar del todo? —me pregunta.

Suelto un suspiro silencioso de alivio, sintiendo que la tensión de mis hombros se aligera un poco. No me hará nada. Por ahora, al menos.

—No estoy segura. Deberíamos esperar un poco más —respondo.

—De acuerdo.

Se queda callado y yo cambio el peso de un pie a otro, inquieta ante este silencio repentino. No me hace gracia que tenga tiempo para reflexionar, para cambiar de opinión y deshacerse de mí antes de que le cause problemas en el futuro.

—¿Qué piensas hacer ahora? —digo.

—Pues... Todavía no me he decidido por nada concreto —contesta con una sonrisa ancha y afilada.

No sé qué opciones estará barajando, pero su expresión me transmite que todas le apetecen bastante.

—¿Te has planteado lo que te comenté en el sueño? —pregunto con cautela, porque no me gusta nada el entusiasmo de su rostro.

—Sí —confirma él, y luego levanta la cara hacia la luz—. No lo he descartado aún.

No creo que pueda sacarle nada más sobre este tema, así que no insisto. Solo espero que ninguno de sus planes consista en destruir la ciudad por segunda vez.

Cuando el cemento termina de endurecerse, cubrimos el ataúd con una tapa de acero y comenzamos a soldarla. Diez minutos después, la alcaldesa queda encerrada para siempre.

—Sigüiente parada: puerto de Newham —anuncia el Espectro mientras se sacude las manos.

Un escalofrío me recorre.

Después de todos los crímenes que ha cometido la alcaldesa, se merece pasar dos o tres siglos encerrada en un ataúd de cemento, sin poder comer, beber ni morir. Tendrá que vivir envuelta en oscuridad, aislada del resto del mundo, con su propia mente como única acompañante.

Es una tortura tan cruel como la que ella preparó para el Espectro.

No tengo claro si apruebo esta clase de métodos, pero la verdad es que, en este caso, solo me preocupa el resultado: librarnos de una de las villanas más violentas y poderosas de Newham.

Mientras el Espectro se aleja con el ataúd al hombro, yo me pregunto cómo será el mundo a partir de ahora. Puede que por fin podamos arreglar los problemas de nuestra sociedad. O que todo se vea reducido a cenizas por culpa de una guerra como la que mencionó el Espectro. Quizá los humanos estemos condenados a vivir en mundos espantosos, llenos de gente horrible que posee demasiado poder.

Supongo que lo descubriremos tarde o temprano.

Levanto la vista hacia la parpadeante luz naranja del techo y sonrío. Tengo ganas de ver cómo evoluciona la realidad. No sé qué pasará, pero está claro que las cosas serán diferentes.

TREINTA Y CUATRO

Faltan varias horas para que el Restaurante del Farolero abra su bar clandestino. Ahora mismo estoy sentada en un taburete enfrente de Estelle, mientras uno de los empleados nuevos barre el suelo y prepara las sillas para la velada. Paso los dedos por la suave superficie de la barra, desgastada por los años. Tiene un tacto muy diferente al de la pulcra barra del hotel en el que trabajé durante cinco segundos, hasta que la situación se torció y me golpeó en toda la cara.

—He de admitir que no esperaba volver a verte por aquí —comenta Estelle con el codo apoyado en el mostrador, descansando la barbilla sobre una mano.

—Ni yo —confieso.

—¿Has venido para que te devolvamos tu anterior puesto? —me pregunta sin más rodeos.

—No: quiero que me deis uno nuevo.

—¿Y eso? —dice ella, con las cejas arqueadas.

Respiro hondo y echo todo el aliento. Puedo con esto. Sí, el Espectro no me concedió los dones que esperaba conseguir en un principio. No soy indestructible ni superfuerte. Sigo sin encajar en el concepto de poder que siempre he tenido en mente.

Pero mi habilidad puede ser útil, de todas maneras.

—Me he convertido en Pesadilla —anuncio.

—Ay, no sabes cuánto lo siento —replica Estelle con una mueca.

—Dentro de lo que cabe, no he salido mal parada —afirmo encogiéndome de hombros.

—¿Cómo?

Levanto la mano y la abro para demostrar que no llevo nada. A continuación, me concentro e imagino la pistola secreta que Estelle guarda siempre en la caña de su bota. A pesar de que el mango está desgastado y el cañón ha empezado a oxidarse, el arma funciona a la perfección, y ella la saca siempre que las cosas se ponen feas de verdad.

La pistola aparece en mi palma de repente, y Estelle retrocede rápidamente al verla. Como trabaja en un bar donde los tiroteos son el pan de cada día, ha aprendido a reaccionar ante cualquier cambio súbito que se produzca.

No obstante, se recompone con rapidez y se inclina para estudiar el arma. Luego, baja la mano y rebusca en su bota. Tarda poco en convencerse de que tengo su pistola real, no una copia.

—Eso es mío —señala.

—Sip.

—¿Puedes invocar armas? —pregunta con el ceño fruncido. Ella también comprende el potencial beneficioso de esta habilidad.

—Sí, siempre y cuando sepa que existen —explico—. Así que, si un grupo empieza a pelearse, podría quitarles las pistolas a todos.

Estelle aprieta los labios, pensativa. Un rizo pelirrojo se le sale del moño y le cae sobre una mejilla.

—Qué poder más útil —comenta.

—Eso creo yo.

—¿Puedes invocar algo más? —inquire.

—Solo cosas peligrosas.

—Con una habilidad así, podrías conseguir trabajos mucho mejor pagados —concluye, tras dar un par de vueltas a lo que implican mis palabras.

—Supongo —admito—, pero tendría que buscarlos. Y tampoco me hace gracia colaborar con las bandas, por lo que quedarían descartados más de la mitad de los puestos con buen salario —añado.

—¿Qué problema tienes con las bandas? Pagan de cine —asegura ella con una ceja enarcada—. No me digas que te niegas por razones morales...

Ha pronunciado «razones morales» como si fuera una palabrota. Entiendo sus sentimientos: en esta ciudad, la moralidad es un lujo que solo pueden permitirse los ricos.

Suelto un resoplido y niego con la cabeza.

—No, es solo que me parece lo más práctico. No quiero ningún puesto que llame la atención: me he hartado de estar en el punto de mira.

—Ahí llevas razón. Cuanto mejor se te dé tu trabajo, más probabilidades habrá de que una banda rival intente acabar contigo —responde Estelle, algo más relajada.

—Exacto.

Le devuelvo la pistola y ella la revisa para comprobar que sigue en buen uso. Después se la guarda de nuevo en la bota.

—Bueno, ¿qué opinas? —digo—. Me atrevería a decir que tenerme de segurata reduciría bastante el número de asesinatos. Y si muere menos gente, el bar clandestino recaudará más dinero...

—Pero nos quedaríamos sin cadáveres que saquear —replica con una carcajada.

—Pues tendremos que buscarnos otra manera de conseguir propinas.

—Eso parece —asiente ella, sonriente—. Quizá podríamos plantear un contrato de prueba.

Nos pasamos varios minutos concretando los detalles del salario. Como poseo una habilidad tan especial, creo que merezco cobrar más, y Estelle piensa lo mismo. Las dos regateamos un poco y al final pactamos una cantidad. Solo falta que la dueña nos dé su aprobación, pero estamos bastante seguras de que no se opondrá.

Sellamos el trato con un apretón de manos y acordamos que empezaré mañana.

Porque ya tengo planes para esta noche.

Las bocinas de los autos y la peste a tubo de escape y alcantarillado me dan la bienvenida

nada más salir del local. Las aceras están ocupadas por una marabunta humana que recorre los adoquines sin detenerse en ningún momento. En la calle de enfrente, un hombre saca medio cuerpo por la ventana de un quinto piso para tratar de rescatar una prenda tendida que ha caído en el balcón de su vecino. Cuando subo la mirada unos pisos más, diviso a una babosa gigante con gafas de sol, acostada en una tumbona como si la boina de contaminación no le impidiera ponerse morena.

—¿Quiere un periódico, señora?

Contemplo al joven vendedor y me preparo para decirle que no. Sin embargo, acepto una vez leo el titular: «¡Aparece la heredera desaparecida de los Koval!».

La foto de la portada muestra al pterodáctilo de la alcaldesa.

Observo la imagen un buen rato y luego compruebo el pie de foto. Pues sí, esa criatura es Dorothy Koval.

Vaya, qué cosas tiene la vida: parece ser que Priya y yo volamos a lomos de la persona más rica de Newham. Supongo que eso podría haberla cabreado, pero, dado que también le quitamos aquel collar lleno de drogas, doy por hecho que se sentirá agradecida. Igual hasta nos recompensa.

Bueno, a Priya, en todo caso.

Leo el artículo por encima, pero no contiene mucha información. Solo menciona que la mujer pterodáctilo ha empezado a comunicarse mediante código morse y que ya han fechado sus cirugías reconstructivas, con la esperanza de que algún día recupere la capacidad de usar un lenguaje humano. Al final del texto se comenta que Marissa Koval ha desaparecido de manera misteriosa. El periodista no sabe con certeza si ha huido para evitar las consecuencias de haber encargado a una secta que convirtiera a su hijastra en dinosaurio, o si ha sido la propia Dorothy quien la ha devorado.

Yo apuesto por la segunda opción.

—¿Vas a comprarlo? —pregunta el chiquillo con irritación.

—No —respondo mientras se lo devuelvo.

El vendedor de periódicos se marcha de inmediato, enfurruñado. Levanto la cabeza para mirar el cielo contaminado. Me alegro de que Cindy haya encontrado a su amiga, porque se esforzó una barbaridad en localizarla. No creo que le importe que se haya convertido en un pterodáctilo; mejor eso que estar muerta.

—Perdón por el retraso —se disculpa una voz familiar—. ¿Cómo ha ido la conversación con Estelle?

Me giro hacia Priya. En el tiempo que ha pasado desde nuestro último encuentro, se ha duchado y cambiado de ropa. A la vista de su camisa negra y su impecable chaleco rojo y dorado, nadie creería que anoche escapó de un secuestro y se dedicó a destruir el imperio de los Amigos del Alma Sosegada.

—Bien. He conseguido el trabajo —contesto.

—Sabía que Estelle aceptaría tu propuesta —afirma Priya, chocando su hombro contra el mío en un gesto de camaradería.

—¿Y tú qué? ¿Conseguiste reducir a cenizas el edificio de los Amigos? —pregunto tras devolverle el empujón.

Mi amiga sonríe y, mientras caminamos codo con codo, me describe con pelos y señales todos los estragos que causó en la guarida de los Amigos. Parece ser que reclutó a los otros prisioneros como ayudantes. Cuando terminaron de arrasar el edificio, se llevaron todos los mejunjes que quedaban en el laboratorio y los usaron para entrar en otros tres almacenes de la zona. A nadie le sorprendió descubrir que todas las instalaciones eran sedes perversas de bandas varias, monstruos y científicos chiflados.

—Había cárceles subterráneas en los tres. Y algunas eran peores que... —Priya niega con la cabeza y luego me lanza una sonrisa animada—. Bueno, lo importante es que rescatamos a los secuestrados y destruimos las instalaciones. Esta noche he quedado con unos cuantos prisioneros liberados para colarnos en más naves del distrito; queremos destruir todas las que podamos antes de que sus dueños descubran nuestros planes y reubiquen sus negocios más turbios.

Sacudo la cabeza, incrédula. No contenta con aniquilar a una organización maligna, Priya ha decidido ir a por todas las demás. Típico de ella.

—Qué bien te lo estás pasando, ¿eh? —comento.

—¡Y tanto! —responde ella con alegría—. Por fin estoy cumpliendo mi sueño de luchar contra monstruos y salvar a la gente. ¡Es justo lo que yo esperaba hacer en Defensa contra Pesadillas!

Se queda callada y, por un momento, su rostro se tiñe de tristeza. La organización a la que Priya idolatraba se dedicaba, en realidad, a secuestrar personas y cometer asesinatos. Y, por si fuera poco, llevan más de un mes sin destruir ninguna Pesadilla.

—Tenías razón sobre aquello de dejar atrás los sueños —reconoce al fin, y yo me quedo callada para esperar a que continúe—. He decidido que voy a marcharme de Defensa contra Pesadillas, ¿sabes? El trabajo no se parece a lo que yo imaginaba, y ahora que el Espectro ha salido de los sueños, la organización ya no será necesaria. Estoy segura de que él seguirá transformando a gente, pero ya no habrá tantos casos. Lo más probable es que la organización se cierre pronto, o que la fusionen con la policía de Newham —añade con cara de asco—. Y no me interesa en absoluto unirme a los maderos de la ciudad. Quiero luchar contra los monstruos, no convertirme en uno de ellos.

Al oír eso, suelto una mezcla de carcajada y resoplido.

—Es comprensible.

—Anoche, cuando decidimos atacar a los Amigos... —Priya vacila y frunce el ceño, como si estuviera buscando las palabras adecuadas—. Recordé que mi pasión es acabar con los verdaderos monstruos del mundo, y ese es el camino que me gustaría seguir.

—¿Has encontrado algún puesto que te permita hacer eso? ¿O vas a trabajar en una cafetería y a ponerte justiciera en tu tiempo libre? —pregunto.

—Pues mira, esta noche tengo una entrevista de trabajo. Si me aceptan, podré sembrar el caos entre los monstruos de la ciudad a cambio de un buen salario y prestaciones laborales —responde con una sonrisa.

—Suenan perfecto —comento, arqueando una ceja con escepticismo.

—Lo sé —replica, y me guiña un ojo como si entendiera que la oferta me genere dudas—. Tendré que comprobar si es demasiado bueno para ser verdad. Y si el jefe acaba siendo mala gente, lo añadiré a mi lista de villanos a los que derrocar.

Me echo a reír y entrelazo mi brazo con el de Priya, sin parar de caminar. Mi amiga sonrío de oreja a oreja mientras me explica sus planes de futuro, y yo la miro con una expresión igual de feliz. Me alegra que por fin haya abandonado esa idea preconcebida de la persona que debía ser, porque alguien como ella tiene muchas posibilidades entre las que elegir.

TREINTA Y CINCO

Esa misma noche, una vez que el sol se esconde y la oscuridad arroja a Newham, Cy y yo pillamos un taxi. Antes de sentarnos, metemos en el maletero un baúl enorme, con la parte exterior de acero y el interior recubierto de plata. Cy contrató a un repartidor especial para que se lo llevara al hotel mientras yo estaba con el Espectro y con Priya. En una ciudad como esta, no cuesta nada encontrar algún negocio que venda productos de este tipo.

En todo caso, dado que a estas alturas los vampiros ya se han convertido en un problema mundial, supongo que estas cajas podrán conseguirse en cualquier parte, como todos los utensilios de contención para Pesadillas peligrosas.

A lo largo de trayecto, el taxi se agita de vez en cuando. No sabría decir si es a causa de los baches, o si el padre de Cy ha empezado a patear las paredes de su jaula en un intento de escapar.

Al chófer no parece preocuparle que hayamos metido a un prisionero en su maletero. Al ver que no hace preguntas ni se muestra preocupado, me pregunto qué clase de situaciones presenciarán los taxistas de Newham. No es la primera vez que este pensamiento me viene a la cabeza, porque todos mis viajes en taxi me recuerdan que este debe de ser el trabajo más disparatado de la ciudad.

Antes de marcharnos del hotel, las palabrotas amortiguadas del padre de Cy traspasaban las paredes de acero de la caja. Ahora que vamos sentados en un taxi, estamos tan separados del maletero que ya no oigo nada. Sin embargo, a juzgar por la expresión angustiada de Cy, él sigue percibiendo los insultos de su padre. No me gustaría tener su capacidad auditiva.

El chófer nos deja en el parque Victoria, y Cy le da una propina generosa. A continuación, se echa el baúl de acero al hombro y empezamos a adentrarnos en el oscuro parque. Es la primera vez que Cy lo visita, así que yo lo guío por el lugar.

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto? —le pregunto.

—Sí. Es mi única opción —responde con expresión determinada, aunque su voz rezuma sufrimiento.

Yo asiento y no digo nada más. Si ha tomado una decisión, tengo que aceptarla.

Es tan tarde que no hay nadie más en el parque. Bueno; si alguien pasaba por aquí, se habría escondido al ver cómo Cy cargaba con una caja de acero gigantesca sin despeinarse. Al menos, eso es lo que yo haría; cuando una persona tiene tanta fuerza, lo más probable es que también sea peligrosa, sobre todo si anda por ahí a estas horas.

Al rato, me detengo y me vuelvo hacia Cy.

—Hemos llegado.

Él coloca el baúl en el suelo sin decir nada, bajándolo con mucho cuidado para que no se menee demasiado. Su padre no se merece tanto respeto, pero me callo esa opinión.

—Si quieres que esto funcione, tienes que sacarlo —señalo con suavidad.

—Lo sé, pero necesito... prepararme mentalmente —contesta con una mueca.

Me acerco a él y le aprieto la mano con delicadeza. Quiero dejarle claro que estoy aquí para apoyarlo. Él me devuelve el gesto.

Y después abre la caja.

Su padre cae del interior.

El hombre sigue medio derretido a causa de la plata, con la cara convertida en una masa sin cartílagos y llena de músculos que no paran de regenerarse. Como se le han abrasado los labios, sus colmillos parecen gigantes. Sus malévolos ojos, de un verde tan parecido al de Cy, están a nada de salirse de las cuencas.

Su mirada se posa en mí y me transmite una emoción que solo podría describirse como «hambre voraz».

Me estremezco y retrocedo para alejarme todo lo posible.

Cy se ha puesto guantes para evitar quemarse mientras retiene a su padre, que está bañado en nitrato de plata.

—¿Cómo te atreves a intentar matarme? ¡Soy sangre de tu sangre! —grita el hombre con la mandíbula desencajada, ya que todos los músculos de la zona se le han derretido.

—No me vengas con esas. Tú asesinaste a mi madre —susurra mi amigo con dureza.

El padre de Cy hace una mueca y su rostro se retuerce a medida que una fina capa de piel recubre los músculos, dándole un aspecto más humano.

—Cy, creía que eso ya había quedado claro. Solo fue un...

—Basta ya. Cállate de una vez.

—¿Disculpa? —le espeta el hombre con una mirada fulminante.

—No me interesan tus excusas —declara Cy—. Te has pasado la vida mintiendo descaradamente... y ya estoy harto, qué quieres que te diga.

Se acerca a su padre y se detiene a unos pocos centímetros de su cara.

—Quiero que sepas una cosa —prosigue con frialdad—. Cuando desaparezcas, tomaré las riendas de tu productora cinematográfica y me gastaré toda tu fortuna en derruir tu imperio y sacar a la luz tu verdadera naturaleza. Dentro de una década, el mundo te considerará un monstruo. El asco y la repulsión serán tu único legado —añade con voz sibilante—. Me enseñaste que el cine es influyente, que las historias pueden manipular a las personas y meterles ideas en la cabeza. Pues ahora usaré esas mismas herramientas para mostrar la realidad sobre tus películas: que no son más que las excusas de un monstruo criminal.

Sus palabras me recuerdan la manera en que los Amigos y mi propia biografía moldearon mi mente. Las historias nos rodean por todas partes, tanto en los medios como en nuestra vida, y nuestra manera de interpretarlas da forma a nuestra percepción del mundo. Yo misma

he pasado mucho tiempo aceptando las narrativas más oscuras, sin pararme a analizarlas.

Y ahora empiezo a preguntarme si podré contar mis propias historias, meterme en la cabeza mis propias ideas, convencerme de que soy valiente, lista y capaz de aprender de mis errores. Si me repito esas cosas con frecuencia, quizá llegue a creérmelas tanto como las narrativas perversas que he absorbido a lo largo de los años.

Porque, si crees en algo con la suficiente intensidad, acaba por hacerse cierto.

—Cy...

—Adiós, padre —dice mi amigo, y empuja al monstruo en descomposición hacia el estanque de las tortugas.

Cuando me reuní con el Espectro aquí y vi esta poza llena de tortugas que en su día habían sido seres humanos, pensé que era algo horrible. Convertirse en un reptil pequeño e indefenso, atrapado en un estanque superpoblado...

Ahora, sin embargo, veo lo útil que puede ser.

En cuanto el padre de Cy roza el agua, su cuerpo empieza a encogerse y retorcerse. Conforme se hace pequeño, el color de su piel pasa al amarillo y luego al verde, mientras los huesos crujen y chirrían al cambiar de forma. Me encojo al oír ese ruido, porque me recuerda demasiado al que hizo mi padre cuando mi hermana lo estrujó como si fuera un manojo de ramitas.

Siempre asociaré ese sonido con el miedo, con el asesinato del único progenitor que llegué a conocer. Soy lo bastante objetiva para entender que mi padre era mala persona (aunque no tanto como el de Cy), pero eso no quita que los recuerdos sigan doliéndome. Por muchos detalles que descubra sobre aquella noche, por mucho que me aleje de la niña aterrorizada que se escondió mientras su padre moría, creo que esa sensación nunca cambiará.

Cierro los ojos y respiro hondo. Permito que el recuerdo me llene y, acto seguido, lo aparto de mí con ternura y decisión. No pienso dejar que los sucesos de esa noche sigan controlándome. Quizá tarde una vida entera en librarme de ellos por completo, pero no me preocupa. Lo iré haciendo pasito a paso.

Cuando abro los ojos, el padre de Cy ya no está.

Y una tortuguita verde flota en el lugar donde se encontraba hace un momento.

El animal nada enfurecido hasta la orilla y trata de mordernos, pero los ataques de sus insignificantes fauces no surten ningún efecto en los zapatos de Cy. Me arrodillo para observar su boca abierta, en la que destacan dos colmillitos ridículos.

El padre de Cy no volverá a hacerle daño a nadie.

Mi amigo se estremece y yo le acaricio el hombro.

—Ya está, todo ha salido bien —le consuelo—. Llevará una vida feliz como tortuga.

—¿Tú crees? —pregunta con voz ronca.

—Claro —respondo, aunque no sé lo feliz que puede sentirse un reptil—. Es mejor que estar muerto, ¿no?

—Sí —reconoce, y se apoya en mí.

—Has hecho lo que debías, Cy —le aseguro, y le giro la cara para que me mire a los ojos—. El

mundo se ha convertido en un lugar mejor gracias a ti, y lo has logrado con la opción más bondadosa que se te ha ocurrido.

—Aun así, me siento fatal —comenta. Agacha la cabeza, y de su pelo engominado cae un mechón que le cubre la frente.

—¿Por qué?

—Supongo que... —Hace una pausa para pensar—. Una parte de mí siente que debería haber hecho esto hace muchos años. Quizá así le habría salvado la vida a mi madre.

—Eras un niño —protesto—. Deja de culparte, anda.

—Ya... Llevas razón —reconoce.

—Como siempre —replico con rotundidad, y me río para suavizar mi comentario—. Dime: ¿iba en serio lo de hacerte cargo de su productora?

—Sí —contesta levantando la cabeza—. Esa es mi intención. Me gustaría compensar el sufrimiento que le ha causado al mundo. Además, voy a heredar una fortuna que mi padre amasó haciendo daño a la gente... Si no la usara para tratar de arreglar las cosas, me sentiría cómplice de sus crímenes.

Asiento despacio. Me parece de lo más razonable.

—No obstante, puede que me lleve un tiempo conseguirlo —admite—. No sé cuánto se tarda en declarar como muerto a un desaparecido. Y tampoco tengo mucha idea sobre el derecho de sucesiones... Igual debería informarme —añade con una sonrisa irónica.

—No estaría de más —coincido con una expresión igual de sarcástica, pero luego me muerdo el labio—. Entonces, ¿te marcharás de Newham? ¿Regresarás a casa?

—¿Cómo? —pregunta él, perplejo.

—A ver: si quieres tomar las riendas del negocio...

—No, no —replica sacudiendo la cabeza—. Ni de coña. No pienso regresar a ese lugar. Creo que nunca volveré a sentirme capaz de vivir en esa parte del país; me traería demasiados recuerdos dolorosos... Quizá tenga que pasarme por allí de vez en cuando, pero voy a quedarme en Newham.

—Ah, vale —digo, notando que mi cuerpo se relaja.

Él me observa un buen rato antes de hablar:

—Y, bueno... Si te interesa, podrías venirte conmigo. Cuando visite la casa de mi padre, me refiero. Tu compañía me haría bien.

Doy un par de vueltas a la idea, sorprendida. No he salido de Newham desde que llegué con once años, a excepción de mi breve paso por Isla Patton.

—Supongo que estaría bien —asiento—. Podría ir un par de días, y así conozco un sitio nuevo.

Ni siquiera soy capaz de imaginar qué aspecto tendrá ese lugar; cuando pienso en ciudades, todas se parecen a Newham, pero con más sol o recorridas por un río más limpio. O con villanos diferentes.

Quizá haya llegado el momento de ampliar mis horizontes un poco para descubrir cómo vive el resto del mundo.

—Qué ganas me han entrado de enseñártelo todo —comenta él con una sonrisa jovial.

—¿No decías que solo tenías malos recuerdos?

Cy entrelaza su brazo con el mío y comenzamos a alejarnos del estanque así, pegados.

—Bueno, por eso quiero que me acompañes: para ayudarme a crear recuerdos nuevos y mejores.

—Hummm... ¿Y a qué tipo de sitios piensas llevarme? —pregunto, incapaz de contener la sonrisa que me caldea el rostro.

La emoción hace que Cy alce la voz mientras me habla de playas y helados, de calles llenas de estrellas y sueños. Yo lo escucho con alegría: por primera vez en la vida, ya no siento que vivo en una pesadilla, sino que voy de camino a un sueño. Uno que compartiré con él.

EPÍLOGO

En la otra punta de Newham, un nuevo alcalde acaba de ser investido en el monumental ayuntamiento.

Ya ha terminado su discurso, y el equipo de cámaras se dispone a recoger sus aparatos. La grabación se emitirá mañana a primera hora. Al contrario que su predecesora, el nuevo alcalde no dará ruedas de prensa públicas con periodistas. Ha aprendido mucho de los errores de la mujer.

Y de los suyos propios, quizá.

—Señor, ¿no tenía una entrevista ahora? —pregunta uno de los ayudantes.

—Así es, y no me gustaría llegar tarde —responde el nuevo alcalde con una sonrisa, exhibiendo sus dientes largos y afilados.

Mientras recorre los pasillos, la luz se refleja en su cabello plateado. Sus ojos, tan negros como un abismo infinito, estudian a las personas que corretean por el lugar tratando de completar las reformas del ayuntamiento que él ha solicitado.

Quiere que se elimine hasta el último rastro de la anterior alcaldesa. Ahora que él se ha hecho con el poder, las cosas van a cambiar.

El alcalde entra en la sala de entrevistas, donde lo espera una joven que se pone de pie al verlo. Es alta, con el pelo degradado en negro y turquesa y una cantidad exagerada de armas sujetas al cinturón.

—Gracias por venir —dice él, indicándole que se siente con un ademán.

—¿Acaso podía negarme? —responde ella, pero pronuncia las palabras con una mirada astuta y expresión expectante. Está preparada para luchar, aunque todavía no ha decidido si lo hará en el bando del nuevo alcalde o en el contrario.

Él le sonríe. En cuanto vio la pesadilla de la joven, supo que encajaría a la perfección en sus planes.

Se sienta frente a ella y se inclina, con las manos entrelazadas.

—Priya, ¿te gustaría cambiar el mundo? —pregunta el Espectro Pesadilla con voz grave y entusiasmada, pensando en el caos que está por venir.

Al oír eso, Priya sonríe lentamente desde el sillón opuesto.

Mientras tanto, la silueta de un pterodáctilo surca el cielo de la ciudad, recortándose sobre la faz de la luna. La criatura lanza un alarido desafiante a la oscuridad de la noche, un sonido que retumba entre los edificios irregulares como una dentadura feroz. Parece que la propia

ciudad esté rugiendo.

Esta noche, una era ha terminado y otra da comienzo. Solo el tiempo dirá si la nueva es mejor que la anterior.

Pero una cosa está clara: la Ciudad sin Sueños no volverá a ser la misma.

Agradecimientos

¡Ya hemos llegado al final de otro libro! Espero que lo hayáis disfrutado.

Escribir esta novela fue una experiencia divertida, pero también un auténtico reto. Tenía tantas ideas para este universo y para estos personajes que no me cupieron en un solo libro. Con suerte, algún día podré regresar a este mundo para contar más historias sobre sus habitantes... Pero, por ahora, me contento con que las aventuras de Ness os hayan hecho disfrutar.

Me gustaría mandar un agradecimiento al equipo estadounidense de Clarion Books y al equipo británico de Hodderscape. Dentro del primer grupo quiero dar las gracias en especial a Liz, por sus perspicaces comentarios, y dentro del segundo, a Molly, por hacer siempre todo cuanto está en su mano. Asimismo, debo dar las gracias al equipo de Fairy-Loot por crear la impresionante edición especial de *Ciudad sin sueños*.

Además, quiero expresar mi agradecimiento hacia Suzie, Jim y el equipo de derechos internacionales de New Leaf. Muchas gracias también a Ella por leerse el libro en menos de una semana para ofrecerme su opinión, y a Natasha por señalar todos los problemillas de la novela para que yo pudiera arreglarlos.

Como siempre, mil gracias a mis familiares y amigos por su apoyo. Ellos han sido mi ancla en el tormentoso océano del mundo editorial; soy muy afortunada por contar con tanta gente increíble en mi vida.

Por último, quiero dedicar un agradecimiento inmenso a los lectores que leyeron el primer libro y siguieron con el segundo. ¡Espero que deis una oportunidad a mis futuros proyectos!

¿SABES YA CUÁL ES TU PRÓXIMO LIBRO?

Si te ha gustado esta historia y no puedes esperar para seguir leyendo, visita nuestra web y redes sociales para estar al tanto de todas las novedades TBR:



Nos vemos en tu próxima lectura



Contenido

Portada
Dedicatoria
Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once
Doce
Trece
Catorce
Quince
Dieciséis
Diecisiete
Dieciocho
Diecinueve
Veinte
Veintiuno
Veintidós
Veintitrés
Veinticuatro
Veinticinco
Veintiséis
Veintisiete
Veintiocho
Veintinueve
Treinta
Treinta y uno
Treinta y dos

Treinta y tres
Treinta y cuatro
Treinta y cinco
Epílogo
Agradecimientos
Créditos

Dirección editorial: Berta Márquez
Coordinación editorial: Xohana Bastida
Dirección de arte: Lara Peces

Título original: *Cage of Dreams*
Traducción del inglés: Javier Fernández Egea
Publicado mediante acuerdo con New Leaf Literary & Media,
a través de International Editors' Co.

© del texto: Rebecca Schaeffer, 2023
© de la traducción: Javier Fernández Egea, 2024
© Ediciones SM, 2024
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)

Coordinación técnica: Iria Torres
Digitalización: ab serveis

ISBN: 978-84-196-2152-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Una suerte cruel

Smith, Kaylie

9788419621603

416 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Calla siempre va contrarreloj, pero ahora se le ha acabado el tiempo. Calliope Rosewood es una bruja. Una bruja maldita y exiliada. Que, por si fuera poco, es medio siphon, la criatura más aborrecida del mundo mágico. Sí, es demasiado para una chica de diecinueve años. Pero eso no es todo: según una profecía, está destinada a ser la última Guerrera de Sangre y a desencadenar la Guerra Final que diezmará a su pueblo y aniquilará su magia. El único ser capaz de ayudarla mora en lo más profundo del Bosque Interminable, uno de los lugares más peligrosos de Ilustros. Por suerte, Calla cuenta con la ayuda de sus mejores amigas y de una patrulla de brujos uno de los cuales es la persona más traicionera que ha conocido jamás.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Un destino de ira y fuego

Tucker, K.A.

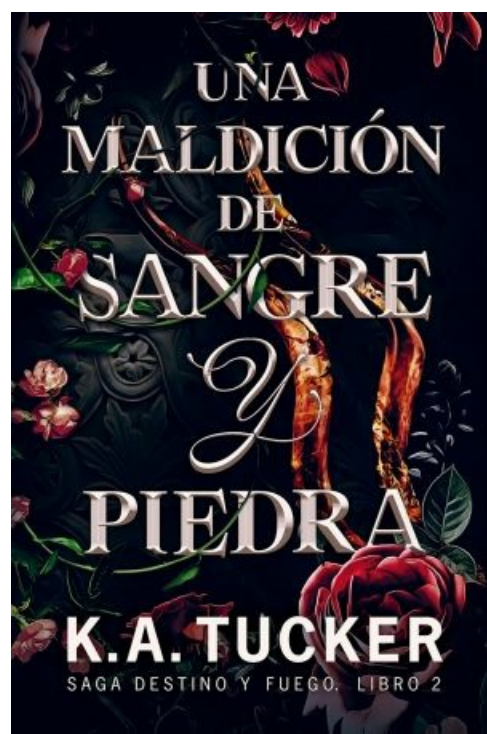
9788419621221

640 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este hombre me ha condenado a muerte. Después de besarme. Una ladrona criada en las calles de Nueva York. Un mundo desconocido gobernado por la magia. Un príncipe traicionado. Una misión peligrosa. Un destino cruel. Ella tendrá que fingir para salvarse. Él deberá confiar en su peor enemiga. Pero el destino tiene sus propios planes...

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Una maldición de sangre y piedra

Tucker, K.A.

9788419621313

576 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

No sé cómo amarte y, a la vez, ser un buen rey para mi pueblo. Un monarca traicionado por su hermano. Una princesa llegada de otro mundo. Una huida desesperada hacia las montañas. Un poder prohibido que puede cambiar las tornas. Un destino incierto. Ya nada es lo que parece. Los videntes han hablado. Solo queda desentrañar su profecía.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Una corona de mentiras

Owen, Abigail

9788419621320

608 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Como princesa secreta, la segunda gemela en nacer, solo tengo un propósito: sacrificar mi vida por mi hermana. Vivo en el desierto de Aryd, oculta bajo la apariencia de una chica pobre y vulgar, y solo me cuido en palacio para interpretar el papel de mi hermana, la auténtica heredera al trono, cada vez que su vida corre algún peligro. Ahora la reina ha muerto y el invierno está a las puertas del reino. La oscuridad es inminente. Y la única forma de salvar a mi hermana y nuestro dominio es matar a Eidolon... y al Espectro Sombrío que me ha robado el corazón.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

IRIA G. PARENTE

SELENE M. PASCUAL

IMPERIO



Imperio

G. Parente, Iria

9788419621290

672 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El Edificio Imperio ha abierto sus puertas. En él se lleva a cabo la competición en directo más importante del mundo, y para ganarla solo hay que hacer dos cosas: formar parte de sus juegos y conseguir que toda la gente posible se fije en ti. Dana Shifter no quería asistir, al contrario que su hermana pequeña, Liv, que tiene claro que quiere ganar. Ganar es lo que desea también Evan Walker, que quedó segundo en la pasada edición y este año aspira al primer puesto; aunque la favorita del público es Bianca Fiore, su enemiga declarada desde antes incluso de empezar. Este también es el segundo año de Félix Oliveira, que tiene muy claro que no va a repetir errores del pasado. En cambio, quienes están preparados para cometer todos los errores que haga falta, empezando por entrar en el programa fingiendo una relación que ya no tienen, son Sasha y Asher. Y luego está Blake. Ella ni siquiera debería haber entrado en Imperio, pero está dispuesta a llegar a la cima cueste lo que cueste. ¿Y tú? ¿A quién vas a mirar?

[Cómpralo y empieza a leer](#)